

MACA FERREIRA

EL ÚNICO
FRUTO DEL
AMOR
es la
manzana



MACA FERREIRA

EL ÚNICO
FRUTO DEL
AMOR
es la
manzana

El único fruto del amor es la manzana

Diciembre 2022

© Maca Ferreira, 2022

Diseño de portada: Marien Fernández (Adyma Design)

Corrección: Raquel Antúnez (Magia en forma de letras)

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1 – OTOÑO](#)

[CAPÍTULO 2 – UNA ESCAFANDRA](#)

[CAPÍTULO 3 – EMPODERADA](#)

[CAPÍTULO 4 – EL PASADO](#)

[CAPÍTULO 5 – REENCUENTROS](#)

[CAPÍTULO 6 – DECIR ADIÓS](#)

[CAPÍTULO 7 – EL PRIMER BESO](#)

[CAPÍTULO 8 – LA PROPOSICIÓN](#)

[CAPÍTULO 9 –EL DÍA](#)

[CAPÍTULO 10 – ESPECIAL](#)

[CAPÍTULO 11 – PILLADA](#)

[CAPÍTULO 12 – DECISIONES](#)

[CAPÍTULO 13 – CON SIETE BASTA](#)

[CAPÍTULO 14 – SE ACABÓ](#)

[CAPÍTULO 15 – BESOS](#)

[CAPÍTULO 16 – PADRES](#)

[CAPÍTULO 17 – COBARDE](#)

[CAPÍTULO 18 – CONSTANTES](#)

[CAPÍTULO 19 – MENTIRAS](#)

[CAPÍTULO 20 – MI ÁNGEL SALVADOR](#)

[CAPÍTULO 21 – ROTA](#)

[CAPÍTULO 22 – RECUERDOS QUE DUELEN](#)

[CAPÍTULO 23 – ROTO](#)

[CAPÍTULO 24 – BICHO](#)

[CAPÍTULO 25 – CULPABLE](#)

[CAPÍTULO 26 – ESPEJOS](#)

[CAPÍTULO 27 – INTENTARLO](#)

[CAPÍTULO 28 – ENDORFINAS](#)

[CAPÍTULO 29 – DÉJALO IR](#)

[CAPÍTULO 30 – DELICIOSA](#)

[CAPÍTULO 31 – EL CHAMPIÑÓN](#)

[CAPÍTULO 32 – DULCES AMARGOS](#)

[CAPÍTULO 33 – COMPAÑÍAS](#)

[CAPÍTULO 34 – ¿EXPLICACIONES O EXCUSAS?](#)

[CAPÍTULO 35 – FUE BONITO](#)

[CAPÍTULO 36 – SORPRESA](#)

[CAPÍTULO 37 – CÁLMAME](#)

[CAPÍTULO 38 – MONSTRUO](#)

[CAPÍTULO 39 – AYUDA](#)

[CAPÍTULO 40 – UN GRAN GESTO](#)

[EPÍLOGO I - ADRIEL](#)

[EPÍLOGO II - ALICIA](#)

[EXTRA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

A mis padres, María Teresa y Salvador, por enseñarme que en la vida hay que luchar por lo que uno quiere y por no rendirse nunca conmigo.

Os quiero con toda mi alma, aunque sea una rebelde y a veces no os lo diga demasiado.

A veces la vida no sale como planeas, pero eso no quiere decir que el resultado no pueda ser delicioso.

PRÓLOGO

Es aconsejable volver la vista hacia el pasado para darle valor a lo que vivimos en el presente, pues solo así se podrá construir el futuro deseado.

17 años atrás

A la tierna edad de doce años pocas cosas hacen tanta ilusión como la euforia del último día de clase. Esos nervios que van incrementándose poco a poco con cada segundo que pasa, la sensación de que los minutos se convierten en horas cuando el momento de escuchar por última vez el timbre que marca la finalización del día está cada vez más cerca y, por último, la sensación de libertad cuando arrastras tu silla por el duro suelo de terrazo, uniendo su retumbar al de los demás asientos de todos tus compañeros en una cacofonía metálica.

Es ahí, justo en ese momento en el que agarras la mochila que te ha acompañado durante todo el curso, te encaminas hacia la salida y respiras hondo, cuando la sensación de libertad te provoca una sonrisa soñadora, a la vez que piensas que algo así es lo que deben de sentir los reclusos al abandonar la cárcel.

No debemos olvidar que con doce años casi se está empezando a saber lo que es realmente la vida, así que ni por asomo eres capaz de imaginar tal tormento; de ahí que la comparación sea tan trágica.

En general siempre he sido una dramática empedernida, me viene de serie, intrínseco en la genética desde que pasas de cigoto a embrión, por lo que terminas acostumbrándote más pronto que tarde, tanto tú como los que te rodean.

Haciendo gala de ello, volví a resoplar por enésima vez sintiendo que toda la euforia que había invadido mi cuerpo un par de horas antes, cuando dejé atrás mi último año en primaria, se esfumaba por momentos.

Servir de sujetavelas no era demasiado agradable.

Los culpables: mi hermana mayor y su novio, a los que llevaba padeciendo más de una hora mientras se besaban y cuchicheaban, llenando la habitación que ambas compartíamos de risas contenidas.

Si mis padres se enterasen de que Fede estaba allí otra vez, se la iban a cargar.

—Tengo que ir al baño —dijo ella, sin embargo, al separarse de él, este la agarró por la cintura, volviéndola a atraer hacia su posición tumbado sobre la cama—. En serio —se quejó riéndose—, tengo que ir.

—Está bien —concedió—, no tardes.

—Cuida de ella.

Me señaló con su cabeza, y alcé los ojos al techo a la vez que suspiraba con fuerza.

—Tengo doce años, sé cuidarme sola.

Cuando terminé la frase, Estrella ya había salido de la habitación, dejándome sola con su chico y su séquito de hormonas. Fede sonrió y se movió sobre el colchón, acercándose a mí y revolviéndome el flequillo.

—¿Qué haces, enana? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado, en el suelo y a los pies de mi cama.

—Dibujar.

—¿Me dejas verlo? —curioseó sin perder la sonrisa, pese a mi tono monocorde y la poca atención que le había prestado—. Siempre andas metida en alguna de tus libretas, pero nunca me dejas echarle un vistazo a lo que haces en ellas.

Giré mi cabeza hacia la derecha y lo observé durante unos segundos. Sus rasgos ya no eran los de un niño y los seis años de diferencia que nos llevábamos eran más que evidentes. En ese momento pensé que perfectamente podría pasar por mi padre. Bueno, quizá no tanto, aun así, que él ya hubiese cumplido la mayoría de edad provocaba que mi mente lo catalogase como un adulto serio y aburrido.

Solo que Fede era de todo menos serio y aburrido.

Me caía bien.

—No te rías, ¿eh? —Agarré con fuerza el cuaderno mientras le advertía—. No está acabado y solo estaba pasando el rato mientras mi hermana y tú os dabais el lote. —El aliento que escapó de su boca al soltar una carcajada inesperada arrastró un mechón de mi pelo, el más cercano a su posición—. ¡Que no te rías! —me quejé enfurruñada.

—No me reía de ti —aclaró divertido—. ¿Darnos el lote? ¿Dónde has aprendido eso, enana?

Erguí mi cabeza con dignidad, aparentando una madurez que, claramente, no tenía.

—Sé lo que hacéis mi hermana y tú cuando estáis solos, no soy una niña, ya os lo he dicho.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué hacemos, según tú? —indagó entretenido.

—Cosas...

—Cosas —repitió—. Sí, hacemos muchas «cosas». Hablamos, comemos, dormimos —enumeró, y bajó la voz para decir lo siguiente en un susurro casi inaudible, añadiéndole secretismo—, respiramos...

—Oh, venga, ya sabes a qué me refiero. —Me separé de Fede, llevándome el cuaderno al pecho y escudándome con él. Sentía las orejas ardiendo—. ¿Quieres verlo o no?

—Claro.

Aceptó de buen grado el cambio de tema. Su sonrisa afable y el modo en el que intentaba hacerme sentir cómoda me impulsaron a enseñarle el boceto en el que llevaba una hora trabajando.

La pintura era una de las cosas que más me apasionaban por aquel entonces.

—¡Joder! —exclamó al contemplarlo. Tras unos segundos en silencio, volvió a hablar—. ¿Lo has hecho tú?

—Sí. —Sonreí.

—Eres buena —me halagó agarrando la libreta y colocándola frente a su cara—. Es alucinante cómo le has dado vida a las olas. Es el faro de Costa Serena, ¿no?—Asentí, orgullosa de que mis trazos tuviesen cierto sentido.

»Tienes talento, enana. Haber hecho algo así sin tener la imagen delante... Guau, qué pasada —repitió, admirado—. ¿Me harás alguno a mí?

—¿Quieres que te dibuje el faro?

—No. —Sonrió llevando su vista hasta la puerta por la que entraba de nuevo su chica—. Querré que nos dibujes a nosotros. —La señaló con la cabeza—. Siendo dos carcas y rodeados de nuestros hijos.

Mi risa incrédula llegó hasta Estrella, que se acercó a nosotros y se sentó sobre las piernas de Fede, a mi lado.

—Me apetece ver una peli, ¿qué me dices? —le preguntó mirándolo embelesada.

—Hecho —contestó él pasando las manos por su cintura en un gesto cariñoso, aunque bastante carnal.

—¿No tienes planes para hoy, Ali?

Capté el mensaje oculto en su pregunta, era joven, pero no tonta. Empezar las vacaciones de verano un martes tenía ciertas ventajas, como disfrutar de la casa para ellos solos hasta que mis padres llegasen de trabajar, y una hermana pequeña chafaba cualquier plan. Y yo, puesta a elegir, prefería cualquier cosa antes que seguir aguantando sus arrumacos, la verdad.

—Saldré a dar una vuelta —improvisé.

—¿Con Mat?

—Sí.

Era obvio que Mateo entraría en la ecuación, no nos separábamos desde hacía dos años, cuando llegó al pueblo. Él había pasado por situaciones horripilantes, y yo siempre había estado a su lado para ayudarlo.

Mamá decía que nunca había que dejar a los amigos de lado en los malos momentos, porque en los buenos siempre teníamos a gente alrededor, pero los que se quedaban cuando pasábamos por situaciones difíciles eran los que de verdad contaban, los verdaderos.

Eso nos convertía en los mejores y más verdaderos amigos de Costa Serena y casi del mundo.

—Está bien, no vuelvas tarde, ¿vale?

Asentí mientras me ponía en pie y dejaba mi libreta de dibujo bajo mi almohada. Ellos empezaron a hablar, y yo, sin querer estar metida en la conversación que a todas luces no me incumbía, me apresuré en calzarme para salir, aunque no pude evitar oír parte de lo que se decían.

—¿Me echarás de menos este verano?

—Sabes que sí.

—Yo también. —La voz de mi hermana sonaba lastimera—. No me vas a olvidar, ¿verdad?

—¿Olvidarte? Si me tienes comiendo de tu mano. ¿Acaso lo hice el verano pasado o el anterior?

—Sara va a intentar algo contigo, lo sé —se quejó—. Cada vez que no estoy, le falta tiempo para ir detrás de ti.

—Pero ella no tiene una cosa que te pertenece a ti desde siempre. —Llevó sus manos unidas hasta su pecho, a la altura de su corazón—. Esto de aquí es solo tuyo. Eres la chica de mis sueños y serás la mujer de mi vida, Estrella.

La voz de él sonó tan tierna y segura que evité mirarlos por no interrumpir un momento tan bonito. Estaba a punto de llorar solo de escucharlos.

Esa era otra de mis características, lloraba a la mínima de cambio, desde siempre y por cualquier cosa que me afectase de alguna manera, ya fuese positivo o negativo. A veces odiaba hacerlo, porque sentía que al llorar el mundo a mi alrededor se crecía, pero no podía evitarlo.

Sorbí silenciosa, manteniendo a raya la humedad que empañaba mis ojos.

—Te quiero.

—Y yo a ti, preciosa —le contestó y, tras el sonido de lo que deduje que fue un beso, continuó en tono más pícaro—: Además, lo tengo todo planeado, cuando vuelvas del pueblo ponemos fecha de boda y, en cuanto cumplas los dieciocho, nos casamos.

—Vaya, interesante —bromeó ella.

—Y luego unos cuantos niños, que tu hermana está deseando que la hagamos tía, ¿verdad, enana?

—A mí no me metáis —me quejé sonriendo y encaminándome por fin hacia la puerta para dejarlos solos en la intimidad que pedían a gritos.

—¿Ves? Deseandito...

Mi risa se mezcló con el eco de las suyas cuando cerré la puerta de la habitación a mi espalda y, de buen ánimo, crucé el par de calles que me separaban de la casa de Mat.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Mi hermana y Fede —me limité a contestar poniendo los ojos en blanco.

Él asintió y me pidió que aguardase un momento con un ademán, mientras se echaba su media melena hacia atrás en un gesto muy habitual en él.

—Mamá, ¡me voy con Alicia! —Sin esperar contestación, cogió su riñonera, que colgaba del perchero, y salió de la casa—. ¿Los has pillado otra vez?

Negué con la cabeza componiendo un gesto de repulsión.

—Calla, no me lo recuerdes, qué asco.

—¿Te has parado a pensar que si lo hacen tanto es porque no debe de dar tanto asco?

—Prefiero no pensarlo. ¿A dónde vamos?

—No sé. —Se quedó un momento en silencio—. Fran y los demás están en la Cala de los Amantes.

Su frase, en principio despreocupada, escondía más información de lo que a simple vista parecía, pero, como yo me había convertido en una experta en su lenguaje entre líneas, asentí con la cabeza.

—Vamos.

—¿Ahora?

—Están allí ahora, ¿no? ¿Para qué íbamos a ir luego?

—Estás loca.

—Y tú.

—Ya, lo sé, por eso nos queremos tanto.

Volví a afirmar con la cabeza, corroborando con ello una información tan cierta como que necesitábamos el aire para respirar.

Dejamos atrás el cartel de Los Arenales, urbanización donde vivíamos los dos, y continuamos nuestro camino bajo el sol abrasador de mediados de junio. Pese a todo, nada disminuyó sus ganas de llegar, se le notaba a leguas que mi visita le había servido como excusa para ir, aunque a mí no me apetecía tanto estar allí, sin embargo, la alternativa que tenía en casa se me antojaba impensable.

No había querido unirme al plan porque en clase estuve presente cuando Jesús le explicaba a algunos de los del grupo que las de tercero de la ESO, entre las que se encontraba su hermana, irían allí a tomar el sol. ¿Qué interés le podían encontrar a espiarlas? Por el amor de Dios, algunas veces los chicos parecían de otro planeta, porque a mí la idea no me atraía en absoluto.

Al llegar al lugar tuvimos que hacer tiempo, pues la entrada por la que se accedía estaba aún anegada. Mis padres me tenían prohibido ir hasta allí sola desde hacía un par de veranos, cuando una chica casi se ahoga al intentar cruzar la gruta de entrada. Sinceramente, había que ser un poquito torpe para intentar traspasarla con la marea alta. Toooodo el mundo de Costa Serena lo sabía, aunque lo mismo la chica no era del pueblo, claro. Pero yo sí que lo era, y no pensaba ahogarme un mes después de cumplir los doce años. Me negaba a morir antes de ser una adulta de secundaria.

—¿Lista? —me preguntó Mat con las chanclas en la mano cuando el nivel del agua bajó lo suficiente como para permitir el paso a pie hacia el otro lado.

—Vamos —le animé al apreciar su nerviosismo.

Al llegar no tardamos demasiado en visualizar al ruidoso grupo. La cala tenía forma de media luna y su extensión no era muy grande, así que era complicado esconderse.

Caminamos hacia ellos sintiendo la arena fina escurrirse entre los dedos de nuestros pies.

—Hola, parejita —nos saludó Jesús.

—Hola —contesté sonriendo, a la vez que dejaba mis zapatos en la arena y me sentaba en el hueco libre entre Adriel y Carlos. Mat se quitó la camiseta y, después de contestar un escueto «hola», se fue directo al agua, donde se bañaban Fran y Sergio—. ¿Qué hacéis?

—Aburrirnos por culpa de este idiota —explicó Jesús empujando a Carlos con el hombro—. Nos ha espantado a las tías.

Sonreí mientras ellos reían.

—Tenían unas tetas... —alabó el aludido cuando se recompuso.

—Carlos, por lo que más quieras, no hables así de ellas. Las chicas no somos un trozo de carne —le reprendí por enésima vez en los últimos días, al parecer, el verano les estaba afectando más de lo habitual.

—Llevas razón —admitió—. También tenían buen culo.

Jesús, Adriel y Carlos se echaron a reír mientras yo negaba con la cabeza. Lo malo de llevarme mejor con la parte masculina de la clase era, claramente, estar en inferioridad de condiciones, aunque Mat solía unirse a mi causa.

—Sois unos brutos.

—Venga ya, Ali, no te pongas celosa. Cuando a ti te salgan también te diremos cosas así de bonitas.

—Mejor no, gracias. Prefiero que ni me las miréis.

—Por ahora no hay mucho que ver —me pinchó Jesús, que recibió el codazo de Adriel y un golpe de la camiseta de Mat, que acababa de llegar hasta nuestra posición.

—No te metas con mi chica —le dijo mi amigo, acercándose a mí.

Con las manos se alborotó el pelo, haciendo que minúsculas gotas de agua se dispersasen a su alrededor, mojándome en el proceso.

Pegué un gritito por el contraste entre mi temperatura corporal y el líquido, y me lamenté por no haberme llevado ropa de baño, aunque seguramente, de haberlo hecho, no me habría metido en el agua delante de ellos.

Mat se dejó caer a mi lado y pasó su brazo por mis hombros.

—¿Ya os dais besos y todas esas cosas? —nos preguntó Fran, ajeno a la mirada que le dedicó mi amigo, cargada de intenciones.

—Por supuesto que no. —Mi contestación rotunda y vehemente atrajo la atención de todos—. Mat y yo no somos novios —aclaré.

—Claaaro, y yo no soy pelirrojo —bromeó Carlos.

—¡Zanahorio!

—Capullo.

—Imbécil.

Comenzaron a insultarse los unos a los otros como siempre hacían, y levanté la voz para hacerme oír.

—Yo ya tengo planeado mi primer beso. —Atraje la atención de todos de inmediato—. Y será muy especial. Mat me miró y me guiñó uno de sus estrechos ojos color aceituna, dando alas a los planes que él ya conocía al dedillo de tantas veces como lo había escuchado de mis labios.

»Será aquí mismo, al atardecer, cuando se pueda ver a los amantes en el horizonte. —Señalé al punto donde empezaban a vislumbrarse las conocidas rocas por las que la cala recibía el nombre, las cuales se unían en un beso efímero, justo cuando la marea estaba en su pico más bajo—. Entonces, y solo entonces —recalqué—, fundiré mis labios con el chico más especial del

mundo, que será el que me robe el corazón.

—Qué cursi...

—¿Quieres ir practicando conmigo? —bromeó otro.

—Es un plan perfecto —murmuré soñadora.

Me abstraí de sus voces y burlas infantiles, llevando mis ojos hacia el horizonte y dejando volar mi mente entre las olas hasta una realidad paralela, en la que ese chico sin rostro, que me daba el mejor primer beso de la historia de la humanidad, se convertía en algo tangible y real.

Lo que en ese momento no me podía imaginar era que el dueño de los labios que me besarían por primera vez había escuchado mi apasionado discurso y un leve rubor casi inapreciable había teñido sus mejillas mientras me observaba en un silencio que gritaba demasiadas cosas.

CAPÍTULO 1

OTOÑO

*Tú y yo comenzamos nuestra relación aquí.
¿Sientes los mismos nervios que yo?*

Actualidad
Jueves, 1 de octubre

Todas las buenas historias dan comienzo en otoño, y esto no es algo que suelte a la ligera, así porque sí. Tengo datos que lo avalan.

Por enumerar algunos: un otoño no demasiado lejano se había inventado el microondas, ese pequeño aparato tan necesario y valioso en nuestro día a día; también nacieron personas tan importantes como el creador del ketchup y el de la margarina, y además se festejaba el día del café, uno de mis mayores vicios.

Y sí, mi época favorita del año siempre había sido esa, quizá por el punto trágico que tenía el desnudar de los árboles, que, aunque veían caer todas sus hojas, ellos seguían en pie, esperando la llegada de cosas mejores.

Cuando el mundo debatía su preferencia entre el frío y el calor, yo concluía que era mucho mejor un término medio; días en los que solo apetecía tumbarse en el sofá y cubrirse con una manta mientras escuchabas el viento silbar en el exterior, así como otros en los que el sol apretaba y nos regalaba de nuevo su calor.

¿No era maravilloso poder tener ambas opciones y no estar obligados a elegir?

Sabía que no todo el mundo opinaba igual que yo; sin ir más lejos, mi hermana detestaba esa estación porque alegaba que nunca sabía cómo acertar con la ropa. No obstante, teníamos la suerte de vivir en la ciudad europea que más sol recibía al año, con una temperatura media superior a dieciocho grados y una estimación de horas de sol dignas de estudio; eso sí, admitía que a veces tenía un poco de envidia por esos otros lugares en los que llovía días y días seguidos.

En Costa Serena montábamos una fiesta si teníamos la suerte de que cayesen cuatro gotas.

Por cierto, mi nombre es Alicia y, aunque a veces lo hubiese querido, no vivía en el País de las Maravillas. De hecho y para más señas, ni siquiera lo hacía en una casa, y es que algunas cosas de mi vida no eran demasiado típicas, a decir verdad.

Podía poner algún ejemplo de esas pequeñas cosas que hacían de mi existencia algo diferente a la de un humano hembra común que aún no había alcanzado la treintena, como por ejemplo que me llevaba bien con todos y cada uno de mis exnovios. Bueno, con algunos hacía tiempo que no hablaba, pero no por haber acabado mal, sino por la distancia o los caminos que habían ido tomando nuestras vidas. De hecho, uno de ellos, Leo, que había sido mi última pareja y estuvimos juntos durante dos años, en ese entonces era mi mejor amigo, compañero de trabajo y paño de lágrimas a tiempo completo.

Otra de las cosas que consideraba importantes de mencionar era que lloraba. Lloraba mucho, quizá más que la media universal... Y, pese a que lo había intentado, no había conseguido rebajar la intensidad con la que vivía las cosas; la vida era así..., no la había inventado yo.

Como ese otro pequeño detalle respecto al espacio que ocupaba en el cosmos, demasiado amplio según el criterio de algunas personas intolerantes y un poco exigentes con todo lo que les

rodeaba. Estaba al tanto de que mi talla era un tema controvertido, lo sabía de primera mano, pero ¿qué importancia podía tener mi cuerpo a ojos de otras personas a las que no les incumbía si pesaba diez kilos más o menos? ¿Desde cuándo el cuerpo de alguien era un tema de debate para el resto del mundo?

Tristemente así era, y yo simplemente era una chica grande, de constitución robusta, sana, con lo que consideraba unas curvas bonitas y mucha autoestima forjada a base de lágrimas. No había querido convencer a nadie de que a los gordos había que querernos igual o mejor, porque nunca me había gustado forzar a la gente a hacer nada, pero me parecía triste... Tan solo quería que quien me quisiera lo hiciese bien y por voluntad propia.

Y bueno, dejando ese tema aparte, mi trabajo era otra de las cosas especiales en mi vida, porque, aunque pagaba religiosamente el —desmedido y poco rentable— impuesto de autónomos, mi principal fuente de ingresos era mi canal de repostería.

También era el culpable de que mi profesión me apasionase tras varias experiencias decepcionantes.

Estudié Gastronomía y Artes Culinarias y, tras algunos intentos laborales poco satisfactorios y muy decepcionantes, decidí que, a pesar de que me entusiasmaba la cocina, no quería pasarme toda mi vida metida entre los fogones de un restaurante. Ese no era mi sitio.

Leo fue el que me animó a abrirme un canal en YouTube, cuando comenzamos a salir y veía lo mal que lo pasaba y lo poco satisfecha que estaba con mi profesión. Él me convenció con la idea de poder expandir, desde casa, mi pasión por todo el mundo; su idea me atrajo desde el principio, me embarqué en ella con su ayuda, y poco a poco el canal se fue convirtiendo en una gran familia que tenía una cosa en común: la comida.

Todo el mundo comía; altos, bajos, delgados, orientales, caucásicos, mujeres, niños, bomberos... Era algo que necesitábamos para sobrevivir, así que yo intentaba hacer, de nuestra necesidad, un placer.

Para mí era inconcebible imaginar que no a todo el mundo le gustase comer, por lo que regalaba dosis de pasión y hacía partícipes a mi recién estrenado millón de seguidores de muchas de las cosas que ocurrían en mi canal: Misschelines.

Y, si todo esto no había sido suficiente para justificar que mi vida era un poco diferente a lo estipulado como «normal», estaba el dato de que, desde siempre, me había llevado mejor con el sector masculino de la población que con el femenino. También el hecho de que tenía siete sobrinos y no descartaba que cayese alguno más, todos dignos hijos de mi hermana y su marido. ¡Ah! Y, como colofón, vivía en su garaje.

Sí, sí. No me había equivocado: garaje.

Una vez dentro no te dabas ni cuenta de que esas cuatro paredes —literalmente cuatro— fueron concebidas en su momento para guardar vehículos y no para servir de morada de una preciosa y talentosa soltera, pero a las cosas había que llamarlas por su nombre.

—¿Qué te pasa, tata? —me preguntó mi sobrina mayor, Alana, trotando a mi lado.

—Nada, ¿por?

—Estás muy callada, ¿verdad, papá?

Mi cuñado asintió, y yo me encogí de hombros, sin perder el ritmo de zancada.

—¿Es tan raro que me limite a pensar y no hable?

—Sí.

—Sí.

Sus respuestas casi simultáneas me hicieron resoplar.

—Maravilloso.

—Enana, si fueses muda, reventarías, admítelo —me dijo Fede divertido.

Yo me limité a sacarles la lengua y a apretar el paso, dejándolos algo más rezagados. La soledad me duró poco, en un par de segundos los tenía de nuevo franqueando mis costados.

Mientras ellos hablaban sobre uno de los profesores del colegio, yo observaba cómo las vecinas se tronchaban el cuello un día más al vernos pasar, esperando la cita como si del mismísimo macizo del anuncio de Coca-Cola se tratase.

El fisioterapeuta de Costa Serena nos tendría que dar una comisión por todas las cervicales que trataba gracias a nuestras salidas semanales y no me extrañaba en absoluto, mi cuñado levantaba pasiones en el barrio y no era para menos, estaba para darse un atracón a manos llenas y luego rechupetearse los dedos con alevosía y desenfreno; de algo tenía que servir dedicarse laboralmente al culto del cuerpo, aparte de para la poca apetecible tarea de oler sudor ajeno.

Su hija adolescente también se dio cuenta de que éramos el foco de atención de la calle una vez más y puso los ojos en blanco. El gesto no pasó desapercibido para él, que me miró y me guiñó un ojo, cómplice. Ambos sabíamos lo que ocurriría al volver a casa y no nos equivocábamos.

Cuando regresamos, como siempre, ella se quejó a su madre mientras una jauría de niños reclamaba también parte de la atención materna, algo a lo que mi hermana mayor ya estaba más que acostumbrada.

Era digna de una mención honorífica real por aguantar aquello cada día, cada hora y cada segundo.

Entonces, Fede se acercó a su espalda, la abrazó y besó su cuello, en un gesto que, aunque se repetía cada vez que salíamos a correr, la cotidianeidad no le robaba ni un ápice de ternura ni hacía que se terminase convirtiendo en algo mecánico.

Estrella se quejó porque se había pegado a ella todo sudado —aunque en el fondo adoraba ese momento— y los mandó a darse una ducha sin perder la sonrisa de su cara.

Yo, apoyada en la barra de la cocina, contemplaba la estampa sintiéndome la persona más afortunada del mundo por tenerlos a mi lado, con sus ruidos, sus llantos, sus pañales sucios y su amor rebosante en cada esquina de esa casa, y una vez más no pude evitar preguntarme si alguna vez tendría lo mismo que ellos, sin tantos niños en la ecuación, claro, no estaba tan loca.

—Tú también deberías darte un agua, hueles regular.

Lo soltó como quien no quiere la cosa, pasando por mi lado tras haber despedido a los niños, que subieron las escaleras tras su padre con el mismo ímpetu que el batallón en el desembarco de Normandía. El único que nos acompañaba aún era Guille, el regordete de ocho meses que jugaba en el parque infantil instalado entre el salón y la cocina.

Instintiva y levemente llevé la cara hacia mi axila, buscando un rastro de mal olor y, antes de que pudiese rebatir su queja y explicarle que pretendía pasar un momento juntas, el sonido de la puerta de entrada al cerrarse captó mi atención.

Gracias al concepto abierto de la planta baja vi cómo Leo entraba, seguido de nuestra adorable y parlanchina Juani, la señora que desde hacía varios años venía a ayudar con las labores de la casa.

—Hola —les dije y lo miré a él mientras se acercaban hasta nosotras—. Llegas pronto.

—Llego puntual.

Comprobé el reloj que reposaba en una de las paredes del salón y me di cuenta de que se me había hecho tarde, otra vez.

Mierda.

Él me observó resignado y saludó a mi hermana, que desvió un momento la vista de los

fogones para devolverle el saludo. Juani me sonrió con complicidad y me señaló con la cabeza a Leo. Estaba empeñada en que éramos almas gemelas y solo era cuestión de tiempo que volviésemos a estar juntos.

Juani era una romántica empedernida la mayor parte del tiempo y también, la persona que más sabía de todos en el pueblo. Algunos la tachaban de cotilla, pero yo prefería decir que era la Wikipedia de Costa Serena.

—Me doy una ducha rápida y empezamos —le prometí.

—Espero que te queden aún de esos palitos de pan con sabor a *pizza* del otro día.

—Mejor —le contesté sonriente a la vez que abría la puerta que conectaba con mis dominios —. Hice ayer bombones de calabaza con chocolate.

—No suena muy apetecible.

Contrajo el gesto haciendo que sus pecas se moviesen por su cara como si tuvieran vida propia. Le di un beso en la mejilla cuando le cedí el paso y, sacando la cabeza, me despedí de mi hermana y Juani, las cuales no me prestaron demasiada atención mientras trajinaban juntas.

Al llegar a mi pequeño apartamento sonreí. A Leo le había faltado tiempo para asaltar la despensa de mi pequeña cocina y hacerse con varias cosas que reposaban en la encimera.

—No te lo comas todo, tenemos que grabar y necesito ingredientes.

—No haber llegado tarde —rebatí puntilloso.

—He salido a correr, ya lo sabes.

—Correr es de cobardes.

—Eso es lo que dicen los vagos —le piqué.

—Eso es lo que dice alguien listo que prefiere quedarse sentado a sudar mientras va a ninguna parte.

Me reí y negué con la cabeza.

—Sí que vamos a alguna parte, además, ¿qué me vas a contar tú? ¿Te recuerdo que mi cuñado fue tu entrenador personal?

—Eso fue hace mucho, ya no me hace falta. —Olisqueó un trozo de queso de la nevera y volvió a depositarlo en el estante.

—Tienes suerte de comerte un kilo de helado y afectarte lo mismo que medio pomelo —me quejé—, así que mejor te callas.

—Metabolismo ideal se llama... Tú espera a dar el estirón, que ya verás.

—Eres tonto.

Él me sonrió burlón, dándole un bocado a uno de los bombones.

—Están buenos —admitió, y yo sonreí triunfal unos segundos—. ¿Te vas a quedar ahí parada mirando cómo me como tu comida o te vas a duchar? Te recuerdo que tenemos que trabajar.

—¿Sabes? A veces odio que seas tan puntual.

—Ali, cariño, los que tendríamos que odiar tu impuntualidad somos el resto de los mortales. Ahora, a la ducha. —Me señaló con la mano el único habitáculo con puerta del apartamento.

Asentí a la vez que me hice con ropa limpia y me apresuré a entrar en el baño.

Entorné la puerta lo justo para tener intimidad, pero poder escuchar a Leo.

—Me ha escrito Mat —mencioné al poco, enjabonándome el pelo.

El silencio al otro lado de la mampara me hizo pensar que no se había enterado, pero unos segundos después la puerta se abrió y la figura borrosa de Leo inundó el espacio.

—¿Mat?

—Estaría bien ducharse sola, ¿sabes? —solté sarcástica.

—¿Te refieres a Mat, tu amigo que vive en Madrid?

Puse los ojos en blanco y escupí el agua que había caído en mi boca.

—¿Es que acaso conocemos a otro Mat? —No lo dejé responder y continué—: Me ha dicho que va a haber una reunión de antiguos alumnos en el colegio.

—Uf. —Resopló—. Qué divertido.

—Han creado un grupo para que retomemos el contacto con los que se fueron del pueblo y que así sea menos frío e impersonal.

Escurrí mi pelo y agarré la toalla colgada sobre la mampara.

—Y no te apetece ni un poquito.

Me quedé pensativa.

—La verdad es que no estoy segura. Por un lado tengo ganas de ver a los que se marcharon, pero por otro..., no sé.

Abrí la pantalla de la ducha y lo observé. Él masticaba profusamente a la vez que me devolvía la mirada. Su pelo largo y naranja destacaba en contraste con los azulejos blancos de la pared en la que estaba apoyado.

—Yo no iría. En mis tiempos no se estilaba lo de las reuniones después de acabar los estudios.

Me reí por su expresión a la vez que me enrollaba la toalla del pelo a modo de turbante.

—En tus tiempos... ¿Cuáles son esos? ¿En los que jugabas con los dinosaurios?

—Qué graciosa.

—Admítelo, en vez de perro tenías de mascota a un velociraptor.

Él me miró divertido y me lanzó un trozo de bombón antes de salir del baño.

Yo me reí a la vez que esquivaba el proyectil.

—Vístete, tenemos que grabar y no pienso quedarme hasta tarde, esta noche tengo una cita con Daenerys, la legítima soberana de los Siete Reinos, y no pienso dejarla plantada por ti.

—Lástima que ella no sepa ni que existes —le grité entretenida a la vez que me comenzaba a poner la ropa—. Además, ¿quién te va a aguantar a ti que no sea yo, la legítima reina de mi garaje?

Su carcajada rebotó entre las paredes del baño, y me apresuré a vestirme y adecentar mi pelo.

CAPÍTULO 2

UNA ESCAFANDRA

No es moco de pavo..., ¿o sí?

Actualidad
Lunes, 5 de octubre

—¡Oh, Dios mío! —Gemí cerrando los ojos—. ¡Qué delicia!

—¿Quieres más?

Me relamí los labios y tragué, volviendo a enfocar la vista en los ojos cálidos que me observaban.

—No creo que pueda...

—Tonterías —sentenció sin hacer caso a mis palabras—. A mis churros no se les puede decir que no, ya lo sabes.

—¿Me estás cebando para Navidad? —le pregunté divertida—. En serio, Juani, no me entra ni un trocito más.

Ella me miró torciendo la cabeza en un gesto admonitorio, pero sin perder la sonrisa.

—Está bien... —Retiró el plato que me había vuelto a servir—. Estos te los guardo para merendar.

Sonreí y negué con la cabeza, sabiendo que era casi imposible llevarle la contraria a esa mujer. Terminé de tomarme el café observando cómo recogía los restos del desayuno de mis sobrinos, que se habían marchado hacía media hora al colegio.

—¿Sabes algo de los planes de mi hermana?

—Me dijo que después de dejar a los niños tenía que ir a la ciudad y que llegaría a la hora del almuerzo. Se llevó a Guille —contestó en sus quehaceres—. ¿Va a venir Leo hoy?

Elevé las cejas y me reí. Ella y su obsesión platónica por Leo.

—Sí, no tardará en llegar.

—¿No sería más fácil que se instalase de nuevo en tu apartamento? —comentó como si tal cosa, moviendo sus piecitos pequeños de un lado para otro de la cocina a la vez que trabajaba—. Así no tendría que estar todo el día arriba y abajo. Los jóvenes sois muy modernos para esas cosas, ¿no?

Le contesté con un gesto suspicaz y me levanté con la intención de llevar mi plato y la taza hasta el lavavajillas, eludiendo claramente el tema, pero ella me interceptó y me los quitó de las manos, agarrándolos con las suyas, algo más castigadas por la vida y la edad.

—Buenos días —saludó mi cuñado entrando por la puerta de la cocina que daba al exterior—. Juani. —Le dio un beso en la mejilla—. Enana. —Hizo lo propio conmigo.

—Buenos días, Federico —contestó ella con cariño, acercándole un termo con café recién hecho.

—Eres la mejor.

Juani sonreía satisfecha cuando él le estampó un nuevo y sonoro beso en su mejilla regordeta.

—¿Churros? —me preguntó Fede alzando una ceja inquisitivo al ver el envase a mi lado con la prueba del delito—. Esta tarde los sudarás a base de bien, que lo sepas.

—Te pueden los celos, cuñado.

Le dediqué un gesto picajoso, y él me revolvió el flequillo antes de salir de nuevo en dirección al exterior, donde, cruzando la piscina y un tramo del jardín, llegabas al camino que conectaba con la edificación diáfana y de una planta en la que tenía instalado su estudio de entrenamiento.

Cuando se hubo marchado, Juani me miró cómplice.

—Ahora le toca con Amanda.

Resoplé.

Amanda era una mujer de más de sesenta años que se negaba a seguir los cánones de belleza conforme a su edad y se vestía, se maquillaba y se cuidaba como si tuviese muchos menos. Y no es que eso estuviese mal, claro que no, pero en el proceso también intentaba tirarle los trastos a Fede, aprovechándose de que era su entrenador personal y se podía arrimar con la excusa de los ejercicios.

Menos mal que él estaba acostumbrado y sabía cómo capear el temporal, aunque tenía que reconocer que presenciar algunas de sus salidas de tono era incómodo, cuanto menos.

El cómo Juani conocía la agenda de mi cuñado ni me lo planteé, esa mujer sabía latín.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Por mucho que se estire la cara, y se vista como una pilingui —susurró cómplice—, lo de ahí abajo no miente. A nuestras edades ya se va arrugando y empieza a colgar como el moco de un pavo.

Entrecerré los ojos y arrugué la nariz, imaginándome la estampa que había descrito.

—Juani, por lo que más quieras, que acabo de desayunar...

Ella se carcajeó y el sonido de su risa me contagió a los pocos segundos, acabando las dos en carcajadas estruendosas. Leo nos encontró llorando literalmente de la risa un momento después.

—¿Qué pasa? —indagó sonriendo al ver que, cuando intentábamos calmarnos, volvíamos a estallar en carcajadas de nuevo.

En un momento dado Juani hizo una seña excusándose y se marchó al baño, y yo volví a reírme aún con más fuerza.

—¿Ya? —me preguntó Leo cuando respiré hondo intentando serenarme.

Me sequé las lágrimas con los índices y asentí.

—Uf, sí. —Ahogué otro amago de carcajada y volví a coger aire, acercándome a él y dándole un beso en su mejilla—. ¿Qué tal? ¿Has descansado?

—Sí, he dormido como un angelito.

Nos despedimos de Juani y abrimos la puerta que conectaba con mi apartamento, justo al lado de las escaleras.

—Te has dejado las llaves puestas —le reñí agarrándolas y tendiéndoselas—. Y se supone que las tienes como medida de prevención. La que suele perderlas soy yo, ¿recuerdas?

—Para todo hay una primera vez —contestó guiñándome un ojo a la vez que entraba y se recogía el pelo en su habitual coleta de editar.

—Juani dice que tendríamos que volver a vivir juntos.

Él me miró con una mueca cómica y un gesto de galantería.

—La tengo en el bote.

—Ya te digo —admití mientras me sentaba a su lado.

Aunque el apartamento tenía unos escasos veinticinco metros cuadrados, la tarea realizada por mi hermana y el estudio de decoración de interiores donde trabajaba hacía que cada rincón se aprovechara al máximo.

Por ejemplo, haciendo el mismo recorrido que realizamos Leo y yo desde dentro de la

vivienda de mi hermana —antigua conexión del garaje con la casa—, accedías directamente a la parte de mi dormitorio. Nada más abrir la puerta te encontrabas a la derecha con un armario empotrado y frente a él, la cama japonesa a ras de suelo, con muchos cojines y dos salientes laterales a modo de mesillas de noche, que me habían regalado en más de una ocasión unos bonitos cardenales en los tobillos.

A modo de separación, y para aportar algo de intimidad a la zona de la habitación, hacía unos meses instalé en el techo unos rieles donde coloqué unos preciosos paneles japoneses blancos con flores de cerezo dibujadas que encontré en una tienda de segunda mano, a juego con la decoración del mismo estilo de esa zona.

Pasando el dormitorio en línea recta, te encontrabas con cinco escalones que dividían los dos niveles del apartamento. En la parte inferior izquierda, había dos estancias que compartían ubicación, por un lado estaba el salón, con un sofá cómodo, aunque no demasiado grande; una pequeña mesita central, y la televisión colgada en la pared frente a él.

Tras el sofá estaba la zona de trabajo. Ese pequeño rincón me encantaba. Habíamos ajustado un tablero que hacía de mesa al saliente que había por la doble planta, por lo que el ordenador reposaba prácticamente a ras del suelo de mi dormitorio, haciendo de él un lugar original, práctico y muy aprovechado.

Si conforme bajabas las escaleras del dormitorio girabas a la derecha, podías ver la cocina ubicada en la pared, compacta y pequeña, pero con una isla de un tamaño aceptable y, pegado a un trozo de la pared en el que instalamos ladrillo visto, se ubicaba el pequeño comedor de dos plazas.

Tanto la isla como la mesa de comedor era el lugar habitual en el que solía grabar los vídeos para el canal.

El baño estaba en la parte trasera del armario de mi dormitorio. Era, quizá, la zona que menos me gustaba del apartamento, ya que, aunque la decoración era muy coqueta, no tenía demasiado espacio y a veces me sentía como una sardina enlatada, sobre todo en la ducha esquinera, en la que apenas podía mover los brazos para lavarme bien el pelo. No todo iba a ser bueno, ¿verdad?

—¿Has podido pasar los vídeos del viaje?

—No, aún no. Se me han pegado las sábanas —admití.

No es que nos hubiésemos ido de viaje de fin de semana idílico, nada más lejos de la realidad, sino que una vez al mes y para el canal visitábamos un punto de España en el que descubríamos los mejores lugares para comer y también aprovechábamos para compartir con uno de nuestros seguidores una experiencia culinaria. Esa sección la habíamos bautizado: «*Misschelines por el mundo*», y a los seguidores les encantaba.

Al escucharme, Leo negó con la cabeza y me miró con una ceja alzada, intentando una mueca seria que más que respeto me provocó risa.

—¿Intentas algo con esa cara? Parece que se te haya quedado atorado un eructo.

—Serás...

Con su dedo índice hurgó en mi costado, buscando el punto exacto en el que sabía que no podía soportar las cosquillas. Me quejé, le advertí sería, y, a pesar de que él paró, me mantuve a una distancia prudencial por lo que pudiera pasar.

Comenzamos a descargar en el ordenador los vídeos que habíamos hecho en nuestra última escapada y, una vez listo el contenido, le dimos forma a la composición cortando las partes menos interesantes, guardando las tomas falsas para el final, añadiendo música, encuadrando las transiciones y aportándole el punto cómico con el texto y los efectos. Podía sonar a chino, a mí al principio también me lo parecía, pero realmente no era tan complejo, aunque si en mis inicios no

hubiese tenido al lado a Leo, que conocía un poco el tema de la edición y se empapó de lo necesario, el resultado habría sido una cagarruta.

Estuvimos tan enfrascados en la edición que cuando nos dimos cuenta era casi la hora del almuerzo, así que preparé algo rápido de picoteo para comerlo en la misma mesa del ordenador y poder dejar el trabajo terminado.

—Listo. —Se estiró un rato después hacia atrás en la silla giratoria, crujiendo su cuello con el movimiento—. Solo falta la intro. ¿La grabaste?

Lo miré orgullosa por mi hazaña, ya que esta vez no me había olvidado.

—¿Lo dudabas?

—No hace falta que te conteste a eso, ¿verdad?

—Idiota.

—Métela y habremos acabado —contestó sin un ápice de arrepentimiento por su falta de confianza hacia mi persona—. Voy a mear.

Busqué el archivo y lo añadí al inicio, repasando todo por si había algo que pulir. Cuando acabé pulsé el botón de reproducción y mi voz grabada hacía tan solo unas horas, antes de acostarme y aprovechando el maquillaje y la ropa con la que había vuelto del viaje, resonó por el apartamento:

—¡Hola, sabrosuras! Espero que estéis de rechupete... ¿Qué? ¿Preparados para una nueva entrega de *Misschelines por el mundo*? En esta ocasión he visitado Ciudad Real y he conocido a unos encantadores seguidores de Villanueva de los Infantes, pueblo con fama de ser uno de los más bonitos de la zona y donde...

—Donde me puse tibia a comer berenjenas de Almagro. —Escuché a Leo detrás de mí, imitando cómicamente mi voz—. Y luego me pasé toda la noche despertando a mi cámara de la peste.

—¡Leo! —me quejé mirándolo abochornada.

—¿Acaso es mentira?

—Por lo que más quieras, solo fue uno y se me escapó.

—Uno despierta, dormida fueron unos cuantos más. —Abrí los ojos, horrorizada, y negué con la cabeza—. Aún me hace gracia tu pudor para este tema. Para la próxima recuerda pedir habitaciones separadas.

—No tenemos presupuesto para eso.

—¿Y para una escafandra? —preguntó locuaz, siendo consciente de la vergüenza que estaba pasando—. ¿Mascarillas? ¿Ambientadores de pino?

—Para, Leo. En serio.

—Está bien. —Se rio y me besó la mejilla, la cual sentía arder—. ¿Crees que me darían la baja por intoxicación de metano?

—¡Leo! —le chillé—. No seas gilipollas.

Él levantó las manos en señal de rendición y se rio por lo bajo, andando de espaldas hacia el sofá, donde se dejó caer quedándose tumbado.

Solté el ratón del ordenador y guardé el archivo con la edición finalizada.

—En un rato he quedado con Fede, ¿te vienes? —le pregunté.

Me miró frunciendo el ceño.

—No.

—El deporte es muy sano —contesté cantarina.

—Ven, Ali. Quiero contarte algo. —Me pidió repentinamente serio y sin hacer ningún comentario hilarante sobre mi frase, lo cual me resultó raro.

Le observé sin terminar de fiarme, porque le conocía y sabía que le encantaba hacerme rabiar o meterse conmigo.

—Nada de hablar sobre flatulencias —le advertí.

—Prometido.

Me senté a su lado y su mirada me puso en guardia. Algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —Observé cómo su pecho se hinchaba al coger aire y se mantenía en silencio unos segundos más, mirándome cauteloso—. ¡¿Qué...?!

—¿Recuerdas el viaje a Alicante?

—Sí... —respondí dudosa—. ¿El de la seguidora embarazadísima que nos tuvo toda la cena agobiados por si se ponía de parto? —Asintió—. ¿Qué pasa? Siguen bien la chica y el bebé, ¿no?

Afirmó con la cabeza y, viendo que no continuaba, le hice un gesto para que se explicase de una vez.

—¿Te gustó la ciudad?

—Sí..., es bonita.

—¿Y te importaría visitarla en más ocasiones?

Mi cara de no entender nada pareció resultarle graciosa, porque se mordió el labio aguantando una sonrisa.

—¿Para el canal?

—No, precisamente.

—Leo, por lo que más quieras, suéltalo ya.

—Me han ofrecido un puesto en el equipo de conservación del Museo de Arte Moderno de Alicante.

La bomba cayó con fuerza, tanta que pude visualizar el estallido a mi alrededor y cómo todo volaba por los aires, convirtiendo la estancia en un caos absoluto mientras yo seguía en el sofá, a su lado, mirándolo mientras asimilaba sus palabras.

Sus ojos brillantes por la emoción de la noticia, pero a la vez temerosos por mi reacción, no dejaban de observarme, y yo hice lo que tan bien se me había dado siempre: Llorar.

Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras le daba un abrazo y le decía que me alegraba por él de corazón, porque sabía que llevaba tiempo queriendo encontrar un puesto de lo suyo, aunque estuviese a más de doscientos kilómetros de distancia de mí.

Desde que nos conocimos nunca habíamos estado separados más de veinticuatro horas, aun así, comprendía que no había estudiado Historia del Arte para dedicarse profesional y eternamente a ser mi cámara y editor; era algo que ya sabía. Tarde o temprano iba a llegar el momento, aún con todo, había rezado para que no fuese demasiado pronto.

En el instante en el que ese pensamiento cruzó por mi mente, me reprendí a mí misma, pues sabía lo importante que podía ser para cualquier persona sentirse satisfecha laboralmente, lo importante que fue para mí y, al igual que me apoyó cuando vio que me iba consumiendo más y más en la cocina del restaurante, él también tenía derecho a sentirse pleno con lo que hacía y mi deber, aunque me costase, era sentirme feliz por él.

Ya averiguaría cómo lo iba a hacer con el canal, saldría de esa o eso quería creer, aunque nunca hubiese imaginado que su decisión de marcharse, obligándome en cierta manera a salir de la confortabilidad de mi nido y buscarme las mañas para aprender de cualquier modo a volar, acarrearía unas consecuencias del todo inesperadas y que cambiarían mi vida para siempre.

En ese momento no lo supe, pero más tarde me di cuenta de todo lo que le tenía que agradecer a Leo por tomar una decisión tan valiente.

—Ali, cariño... —Me acarició el pelo cuando me escuchó hipar—. ¿Estás bien?

—Claro. —Sorbí por la nariz e intenté recomponerme a la vez que me separé de nuestro abrazo—. Es una magnífica noticia, de verdad que sí.

—Aún quedan tres semanas para marcharme. Me lo han dicho con bastante antelación porque saben que tengo que dejar organizado mi traslado. —Se iba. Se iba en tan solo tres semanas... Asentí en silencio—. Estaremos a tres horas de camino, eso está ahí al lado —añadió esperanzado.

—Lo sé, ahí al lado —repetí e intenté no montar un drama; juro que lo intenté con todas mis fuerzas, pero no pude dejar de llorar—. Es genial.

Él volvió a atraerme hasta su pecho. Yo inhalé el olor tan conocido de su ropa, mezcla del suavizante cítrico que utilizaba y el aroma con un punto a canela de su piel.

—Te prometo que vendré en cuanto tenga unos días libres. No vas a librarte tan fácilmente de mí, sigo siendo el guardián de tu garaje.

Me reí irremediablemente en medio de las lágrimas.

—¿Por eso insististe tanto en que este mes hiciésemos dos viajes para el canal? —le pregunté cayendo en el dato.

—Cabía la posibilidad de que me diesen el puesto, ya habíamos hecho la entrevista por videollamada y, a pesar de que no sabía qué podía pasar, no quería dejarte con el marrón de tener que viajar sola si al final me daban el trabajo. Así tienes el mes que viene algo más tranquilo, eso sí, diciembre es tooodo tuyo.

Me colgué de su cuello y le besé la mejilla con todas mis fuerzas. Pensaba darle en esas tres semanas todos los besos que la distancia nos iba a prohibir.

—Gracias, eres el mejor.

—Menos mal, con lo que te has quejado por el gasto doble este mes a cuenta de mi idea, pensé que ibas a despedirme —bromeó—. Estarás bien. Encontraremos a alguien que te ayude.

—Ojalá.

—Ya verás que sí, todo va a salir bien.

—¿Me lo prometes?

—Palabra de pelirrojo.

—Te quiero, y te voy a echar de menos.

—Y yo a ti, Ali, pero no te despidas todavía, que aún tienes Leo para rato.

Le sonreí algo más calmada, aunque sabía que las próximas tres semanas se me iban a pasar como un suspiro.

Sí, también sabía que iba a llorar más de lo normal, y eso ya era decir.

CAPÍTULO 3

EMPODERADA

Muestra tus curvas con orgullo, que para presumir de huesos ya tendremos toda la eternidad.

Actualidad
Viernes, 16 de octubre

La noticia de que Leo se marchaba de Costa Serena no pareció coger por sorpresa a ninguno de nuestros más allegados, pues, como mandaba la tradición, la única que parecía vivir en el País de las Maravillas, en el que siempre tendría a mis seres queridos conmigo sin mayores dramas, no era otra que Alicia, es decir: yo.

Me costó hacerme a la idea de que ya no lo tendría revoloteando por el apartamento, comiéndose mi comida y picándome continuamente. Habían pasado cuatro años desde que nos conocimos, una mañana en la que me presenté con un aspecto deplorable tras un turno de noche en el restaurante infernal y coincidió que él tenía su primera sesión con mi cuñado, que se iba a encargar de ponerlo en forma.

Su pelo corto, grueso y naranja; su piel clara, llena de pecas, y la forma en la que escondía su cuerpo tras ropa poco favorecedora llamaron mi atención, pero fue su mirada lo que más me conmovió.

Desde que nuestros ojos se encontraron se creó algo, un vínculo. No sé decir qué fue lo que ocurrió en esos escasos segundos, pero vi todo lo que tenía dentro; una mezcla de frustración, valentía, dolor, un poco de miedo y mucha fuerza interior.

Su mirada me transmitió lo perdido que estaba y su acento del norte me reveló que había llegado a Costa Serena alejándose de su entorno, huyendo de alguna manera.

Desde ese día comenzamos a hablar y a forjar una relación que se hizo muy fuerte en pocas semanas. Pasábamos mucho tiempo juntos, tanto como mi trabajo en el restaurante me permitía, y desde entonces prácticamente no nos habíamos separado. En esos cuatro años habían cambiado muchas cosas en él, tanto por fuera como por dentro.

En aquella primera etapa Leo sentía que estaba encerrado en un cuerpo ajeno, lleno de complejos, dudas y sufrimiento. Un cuerpo que había sido fruto de algo doloroso y que, cada vez que se miraba al espejo, recordaba. Había padecido un trastorno alimenticio importante a raíz de la muerte de su único hermano, refugiándose en la comida para intentar calmar el dolor que sufría y creando una relación tóxica con ella.

Afortunadamente, consiguió recuperar hábitos saludables y, con el paso del tiempo, el entrenamiento —el cual siempre había odiado con toda su alma— y la ayuda psicológica necesaria, fue mejorando hasta estar recuperado por completo.

Y, aunque la lectura de todo aquello ya me la sabía, ahí fue cuando me di verdadera cuenta de que lo principal no era seguir la moda o las creencias de los demás, sino buscar tu propia paz mental y la felicidad con lo que hacías o te rodeaba.

Poco quedaba de ese Leo del pasado, pues ante mí tenía a un hombre orgulloso de sí mismo que utilizaba sus brazos tatuados; su precioso y largo pelo pelirrojo —el cual envidiaba profundamente—, y su barba, que completaba el *look* nórdico, como armas para embaucar a

cualquiera.

En cuanto a nuestra relación, estuvimos juntos como pareja los dos primeros años, pero con el tiempo nos dimos cuenta de que, aunque nos queríamos muchísimo, entre nosotros no existía un amor romántico como tal. Fuimos felices durante ese tiempo, aun así, de mutuo acuerdo decidimos comernos las perdices en un plato sentados a la mesa, en vez de en la cama revolviendo las sábanas.

No hubo nada traumático en nuestra ruptura, ambos sentíamos lo mismo y lo único que había cambiado entre nosotros era el haber eliminado el sexo de la ecuación, que, a pese a que siempre fue satisfactorio, jamás hizo saltar chispas a nuestro alrededor y, con todo el tiempo que pasábamos juntos, nunca habíamos tenido la tentación de volver a practicarlo. Era incapaz de visualizarme acostándome con él de nuevo, pues para mí se había convertido en parte de mi familia.

Leo era un nómada, siempre lo había sido y así me lo había transmitido con sus historias, en las que me narraba sus idas y venidas por el mundo.

En su época de estudios vivió en Londres, Barcelona y San Francisco, gracias a que sus padres tenían soltura económica y le sirvieron de respaldo. Le encantaba ir de un lado a otro, aprendiendo modos de vida, embebiéndose de todo y dejando un poquito de su esencia en cada lugar. Había estudiado Bellas Artes y sus destinos no fueron elegidos al azar, precisamente.

Yo sabía que los cuatro años que llevaba asentado en Costa Serena serían una marca más en su mapa del mundo perforado con chinchetas de color rojo; era consciente de que su trayecto de vida no pararía ahí precisamente, pero en algún momento quise creer que sí, que se quedaría, que encontraría a alguien con quien pasar el resto de su vida, viviríamos cerca, y yo sería una orgullosa tía de sus preciosos hijos pelirrojos, a los que consentiría con galletas caseras y tardes de cine en casa, tal y como lo hacía con mis propios sobrinos. Y me había creído tanto esa realidad paralela, fruto de mi mente novelera, que era incapaz de imaginar que tan solo faltasen nueve días para que se fuese de mi lado.

¡Solo nueve!

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya?

Dirigí mi mirada, antes perdida, a sus ojos.

Me estaba observando de frente, sentado en una de las coquetas sillas de la mejor cafetería de todo el pueblo, famosa por sus bombones caseros y dulces.

—Nada —mentí.

Alzó una ceja a la vez que chasqueaba la lengua contra su paladar, reprendiéndome por mi contestación. Se levantó y rodeó la mesa, pidiéndole amablemente a la prima de uno de nuestros amigos si podía cambiarle el sitio.

Ella asintió obnubilada, y la entendí. Esa sonrisa sincera y bribona, junto con el aire de macarra que le daba la chupa de cuero marrón, la cegaron como si fuera un cervatillo frente a los faros de un camión.

Su cabeza señaló mi plato, con media porción de tarta aún intacta.

—¿Está rica? —Me pasó uno de sus brazos por los hombros al sentarse a mi lado.

—Sí, ¿quieres? —Abrió la boca, y le metí un trozo considerable dentro, manchándole de nata sin querer la barba y el bigote. Al ver su aspecto apreté los labios, sofocando una risa que murió justo cuando él rebañó parte de la nata y coronó con la pringue mi nariz—. Serás guarro —me quejé entre risas.

—Mucho —admitió limpiándose—. Y ahora, dime, ¿qué te pasa?

Me sentí tentada a decirle la verdad, a confesarle que de nuevo me había puesto melancólica

y que cada día me pesaba más lo cerca que estaba la fecha en la que se marcharía a Alicante. Iba a echarlo tanto de menos que ya podía experimentar el dolor y aún no se había ido.

Y sí, también tendría que haberle confesado que me planteaba encadenarlo a los barrotes de mi ventana para dejarlo como parte ornamental de la fachada y que en mis momentos más egoístas, de los cuales no me sentía especialmente orgullosa, había fantaseado con que lo llamaban para decirle que el puesto había sido cubierto y que no tenía que marcharse...

Sin embargo, no dije nada, aguantándome las ganas de estropear ese momento, su momento, en el que habíamos quedado con algunos amigos para que pudieran despedirse de él.

—No sé si quiero ir a la reunión de antiguos alumnos.

—¿Era hoy?

—Sí, ¿te vienes?

—Yo no pinto nada allí, Ali —contestó matando las pocas ilusiones que me había hecho, en las que él me acompañaba, y yo no me sentía tan sola y fuera de lugar—. ¿En calidad de qué iba a ir, de tu padre?

Me reí por lo exagerado que podía llegar a ser.

—Solo me sacas nueve años.

—Solo —repitió, llevándose a la boca otro trozo de tarta—. No me pongas ojitos, no pienso ir.

—¿Seguro? —Estiré el labio inferior hacia fuera, componiendo una mueca de pena—. Venga, anda, no te cuesta nada. Podemos decir que eres mi pareja.

—No somos pareja.

—Pero lo fuimos.

—Hace mil años.

—Hace dos.

—¿Estás segura? Juraría que cuando empezamos a salir llevabas el pelo a la última, con ese peinado a lo Jane Fonda de los ochenta.

—Nací en los noventa, gracioso.

—¿Ves? Nadie se creería que soy tu pareja —afirmó elocuente—. Anda, alegre esa cara, te lo vas a pasar bien, ya verás. ¿Cuándo llega Mat?

Recordar que vería a mi amigo de la infancia en pocas horas me alegró un poco.

—Me dijo que nos veríamos directamente allí. —Miré mi teléfono para comprobar la hora—. ¡Mierda! Me voy.

Leo aguantó una sonrisa.

Iba fatal de tiempo, como siempre.

—Ten cuidado y no hagas nada que yo no haría.

—Vale, papá. —Le di un beso rápido en la mejilla—. Paga lo mío, ¿vale? Luego ajustamos cuentas.

—Tira, anda.

Me sonrió, y le lancé un beso a la vez que me despedía de los demás.

¿Por qué el tiempo nunca estaba de mi parte? Joder, tenía un problema crónico con el cálculo mental intrínseco del paso de las horas, para mí se iban volando. No era capaz de comprender por qué los demás no entendían que mi impuntualidad no era por elección propia, sino que simplemente no era capaz de advertir el segundero natural de la vida.

Llegué a casa a la carrera y, mientras me duchaba, experimenté una sensación que hacía tiempo que no padecía: las dudas sobre mi cuerpo...

Y me puse nerviosa.

Yo era una mujer muy segura de mí misma. Me aceptaba tal y como era, cambiaba lo que no me gustaba y estaba en mi mano, y hacía mucho tiempo que había entendido que, para que los demás pudiesen ver la forma en la que brillaba, primero tenía que encender yo misma mis propias luces y no esperar a que otros lo hiciesen por mí.

Mentiría si dijese que jamás me afectaron algunos de los comentarios hirientes sobre mi cuerpo, mis pechos demasiado grandes o mis dientes un poco torcidos, porque hubo momentos en los que sí que lo hicieron, días en los que, que se metiesen conmigo, me hacía volver a casa hecha un mar de lágrimas.

Sin embargo, un día simplemente encontré el secreto para dejar de ser el centro de atención de sus burlas, y fue cuando conocí a Mat.

Era uno de los primeros días de clase, y yo andaba terminando de colocar mis cosas sobre la mesa, cuando un chico al que no había visto antes entró en el aula. Era moreno, tenía el pelo liso largo y pegado a las sienes y miraba al mundo como si lo estuviese desafiando a decir algo sobre él o su aspecto desgarrado.

Le sonreí instintivamente, notando en mi mente la conexión entre especímenes similares. Él me miró extrañado, y le hice un gesto invitándolo a sentarse a mi lado. Pareció pensárselo durante un par de segundos, finalmente claudicó y vino hacia mí, apoyando la mochila en la mesa.

Me observó en silencio, se quitó los auriculares que llevaba y sacó del bolsillo de la mochila el aparato al que iban conectados, un iPod de color blanco y pantalla monocromo. Sonreí de nuevo y abrí la mía, enseñándole exactamente el mismo modelo, aunque el mío lo decoraba una pegatina de Justin Bieber en el frontal.

—Me llamo Alicia.

—Mateo —contestó.

Ensanché mi sonrisa, y él me regaló la suya en un acto reflejo.

Más tarde me confesaría que esa había sido la primera que había compuesto en mucho tiempo, pues con el divorcio de sus padres, su situación personal y su traslado, estaba pasando una época horrible.

—Encantada, Mat. Te llamaré así, es más guay. ¿Sabes qué? Estoy segura de que seremos grandes amigos.

Él me miró algo alucinado, y yo lo sentí, supe que mi afirmación sería real. En poco tiempo se convertiría en uno de mis mejores amigos, compañero de batallas y confidente.

Mat fue mi punto de inflexión, mi tangente, pues, cuando vi cómo sufría por los comentarios que los demás hacían sobre él y su situación, me erigí su protectora, consejera y paño de lágrimas. Nos convertimos en un tándem contra los abusos, nos dimos cuenta de que la mejor defensa no era un buen ataque y que no nos íbamos a rebajar a su nivel utilizando insultos en su contra, sino que debíamos demostrar lo poco que nos importaban sus palabras.

Y no fue fácil, en absoluto. A veces nos encerrábamos en el baño juntos porque uno de los dos no podía más en su ardua tarea de aparentar indiferencia ante comentarios hirientes, y buscaba en el otro el consuelo y la fortaleza que había perdido por los pasillos de la escuela.

Se podía decir que Mat y yo éramos como dos pequeños justicieros que utilizaban las tardes en mi dormitorio para urdir planes dignos de llevarnos a dominar el mundo, cuanto menos. Y yo, que siempre había sido una novelera, encontré en él a alguien que me daba unas alas del tamaño de un buque insignia.

Sonreí al recordar toda esa época y agradecí a mi subconsciente el que llevase a mi mente algunos de esos momentos, pues me dieron la fortaleza necesaria para mirar hacia abajo,

observar mi cuerpo lleno de curvas —de bonitas curvas—, coger aire profundamente para cargar bien mis pulmones y pensar que nada iba a poder conmigo, yo era capaz de conseguir cualquier cosa que me propusiera. Siempre lo había sido y una simple reunión con gente que había compartido parte de mi infancia y a la que en su mayoría no veía desde hacía varios años no iba a poder conmigo.

De hecho, mientras me vestía, subí la apuesta y hasta me prometí pasarlo bien.

Y fue así, con una fortaleza digna de una valquiria descendiendo del Vingólf o, en su defecto, de Beyoncé cantando a un estadio multitudinario su canción *Run the world (girls)*, como me encontró mi cuñado cuando le abrí la puerta de mi apartamento; solo me había faltado la pirotecnia con los cañones de chispas a mi espalda para darle mayor dramatismo al momento.

—Vaya. —Me observó de arriba abajo, soltando un silbido de admiración—. Qué barbaridad, enana.

Sonreí por respuesta, sintiéndome más poderosa.

Había elegido un vestido con *animal print* de manga larga, en tonos negros, tierra y marrones. Tenía un escote en uve que realzaba mi generoso pecho y una caída vaporosa que susurraba con el movimiento. Lo que más sensual me parecía —motivo por el cual lo había elegido entre todas las demás prendas— era la forma inferior, asimétrica en ambos lados y que dejaba a la vista una buena parte de mi pierna izquierda desde bien arriba, ya que la tela caía en diagonal tanto por delante como por detrás, utilizando un pequeño volante en la parte final como toque especial y divertido.

El aire romántico, pero a la vez salvaje, que destilaba era la combinación perfecta, ya que habían indicado que debíamos ir arreglados como si de un evento de noche de cierta etiqueta se tratase.

No sé a dónde se creían que íbamos, pues el colegio Solimar seguía siendo igual de cutre que cuando estudiábamos allí hacía ya trece años; austero, de aspecto industrial y con los mismos ladrillos vistos que nos habían acompañado curso tras curso.

—Me ha dicho tu hermana que me necesitabas —dijo Fede trayéndome de mis pensamientos.

—Ah, ¿sí? —respondí dudosa.

—Para llevarte a la fiesta —aclaró mientras elevaba la mano y hacía resonar las llaves del coche—. Su chófer ha llegado, señorita.

—Iba a coger el autobús.

—¿Con ese vestido? —rebatí receloso—. Anda, anda. A mí no me cuesta ningún trabajo, además, tengo que ir practicando, me temo que Alana no va a tardar en empezar a salir de noche con los amigos.

Recogí mi bolso, y él me tendió las llaves que colgaban al lado de la puerta. Salimos juntos al salón y nos encontramos a mi hermana y a mis sobrinos, que veían una película ataviados con el pijama, e intuí, por la hora que era, que ya habían cenado y sería cuestión de tiempo que fuesen cayendo rendidos para acabar siendo transportados hasta sus respectivas camitas.

—¿A dónde vas, tata? —Escuché la vocecilla inconfundible de Fabiola.

Me acerqué hasta el sofá y besé su cabecita, que sobresalía a duras penas por el respaldo. Acababa de cumplir cuatro años y había sido la más pequeña hasta la llegada de Guille unos meses atrás.

—Va a una fiesta, Pato.

—Con los amigos del cole.

Respondieron las gemelas Diana y Emma, de siete, que, como siempre, se terminaron la frase la una a la otra.

—Diana, por lo que más quieras, se llama Fabiola, no Pato —amonestó su madre, seguramente por enésima vez ese día—. Por favor...

—Pero la tata no va al cole —contestó Fabiola, no contenta con la explicación de su hermana—. Es *infudense*.

Bruno, el pequeño hombrecillo de diez años que ya apuntaba maneras, soltó una risita desde la otra punta del sofá y le repitió con cariño la palabra que tanto le costaba pronunciar.

—Es «*influencer*», Pato.

—Bruno... —volvió a regañar mi hermana.

—Mamá, asúmelo, la van a seguir llamando así, aunque lo digas dos millones de veces más —comentó Carolina con su habitual madurez, pese a tener tan solo nueve años.

Me despedí de todos, asegurándoles que preferiría quedarme con ellos viendo *Trolls* a ir a la fiesta. Mi hermana me pidió que me lo pasase bien y, a pesar de que en ese momento puse una cara poco animada, conforme me acercaba con mi cuñado al lugar en el que se celebraba, las ganas se iban apoderando de mí, haciendo que unos nervios curiosos revolotearan por mi estómago.

Hacía demasiado tiempo que no veía a alguno de ellos, tras aquel último verano las cosas no volvieron a ser igual y había echado mucho de menos a la pandilla que formábamos juntos, sobre todo a los chicos, con los que siempre tuve una conexión más real, menos superficial y competitiva.

—Avísame luego y te recojo, tu hermana y yo vamos a aprovechar esta noche y nos quedaremos hasta tarde viendo algo en la tele.

—Querrás decir que os quedaréis dormidos en el sofá, ¿no?

—También es verdad. —Se rio—. Los enanos chupan toda nuestra energía, parecen dementores^[1].

Sonreí por su comentario a la vez que el coche comenzaba a detenerse delante de la verja de metal de la escuela.

Me volví hacia él recolocándome el flequillo.

—No hace falta que te molestes, ya encontraré a alguien que me lleve o pido un taxi.

—De eso nada, enana. No es ninguna molestia, además, no me fío de que unos niñatos te lleven a casa a las tantas de la madrugada.

—A veces parezco la hija número ocho. —Me reí—. Además, aunque no te lo creas, esos «niñatos» han crecido, igual que yo —me burlé—. No han permanecido en una burbuja temporal dentro del salón multiusos del colegio, ¿sabes?

Soltó una risotada, y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla, prometiendo tener cuidado.

Cuando me encaminaba hacia la puerta, el sonido de la ventanilla descendiendo junto con su voz captó mi atención.

—Enana. —Me volví—. Déjanos un lacito en la puerta si vuelves acompañada, ya sabes, por no esperarte para desayunar.

—¿Qué dices? —Reí—. Estás loco.

—Locos estarían ellos si ignoran lo preciosa que vas. —Sentí que me ruborizaba inesperadamente, tal y como me ocurría cuando mi padre me decía algo delante de mis amigos y me hacía pasar un poco de vergüenza siendo adolescente—. Pásalo bien, anda.

Sonreí, le guiñé un ojo a la vez que él ponía el coche en marcha y observé cómo enfilaba la calle hacia abajo.

Cuando me volví, el impacto de un cuerpo contra el mío y unos brazos aprisionándome entre

ellos, dejándome completamente inmovilizada, me hicieron contener el aliento abruptamente.

CAPÍTULO 4

EL PASADO

¿Somos producto del azar o del destino?

16 años atrás

Me había encerrado en el baño hacía quince minutos, y mi hermana aporreaba la puerta perdiendo la paciencia.

—Alicia, ¡sal ya, me estoy meando y tengo que maquillarme para ir a la facultad! ¡No pienso llegar tarde a la presentación!

—¡Voy! —grité nerviosa, recolocándome por enésima vez el chaleco.

Sollocé mirándome en el espejo, sabiendo que mis intentos por ocultar el bulto que sobresalía de mi delantera eran en vano.

¿Por qué habían tenido que crecerme las tetas de esa manera durante el verano? Lo último que quería era ser el centro de atención en la escuela, bastante tenía ya con pasear mis kilos de más como para encima añadirle eso.

—¡Alicia! —graznó de nuevo mi hermana.

—¿Qué pasa? —Escuché que mi madre preguntaba al otro lado de la puerta.

—Esta niña, que no sale del baño y tengo ahí mi maquillaje —se quejó—. ¡Como tenga que ir con esta cara por tu culpa no te lo voy a perdonar nunca! —volvió a chillarme.

Resoplé y me puse de lado, observando mi perfil.

Dios, se iban a cebar conmigo.

En ese momento aún no conocíamos la noticia, ni siquiera Estrella era consciente, pero mi sobrina Alana se estaba empezando a gestar en su vientre; quizá por eso su carácter se había vuelto un poco más irascible.

Unos sutiles toquitos en la puerta un par de minutos después, y la voz pausada de mi madre, atrajeron mi atención.

—Alicia, cariño. ¿Qué ocurre?

—No quiero ir al colegio —murmuré apoyándome en la puerta.

—¿Me dejas pasar? —pidió calmada—. Tu hermana se ha marchado a mi baño.

Con la frente aún apoyada en la madera, descorrí el pestillo y sentí el movimiento cuando mi madre comenzó a abrir. Me aparté y me senté sobre la tapa del váter, bajando la cabeza, derrotada.

Ella se acercó a mí con cautela, agachándose a mi lado. Con su mano me acarició la mejilla y la miré, sintiéndome reconfortada por su sonrisa cariñosa.

Mi madre tenía ese poder, su magia era innegable.

—¿Qué pasa, mi vida? —me preguntó.

—Mamá, ¿por qué me han tenido que crecer tanto? —le solté a bocajarro señalando mi pecho—. Ninguna de las de mi clase tienen nada parecido, ayer las vi en el centro comercial y todas están casi igual que siempre y, sin embargo, yo... ¡Mírame!

—Ya lo hago —murmuró tranquila—. Y lo que veo es a una chica muy bonita, con un cuerpo que está en pleno cambio para convertirse en una bella mujer. No tienes por qué avergonzarte de lo que tienes, cielo, eres preciosa.

—¿A qué edad le salieron a Estrella? —pregunté sabiendo que con la respuesta solo haría leña del árbol caído.

—Eso no debería tener importancia, mi vida. Tu hermana y tú sois dos personas diferentes y cada cuerpo tiene un ritmo distinto.

—Odio mi cuerpo.

—Alicia —me reprendió un poco más severa—. No digas eso, por favor. Eres una niña sana, fuerte y bonita. Tu cuerpo va a cambiar, tú vas a cambiar en los próximos años, y tienes que afrontarlo y aceptarlo para poder ser feliz contigo misma. Respecto a tus pechos, es algo que no puedes elegir ni cambiar a tu antojo. —Me sonrió—. Al menos por ahora. Además, estoy segura de que cuando seas más mayor estarás orgullosa de lo que tienes. No te adelantes, cielo, ya verás como no es para tanto. Todos tus amigos te adoran y seguro que se portarán bien contigo y no le darán importancia alguna, ya lo verás.

Asentí sin estar de acuerdo con mi madre, pero sabía que verme sufrir le hacía daño, pues sus ojos nunca mentían y me miraba de esa forma en la que era consciente que después, cuando se encontrase a solas, suspiraría con pesar y solo se le pasaría cuando mi padre la abrazase.

No quería hacerla sentir mal, así que le sonreí y acepté sus consejos mientras me recolocaba la ropa y el pelo. Me despedí de ella en la puerta de casa con unas ganas inmensas de llorar por todo y por nada a la vez.

Nada nuevo, realmente.

Creo que aquella fue la primera vez que maldije al reloj biológico y a la madre naturaleza, a la que fui insultando durante todo el camino hasta vislumbrar el cartel de Solimar y su gran verja de hierro.

Sortee las miradas curiosas de algunos compañeros e intenté no prestar atención a los cuchicheos de un grupo de chicas al fondo de la clase. Mis amigos aún no habían reparado en mí, andaban concentrados en narrarse el verano que había pasado cada uno.

Decidí darme algunos minutos más de tregua y me senté en una de las mesas más cercanas a la puerta, imagino que por eso de tener una vía rápida y fácil de escape por si las cosas se ponían feas, pero la calma me duró poco, porque, en el momento en el que Sergio me vio, se acercaron a mí para saludarme.

Afortunadamente, el timbre sonó y solo pudieron soltar un par de comentarios hacia mis recién estrenados bultos delanteros, antes de empezar a pelearse por ver quién ocupaba la mesa más alejada del profesor. En el último segundo Mat entró por la puerta y besó mi mejilla a la vez que se dejaba caer, exhausto por la carrera, a mi lado.

Todo aquello solo fue la calma que precedía a la tempestad, la bajada de la marea antes de que las olas te consumieran.

Y mi ola llegó un par de horas después, en Mates.

La maestra había aguantado más de media clase de riñas, llamadas de atención y castigos hacia los alborotadores del fondo, por lo que no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto.

Lo que no sabía La Chicles —mote por el que se la conocía porque siempre entraba en clase mascando un chicle que luego tiraba a la basura— era que esas cartas serían sumamente significativas para mí.

Dedicó los últimos quince minutos de su clase a reubicarnos a todos a su antojo en los pupitres colocados de dos en dos.

—A partir de hoy estos serán vuestros nuevos compañeros de mesa —anunció resuelta—, y al primero que vea alterar la clase se sentará aquí delante conmigo, ¿queda claro?

Asentimos y miré de reojo a Adriel, que dibujaba en su cuaderno un garabato con forma de bota. En el aire a mi alrededor flotaba un olor a menta muy apetecible. Giré la cabeza hacia el otro lado y compuse un puchero a Mat, al que le había tocado sentarse con Oliva, una de las empollonas.

Al menos él tendría suerte si necesitaba ayuda con algún cálculo, pero a mí me habían sentado con el chico más callado de toda la clase. Tenía el pelo corto casi negro, los ojos marrones y los labios finos. Su nariz parecía bonita, aunque la encogía de vez en cuando hacia arriba sin motivo aparente.

—Hola —le dije con voz queda, notando de nuevo el olor a menta llegar hasta mí—. ¿Qué dibujas? —Él me miró unos segundos y luego volvió la atención hacia su obra de arte un tanto abstracta. Cuando creía que ya no me contestaría, murmuró algo que no llegué a entender—. ¿Cómo? —pregunté acercándome a él.

Entonces supe que ese olor fresco provenía de su boca.

—Un pájaro —dijo en voz baja mirándome.

—Vaya. —Arqué una ceja y ladeé mi cabeza observando el papel—. No se parece a un pájaro, creía que era una bota.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Es un pájaro.

—Vale, pues entonces yo soy Lizzie McGuire —exageré mencionando a la protagonista de la serie que estaba tan de moda en aquel momento.

Ambas éramos rubias, con pelo liso y flequillo, pero las similitudes acababan ahí, pues yo tenía la nariz más redonda, la piel mucho más tostada, unos labios demasiado gruesos y mis dientes no eran blancos y perfectamente alineados.

—Bah, no te puedes comparar —contestó serio, y me entraron ganas de tirarle el bolígrafo a la frente por su sinceridad aplastante—. Tú eres mucho más guapa. Además, ese lunar... —Llevó su dedo índice hasta unos centímetros bajo el lagrimal de mi ojo derecho, rozándolo con la yema de su dedo—, es muy chulo.

Lo miré sin llegar a creerme que él, un chico que siempre pasaba desapercibido sin llamar la atención, callado y un poco aburrido, me hubiese dedicado el primer piropo de mi vida.

Musité un «gracias» un tanto cohibida y sentí que mis ojos comenzaban a humedecerse, por lo que carraspeé y rebusqué en mi mochila con la esperanza de encontrar algo en lo que distraer mi mente.

No pensaba echarme a llorar de nuevo delante de toda la clase, la última vez había sido bastante bochornoso.

—Mierda —se me escapó.

—¿Qué? —preguntó girando su cabeza hacia mí.

—Manzana.

—¿Manzana? —cuestionó.

—Mi madre me ha vuelto a echar una manzana.

Conforme componía la frase me di cuenta de lo ridículo que podía resultar que con trece años aún me preparasen el desayuno, pero no me dio tiempo a añadir nada más cuando él hurgó en la suya y me tendió un plátano.

—Toma.

—¿En serio?

Asintió pasándomelo, y lo miré como quien observa un tesoro de valor incalculable. Para mí lo era, odiaba las manzanas, y mi madre parecía haberlo olvidado, sabía que la mujer lo hacía

con toda su buena intención, aunque a mí me provocaba náuseas hasta su olor.

—Gracias. —Le sonreí, y él hizo un gesto con la cabeza restándole importancia.

Aún algo sorprendida por sus palabras, su bonito gesto y por tenerlo de compañero de mesa en Matemáticas, busqué con la mirada a Mat y lo encontré observándonos. Me encogí de hombros, y él bufó poniendo los ojos en blanco a la vez que señalaba a su nueva compañera.

Y admito que un rato después, mientras me comía la deliciosa fruta que me había regalado Adriel, le mentí sobre mi experiencia con respecto al cambio de mesa. Bueno, quizá no se podía catalogar como una mentira, pero sí le omití información importante.

Mat se estuvo quejando sin parar durante todo el recreo sobre lo antipática que era Oliva y lo poco que le gustaba el cambio que había hecho la maestra, y yo, queriendo solidarizarme con él, no me atreví a alabar ni a mencionar lo que había ocurrido entre Adriel y yo.

Durante varias semanas fingí que el cambio tampoco había sido especialmente de mi agrado, pero la realidad era que, mientras más conocía a Adriel, más cómoda y mejor me sentía con él. Incluso había mejorado en clase de Matemáticas...

Vale, le había atribuido el mérito, pero era un título de procedencia un poco dudosa, ya que él nunca hacía los ejercicios que mandaban para casa. Precisamente por eso creo que me esforzaba más en los míos, porque Adriel siempre los terminaba copiando de mi cuaderno minutos antes de comenzar la clase.

Me convencí de que haciendo los deberes para los dos le agradecía de alguna manera que a veces me cambiase el desayuno, porque mi madre seguía empeñada en enviarme la dichosa fruta. Debía de pensar que estaba baja de vitaminas o que necesitaba regular mis visitas al baño, claramente.

Y es que aquella profesora no se llegaría a plantear siquiera en aquel momento cómo podía marcar el futuro de unos simples chiquillos al decidir utilizar el azar para mezclarlos entre ellos. Ese experimento iba a dar como resultado experiencias e historias inolvidables, tanto buenas como malas, pero también marcaría un antes y un después en la vida de una chica de trece años llena de complejos, miedos e inseguridades.

Marcaría de alguna forma su futuro.

CAPÍTULO 5

REENCUENTROS

Cuanto más conozco a las personas, más quiero a mi frigorífico.

Actualidad
Viernes, 16 de octubre

—Uhm, qué bien hueles —susurró una voz en mi oreja, mientras continuaba encerrada en el abrazo masculino que me había pillado por sorpresa—. No recordaba este puntito salvaje en ti.

Depositó un beso en el lateral de mi cuello, y sonreí.

—Hola, Mat.

—Hola, mujer maravilla. —Soltó el agarre, y nos movimos hasta quedar frente a frente.

Estaba guapo, muy guapo, a decir verdad. Tenía el pelo más corto, aunque igual de poblado; barba cuidada al milímetro, y una piel tersa y luminosa, algo más pálida de lo que la recordaba.

Siempre me había fascinado la imagen que conseguía proyectar al mundo, sabiendo sacar en todo momento el máximo partido a su cuerpo esbelto y marcado. Iba totalmente vestido de negro con un pantalón pitillo, una camiseta básica de cuello redondo, una americana y unas botas desgastadas que rompían con el formalismo del conjunto. Alrededor de su cuello llevaba un pañuelo fino, más a modo de complemento que para abrigar, pues, a pesar de que era de noche y la temperatura había bajado, no hacía frío especialmente.

—Estás para comerte.

—Tú sí que lo estás —le contesté devolviéndole la sonrisa.

—Te has propuesto ponerle los dientes largos a todos los de ahí dentro, por lo que veo. —Dirigió una mirada significativa a mi pronunciado escote, y solté una carcajada.

—Ya será menos. —Tiré de su brazo y lo atraje hacia mí—. Ven, te he echado de menos y me debes unos cuantos abrazos. Hace demasiado tiempo que no vienes a verme.

—Sabes que hay el mismo camino hasta Madrid, ¿verdad?

—*Sibis qui hi il mismi cimini histi Midrid, ¿virdi?* —me mofé a la vez que nos abrazábamos.

Sentí su risa en mi pelo.

—Yo también te he echado de menos, mujer maravilla —dijo provocando que se me humedeciesen los ojos.

—Ah, ¡no! —me negué rotunda, separándome de él y llevando los dedos índices a mis lagrimales para presionar sobre ellos—. Me niego a estropear me el maquillaje, así que deja de decirme cosas bonitas.

Soltó una carcajada.

—Qué novedad, mi chica llorando.

—Qué capullo eres.

—Espera, espera. —Me retuvo por el brazo cuando fui a echar a andar hacia la entrada del recinto—. A ver. —Husmeó en mi pelo con sus dedos, recolocando los mechones mientras echaba la cabeza hacia atrás, cogiendo perspectiva—. ¿Desde cuándo no te pones en buenas manos, preciosa mía?

—Uf... Si yo te contara.

Nos echamos a reír de nuevo, y vaticiné que esa noche me iban a terminar doliendo las

mejillas.

—No te preocupes, pienso ponerle solución a eso en cuanto me dejes.

Me guiñó un ojo, colocó su brazo flexionado para que me enganchara a él, y echamos a andar agarrados.

Nos cruzamos con un par de chicas a las que solía ver por el pueblo, pero con las que no había mantenido el contacto pese a ser de nuestro mismo curso. Sabía que una de ellas, Lidia, había tenido mellizos hacía unos meses e intuía que no tardaría demasiado en ausentarse de la reunión para atenderlos. Recordaba que Juani me había mencionado en algún momento que, poco después de nacer los niños, había roto la relación con su pareja y estaba saliendo adelante con la ayuda de sus padres, que se habían volcado con sus nietos.

Nos saludamos educadamente, y ellas echaron un vistazo apreciativo a Mat. Él ni se percató, hablando sin parar como estaba de los recuerdos que le traía estar de nuevo allí conmigo.

—Todavía causas sensación.

—¿Eh...? —preguntó distraído, y negué divertida con la cabeza—. Si te refieres a la que por poco enseña el pílono y el páncreas con ese vestido, me ha dado más la sensación de que te miraba el escote a ti.

Me reí y me aferré con más ahínco a su brazo mientras caminábamos.

—Reconoce que echas de menos vivir aquí.

—Sabes que no. —Arrugó la frente juntando sus pobladas cejas en una mueca de hastío—. Lo único bueno de aquella época fuisteis tú y tu familia, ya lo sabes... Así que no, no lo echo de menos, aunque me pongas esa cara de perrillo abandonado en la cuneta.

Observé cómo curvaba sus labios, desdibujando la forma de corazón que le nacía natural para dedicarme una sonrisa cariñosa.

En ese gesto lo vi a él de adulto, pero también vi un poco de ese Mat que llegó a Costa Serena obligado por las circunstancias y por su padre, que se había vuelto a casar y parecía que no conseguía encontrar sitio para su hijo en su nueva vida. Él y su madre se habían divorciado un par de años atrás, tras muchos meses de peleas y problemas entre ellos, algo que afectó sobremanera al niño que fue y marcó al adolescente en el que se convirtió.

Se volvió retraído, desconfiado y jamás le perdonó a su madre que provocase que esos años que estuvo en Costa Serena fuesen un infierno.

Prácticamente tuvo que subsistir solo, teniendo que aprender a hacerse la comida, lavar su ropa y hacer la compra, todo ello sin una figura que le guiase en un momento de gran cambio en su vida y con todas las dudas e incertidumbres de cualquier adolescente.

Ella se pasaba prácticamente el día entero metida en su habitación, atiborrándose a pastillas y dejando entrar a hombres que luego se cruzaban con él en la cocina tras terminar la faena en el dormitorio.

Mat odiaba a su madre, y a mí me dolía horrores escucharlo cada vez que pronunciaba esas palabras, porque yo adoraba a la mía y no podía concebir que alguien pudiese hacerle eso a su propio hijo. Me hizo prometer que jamás le contaría a nadie lo que ocurría de puertas para dentro, no quería que lo mirasen con lástima, sin embargo, mis padres sabían que algo no iba bien y lo invitaban continuamente a casa a comer, cenar o con cualquier otra excusa.

Inevitablemente, cuando cumplió la mayoría de edad se fue, y a mí se me rompió el corazón.

Había estado ahorrando parte del dinero que su padre le mandaba y los dos últimos años trabajó paseando perros de la urbanización, cortando el césped de algunas casas y, los últimos meses antes de marcharse, mejorando su habilidad con las tijeras, algo que había surgido de casualidad después de que una adorable anciana de nuestra misma calle se rompiera la cadera.

Mat fue a arreglar su jardín como cada semana y, cuando ella le contó que ya no servía ni para peinarse, a él se le removió algo por dentro y se pasó la tarde entera arreglándole el canoso cabello a la señora. El jardín pasó a un segundo plano y poco a poco se corrió la voz, estando incluso más solicitado como peluquero de lo que podía llegar a abarcar.

Con ese dinero y lo que fue ahorrando hasta entonces se compró un billete a Madrid, una maleta donde meter sus pertenencias y se despidió de mí, una llorosa jovencita que no se marchó de la estación hasta que él la avisó, siete horas después, con un escueto mensaje de texto de letras acortadas, de que ya había llegado y que le escribiría pronto.

Ese fue su propio regalo de cumpleaños, una nueva vida totalmente en blanco para pintarla a su antojo.

Y, después de luchar bastante en una ciudad a la que no pertenecía, lo había conseguido. Había pocas cosas que no pudiese superar, era un hombre extraordinario y con tesón se había convertido en socio minoritario de una conocida marca de salones de belleza que había ido expandiéndose hasta llegar a tener cuatro centros repartidos por la ciudad.

Solo regresó a Costa Serena el día del entierro de su madre, cuatro años atrás, en una ceremonia íntima donde prácticamente estuvimos mi familia; el padre de Mat, con el que la relación no era demasiado fluida, y yo.

Así que sí, entendía que no recordase con demasiado cariño su estancia en el pueblo.

—Lo sé, llevas razón —admití aferrando con más fuerza su brazo y arrimándome a él—. Lo mismo un día me da un aire y me instalo en tu piso una temporada, total, esto de vivir de okupa en casas ajenas se me da genial.

—Sabes que tienes las puertas abiertas —me contestó sincero. Llegamos hasta la entrada, y lo sentí respirar hondo—. ¿Lista?

Asentí con una sonrisa, admitiendo que tenía ganas de reencontrarme con mis compañeros, con personas a las que no veía desde hacía años y también con los que me había cruzado esa misma mañana en la panadería del pueblo. Quería sentir que de alguna extraña manera volvíamos atrás durante unas horas, llevando nuestro presente hasta ese pasado que ya recordábamos de manera entrañable.

Ojalá alguien le hubiese dicho a esa adolescente poco orgullosa de sí misma que todo iría bien y que no se preocupase tanto por lo que pudiesen decir los demás.

Cogí aire cuando Mat empujó la puerta batiente tras la que se escuchaban voces entremezcladas y me mordí el labio aguantando una sonrisa un tanto nerviosa al avanzar hacia dentro.

—Estoy teniendo un *déjà vu* con un desfase de catorce o quince años —dijo mientras caminábamos por el multiusos—. ¿Cómo es posible que estén haciendo los mismos grupitos que entonces?

—Por lo mismo por lo que tú y yo estamos juntos, imagino.

—Un momento —dijo con la voz algo más aguda—. ¿Ese de ahí es Fran?

Miré hacia el grupo al que nos dirigíamos y observé cómo el mencionado acariciaba cariñoso la espalda de una chica embarazadísima.

—Yo diría que sí. ¿No vivía en Madrid? —pregunté tirando de su brazo para continuar avanzando hacia ellos—. Pensaba que te lo habrías cruzado en algún momento de estos años.

—Preciosa mía, Madrid no es este pueblucho en el que todos os conocéis. Es más probable que una mañana me levante y me dé cuenta de que me han crecido las tetas a que me lo encuentre paseando.

Me reí más fuerte de la cuenta por su frase, pues Mat no solía tener ademanes exagerados de

ese tipo. Intuí que estaba más nervioso de lo que quería hacerme ver, por lo que entrelacé mis dedos con los suyos y le di un apretón infundiéndole ánimo cuando llegamos hasta ellos y advirtieron nuestra llegada.

—¡Coño, ya está aquí la *influencer* del año! —exclamó Carlos en su línea, la misma que no había perdido desde que éramos unos niños.

—Hola, petardo. —Me acerqué a él, sonriente, y le di dos besos—. ¿Dónde te has dejado a Pili?

—Se la ha quedado mi madre, a ver la que lían juntas.

Aguanté la risa trayendo a mi mente la imagen mental de Carlos, un tío que podía medir lo mismo de ancho que de alto, acompañado siempre por el pueblo de su inseparable perrita chihuahua Pili, de la que estaba segura de que estaba completamente enamorado.

—Hola, parejita —nos saludó Jesús a Mat y a mí—. ¿Qué tal lo lleváis? ¿Es dura la relación a distancia?

—Mejor no te digo lo que es duro —le contestó Mat dándole un par de golpecitos en el hombro más fuertes de la cuenta.

Yo sonreí negando con la cabeza y también le di dos besos. Después miré a la pareja que nos faltaba por saludar.

—Fran —le dije antes de acercarme a él.

Me abrazó cariñosamente y me presentó a su chica.

—Alicia, ella es Paloma, mi mujer. —Le pasó un brazo por los hombros evidenciando la diferencia de altura; acarició su prominente barriga, y ella sonrió—. Y esta personita de aquí es Julieta.

—Encantada, Paloma. Y enhorabuena a los dos.

—¡Igualmente! ¿Sabes? Soy una gran fan tuya.

La miré sonriente y algo sorprendida, a pesar de que no era la primera vez que me ocurría, la sensación no dejaba de resultarme extraña.

—Vaya, muchas gracias.

—No se pierde ni uno de tus vídeos —corroboró Fran—. Más de una vez me ha liado en la cocina para hacer alguna de las recetas que preparas y, aunque no tenemos mucho éxito, le ponemos empeño.

Ella dirigió sus ojos hasta él, dejando en evidencia que el amor podía demostrarse hasta con una simple mirada. Me alegré por ellos, aunque no pude dejar de sentir que con ese pensamiento traicionaba un poco a mi mejor amigo.

Me pasé un rato hablando con ella sobre el canal y, cuando comenzó a decirme lo que le había parecido el último vídeo, busqué a Mat con la vista disimuladamente. Di con él a los pocos segundos y me sonrió sin dejar de charlar con Carlos.

—Soy muy empática, ¿sabes? Y la verdad es que algunas veces hasta lo paso mal poniéndome en tu piel, porque no debe de ser fácil exponerse de esa manera al mundo. —El cambio en el tono de su voz atrajo de nuevo mi atención—. Imagino que estarás acostumbrada a que te ataquen porque piensen que es demasiado típico que alguien como tú tenga un canal de comida...

Alcé una ceja y sonreí de medio lado.

—«Alguien como yo», porque soy cocinera, ¿te refieres?

Fran carraspeó incómodo, y ella se quedó callada unos segundos en los que pude ver cómo se teñían sus mejillas.

—No quería decir...

—No te preocupes, Paloma. —Le sonreí cortándola—. Sé perfectamente lo que querías decir, pero la verdad es que no tienes que pasarlo mal. Ya ves, si me importase lo que piensan los demás, jamás me habría puesto algo como esto.

Ella me miró un poco cortada aún.

—Pues yo te lo voy a decir igual, aunque no te importe —interrumpió Carlos el momento—. Yo soy fan de tus vídeos solo por ver a tus amigas en movimiento. —Hizo un gesto moviendo el pecho que me hizo reír.

—¿Quieres que te haga un molde para que puedas dormir encima de ellas a modo de almohada? —le pregunté divertida.

—Hostia, ¿lo harías?

Negué con la cabeza sin dejar de reírme y entonces lo sentí.

Sonreí al reconocer su gesto habitual, un leve roce que no podía llegar a llamarse caricia en la palma de mi mano, a la vez que notaba cómo el vello de mi nuca se erizaba.

—Hola —murmuró y justo en ese momento se desbloqueó el recuerdo de su voz en mi mente.

—¡Ey, Adriell! —exclamó Fran con efusividad.

—Otro de «los Madriles» que se digna a bajar a ver a la plebe —añadió Sergio, que acababa de unirse al grupo con una cerveza a medio beber y acompañado de Sandra, otra de las chicas de la clase.

Durante unos segundos se sucedieron los saludos entre las nuevas incorporaciones, tiempo en el que procesé la nueva información sobre Adriell, pues desconocía que también vivía en Madrid.

¿Qué les pasaba a todos con esa ciudad?

Conocía por Juani, que a la vez lo sabía por su prima, que era vecina de la madre de Adriell, que hacía tiempo que él se había mudado con su pareja, pero el dato de a dónde lo desconocía. Hasta ese momento.

—Hola, chica manzana.

Le sonreí.

—Hola, Adriell. —Nos dimos dos besos y sentí su mano apretar mi cintura cariñosamente mientras lo hacíamos—. ¿Qué tal? No sabía que ibas a venir, como no te vi en el grupo...

—No soy de redes sociales.

Lo miré con una ceja alzada. ¿Quién demonios no «era» de redes sociales en el mundo en el que vivíamos? Para mí era algo inconcebible y dedicándome a lo que me dedicaba tampoco me había planteado que alguien de mi edad no quisiese pertenecer a la era moderna de la información.

—Usa el teléfono como mi padre, para emergencias —se quejó Jesús—. No os podéis hacer una idea del trabajo que me ha costado dar con él. Me planteé hasta mandarle una paloma mensajera cuando de casualidad me lo crucé en la farmacia de Ramón.

—¿Estás por aquí ahora? —se interesó Mat.

—Llevo en el pueblo cuatro días, sí.

—¿Y el pibón con el que salías cuando nos encontramos en Dal Cuore? —le preguntó Jesús—. ¿Carmen?

—Carla —le corrigió—. Se ha quedado en Madrid. Tenía trabajo.

Sentí que algo pasaba. En ese momento no supe qué me había ocasionado esa sensación, como si el aire a su alrededor se enrareciese, pero por su tono y la manera en la que frunció la nariz supe que algo ocurría.

Llevaba sin ver a Adriell muchos años. Creo que la última vez que nos cruzamos en el paseo

marítimo yo aún llevaba ortodoncia, por lo que debía de hacer casi diez años. Después él se fue a estudiar fuera y, aunque me imaginaba que habría venido a visitar a su madre y a su hermana al pueblo, no habíamos coincidido más.

Pese a todo ese tiempo, en cierta manera sentía que le seguía conociendo; sus gestos y el tono de su voz cuando una situación le incomodaba, sus silencios, que eran muchos, pero sobre todo sus miradas... Y él, mientras hablaba de ella, transmitió algo con un punto descorazonador en sus ojos.

—Bueno, Alicia, no nos desviemos del tema. ¿Cuándo voy a poder dormir encima de esas dos preciosidades? —Empujé a Carlos con cariño con mi hombro, y él se echó a reír—. ¡Lo decía en serio! —se quejó—. Desde que te crecieron las tetas me tuviste a tus pies, enamoradito perdido.

—Ya será menos. —Me reí.

—¿Tan pronto os vais a confesar los secretos de la adolescencia? —Se rio Jesús apoyando un nuevo cubo con botellines de cerveza en la mesa auxiliar que teníamos al lado.

Mat me guiñó un ojo y me tendió un refresco que había cogido de una de las barras provisionales colocadas en el lateral del multiusos.

—No hemos crecido ni un poquito, ¿eh, chicos? —apunté divertida.

—Somos tíos, ¿qué esperabas? —declaró Sergio.

—No nos metas a todos en el saco, que yo soy muy formal y estoy a punto de ser padre —dijo Fran.

—Y a mí me has vuelto a romper el corazón.

Las palabras despreocupadas de Mat provocaron un silencio sorpresivo a nuestro alrededor. Él me miró alzando las cejas en un gesto que venía a decirme que estaba más que preparado para afrontar el tema que en el pasado le atormentó tanto, y yo asentí sonriéndole.

—¿A ti? —preguntó Carlos.

Mat asintió.

—Exactamente a mí, sí. Ya ves, todos tenemos secretos de adolescencia.

Fran no había pronunciado palabra, y su pareja no dejaba de mirar a unos y otros como en un partido de tenis.

—No me jodas. ¿Te gustaban los tíos? —interrogó Carlos.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Emitió una carcajada—. Me gustaban y me gustan, sí.

—Pues a mí también —añadí—. Mucho, además.

Alcé mi refresco en un brindis improvisado, y los demás se unieron con mayor o menor entusiasmo. Daba por hecho que los cogería por sorpresa, pero cuando Sergio hizo la broma más manida de la historia me quedó claro que a veces el ser humano demostraba el mismo tacto emocional que una ameba.

—Voy a ir a mear. No te digo que me acompañes no vaya a ser que me violes en el baño, y a mí por el culo ni el pelo de una gamba.

Me mordí el labio y giré mi cara hacia la derecha, conteniendo el gesto de molestia. A mi lado me topé con Adriel, que al sentirse observado me devolvió la mirada mientras a nuestro alrededor se oía cómo Mat explicaba al hombre de cromañón, que se hacía llamar Sergio, que, aunque le gustasen los rabos, el suyo no le llamaba especialmente la atención.

Y sí, dijo «rabos» con todas sus letras.

Justo entonces ocurrió. Uno de esos momentos de los que a mí me gustaban, de esos espontáneos y sin planificar en los que sentía cosas especiales. El detonante fue de nuevo Adriel, que me dedicó una de sus sonrisas de medio lado que tanto había echado de menos sin ser

consciente de ello.

¿No es una sensación mágica? ¿Relegar al olvido algo que antes te había llegado a importar mucho y que con el paso del tiempo va perdiendo magnitud, pero que cuando lo vuelves a tener te das cuenta de lo que lo habías echado en falta?

Quizá ese momento me conectaba con la Alicia más vulnerable, la de las primeras veces, la de los mensajes en el espejo de un baño y los besos con sabor a menta. Quizá el destino me lo estaba haciendo recordar por algo en concreto. O quizá simplemente era demasiado peliculera, y él solo estaba siendo Adriel, en su versión más real, esa que no dejaba ver a todo el mundo, pero que yo sí había podido conocer en el pasado.

Y sin poder remediarlo le sonreí en retorno.

«Hola, Adriel. Encantada de volver a verte».

CAPÍTULO 6

DECIR ADIÓS

El destino se limita a repartir las cartas, solo nosotros somos los que decidimos cómo jugar nuestra mano.

Actualidad
Lunes, 19 de octubre

La noche de la fiesta y lo que restó del fin de semana Mat y yo fuimos dos partes de un todo. No nos despegamos prácticamente para nada y me prometí no dejar pasar tanto tiempo sin ir a visitarlo, pues lo había echado verdaderamente de menos y quería tenerlo en mi vida de forma más activa; más allá del teléfono, claro.

Hablamos muchísimo durante ese día y medio que pasamos juntos, recordamos anécdotas e incluso grabamos un vídeo para el canal en el que él hacía de pinche y probaba uno de los platos elegidos por los seguidores.

Debo reconocer que me sorprendió, pues, con lo hermético que siempre fue con su vida, ese fin de semana había abierto más de una ventana a su alrededor.

Leo y él se habían entendido de maravilla. Imaginaba que tuvo que ver el hecho de que ambos supiesen de la existencia del otro desde hacía largo tiempo, pues eran dos grandes pilares en mi vida. Hubo un momento en el que hasta detesté que hubiesen hecho tan buenas migas, porque me tocó tragarme una película infumable el sábado después de almorzar al ser minoría en las votaciones y, a pesar de que reivindicué mi derecho por ser dueña legítima de la televisión, desecharon mi queja sin opción a réplica.

Fueron momentos bonitos, aunque efímeros, que me sirvieron para dejar de pensar por unas horas en la marcha de Leo a Alicante, algo que, para mi total desgracia, estaba cada vez más cerca.

Y como era de esperar, tras marcharse Mat bien temprano esa misma mañana, se me vino el mundo encima y las emociones me atropellaron en forma de bajón anímico del tamaño de la catedral de Burgos.

—Alegra esa cara, anda —me dijo mi hermana, tendiéndome el bote de Nutella después de dar buena cuenta de él con una cucharilla de postre—. No desperdicies estos días que te quedan amargándote antes de tiempo, que te conozco y ya estás regodeándote en la miseria.

—No puedo evitarlo —lloriqueé—. Y encima súmale que no encuentro a nadie para cubrir a Leo y me estoy viendo teniendo que explotar a tu hijo Bruno, pagándole en magdalenas caseras de esas que tanto le gustan.

Estrella se carcajeó y terminó de colocar las meriendas en las mochilas de los niños, a los que ya se les escuchaba trastear por la segunda planta, preparándose para ir al colegio.

—¡Buenos días, preciosuras! —dijo Leo asomándose por la ventana de la cocina—. ¿Algún alma caritativa que me dé de desayunar?

—Pasa —le contestó mi hermana con una sonrisa.

—Hablando del rey de Roma... —añadí apoyándome en la barra con el codo y dejando caer la cabeza sobre mi palma—. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—He tenido que ir a arreglar unos papeles con el casero —aclaró a la vez que entraba—. ¿Y

esa cara?

—¿Tú qué crees? —le dijo Estrella.

—Ali, por favor —rogó él sentándose a mi lado.

—¿Qué?! Ya sabéis que no puedo evitarlo. Te vas en nada.

—Aún queda.

—Sí, claro. —Resoplé introduciendo de nuevo el dedo en el bote y rebañando las paredes de crema de cacao y avellanas.

Mi cuñado Fede, que bajó con Guille en brazos y llevaba una cola de niños a sus espaldas, me riñó por el gesto.

—Enana, eso es una guarrada.

Acto seguido se acercó a mi hermana y le dio un beso en los labios, pasándole al bebé, que ya le había echado los bracitos con devoción. Ella le sonrió y besuqueó su mejilla regordeta con cariño.

—¿Es posible que esta casa se esté quedando pequeña de repente? Me da la ligera sensación de que se nos duplica el número de hijos y además vienen ya crecitos y todo —bromeó mi cuñado mirando a Leo.

—Ya me echarás de menos cuando me vaya.

—No sé yo qué decirte —contestó.

—Leo... —me quejé lastimera.

—Ay, perdón —se excusó levantando las palmas—. Tema tabú, lo olvidaba.

—¿Qué pasa? —inquirió Fede recolocándose el pelo rubio y utilizando la puerta del horno como espejo improvisado.

—Leo y su nuevo trabajo —contestó escueta mi hermana, tendiéndoles el desayuno a los niños conforme se acercaban—. Ya sabes... —Y me señaló con la cabeza.

Él vino hacia mí y me dio un abrazo, empujando al objeto de nuestra conversación con el brazo cómicamente en el proceso.

—Tú no te preocupes por nada, enana, que ya verás lo bien que te lo vas a pasar con tu nuevo cámara cuando lo encontremos. Vamos a engañar a algún tío cachas de esos que te gustan, lo encadenamos en tu garaje...

—Apartamento —le corregí.

—Apartamento —rectificó—. Y, mientras lo cebas con comida rica, le lavamos el cerebro para que te sea fiel hasta el fin de los días y... hasta luego, Leonardo.

Hizo un gesto con la mano en dirección a Leo, y sonreí por la ocurrencia, aunque no tenía ganas de bromear.

—Se dice «hasta luego, Maricarmen» —contestó él divertido, robando una uva del plato de mi sobrina Carolina.

—¡Suelta! —le amonestó ella enfadada.

—Perdón, perdón —rectificó, devolviendo la fruta a su lugar de origen—. Qué genio se gasta la criatura.

Con buena iba a dar, con solo nueve añitos era la que tenía más carácter de todos nosotros. Claramente salía a mi padre.

—Dime que te queda algún cliente al que embaucar —inquirí esperanzada.

Fede negó con la cabeza componiendo un gesto de disculpa, y volví a resoplar.

—¿Y el hijo de Sebas? —preguntó mi hermana.

—Ni lo menciones —contesté—. Era un púber rarito al que le temblaban las pestañas cuando le hablaba, y eso que fui bastante dulce y simpática con él, así que imagina.

—Es que los deslumbras con tu belleza.

—Vete a la mierda, Leo.

—Lo decía en serio —se quejó—. Además, es lógico que todos te parezcan poca cosa habiéndome probado a mí.

—Menos lobos —le contestó mi cuñado.

Mi hermana se rio, y yo contuve la sonrisa cuando Leo le puso mala cara a Fede por el comentario.

—En fin, sé que me echaréis de menos y vuestra vida no será la misma sin que os honre con mi presencia, pero tengo que seguir haciendo papeleo —anunció Leo—. Gracias por el desayuno, ha sido un placer, como siempre. —Se inclinó en una cómica reverencia hacia mi hermana—. Ali, nos vemos después y, por lo que más quieras, sé puntual.

Asentí aun sabiendo que muy probablemente no cumpliría con su petición.

Él nos dio un beso a las dos, hizo un gesto con la cabeza a Fede, que ayudaba a Fabiola a comerse la tostada en el salón, y se marchó.

—Vente conmigo al supermercado —propuso mi hermana—. Me vendrá bien que me echés una mano.

Ir a hacer la compra semanal no es que fuese de mis tareas predilectas, pero en ese momento lo prefería con creces a verme entre cuatro paredes con un silencio abismal alrededor como única compañía.

La miré y le sonreí. Tenía tantas y tantas cosas que agradecerle a esa mujer que tenía frente a mí que percibí de nuevo los ojos acuosos. Qué afortunada era por tener a alguien que me conocía tan bien y sabía que lo último que necesitaba en ese momento era encontrarme sola en el apartamento. Así que, cuando los niños se marcharon, nos preparamos y nos subimos al coche.

Y, mientras recorríamos pasillos y navegábamos entre estanterías, era totalmente ajena a que la historia de mi vida me iba a regalar algo, un momento, la clave de lo que marcaría mi futuro más próximo de una manera insospechada.

Si me hubiesen dado a elegir, quizá habría exigido que ese instante no diese lugar frente al estante del papel higiénico, por eso de conservar una imagen mental de la escena con un entorno un poco menos agreste, pero nada ni nadie me consultó nada al respecto, por lo que el destino me pilló eligiendo entre los de doble hoja, suave o acolchado.

—Demonios, ¿por qué no hacen uno con todo y sanseacabó? No creo que sea tan difícil... —murmuré indecisa.

—¿Alicia?

Me giré con dos paquetes en las manos y cara de confusión al escuchar una voz familiar y, cuando lo vi, sonreí un tanto descolocada.

—¿Adriel? Hola, ¿qué tal? —Dejé ambos bultos en el carro, incapaz de decidirme—. ¿Qué haces por aquí?

—La compra —evidenció.

Asentí sintiéndome un poco desatinada, y nos quedamos unos segundos ahí parados, el uno frente al otro, mirándonos en silencio. Antes de empezar a sentirme incómoda por la situación, se acercó a nosotros una tercera persona, una mujer que se agarró a su brazo sonriéndole con afecto.

Respiré hondo y sonreí, observando la estampa que ofrecían.

—¿Has cogido ya el papel de cocina? —le preguntó ella.

Su voz sonó cansada, aunque autoritaria, y él afirmó con la cabeza como si aún tuviese doce años y se mereciese una reprimenda por tardar más de la cuenta en hacer el recado.

Reprimí una sonrisa.

—Mamá, ¿te acuerdas de Alicia?

Ella me miró, y la saludé con la cabeza.

—Pues claro que me acuerdo, la veo más que a ti —le recriminó.

—Mamá...

—Ni mamá ni leches, que para pasarte el día ante esos marcianitos tuyos lo mismo puedes estar allí que aquí. Además, lo que tienes que hacer es sentar cabeza y pensar en el futuro, que se te está pasando el arroz, ¿verdad que sí, hija? —me preguntó, involucrándome en una conversación de la que, sinceramente, no quería ser partícipe. Antes de dejarme contestar continuó hablando—. Si no hubiese sido porque estoy cada vez más pocha no habrías venido a verme —se quejó vehemente—. Esa novia suya lo tiene bien atado y en corto —me susurró cómplice, aunque no lo suficientemente bajo como para que su hijo no se enterase.

—Esos «marcianitos» son mi trabajo, mamá. Además, Carla está de acuerdo en que me quede aquí una temporada cuidándote.

—Cuidándome. Ni que estuviese moribunda, hijo —desdeñó con un gesto y me miró. Me encogí un poco temiendo una reprimenda porque a mí también se me estuviese pasando el arroz, como ella había dicho. Siempre me había producido mucho respeto esa mujer—. ¿Cómo está tu abuela, bonita? Tu madre me dijo, la última vez que la vi, que andaba pachucha.

La mención y lo que mi mente desencadenó al traerla al presente me provocaron un nudo en la garganta que me costó deshacer.

Carraspeé antes de contestarle.

—Falleció hace dos meses —aclaré.

—Cuánto lo siento, niña —dijo afligida, agarrando con su mano uno de mis antebrazos en un gesto de cariño—. Dale mi más sentido pésame a tus padres, por favor.

—De su parte, Isabel.

Adriel miró, incómodo, el reloj de su muñeca.

—Tenemos que irnos, mamá. Le dije a Dara que la recogeríamos al salir del colegio.

—Vamos, pues. Adiós, guapa —se despidió de mí antes de comenzar a andar.

La vi girarse con paso vacilante, pero firme, hacia la línea de cajas y observé a Adriel, que aún no se había movido del sitio, como si algo lo retuviese.

Como si ese algo fuese yo.

—Lo siento, Alicia —me dijo sincero—. No sabía lo de tu abuela.

—No podías saberlo —le quité importancia—, pero gracias.

—Me ha gustado verte de nuevo.

—Y a mí. Cuida de tu madre.

—En ello estoy. —Se rascó la nuca—. A pesar de que a veces parezca que es más bien al contrario.

Nos reímos, y le pregunté lo que rondaba por mi cabeza desde que lo vi el viernes por la noche en la reunión de antiguos alumnos.

—¿Vas a quedarte mucho por aquí?

—Algo, sí —respondió sin concretar demasiado—. Mi hermana Dara necesita que le echen una mano con mi madre cuando ella está en la oficina y me he tomado una pausa en el trabajo.

—Genial, ¿no?

Se encogió de hombros.

—No está mal, aunque ya no recordaba lo que era aburrirse. —Miró hacia atrás, lugar por el que se había marchado Isabel segundos antes—. Tengo que irme. Te veo bien, Alicia. Espero que coincidamos más por el pueblo.

—Yo también —le contesté con una sonrisa.

Cuando ya se marchaba, observé lo que estaba en el suelo, a mi lado.

—¡Adriel! —le llamé levantando un poco la voz. Él se volvió y me miró—. Te dejas esto. —
Alcé el paquete de papel de cocina y me sonrió, girando sobre sus pasos.

—Gracias.

—De nada.

Nos sonreímos, y se marchó finalmente.

Admito que me quedé con una sonrisa un tanto absurda en la cara tras el encuentro y justo así fue como me encontró mi hermana cuando me giré y me topé con ella a un escaso metro de mí, observándome con una ceja alzada.

—¿Ese es Adriel? —Asentí arrugando la frente y, sin saber por qué, rehuendo un poco su mirada—. ¿Tu Adriel? ¿Con el que saliste en secundaria?

—¿Es que acaso conocemos a muchas más personas que se llamen así? —inquirí nerviosa—.
Todavía si se llamase Juan o José..., pero Adriel no es que sea demasiado común, creo yo.
Además, no sé si se le puede llamar «salir» a darnos tres besos siendo unos críos.

Y qué besos...

Me obligué a callarme. Ella juntó su carro al mío mientras nos dirigíamos a pagar y, tras unos segundos en silencio, me dijo:

—Ali, creo que lo tengo.

—¿El qué?

—Es una idea un poco descabellada, pero he escuchado lo que decía y situaciones desesperadas...

—Esa mirada me da miedo.

—¿Y si le propones a él que se encargue del puesto de Leo?

—¿A Adriel?

Asintió muy orgullosa de su proposición, y la miré con una ceja alzada mientras los engranajes de mi cerebro hacían girar la maquinaria que me haría discernir si era una buena o mala idea.

En un primer momento la descarté. Él se iría tarde o temprano a Madrid con su pareja, sabía que solo estaba en Costa Serena de paso, cuidando temporalmente de su madre, y eso me supondría volver a tener que buscar a otra persona cuando ocurriese... Aun así, si me paraba a analizarlo, si realmente lo pensaba con seriedad, la verdad era que se me acababan las opciones. Tristemente no tenía a nadie más, a menos que la alternativa del adolescente tembloroso volviese a estar en la palestra, y solo de imaginarlo era yo la que me echaba a temblar.

Sí. Él había dicho que se aburría, así que quizá le vendría bien tener un entretenimiento puntual en lo que volcarse, aparte del cuidado de su madre, claro.

Si valoraba la idea no podría relajarme, debía tener claro que si se lo proponía sería algo temporal. Como bien había dicho mi hermana, era una medida desesperada, porque me urgía sobremedida. Y solo en el caso de que él aceptase, de lo que no estaba para nada convencida, no dejaría de buscar a otra persona que cubriese la vacante a largo plazo.

Pensándolo bien, era hasta una buena solución, mientras él se hacía cargo del puesto de Leo, yo podría seguir buscando con más tranquilidad y menos presión un sustituto a la altura de mis necesidades, que no eran muchas, a decir verdad, pero sí algo más allá de las que podría cubrir un chiquillo asustadizo y con ganas de salir corriendo cada vez que respiraba cerca de él.

Decidida, dejé a mi hermana con los dos carros en la cola de la caja y enfilé casi a la carrera hasta el aparcamiento. Esperaba tener la suerte de que aún no se hubiese marchado.

Afortunadamente, estaba terminando de guardar la última bolsa cuando las puertas automáticas del establecimiento se abrieron y pude dirigirme al exterior.

Corrí hacia su immaculado coche, rojo, compacto y de líneas un poco agresivas.

—¡Adriel!

Él se giró hacia mí a la misma vez que cerraba el maletero. Un momento después llegué hasta él con la respiración agitada.

—¿Ocurre algo? —me preguntó dejando asomar una preocupación adorable en su mirada sorprendida.

—Dame tu número.

—Vale —contestó dubitativo, dejando pasar un par de segundos.

Mientras sacaba mi móvil del bolsillo de la sudadera, me di cuenta de las pintas con las que había ido a comprar.

Mierda. ¿Cómo no me había mirado en el espejo antes de salir y por qué demonios mi hermana no me había dicho nada?

—¿Estás bien? —me preguntó al percatarse de que me demoraba más de la cuenta en desbloquear el teléfono.

—Sí, sí, perdona. —Reaccioné—. Ya está. Dime. —Él me dictó su teléfono y le di a llamar para que también tuviese el mío—. Ahora tengo prisa, pero después te llamo y hablamos, tengo que proponerte algo.

Musitó un escueto «está bien», y me di media vuelta, en dirección a la tienda, sintiendo cierto cosquilleo en la nuca. Justo antes de llegar a la puerta me giré y lo pillé mirándome.

Con una sonrisa animada le dije adiós con la mano y me fui dentro.

Tuve que obligarme a serenar mi respiración agitada, sabiendo que no era precisamente por la carrera de hacía unos segundos. Quise mentalizarme de que era el resultado normal al volver a ver a una persona que antaño fue especial para mí. Especial porque cuando alguien forma parte de tu vida durante un tiempo, regalándote algunas primeras veces, es como si se quedase de alguna manera grabado en tu subconsciente con un rotulador de los que no terminan nunca de quitarse por más que frotas.

Mi hermana siempre me había dicho que se sentía tremendamente afortunada por estar casada con el amor de su vida, el hombre hecho para ella y que la complementaba, haciéndola sentir que podía con todo.

Mis padres también habían sido siempre un matrimonio bien avenido, aunque curiosamente mi padre estuvo saliendo de joven con una de las hermanas de mi madre, pero realmente de quién había estado enamorado desde siempre era de mi progenitora, solo que la tenía tan idealizada que la veía del todo inaccesible para él. Lo que no supo hasta años después, momento en el que comenzaron su relación, es que a ella le ocurría exactamente lo mismo con él.

Recuerdo haberles preguntado hacía unos años si no sentían que habían perdido un tiempo muy valioso que podrían haber dedicado a estar juntos, pero aún tengo más presente la respuesta que me dieron: «Las cosas pasan cuando están destinadas a ocurrir».

El porqué de que se me vinieran a la mente esos pensamientos justo después de haberme encontrado con él solo tenía una explicación, porque Adriel fue el primer chico al que besé; mi primer novio de la adolescencia, cuando aún no sabía ni qué significaba esa palabra que parecía quedarme demasiado grande. Y, aunque había sido más una travesura disfrazada de experimento en el juego de aprender a ser adultos que otra cosa, siempre lo había recordado con mucho cariño.

Podía revivir como si fuese ayer mismo la primera vez que nuestras lenguas estuvieron

enredadas. La sensación de sorpresa y rareza al sentir algo extraño invadiéndome de una manera que jamás había sentido. Cómo perfeccionamos los movimientos y nos fuimos adaptando a la forma del otro, sabiendo lo que a ambos nos gustaba más.

A Adriel le volvía loco que le mordiese levemente el labio inferior con mis dientes.

Si cerraba los ojos aún podía sentirlo en mi boca, mientras escuchábamos a los demás charlando y riendo durante el recreo, cuando a los de secundaria nos permitían salir a la calle para desayunar. Siempre íbamos a la misma zona, una calle tranquila, de casas bajas y poco frecuentadas, a un par de manzanas del instituto.

Cerca había una tiendecita que preparaba bocadillos y en la que siempre había discusiones por entrar de los primeros y así poder disfrutar de más minutos de libertad o, en nuestro caso, de poder recrearnos el uno en el otro, apoyados en el muro de una de las casas cercanas.

Sonreí al recordar ese sabor, el del regusto de unos desayunos inocentes paladeados en su boca.

Y recordaba cómo sabían: a gloria bendita.

CAPÍTULO 7

EL PRIMER BESO

En ocasiones las expectativas pueden dar lugar a decepciones..., pero otras veces son superadas con creces por la realidad.

15 años atrás

Habían pasado dos años desde aquella vez en la que en ese mismo lugar, pero rodeada de más gente, dejaría salir una frase que marcaría el momento exacto que estaba viviendo.

Solo dos años me separaban de aquel instante y, sin embargo, sentía que la Alicia que había pronunciado aquellas palabras era tan solo una niña con muchas ideas románticas en la cabeza y aún más esperanzas en que su idílico futuro fuese todo de color de rosa, aunque admitía que no había cambiado de parecer del todo.

Mi primer beso me seguía resultando algo verdaderamente importante, un hito en mi vida que debía merecer la pena recordar, por eso, justo en ese momento en el que casi iba a experimentarlo, en el que tan solo unos centímetros y unos cuantos segundos me distanciaban de esa primera vez, no podía parar de temblar.

«Será aquí mismo, al atardecer, cuando se pueda ver a los amantes en el horizonte. —Señalé al punto donde empezaban a vislumbrarse las conocidas rocas por las que la cala recibía el nombre, las cuales se unían en un beso efímero justo cuando la marea estaba en su pico más bajo—. Entonces, y solo entonces —recalqué—, fundiré mis labios con el chico más especial del mundo, que será el que me robe el corazón».

Adriel estuvo presente justo ese día y parecía haber recogido cada una de las palabras, hasta el más mínimo detalle de esa afirmación tan rotunda que hice, para llevarlo a cabo. Y yo, ajena a todo ello, lo acompañé un poco extrañada, pero con curiosidad por lo que decía necesitar de mí.

Ahora que lo sabía, que era consciente de a dónde me había llevado y para qué, me preguntaba si de verdad estaba preparada para despedirme de mi parte más infantil y decirle «hola» a una versión más madura de mí misma. ¿Realmente estaba lista para recibir mi primer beso? ¿Para dejar ir a la niña que había en mí?

—¿Estás bien?

Abrí los ojos al sentir una caricia efímera en mi mejilla, donde Adriel recogió una lágrima que escapó furtiva de mis ojos. No fui consciente de tenerlos cerrados hasta ese mismo momento.

Asentí sin poder articular palabra, sin saber si lo que me entumecía de esa forma todo el cuerpo era el frío o los nervios, o quizá una mezcla de ambos.

—Estás helada —pronunció con preocupación—. No ha sido buena idea venir aquí.

Comenzó a alejarse de mí con la intención de ponerse en pie, y sentí pánico, miedo a que mi primer beso se evaporase de una forma tan ridícula; de que él, el chico callado y algo retraído que aún se sentaba a mi lado en clases de Matemáticas, incluso cuando ya no formaba parte de ninguna norma impuesta por la profesora, sino por su propia elección, el mismo que me había recogido en casa esa misma tarde de Reyes, que había pasado el escrutinio de mi padre, la mirada cariñosa de mi madre, la de advertencia de mi cuñado Fede mientras sostenía a mi preciosa sobrina Alana, de tan solo dos meses de vida, y la de cariño de mi hermana mayor, se separase

tanto de mí que ya no tuviese derecho a acercarme ni aunque todo mi cuerpo me lo pidiese a gritos.

Me gustaba mucho Adriel y lo iba a perder incluso antes de haberlo tenido.

—¡No! ¡No te vayas! —le rogué.

Tiré de su mano y lo atraje hasta mí, haciendo que tan solo un par de centímetros nos separasen.

—Alicia... —pronunció casi en un susurro, agarrando mi mano entumecida por el frío.

Estaba empezando a anochecer y no podíamos tardar mucho más en marcharnos, ya que podía ser peligroso intentar salir de la cala sin visibilidad, aun así, en ese instante me sentía más temeraria que nunca y aquel dato era lo que menos me preocupaba.

No quería decirle adiós a ese momento. Nuestro momento.

—Adriel, no te puedes ir —dije categórica—. Sé que no soy la chica más guapa ni la más popular de la clase, y que quizá sientas que te he hecho perder el tiempo habiéndome traído hasta aquí y todo eso, pero quiero decirte que he sentido algo por ti desde que te vi dibujar esa bota que aún conservo y a la que tú llamaste pájaro en los ejercicios de primero. —Él me miró interrogante, y aclaré mis palabras con los nervios desbordándose por mis labios:

»Lo tiraste a la basura cuando acabó la clase, y lo rescaté antes de salir al recreo; en ese momento no supe por qué lo hice, pero ahora creo que fue porque necesitaba tener algo de ti conmigo, algo que fuese tuyo. Y tú me has traído hoy aquí y te has acordado de todo lo que os conté sobre mi primer beso, y yo...

—Alicia —musitó en un susurro frente a mí haciéndome callar. Estaba cerca. Muy cerca, a decir verdad, y el olor a menta me embriagaba los sentidos—. ¿Harías algo por mí?

—Sí —contesté rotunda, interrumpiendo mi verborrea mental.

—Dime qué ves cuando me miras.

Aquello me cohibió, porque explicarle al chico que te gusta que adoras hasta la forma en la que arruga la nariz de forma compulsiva me daba un poco de vergüenza. Opté por ser sincera sin llegar a exponerme del todo.

—Veo a un chico que prefiere observar a ser observado, que a veces sonrío de una forma que me ha costado trabajo definir, pero que ahora sé que esconde sentimientos que le cuesta mucho expresar, que adora a su madre y a su hermana y que de alguna forma se ve como responsable de ellas... —Hice una pausa—. También veo a un chico guapo. —Me lancé—. Con unos ojos expresivos muy bonitos, manos delicadas y que en mis sueños besa muy bien.

Adriel sonrió sin dejar de mirarme, con ese gesto de medio lado que me volvía literalmente loca, agitando mi estómago y haciendo que una manada de elefantes corretease por mi interior revolviéndolo todo.

—¿De verdad?

—No, era una broma —me excusé un poco a la defensiva por sentirme en parte ridícula y expuesta.

Él agarró mi barbilla con la mano y me hizo volver a mirarlo. Lo que vi en sus ojos me asustó de tanto que me provocaba, de tan vulnerable que me hacía sentir.

—Antes has dicho que no eres la chica más guapa de clase —me recordó, haciendo que me cohibiese por ello—. ¿De verdad piensas eso? ¿Te has parado a observarte en el espejo y mirar con tus propios ojos y no con los de alguien ajeno a ti? ¿O solo te observas bajo las inseguridades que sientes por culpa de comentarios absurdos? —Me mordí el labio, y él acarició la palma de mi mano al agarrarla—. Yo no seré el más interesante, el más listo o el más guapo para muchas personas, pero ¿sabes qué? Que no me importa lo más mínimo. Lo que de verdad

me afecta es lo que pienso yo de mí mismo cada día, lo que siento cuando miro dentro de mí. ¿Y sabes por qué es tan importante? —Negué obnubilada.

»Porque es a mí a quien tengo que gustar, única y exclusivamente a mí. Porque lo que opinen los demás no tiene ningún valor; a unos puede gustarle mi pelo, otros detestarlo; habrá quien crea que soy guapo y quien no... o seguro que unas pensarán que beso bien y otras, que fatal.

Me sonrojé cuando me sonrió cómplice, y no pude apartar la mirada de sus ojos. Me tenía absorta con su discurso, que estaba calando en mí de una forma inesperada. Le estaba encontrando tal sentido a lo que me decía, palabras que ya había escuchado alguna vez, pero a las que entonces les encontraba una nueva y esclarecedora perspectiva, que fui incapaz de pronunciar ninguna a mi vez.

Adriel estaba haciendo que recapacitase, que me mirase a mí misma como de verdad pensaba que era, no como creía que me verían los demás; y me estaba afectando tanto lo que decía, tanto lo que sentía al escucharlo, que ese sentimiento elevaba la manera en la que me gustaba a otra categoría, por el simple hecho de hacerme sentir así: poderosa y valiente, empoderada.

—Gracias, Adriel. Jamás habría pensado que serías tan maduro en algo como esto —dejé escapar mi pensamiento en voz alta.

Él se encogió de hombros, restándole importancia.

—Tengo mis momentos. —Frunció la nariz dejando vislumbrar su propio nerviosismo—. Y quiero decirte algo más, solo para que sepas qué es lo que pienso al respecto.

Asentí a la misma vez que aprecié sus manos agarrar las mías con convicción.

Fue en ese instante, al notar su calidez, cuando recordé el frío que sentía, pues durante todo ese tiempo había olvidado por completo dónde nos encontrábamos, el hecho de que la luz casi no se distinguiera en el horizonte y de que la temperatura que nos rodeaba distaba mucho de ser agradable. Para mí solo estaban él y sus ojos, sus palabras frente a mí entrando en tromba en mi interior y caldeándolo.

—Creo que eres una chica guapa, lista y me encanta cómo intentas ayudar siempre a todos, aunque a veces ni siquiera se lo merezcan. Me gusta cómo te muerdes el labio cuando no terminas de entender los ejercicios de Matemáticas, cómo te ríes con Mat siendo tú misma o cómo lo proteges incluso sin darte cuenta, a pesar de que él te doble en altura, porque en el fondo sabes que necesita ese apoyo. —Me mordí el labio y su mano subió hasta rozarlo con los dedos, acariciándolo en un gesto tierno que me puso aún más nerviosa.

»Me gusta cómo me miras y lo fuerte que eres. —Negué casi imperceptiblemente con la cabeza, y él asintió, llevándome la contraria. Su mirada entonces se nubló con algo que no supe descifrar, quizá la inexperiencia estaba jugando en mi contra, pero lo que sentí cuando me observó me atacó directamente al estómago, provocándome una presión que descendió en forma de cosquilleo hasta partes de mi cuerpo hasta entonces dormidas, dando pie a algo que aún no comprendía del todo.

»Y quiero saber cómo me besas, porque con esos labios tan carnosos y apetecibles seguro que lo haces genial. —Contuve la respiración—. ¿Tú quieres besarme, Alicia?

Tragué saliva y asentí nerviosa, sabiendo que el momento había llegado, que estaba lista para decirle adiós a mi yo niña y darle la bienvenida a mi versión más adulta, la que estaba preparada para besar a un chico, pero no a uno cualquiera, sino al más especial de toda la clase, pese a que era invisible para muchos.

Yo sí que lo veía.

Sus manos agarraron mi cintura y me acercó hasta su cuerpo, el cual desprendía un calor reconfortante que me hizo suspirar. Su temblor casi imperceptible se unió al mío, un tanto más

descarado. Adriel giró su cabeza hasta llevarla a mi cuello y me animó en un suspiro a que mirase al frente, donde se recortaba la silueta de las rocas que daban nombre a esa cala, besándose en un efímero, pero mágico momento que les regalaba la marea, mientras el sol se escondía en el horizonte dejando una estela anaranjada en su despedida.

Fue una visión hermosa y subyugante, la más bonita que había visto nunca.

Sonreí perturbada y me estremecí cuando besó un punto de mi cuello y su aliento volvió a cosquillear mi piel.

—¿Estás segura, Alicia? —susurró sobre mi boca.

Y, en vez de contestarle con palabras, hice lo que jamás pensé que haría, lo que nunca me planteé cuando recreaba en mi mente cómo sería mi primera vez, en la que yo esperaba con ojos entornados de enamorada el beso de ese chico sin rostro.

No, nada de eso. Me olvidé de damiselas en apuros, de cuentos de hadas y de momentos mágicos. Deseché todas esas ideas y abracé la excitante e interesante realidad, acercándome a él y fundiéndome en su boca con ganas, con inexperiencia, con un choque de dientes que nos hizo reír nerviosos.

Le besé con agradecimiento y reconocimiento, con convicción y excitación.

Y no, no fue el primer beso que había imaginado.

Fue muchísimo mejor.

CAPÍTULO 8

LA PROPOSICIÓN

Llegaron las medidas desesperadas.

Actualidad
Miércoles, 21 de octubre

Había experimentado cierta sensación de nerviosismo mientras sonaban los tonos de llamada, pero una vez que Adriel descolgó el teléfono todo fluyó con relativa normalidad. Le pedí que viniese a casa, tragándome las ganas que sentía de salir huyendo de mi propia proposición de trabajo. Y es que una vez que me decidí a hacerlo, que salí corriendo en el supermercado para prácticamente exigirle su número de teléfono, prefería estar en terreno conocido para hacerle la que seguramente sería la propuesta más extraña de su vida.

Mientras hablábamos por teléfono, Alana entró casi a la carrera en el apartamento y me miró con ojitos suplicantes, gesto que había heredado —o aprendido— de mí, y yo le sonreí sabedora de que acudía en busca de auxilio, a la vez que Adriel me explicaba que aún tardaría un rato en llegar.

Mi sobrina, primogénita y ahijada para más señas, utilizó toda la artillería pesada para rogarme que la ocultase en mi casa, pues sus hermanos llevaban toda la tarde jugando al escondite y decía necesitar un respiro del eterno y tedioso juego.

Accedí porque soy fácil de comprar y porque siento debilidad por cada uno de mis niños, pero no conté con que Adriel llegase antes de lo que para mí significaba «un rato». Quedaba claro que el concepto tiempo y yo seguíamos sin llevarnos demasiado bien.

Cuando abrí la puerta él se me quedó mirando con una cara algo extraña, aunque al momento entendí que el motivo de esa risa contenida eran las pintas que lucía de estar por casa, con zapatillas estrafalarias incluidas.

—¡Hola! —exclamé atrayendo su mirada focalizada en mis pies, cubiertos por dos perritos calientes mullidos y con unos adorables ojitos saltones que se movían al caminar—. Has llegado pronto, ¿no?

—¿Te viene mal? —inquirió dubitativo.

—No, no, para nada. Pasa, por favor. —Me eché a un lado y le cedí el paso, invitándolo a adentrarse en mis dominios.

Alana lo saludó con un escueto «hola» mientras él miraba disimuladamente a su alrededor.

—¿Te acuerdas de la hija de mi hermana? —Él asintió—. Pues, *voilà*, he aquí la razón por la que empiezo a sentirme demasiado vieja. El tiempo vuela, ¿no te parece?

Adriel soltó una risa y la saludó educadamente.

—Yo ya me voy, tata —me dijo ella algo cohibida.

—Vale, cielo.

Me acerqué y le di un beso. Ella aprovechó la cercanía para preguntarme en un susurro por él, y le hice un gesto indicándole que ya le contaría. Y lo haría, porque mi sobrina era una adolescente madura, responsable y dulce, pero muy cotilla también; sabía que no pararía hasta saber todos los pormenores de la visita de Adriel a mi apartamento. Sus técnicas de persuasión y la de los interrogatorios de los prisioneros de guerra enemigos no tenían demasiadas diferencias.

Una vez nos quedamos solos me giré hacia él y atisbé el inicio de una sonrisa.

—¿Qué...? —pregunté curiosa.

—Me estaba acordando de cuando la utilizábamos de excusa para que te dejaran salir entre semana y estar juntos.

—Ostras. —Me reí—. Llevas razón, qué bien nos venía tener un bebé a mano.

Nos contemplamos con el cariño de dos personas que comparten recuerdos bonitos y sentí una pequeña presión en el ambiente, como cuando bajas una cuesta demasiado rápido o buceas muy profundo.

Ambos nos mantuvimos la mirada y el sonido de unas llaves en la puerta atrajo nuestra atención. Lo escuché antes de llegar a verlo y sonreí.

—¡Ya estoy en casa, cariiiño! Prepárate que vengo bien cargadito de... —vociferó y se detuvo en seco al vernos en el salón, observándolo— técnicas de persuasión —terminó la frase con algo menos de entusiasmo—. Hola...

—Hola, Leo —le saludé aguantándome la risa e hice las presentaciones.

El recién llegado se acercó y le tendió la mano con una sonrisa. Después se acercó a mí y nos dimos un beso en la mejilla junto con un abrazo, como siempre que nos veíamos.

Yo ya sabía a lo que venía, lo llamé minutos antes que a Adriel para explicarle el plan. A él le pareció una buena idea e incluso me propuso que vendría a apoyar la propuesta, pero, ahora que lo tenía allí y por lo que había dicho al entrar, estaba temiendo esas técnicas que, claramente, pensaba utilizar con Adriel. Esperaba que no lo asustase antes de tiempo.

Decidí que lo mejor era no andarme por las ramas, así que les serví una bebida a cada uno y abrí mi lata de refresco. Mi cocina estaba al límite de sus posibilidades con ellos dos llenando el reducido espacio, sin embargo, me sentí bien al estar con ellos allí, me gustaba tener gente en casa.

Le lancé la propuesta a Adriel con un entusiasmo poco retenido y, aunque estaba convencida de que podía llegar a ser una muy buena idea, temía que él lo viese como una pérdida de tiempo y lo rechazase.

No supe si fue por la forma en la que se lo explicamos, por cómo Leo dio por sentado que su participación era un hecho o por su predisposición a salir de la monotonía de casa de su madre, que no nos costó demasiado convencerlo.

—Creo que lo mejor será que estos días veas cómo lo hacemos, qué es lo que más le gusta a Alicia y todo el trabajo posterior, así te vas familiarizando con todo sobre la marcha —manifestó Leo cogiendo una aceituna—. Aquí la señorita no es demasiado exigente, a pesar de que le gustan los trabajos bien hechos, ¿verdad, Ali?

Le miré alzando una ceja, no por lo que había dicho, sino por el tono que había utilizado. Él me guiñó un ojo, socarrón.

—Bueno, imagino que como a todo el mundo.

—No hay problema —contestó Adriel mirándome y bebiendo de su botellín—. Lo único es que solo podré acudir por las tardes, que es cuando Dara se queda con mi madre.

—¿Y por las noches? —preguntó Leo sin venir a cuento.

¿Las noches? ¿Qué mierda se suponía que íbamos a hacer por la noche?

Ya la estaba liando.

—Imagino que, si hiciese falta, también —contestó Adriel dubitativo.

Yo miré a Leo con las mismas ganas de estrangularlo que de agradecerle que me estuviese haciendo más fácil todo aquello, pues debía admitir que su participación había ayudado mucho a que Adriel aceptase, aun así, no terminaba de entender a qué estaba jugando con esas frases

soltadas de esa manera y con algún motivo en concreto del que yo aún no era consciente. Lo conocía demasiado bien y cuando me miraba así sabía que había algo detrás de todo aquello.

—Yo, por mi parte, no dejaré de buscar a alguien que se encargue de todo de manera definitiva y cuando lo encuentre le invitaré a que venga a una grabación para ver qué tal se desenvuelve —expliqué—, así para cuando vuelvas a Madrid, con un poco de suerte, ya tendré a la persona definitiva.

—Me parece bien —alegó escueto.

Leo me sonrió, y fruncí el ceño antes de entender que esa sonrisa presagiaba un enredo más de los suyos. Me puso la mano sobre la pierna y apretó a la vez que le hablaba a Adriel.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

El aludido comprobó el reloj.

—No, aún tengo tiempo, ¿por?

—Estaba pensando que para qué vamos a esperar a otro día si ahora estamos aquí los tres... Yo estoy muy liado ultimando los preparativos de mi traslado, así que podríamos aprovechar y grabar un rato hoy. ¿No querías hacer el vídeo de *Sexo en la mesa*, Ali?

«Lo mato».

Juré sobre mi tumba que iba a estrangularlo con mis propias manos en cuanto tuviese oportunidad. Ya averiguaría qué hacer con el cadáver. Quizá hasta lo cocinase.

Miré de soslayo a Adriel y no supe descifrar ni su postura ni su gesto facial. A saber qué estaría pensando. Miedo me daba imaginarlo.

—No creo que sea buena idea, Adriel tendrá cosas que hacer, esto nos va a llevar un mínimo de un par de horas y...

—Por mí está bien, siempre que comamos algo, no tengo problema.

Sonrió, y le devolví el gesto, un poco contrariada. Leo le dio una palmada en la espalda con entusiasmo.

—Eso está hecho, Ali hace unas comidas dignas de una diosa y no le importa compartir.

Su tono con retintín me estaba sacando de quicio.

Lo miré queriendo atravesarlo con los ojos, pero no me quedó más remedio que levantarme e ir hacia mi dormitorio, donde cogí algo de ropa con más nervios de los que quería aparentar, para luego encerrarme en el baño y maldecir en arameo el momento en el que se me ocurrió llamar a Leo y contarle el plan. Hubiera estado mejor calladita, pues de haberme quedado sola no me habría encontrado teniendo que maquillarme y adecentarme para grabar uno de los vídeos más subidos de tono de mi canal, sino con un bocadillo de tortilla frente a la televisión, haciendo maratón de alguna serie.

Los escuché parlotear al otro lado de la puerta y puse la oreja. No conseguí captar más que alguna palabra suelta sin demasiado significado. Parecía que habían congeniado bien, a decir verdad, era raro que Leo cayese mal a alguien.

Hice lo que pude con mi aspecto y salí del baño con todas mis energías puestas en mandar buenas vibraciones al universo y que ese día no se complicase la grabación por alguno de los motivos que de vez en cuando solían ocurrir, como cuando nos dimos cuenta de que no habíamos activado el sonido de mi micrófono hasta cuarenta y cinco minutos después del inicio del cocinado o la vez en la que me pasé media grabación con un trozo de espinacas adherido a una paleta, y a Leo le pareció buena idea que los seguidores me viesen como alguien mundano y vulnerable —palabras textuales suyas— cuando le recriminé que no me hubiese avisado.

Recé a todos los santos para que no hiciese de las suyas, ni él ni el cosmos, y respiré hondo antes de plantarme frente a ellos, dispuesta a grabar, con todas las energías concentradas en lo

que iba a ocurrir minutos más tarde. Me tomaba muy en serio mi trabajo, por lo que la profesionalidad hizo acto de presencia en mí.

Me di cuenta de que ya habían montado la cámara y la iluminación, por lo que ya estaba todo preparado y parloteaban mirando el aparato.

Adriel fue el primero que reparó en mi presencia y le sonreí.

—Lista.

—Genial —dijo Leo vehemente—. Ali, ve preparando tus cosas mientras Adriel va haciéndote unas tomas de prueba.

Asentí y saqué los ingredientes que iba a necesitar, colocándolos en la isla de la cocina en la disposición que quería que apareciesen en el vídeo. Mientras sentía un cosquilleo en la nuca comprobé que la estancia estuviese recogida y ningún detalle, por insignificante que pudiera parecer, estuviera fuera de su sitio, pues por cosas así se nos habían arruinado tomas por completo.

Cuando todo estuvo listo, me observé en el espejo de la pequeña entrada y me gustó lo que vi, aunque atisbé que tenía las mejillas un poco subidas de tono.

Reajusté el escote de la camiseta y escuché cómo Leo iba dándole instrucciones a Adriel sobre las distintas posiciones de cámara, cómo tomarían las imágenes de la comida mientras se estuviese cocinando y los pormenores a tener en cuenta.

Respiré hondo sintiéndome más nerviosa de lo habitual. Me dije a mí misma que era normal, tenía en casa a alguien extraño, por así decirlo, e iba a formar parte de un momento que siempre había sido de Leo y mío en exclusiva.

Iba a salir de mi zona de confort, por lo que entendí que no era raro sentir cierta inquietud hacia lo desconocido, aun así, estaba segura de que todo fluiría con más normalidad de ahí en adelante.

—Cada vez que acabes una grabación deberás poner a cargar todas las baterías y dejarlas preparadas para la siguiente vez. Ten siempre un par de repuesto contigo, en el bolsillo o a mano, porque las malditas se agotan cuando peor viene y tienes que ser el vaquero más rápido del oeste para no perder tomas relevantes.

—Entendido —le contestó Adriel.

—Habitualmente grabarás aquí. Ya tenemos dominada la colocación de los focos y los trípodes, por lo que no tendrás problema. Ali te ayudará cuando salgáis a trabajar fuera del apartamento, porque puede costarte un poco dominarlo al principio. Cada escena tiene su ángulo perfecto, solo tendrás que irlos encontrando, hasta entonces tendrás que revisarlo en cada toma del vídeo. —El alumno asintió concentrado en la lección exprés que estaba recibiendo, y yo, a mi vez, repasé el guion de grabación que había preparado días atrás—. Todo es más sencillo en la práctica, ya lo verás —lo animó Leo—. Ali, ¿vamos?

—Qué remedio —contesté con humor atisbando el inicio de una sonrisa en los labios de Adriel, que me reseco la garganta.

Tuve que carraspear mientras ellos ajustaban juntos la cámara en el trípode frente a mí y encuadraban la imagen. La mano de Leo se alzó y observé cómo sus dedos se iban perdiendo en su puño, en una cuenta regresiva.

Cuando llegó a uno sonreí y al segundo siguiente comencé con mi saludo habitual.

—¡Hola, sabrosuras! Espero que estéis de rechupete... ¿Qué? ¿Preparados para una nueva entrega de *Sexo en la mesa*? —Hice una pausa estudiada a la vez que elevaba las cejas en un gesto sugerente. Vi a Leo sonreír y a Adriel morderse el labio inferior concentrado en la cámara. Perdí por un segundo el hilo del argumento, pero me obligué a recuperarlo—. Para los que

acabáis de llegar al canal, no os asustéis, no es literal. Ya sabéis que existe una relación directa entre la comida y el apetito sexual, ¿verdad? Pues aquí una servidora, que es una buena samaritana, viene dispuesta a daros las claves para convertir una simple receta en un instrumento para la seducción.

»Para los chicos utilizaremos alimentos que ayuden a aumentar su ánimo, la producción de testosterona y el riego sanguíneo; ya sabéis... —Hice un gesto de lo más locuaz elevando el dedo índice—. Para nosotras serán alimentos que aumenten nuestra libido, provoquen sensibilidad genital y nos hagan producir serotonina, sustancia que nos proporcionará una sensación de relajación y placer. Hoy la cosa está que arde, ¿verdad? ¿Qué? ¿Os apetece que subamos la temperatura? Pues tomad nota de los ingredientes, que empezamos...

Fue un buen vídeo, casi todo salió rodado y únicamente hubo que repetir un par de momentos puntuales sin demasiada importancia. Adriel había estado callado, observando todo cuanto ocurría a su alrededor y tomando nota mental de lo que Leo le iba indicando; yo, por mi parte, sentía que había estado subida en alguna atracción de feria eterna.

Grabar con Leo siempre había sido como montar en tiovivo; divertido, pero tranquilo, algo que hasta un niño podía dominar... Sin embargo, hacerlo con Adriel me había resultado como si hubiese pasado una tarde entera sobre una montaña rusa, con las temidas bajadas que creaban esa sensación de vértigo tan característica en el estómago y las lentas subidas que calmaban y a la vez estresaban.

No quería sacar conclusiones precipitadas, solo esperaba no haberme equivocado con la propuesta a Adriel, ya que su mutismo y sus miradas a veces conseguían ponerme de los nervios al no saber descifrarlas.

—Interesante, ¿no? —me dijo Leo mientras terminaba de guardar los equipos cuando ya estábamos solos.

—¿El qué? —pregunté despreocupada desde mi habitación.

—Todo. —Se detuvo unos segundos—. No sé, me ha dado la sensación de que aquí se respiraba la misma tensión incluso si no te hubieses pasado cien minutos hablando de follar con la comida.

Me asomé tras la puerta del armario, subiéndome los pantalones del pijama.

—¿De qué hablas?

—Por lo que más quieras, Ali, tápate las tetas.

Fruncí el ceño mientras él se cubría los ojos, exageradamente mortificado, y observé mi cuerpo.

—Tengo un sujetador —contesté vacilante—. ¿Desde cuándo tienes problemas con verme así? Ni que fuera la primera vez. —Observé atónita cómo, desde el salón, se desabrochaba los pantalones y bajaba el primer tramo, dejando al aire su ropa interior—. ¡Serás cerdo! —me quejé—. ¿Te has pasado comiendo de las brochetas afrodisiacas? —Me reí al ver su cara de consternación.

—Qué brochetas... Me habré comido dos, pero la culpa de esto no la tiene la comida que has preparado, mujer, la tenéis vosotros. Había demasiada tensión sexual acumulada en tan pocos metros cuadrados y estas son las consecuencias lógicas y esperadas. No soy de piedra, ¿sabes?

—¿Perdona? —Me reí incrédula—. ¿Dónde se compran las entradas para la película que te estás montando tú solito?

—Sí, ya —me dio la razón como a una niña pequeña—. Tú dirás lo que quieras, pero ese tío exudaba feromonas cada vez que te miraba, y ¿qué quieres que te diga?, estoy falto de sexo, llevo sin echar un polvo desde el viaje a Gerona.

—¿Cómo? —Abrí la boca exageradamente a la vez que me terminaba de abrochar la bata—. ¿Mojaste en Gerona?

—¿Te acuerdas de la camarera morena de ojos grandes que nos atendió la última noche? —Asentí—. No sabes la de cosas que hicimos en el baño mientras estuviste despidiéndote de los seguidores con los que cenamos. Era pequeñita, pero matona, te lo digo yo.

Me eché a reír, y él me acompañó.

—Vas a tener que ir buscándote plan —le dije divertida—, porque si esa fue la última vez ya van a hacer tres meses.

Él resopló.

—No me lo recuerdes. Tú no quieres solucionar esto, ¿verdad? —Se señaló la entrepierna, y le tiré un cojín sonriendo.

—Aparta eso de mí, so cerdo.

—Está bien, está bien. —Levantó las manos en son de paz—. Pero que sepas que cuando me la toque esta noche pensaré en vosotros dos fornicando como descosidos sobre la barra de la cocina.

—Leo, por el amor de Dios, cállate.

Soltó una carcajada y me tiró de la coleta antes de sentarse en mi sofá, recolocarse el bulto del pantalón y coger el mando a distancia.

Me tragué el cosquilleo que me provocaron sus palabras con el escenario que había expuesto y me senté junto a él, dispuesta a disolver en espiraciones lo que Adriel me había provocado con su mirada intensa y penetrante, junto con esa sonrisa de medio lado que dejó salir en varias ocasiones durante la grabación.

Si no conseguía normalizar las sensaciones que me producía, y convertirlas en algo cotidiano, íbamos a tener un problema de difícil solución.

Claramente, el mensaje mental que me mandé, en el que me obligaba a dejar de lado la sacudida física y emocional que me provocaba Adriel, no caló de forma inmediata en mi cerebro, porque, un par de horas más tarde, sola, en mi cama, me descubrí en medio de un orgasmo fantaseando con sus ojos, sus manos de dedos largos y delgados y la isla de mi cocina.

«*Houston, we have a problem*».

CAPÍTULO 9

EL DÍA

Momentos de cambios, adaptaciones y despedidas.

Actualidad
Viernes, 23 de octubre

Solo había algo mejor que llorar desconsolada y era hacerlo acompañada.

Así una se sentía de algún modo comprendida y podía dejar salir su pena con más tranquilidad, sin creer que estaba incomodando a la otra persona con los hipidos y las lágrimas recorriendo sus mejillas sin control, orden ni concierto.

Qué liberador era llorar, pero qué poco atractivo resultaba hacerlo... y, sobre todo, cómo se te quedaba la cara después. Hecha un cuadro expresionista, como poco.

Exactamente así fue como nos hallaron Leo y Adriel, pues el pelirrojo había citado a mi nuevo cámara esa misma tarde para trabajar la parte de edición y poder terminar con la formación rápida que le estaba dando.

Hubiese estado genial estar al tanto de sus planes.

Hubiese sido estupendo que Leo no tuviese llave y no entrasen con toda la tranquilidad del mundo a mi apartamento.

Hubiese resultado fantástico si hubiesen llegado un rato antes, cuando aún no se había desencadenado el trágico y doloroso final de unas vidas tan valiosas.

Si todo eso hubiese ocurrido, no nos habrían encontrado por sorpresa a Alana y a mí berreando, llorando a moco tendido y abrazada la una a la otra mientras todo se iba a pique.

—Otra vez no —se quejó en un murmullo mi mejor amigo parado en la entrada.

—¿Qué pasa? —Escuché que le preguntaba un Adriel sorprendido en voz queda.

Los observé sin llegar a hacerlo realmente, porque no quería perderme detalle del momento tan dramático que se estaba dando al otro lado de la pantalla.

Era incapaz de vivirlo sin todos los sentidos puestos en él.

Sorbí por la nariz a la vez que atisbé que Leo, en vez de contestar a su pregunta, se acercó al congelador y preparó algo con la soltura y la familiaridad de quien lo ha hecho más veces, innumerables veces, realmente.

Cuando me tendió la tarrina de helado de nueces de macadamia con dos cucharillas hipé con más fuerza y balbuceé un agradecimiento bastante lamentable.

El pobre Adriel no sabía dónde meterse, se lo noté en la cara e intenté transmitirle algo con mis ojos, no sé muy bien el qué, mientras hundía la cucharilla en el helado y la llevaba hasta mi boca.

—Es su película preferida —le explicó Leo en voz baja acercándose hasta él, ya que no se atrevía a traspasar la entrada que hacía las veces de espacio útil de la cocina y recibidor—. Cada vez que está de bajón la ve. Nos ha salido un poco masoquista la muchacha.

—¿De bajón? —sospeché que preguntaba casi en un susurro el otro.

—Eso parece, y mucho me temo que el motivo soy yo... Me voy este domingo a Alicante, empiezo en el curro nuevo el día dos y lo tengo que tener todo listo allí.

—Ah —se limitó a contestar—. ¿Vas a estar mucho tiempo?

—Eso espero. —Sonrió.

Durante unos segundos dejé de prestarles atención, pues Rose, agarrada a la mano de Jack y tumbada sobre un tablón de madera en medio del océano Atlántico, entonaba una canción muy significativa. Qué triste, por favor... Siempre había pensado que eran una de las parejas más bonitas, espontáneas y trágicas de la historia del cine.

Como acto reflejo susurré a coro sus palabras:

—«Ven, Josephine, asciende conmigo. Vuela, vuela alto, muy alto...».

No pude evitar las lágrimas, porque sabía que segundos después presenciaríamos el momento en el que ambos tendrían que despedirse para siempre, sin embargo, la risa un poco escandalosa de Leo captó mi atención y rompió un poco el momento.

Le miré con un odio profundo.

—¿Te hago un resumen? —Adriel se encogió de hombros ante la pregunta de Leo, y dejé de observarlos, focalizando de nuevo la atención en la película, aunque no pude evitar escuchar sus palabras—. Esos dos se enamoran, viven un romance a escondidas porque él es un muerto de hambre, y ella, una señorita de alta alcurnia...

—Leo, no le hagas *spoiler* —lo reñí.

—Ali, la película tiene más años que el sol. Si esto te parece un *spoiler* —le habló a Adriel —, te diré que, por lo visto, Jesucristo murió y resucitó al tercer día, así te ahorras leer la Biblia.

El sonido de la risa de Adriel captó mi atención y sonreí al mirarlos.

Mi aspecto debía de ser lamentable después de tanto llorar y con la boca pringada de helado, pero, por suerte, rectifiqué pronto y giré la cabeza hacia la pantalla, una vez más.

—Como te iba diciendo, después de echar un polvo clandestino les cortan todo el rollo porque el barco se choca con un trozo de hielo que lo rompe como si fuese de papel, se va a la mierda y se hunde, todo con muchas dosis de tragedia para llorar con gusto. Resulta que el agua está fría de cojones, pero ¡oh, salvación!, encuentran un trozo de leño que utilizan para subirse, sin embargo, a él le pesa demasiado la cabeza y se caen de nuevo, como cuando te intentas subir a una colchoneta en la piscina y te pegas una buena hostia contra el agua. —Adriel se mordía el labio intentando contener una sonrisa—. Así que nada, al final ella se queda encima del madero, y él, con medio cuerpo dentro del agua. Se congela, obviamente... La diña, la chica llora, todos lloramos, ella decide no llevárselo como estatua de hielo a su casa porque teme que se le descongele en verano y huela mal la mansión, por lo que deja que se hunda en el fondo del mar; al poco, la rescatan y vive muchos años con el recuerdo del chico que le pegó un buen meneo en un coche de época y la dibujó desnuda, tan efímero como profundo. Fin.

Escuché a mi sobrina reír comedida y decidí pausar el vídeo, porque nos habían jodido la última parte y estando ellos allí no iba a disfrutar tanto esos minutos finales, aunque debía reconocer que la manera en la que lo había resumido Leo tuvo su gracia. Además, también estaba el motivo oculto, pero latente, de mis ganas de pasar tiempo con ellos, con Leo porque ya casi se iba a marchar de mi lado y no podía siquiera imaginarlo, y con Adriel porque me caía bien.

«Sí, ya. Ahora el que parezca que te hayan metido Peta Zeta en el estómago en cantidades industriales lo llamas “caer bien”, ¿no?».

Mandé a la mierda a mi vocecilla interior y les pedí a ellos que fuesen al salón de mi hermana, pues se habían marchado con los niños a pasear y trabajaríamos más amplios, tranquilos y sin riesgo de que el olor de Adriel se quedase de nuevo impregnado en mi escueto apartamento.

Cuando se hubieron marchado me metí en el baño para adecentarme e intentar arreglar el estropicio de mis ojos hinchados por el llanto. Alana aprovechó la ocasión y, como ya me

imaginaba, me esperó tras la puerta del aseo.

—Vale, ahora no me digas de nuevo que han sido imaginaciones mías como el otro día —me acusó sonriendo escrutadora—. Te mola ese tío.

—No sé de qué me hablas —le contesté y me encaminé hasta el dormitorio, abriendo el armario y conteniendo una sonrisa al sentirla a mi espalda.

—Tata, venga ya, no soy tonta y tengo edad suficiente para saber que te pone.

—¡Oye! —me quejé conteniendo la risa—. ¿Qué manera es esa de hablarle a tus mayores?

—Tata...

Su tono recriminatorio me hizo reír.

—No diré nada si no es en presencia de mi abogado.

—¿De Leo?

—¿Leo? Ni de coña, se lo contaría a Juani y en diez segundos se habría corrido la voz por toda Costa Serena. —La señalé con el dedo—. Promete que quedará entre tú y yo.

—Claro, ¿con quién te crees que estás hablando? ¿Con las gemelas?

Hice un gesto con los ojos, dándole la razón.

Emma y Diana, las gemelas de siete años, eran tan diferentes como la noche y el día: una, nerviosa, y la otra, tranquila y pausada; una, aplicada y estudiosa, y su hermana, todo lo contrario, y así con muchas cosas más... Sin embargo, sí que había dos cosas en las que coincidían aparte del físico: la habilidad para cantar como los ángeles y la imposibilidad para guardar ni un solo, mísero e insignificante secreto. A veces dudaba de que Juani no fuese realmente parte de la familia y lo hubiesen heredado de ella, la verdad.

—Adriel y yo fuimos novios cuando teníamos más o menos tu edad —le expliqué con complicidad—. Fue el primer chico al que besé y...

—Espera, ¿te besaste por primera vez a los quince? —me preguntó alucinada.

—Oye, ¿de qué vas? —Me reí—. Pues sí, exactamente a los catorce. Una edad estupenda para darse el primer beso.

—Tata, tengo amigas que ya lo han hecho con sus novios.

—¿Hecho? ¿El qué? ¿Besarse?

—No, tata —contestó alzando las cejas—. Ya sabes...

—¿Sexo?

Asintió con la cabeza, y abrí los ojos con algo de teatro.

—Qué barbaridad, estas nuevas generaciones vienen pisando fuerte.

—Hablas como mi madre.

—Es que estoy intentando ser adulta por una vez, que luego me riñe diciéndome que parece que tengo tu edad. —Nos reímos—. Anda, venga, vamos, que me estarán esperando.

—Un momento. —Me paró agarrándome del brazo—. Te has escaqueado del tema.

—¿Yo?

—Sí, solo me has contado que fue tu novio y te besó, pero han pasado décadas de eso.

—No hables en plural, que no soy tan vieja, niña. Una década y poco —me quejé.

—Bueno, un montón de años —se corrigió—. Pero ¿y ahora?

Resoplé, haciendo tiempo y buscando la templanza que necesitaba para explicarle a mi sobrina lo que ocurría sin faltar a la verdad y a la vez sin confesarle que «el tío que me molaba», según ella, había protagonizado un par de sueños subidos de tono y alguna que otra fantasía estando despierta.

—Él tiene pareja, Alana —le dije como si eso fuese motivo más que suficiente. Al verla alzar una ceja y mirarme con cara de incredulidad, continué—: Es verdad que es atractivo y me cae

bien, aun así, eso no quiere decir nada. A veces me pongo nerviosa porque hace demasiado tiempo que no lo veo e imagino que aún tengo que acostumbrarme, nada más.

Ella me observó suspicaz, y le aguanté la mirada con una sonrisa.

No podía flaquear, pues me delataría, aunque lo que había dicho no era una mentira realmente, creía de verdad que la situación con Adriel se calmaría tarde o temprano, pero me había cogido tan de sorpresa verlo en la reunión, descubrirlo en el pueblo tras tantos años y tenerlo a mi alrededor en estos últimos días que aún tenía que normalizar nuestra relación y descubrir cómo era el Adriel adulto, porque en mi mente aún lo visualizaba siendo un joven imberbe y delgadito, todo lo contrario a ahora, que la barba cerrada que cubría su rostro, su estatura y el ancho de sus brazos delataban que de niño quedaba bien poco por allí.

Vale, puede que también me sintiese un pelín atraída hacia él, solo un poquito.

—Está bien —concedió—. Pero te vigilaré de cerca.

Le sonreí mientras me hacía un gesto con los dedos índice y corazón sobre sus ojos y nos dirigimos a la casa, donde ellos ya habían comenzado a trabajar con el portátil.

Alana se fue a su habitación, y yo me acerqué a su posición, dispuesta a sentarme en la silla libre al lado de Leo, sin embargo, él colocó la chaqueta sobre el asiento y me guiñó un ojo.

Quizá otra persona no se hubiese sentido a gusto por el hecho de tener a dos de sus exparejas en la misma habitación, pero yo, gracias a las miradas y gestos de Leo, solo me sentí como si hubiese regresado al pasado y mi mejor amigo me estuviese ayudando a conseguir al chico que me gustaba, algo que no me hizo sentir cómoda, pues aquello era del todo quimérico e improbable.

Por ambas partes.

Inexistente.

Retiré la chaqueta y me senté en el lugar que Leo me había vetado, al momento descubrí que era peor el remedio que la enfermedad, porque, con la distancia que nos otorgaba el asiento de él en el medio de ambos, podía atisbar cada uno de sus gestos, fruncimientos de cejas y asentimientos concentrados.

Me dije a mí misma, tal y como le había explicado a mi sobrina, que debía normalizar la situación, por lo que me pasé más de una hora absorta en cada uno de sus movimientos faciales y corporales, convenciéndome de que quizá así me familiarizaría más rápidamente a ellos y dejaría de prestarle atención, pues ya no sería nadie desconocido.

«Sí, hija mía. Sigue diciéndote eso a ti misma, anda, que lo mismo te lo crees».

Mi pensamiento hubiese estado genial si no hubiese sido por el pequeño detalle de que, cuando veía cómo sus dientes mordían su labio en un gesto de concentración, me imaginaba que eran los míos los que recibían la atención; cuando pasaba sus dedos largos y delgados por su nuca en una señal de cansancio por la postura, me visualizaba a mí dándole un masaje — desnuda, para más señas— a su espalda, y cuando se llevaba la mano al pelo, estirándolo hacia arriba y descolocándolo un poco más en su posición aleatoria, eran mis dientes los que apresaban mis labios para contener un gemido.

Joder, no sabía si iba a terminar acostumbrándome a Adriel, pero ya había descubierto unas cuantas expresiones nuevas que me fascinaban aún más que las que ya conocía.

—Ali, baja de donde quiera que estés —me dijo Leo dándome unos golpecitos en la frente—. ¿Podrías hacer algo productivo y traernos bebidas?

Me sentí un poco violenta siendo observada por los dos y más aún cuando mis ojos se cruzaron con los del objeto de mi escrutinio. Me habían pillado absolutamente embobada.

—Claro. —Carraspeé incómoda—. ¿Cerveza?

—Genial —contestó Leo.

—Vale —secundó Adriel y me dedicó una sonrisa, «esa sonrisa», que me puso el estómago un poco más del revés.

La sonrisa que siempre me había debilitado las entrañas.

La de medio lado, la lacónica y sin acabar.

La sonrisa que enamoró a la Alicia niña y parecía fascinar a la Alicia mujer y a sus partes más íntimas y recónditas.

Sobra decir que me tomé mi tiempo en la cocina, en parte para llamarme a la calma y deducir que con lo sensible que estaba esos días con la marcha de Leo, los cambios en el ámbito laboral, la revolución hormonal debido a mi ciclo menstrual y la visita exprés de mi mejor amigo Mat, tenía los sentimientos a flor de piel y eso no ayudaba a mi aclimatación con Adriel.

Rebusqué en la despensa de mi hermana y piqué un poco con la idea de acallar de alguna forma los rugidos de mi interior, aunque bien sabía que no eran debidos a ese tipo de hambre.

Una vez más calmada, regresé al salón al mismo tiempo que llegó la tropa, ataviados con cascos para la bici, la ropa algo sucia y amplias sonrisas, que reflejaban lo bien que se lo habían pasado en su salida en familia.

—Hola, enana. —Me besó mi cuñado Fede al pasar junto a él.

Le devolví el saludo e hice gestos de cariño a los niños, que inundaban toda la estancia con su presencia, carreras y gritos. Me acerqué a mi hermana, que andaba desenganchándose la mochila de porteo del pequeño Guille, y la ayudé cogiendo al niño en brazos.

Sus manitas heladas aterrizaron en mi cuello, haciendo que diese un respingo por la impresión.

—Jo... lines, ¿dónde has tenido metido al niño, en un iglú?

Estrella se rio y tras quitarse el abrigo ayudó a los más pequeños a hacer lo propio y a colgarlos en el armario de la entrada.

—Ya era hora de que hiciese un poco de frío —dijo entusiasmada.

—Oye, ahora nos marchamos a mi apartamento, que hemos venido para estar un poco más amplios por eso de que temporalmente somos tres, ya sabes... —le aclaré.

—No te preocupes, vamos a subir a ducharnos, así que no hay prisa. ¿Os quedáis a cenar? —preguntó en alto dirigiendo la invitación a mis dos acompañantes—. Hola, Adriel.

—Hola. —Sonrió cortésmente, y me sentí absurdamente reconfortada al apreciar que no le había dedicado esa sonrisa que yo consideraba un poco mía, sino una educada y amable, anodina, al fin y al cabo—. Yo no puedo, gracias, me esperan en casa —aclaró.

—¿Fajitas y *pizza*? —preguntó Leo, sabiendo cuál era el capricho en casa de mi hermana los viernes por la noche. Ella asintió, y él compuso un gesto de placer—. Me apunto.

Estrella le sonrió y continuó guardando bártulos y recogiendo lo que en tan pocos segundos habían ido dejando sus hijos tras su paso. ¡Jesús!, hubiese jurado que habían traído niños de más recogidos en el parque, porque el jaleo y la estela tras su paso era considerable.

Sentí unas manitas llamando mi atención y me giré. Mi preciosa sobrina Fabiola me observaba con sus expresivos y grandes ojos verdes, coronados por un filo negro que bordeaba su iris de una forma muy particular y atrayente.

—Pato, ¡papá te llama! —Escuché que le decía Bruno desde algún lugar de la planta baja.

Ella asintió, como si con ese gesto su hermano mayor ya pudiese conocer su respuesta, y luego me sonrió desprendiendo ese halo de nobleza que la caracterizaba.

—Tata, ¿quién es ese hombre que está con el tío Leo? —Apuntó con su manita hacia Adriel, y me fijé en que ambos estaban observándonos con un interés muy mal disimulado.

Le sonreí a la niña y miré al aludido cuando contesté.

—Se llama Adriel y es un amigo mío. ¿Quieres que te lo presente? —Él me devolvió la mirada de una forma aguda que no supe descifrar, y ella asintió, agarrándose de la mano y quedándose a un paso por detrás de mí cuando llegamos hasta ellos.

»Hola, chicos —teatralicé, pues ambos ya estaban al tanto de nuestros movimientos—. Adriel, quería presentarte a esta señorita de aquí. Se llama Fabiola y es mi sobrina preferida —susurré—. Ah, y acaba de cumplir cuatro añazos.

Le cedí el sitio con un gesto, ella se sonrojó y agachó la cabeza tras contestar con un «Hola» a Adriel, y su vocecita sonó tan tierna que tuve ganas de comérmela a besos.

—Hola, Fabiola —le contestó él con cariño—. Encantado de conocerte. —Ella se quedó callada, y él se dio por aludido, suponiendo que quizá esperaba algo más por su parte—. ¿Ya vas al colegio? —Asintió—. ¿Y qué tal? ¿Te gusta? —le preguntó con el mismo tono que utilizaría para hablar con un adulto.

—Sí, mucho.

—Pues te voy a contar un secreto. —Se acercó a ella y bajó la voz. Mi sobrina, intrigada, arrió su cuerpo hacia él—. Sigue pasándotelo tan bien y estudia un montón, así cuando seas mayor podrás dominar el mundo.

Fabiola asintió sin demasiado interés y se marchó a la carrera al recibir una nueva llamada de su padre, que la buscaba para ir a la ducha.

No supe por qué, pero encontré parte de amargura en el mensaje que le había transmitido y deduje que quizá él no era del todo feliz porque no dominaba su propio mundo.

¿Lo hacía, realmente? No podía saberlo, no hacía tanto que habíamos retomado el contacto, una semana exactamente, y eran pocas las veces que habíamos hablado sobre nuestras vidas más allá de saber que se dedicaba a probar videojuegos y que su novia era abogada.

—¿Por qué la llaman Pato? —Escuché que me preguntaba.

Sonreí con cariño y me senté a su lado, colocándome girada hacia él en la silla.

—Estoy segura de que si te fijas un poco lo averiguarás por ti mismo —contesté con ternura—. Solo tienes que detenerte a observar los detalles.

Él me dedicó una mirada que fundió un poco más los plomos de mi cordura y contribuyó a que aquella noche tampoco tuviese sueños demasiado sosegados. Lo que restó de fin de semana lo dediqué por entero a Leo, pues no podía creerme que el día de su marcha hubiese llegado tan pronto.

—Ali, estás llenando de mocos mi sudadera preferida.

—¡Calla! —me quejé hipando y riendo a la vez, comprobando de soslayo que estaba tomándose el pelo, en su prenda no había rastro de nada que no fuesen mis lágrimas—. Prométeme que vamos a hablar todos los días.

—Te lo prometo.

—Y que no te vas a olvidar de mí, vendrás a visitarme a Costa Serena cuando puedas y que, aunque serás feliz, me echarás un poquito de menos.

—Que sí, pesadita. Y tú trata de disfrutar de los cambios, ¿vale? Que nos conocemos... —me contestó guiñándome un ojo.

Besó mi coronilla y le sentí sonreír sobre mi pelo cuando le apreté más fuerte en mi abrazo a su cintura, a la vez que musitaba un «Te quiero, pelirrojo del demonio» sobre su pecho. Él me sostuvo durante unos segundos más y después, con esa preciosa y franca sonrisa, su pelo largo recogido en una coleta y esos andares despreocupados que le caracterizaban, lanzó un beso al aire cuando se subió al coche y se perdió calle abajo.

Seguramente sería del todo innecesario explicar cuál fue mi reacción a esas alturas de la historia... Así de previsible era.

CAPÍTULO 10 ESPECIAL

Rueda y rueda...

Actualidad
Viernes, 6 de noviembre

Me costó horrores.

No voy a avergonzarme al reconocer que adaptarme a tantos cambios no me resultó nada fácil y dramaticé un poco más de la cuenta con mi familia y con el propio Leo cuando me llamaba por teléfono, cumpliendo con su promesa de hacerlo cada día.

Me alegraba que su primera semana con su correspondiente toma de contacto en el nuevo empleo hubiese sido positiva para él, pero en el fondo albergaba ciertas esperanzas egoístas en que el resultado no hubiese sido tan bueno, haciéndolo regresar a mi lado; una realidad paralela en la que la vida, en general, habría sido un poco más feliz.

Mi padre me evitaba. Era un hombre con dificultad para empatizar con los sentimientos de los demás, siempre pensé que su profesión le había regalado esa cualidad, pues había sido policía durante muchos años e imaginaba que, para evitar vincularse demasiado con lo que ocurría en su entorno laboral, se aislaba de todo y todos a su alrededor.

Como fui consciente de que mi apatía abrigada con cierto desánimo y coronada con una buena dosis de suspiros lastimeros le resultaba incómoda, procuraba no quedarme a solas con él para evitarle el mal trago.

Mi madre, por el contrario, venía a visitarnos más veces de lo que era habitual en ella y utilizaba excusas tan innecesarias como traer el pan para evitarle el viaje a Fede o preguntarnos por la mejor combinación de colores para sus nuevas cortinas. Su instinto llevaba activo treinta y cuatro años y, aunque tanto mi hermana como yo ya no éramos unas niñas, aún era capaz de reconocer cuándo una de sus crías necesitaba apoyo y cariño maternal.

Solía rodearme de mis sobrinos, pues su vitalidad, risas y trastadas me ayudaban a reponerme y día a día los utilizaba como bálsamo para mis bajones. Mi hermana y mi cuñado habían interiorizado *motu proprio* que yo contaba como una más de sus hijos y me incluían en todos sus planes familiares, algo con lo que los niños estaban encantados, porque hacían conmigo lo que les daba la gana.

En general lo agradecía, aunque en una ocasión incluso tuve que lamentarlo tras asistir al salón de belleza improvisado por las mellizas y recibir un trasquilón con unas tijeras en el flequillo. Gajes del oficio al ser tía y nada que no se solucionase con un nuevo y temporal peinado, pero el mal rato al mirarme en el espejo no me lo quitó nadie.

En cuanto a Adriel, admito que el pobre ponía todo de su parte e intentaba hacerlo lo mejor posible en cada grabación, incluso me había lanzado un par de ideas que parecían poder funcionar bastante bien en el rendimiento del canal, sin embargo, yo siempre fui un poco impaciente y en algún que otro momento me desesperé por tener que repetir alguna toma en más ocasiones de las que mi estado anímico me permitía.

Reconozco que no se topó con mi mejor versión, pues, en lugar de una adorable chica rozando la treintena y con la que había compartido un pasado de lo más inocente, me asemejaba

más a la personificación de la ladilla de un ogro de ciénaga putrefacta cabreada como una mona en celo.

Me asombraba que no me hubiese mandado aún a la mismísima mierda, yo lo hubiese hecho de haber podido, pero tiempo después supe que Leo ya le había advertido de lo que podía pasar e iba preparado y mentalizado para lo peor.

Aquello, definitivamente, se podía considerar «lo peor».

Y no, aún no había retomado la búsqueda de la persona definitiva para que cubriese a Adriel cuando llegase el momento de su vuelta a Madrid. En mi fuero interno rezaba para que no fuese pronto. Era algo que tenía pendiente hacer, pese a ello, aún no me sentía capaz de añadir una labor más a la enorme lista de tareas por abordar.

Lo único bueno de aquella etapa fue que Adriel sacaba a pasear más a menudo esa sonrisa de medio lado que tan nerviosa me ponía, y entonces, solo entonces, todo se iluminaba un poco más a mi alrededor.

Benditas sonrisas calcinaneuronas.

Mientras todo aquello pasaba, él fue cogiendo soltura con la cámara poco a poco. Mi carga de trabajo seguía siendo mayor de lo habitual, porque no me veía preparada para cederle el mando como sí hacía con Leo, así que, entre el insomnio que me acechaba últimamente y quedarme hasta tarde de manera habitual editando y programando las entradas para las redes sociales, llegaba al día siguiente un poco más agotada que el anterior.

Imagino que la longitud de mis ojeras, en aumento cada día, debieron de alertarlo, y esa tarde al abrirle la puerta me pidió que me diese una ducha y me vistiese, con una autoridad y decisión digna de mencionar.

—¿Para qué? —le pregunté intrigada. No tocaba grabación y no entraba en mis planes más inmediatos despojarme de la ropa de estar por casa.

—Es una sorpresa —contestó sin más—. Venga, que el tiempo es oro.

Sonrió, y no hice más preguntas, no porque no sintiese curiosidad, sino porque su alusión a necesitar un baño me había herido un poco en mi orgullo.

¿Qué esperaba? Esa noche me pasé editando hasta las cuatro de la mañana, había dormido un escaso par de horas y después estuve enfrascada en la cocina toda la mañana, bebiendo café e intentando desconectar la mente y simplemente disfrutar del momento, como hacía tiempo que no ocurría; y lo había conseguido, me puse música alta, amasé, horneé y mezclé con ganas e incluso bailé un poco frente a los fogones.

Así que sí, quizá llevaba razón y necesitaba una ducha de forma urgente.

Bueno, y admitía que las ganas que tenía de dejarme sorprender por él, que eran apabullantes, también pesaban.

—¿Qué tipo de ropa me pongo? —indagué delante del armario mientras él ojeaba el móvil apoyado en la barra de la cocina.

—Cualquier cosa —contestó sin mirarme.

Me quejé en silencio y resoplé, pero al segundo siguiente me pregunté a mí misma qué buscaba realmente como respuesta.

Observé los desgarros en las rodillas de sus pantalones negros, las bambas desgastadas y su chaqueta vaquera con aspecto de tener más de mil lavados, colocada sobre una sudadera deportiva gris con capucha y unas letras negras en el pecho.

Miré de nuevo mi armario y finalmente me decanté por unas botas tobilleras con poco tacón, unos pantalones vaqueros pitillo y un chaleco de punto en color maquillaje que aún no había estrenado. Me encantaban sus mangas abullonadas y el dibujo en trenza que formaba la trama del

hilo en la parte frontal.

Cuando salí del baño él desvió la atención de la pantalla de su teléfono hacia mí, escondió una sonrisa apretando los labios y no pude contenerme.

—¿Qué? —pregunté sintiéndome absurdamente bien.

—Nada.

—Adriel... —Puse el tono de mi sobrina cuando sabía que algo le ocultaba.

—No es nada, es solo que me gusta que tengas ese aspecto tan delicado incluso en vaqueros —dejó caer como si tal cosa—. Estás preciosa.

Alcé una ceja con sorpresa; con una agradable, sincera y reconfortante sorpresa que me hizo cosquillas en el estómago.

—Vaya, muchas gracias. —Contuve mis propios labios y me los mordí, refrenando las ganas que nacieron en ellos de lanzarse y acabar estampados contra su mejilla poblada de barba, agradeciéndole con ello su apreciación y palabras. Bueno, quien decía mejilla también podía referirse a labios.

Que estuviese siendo tan encantador no ayudó en nada a mi cruzada mental por normalizar nuestra creciente relación laboral y de amistad. Si era del todo sincera, jamás hubiese imaginado que un tipo como Adriel, el cual parecía darle la misma importancia a la moda como a la proporción de alginato de sodio en la elaboración de unas esferificaciones, hiciese mención a mi manera de vestir, pero me agradó descubrir que aún desconocía partes de su persona que podían sorprenderme.

Bueno, me agradó y me asustó un poco a la vez, porque ya eran varios los detalles que me gustaban de él y tenía que recordarme más veces de las necesarias que su pareja, esa chica que él había catalogado como «especial», con un trabajo estable, piso propio y con un novio demasiado atractivo para la cordura humana, lo esperaba en Madrid.

¿Y qué necesidad tenía yo de enredarme con tonterías a esas alturas? Si ya había asumido que acabaría siendo la tía solterona que mimaría a sus sobrinos, a los hijos de estos y a los hijos de sus hijos si tenía suerte de vivir para contarlos, y les daría el coñazo cuando fuese mayor para que la sacasen de paseo, chantajeándolos con las veces que de pequeños les cambió los pañales o se dejó humillar con sus ideas rocambolescas, a las cuales siempre se prestaba.

Ninguna, no tenía ninguna necesidad y debía grabármelo a fuego en la memoria cuando un nuevo ataque de estupidez me asaltase.

Respiré hondo y le sonreí tras recoger lo necesario y guardarlo en mi bolso. Juntos salimos del apartamento envueltos en un halo de camaradería bastante agradable.

Al poco, me descubrí sonriendo al darme cuenta de que, al montarme en su coche por primera vez, Adriel era igual de desastre que yo con el cuidado del vehículo.

—Perdona —se excusó apartando una camiseta, varios papeles y la funda de un portátil del asiento del copiloto y lanzándola a la parte trasera sin ningún interés, permitiendo con ello que me sentase.

—No pasa nada, el mío también es un desastre —me sinceré.

—Bueno. —Sonrió resignado arrancando el vehículo—. En mi coche me permito este pequeño acto de rebeldía.

—¿Acto de rebeldía?

—Mi chica es bastante estricta con estas cosas y en casa tengo que contenerme a menos que quiera acabar el día con una bronca de la hostia.

—Claro —contesté sin saber bien qué decir.

Su chica... Si es que, ¿quién me mandaba a mí a preguntar? A veces estaba mucho más

guapa calladita.

Él giró su cabeza hacia mí.

—Carla es una mujer peculiar —añadió en tono neutro, y no supe cómo tomarme dicha información, pues la verdad es que tenía las mismas ganas de hablar de su pareja como de pasarme la tarde ordenando mi ropa.

Ninguna.

—Seguro que lo es.

Le sonreí en respuesta rezando para que dejase el tema, sin embargo, conforme pasaban los minutos deduje que quizá, para conocerlo a él, también era necesario conocerla a ella o al menos la parte de ella que le concernía a él. No obstante, en el momento en el que terminé de componer en mi mente la pregunta menos invasiva a su intimidad, pero que a su vez ayudase a entablar de nuevo la conversación que yo misma había dejado zanjada un rato antes, detuvo el coche y me animó a bajar.

Miré a mi alrededor, porque no tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos. Cuando entendí que nos encontrábamos en La Rueda, un lugar del paseo marítimo en el que la disposición de las terrazas de los bares y locales de copas conformaban un círculo y en el que la pertenencia a la zona de cada negocio se reconocía por el color de las mesas y sillas, le miré interrogante.

—Nada que unas cervezas no curen, chica manzana —contestó con entusiasmo a mi pregunta no formulada.

Fui incapaz de poner un pie tras otro al escucharlo, porque esa simple frase, lanzada sin ninguna mala intención por su parte, cayó como un jarro de agua helada sobre mi cabeza.

Porque por un momento no entendí qué hacía allí con un chico que, francamente y a razón de su afirmación, no me conocía en absoluto; al menos no a la Alicia de veintinueve años que tenía frente a sí, ni tampoco las cosas por las que había tenido que pasar en su vida.

Y porque su plan estaba fracasando estrepitosamente al querer sacarme de mi entorno para despejar mi mente de la marcha de Leo, pues en ese momento solo quería volver al pasado, tan solo un mes atrás, cuando mi vida no había comenzado a agrietarse y removerse desde los cimientos, amenazando con derrumbarse por completo. Un momento en el que nada desafiaba mi cordura y mi estabilidad, conseguida a base de mucho esfuerzo.

Vale, quizá me estaba excediendo en mis pensamientos, pero Leo era parte de mi familia, un pilar fundamental, un amigo que conocía todo de mí y sobre mí... Y se había marchado dejándome sola no únicamente de forma física, sino con varios agujeros por llenar, como el de la parcela laboral o el de ser mi paño de lágrimas y confidente leal.

Leo nunca habría dicho una frase así, no la habría ni siquiera pensado, por todo lo que conllevaba y significaba para mí; por todo lo que él sí conocía.

La comparación entre ambos fue inevitable.

—¿Alicia? —me preguntó Adriel. Se había acercado hasta mi posición y me miraba extrañado. Mi semblante no debía de ser demasiado halagüeño a juzgar por la preocupación que transmitían sus ojos—. ¿Estás bien? ¿Prefieres que vayamos a otro lugar? Por mí no hay problema, solo quería que te distrajeras un rato.

Negué con la cabeza sin dejar claro si mi respuesta era a la primera o a la segunda pregunta. Tras unos segundos Adriel tendió su mano hacia mí, y la miré como quien observa el fuego, siendo consciente de que le puede quemar y, aun así, sintiéndose atraído por sus poderosas y atractivas llamas.

Con mil pensamientos surcando mi cabeza, eché un último vistazo a sus dedos, finos, largos y tendidos en mi dirección; sus labios curvados en esa sonrisa de lado que le marcaba un pequeño

pliegue en la mejilla, el cual se había acentuado con el paso de los años. También observé sus ojos compasivos y cálidos mientras me convenía con la mirada a que confiase en él... Y, a pesar de mis recelos, del miedo que en cierto modo sentía al exponerme a un casi desconocido y a todo lo que me indicaba que aquello era una mala idea, pues tenía la certeza de que iba a salir mal parada, lo hice.

Confié en él.

Le di mi mano y permití que me guiase a un paso tranquilo unos metros más allá, como el adulto que enseña a caminar a un niño y teme una posible caída. En esa metáfora yo era el bebé e igual de inestable sentía mis piernas, pero la tibieza que desprendía su mano aferrando la mía me mantenía anclada al suelo, impidiendo que me derrumbase.

En esa nebulosa escuché unos ladridos agudos y un silbido familiar, y vislumbré un poco más adelante a alguien conocido, alguien de mi mundo real, de ese que no amenazaba con incendiarlo todo.

Sonreí al ver a Carlos con su inseparable Pili y, sin ser consciente del todo, reorienté mis pasos y comencé a dirigirme hacia él.

Adriel, sin soltarme de la mano, me siguió sin objetar nada.

—Hola, petardo. —Le sonreí animada, sintiendo que reconectaba de algún modo con mi mundo de hacía unas semanas, con la gente que me rodeaba de toda la vida y con la que siempre me había sentido cómoda.

No es que Adriel me incomodase, pero la inseguridad que sentía cuando estaba con él no me gustaba ni un pelo.

—¡Ey! —Me abrazó con cariño con el brazo que le dejaba libre el animal—. ¿Qué hacéis por aquí? No sabía que andabais juntos. ¿Qué? ¿Recordando viejos tiempos?

Fruncí el ceño y la risa un poco forzada de Adriel contestó por mí.

—¿Qué pasa, tío?

—Pues aquí, paseando a la reina de la casa, que como no la saque a su hora me la lía.

—Te tiene a sus pies —dijo Adriel divertido.

—No lo sabes tú bien.

La queja del grandullón fue contrarrestada por el gesto de cariño que le prodigó al animal al acercarlo a su cara. Su mirada de ojos saltones y hocico altivo evidenció que sabía cuál era su lugar en esa relación, por mucho que su tamaño fuese el equivalente al de un zapato de su dueño humano. Ahí la que mandaba era ella y nadie más.

—¿Te quedas a tomar algo? —le dije con verdadera esperanza.

—Qué va, mejor os dejo solos. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes, tres son multitud y cuatro ya ni te cuento... —Elevó al animal uniéndolo a la ecuación.

—No seas liante, que te gusta mucho una telenovela de sobremesa. —Me reí.

—Está bien, está bien. —Levantó la mano que tenía libre en un gesto de rendición—. No seré yo el que cuente vuestro secretito, tranquilos. Pero, de verdad, no puedo quedarme, mi madre ya estaba acabando de hacer la cena cuando he salido y como no suba en breve soy hombre muerto. —Miró a Adriel y se encogió de hombros—. Otra que me tiene bien cogido por las pelotas.

—No te preocupes —le contestó él divertido—. Otra vez será.

Sonreí resignada al despedirnos, quedándome sola de nuevo con Adriel, ese conocido con tantas partes desconocidas para mí.

Juntos nos acercamos a uno de los locales y reconocí que ese retorno a mi realidad, gracias a habernos encontrado con el grandullón de Carlos, logró calmar la ansiedad que sentía un rato antes y disipar el malestar que se había ido asentando en mi estómago, por lo que el tiempo que

estuvimos allí sentados fue agradable y sin mayores sobresaltos.

Quise aprovechar la ocasión e intentar conocer al hombre que habitaba en él, convertirlo en alguien real y no en la imagen que me había podido crear, todo ello al margen de la clara atracción que sentía hacia su persona. Porque sí, ya sabía que hasta entonces lo había intentado negar, obviando la evidencia más que clara, pero sentía que era en vano continuar con la farsa que se llevaba a cabo en mi mente.

Adriel me atraía mucho y no había nada más lamentable que intentar engañarse a una misma.

Y dentro de ese momento, el cual ya conservaba como un recuerdo especial, Adriel me habló de cuánto había echado de menos Costa Serena y la tranquilidad que siempre había caracterizado la vida en ese trozo de tierra tan singular, reconociendo que siempre había tenido en mente volver, pero que aún no había llegado el momento.

También me habló de lo difícil que le resultaron los primeros años en Madrid, pues lo poco que ganaba con algunos trabajos esporádicos lo utilizaba para pagar la habitación de un piso compartido en el que estuvo viviendo, en un barrio no demasiado bueno de la capital, y sobrevivir.

—Vine en contadas ocasiones —admitió—. Y el poco tiempo que estaba aquí lo dedicaba a estar en casa con ellas. Para salir de fiesta ya tenía a mis amigos de Madrid.

Quise decirle que aquí también había dejado amigos que le habían echado de menos, como por ejemplo yo, sin embargo, no podía recriminarle nada, no era el primero que se marchaba del pueblo a una gran ciudad para buscar un futuro más cosmopolita y con mayor proyección; además, era totalmente loable que hubiese dedicado sus visitas a estar con su familia, por lo que me contuve de recriminarle nada.

Un par de horas, y muchas palabras después, le pedí volver a casa. Una vez allí le invité a entrar con la excusa de enseñarle el montaje con los nuevos diseños, que había creado él mismo un par de días atrás para la cabecera de la sección vegana.

Y sí, utilicé un pretexto cuando la realidad era que me había sentido tan sorprendentemente cómoda con él, por primera vez desde que nos reencontramos, que no quería que terminase esa tregua.

Adriel, contra todo pronóstico, había conseguido su propósito y por unas horas yo volví a ser la Alicia de antes, con los mismos dramas que ya me venían de serie, pero sin demasiados de los que se me habían ido añadiendo últimamente; por lo que sí, quise ser egoísta y utilizar su compañía y esa camaradería que se había instalado entre nosotros en mi propio beneficio.

Aunque, bueno, él tampoco parecía estar pasándolo nada mal.

Su mirada no mentía y esos ojos a caballo entre el marrón y el verde hablaban de muchas cosas que no estaba preparada para escuchar.

CAPÍTULO 11

PILLADA

Cuando el pasado repercute en el presente, solo nos queda rogar para que el futuro no sea demasiado duro.

Actualidad
Viernes, 6 de noviembre

—¿Te apetece algo de comer?

—Si lo has preparado tú, sí.

—Tengo dulce y salado —expuse descalzándome y dirigiéndome a la nevera—. Esta mañana he estado improvisando y entre todo esto debe de haber algo medianamente comestible.

Saqué unos cuantos envases y los apoyé en la encimera de la cocina. Él se acercó y levantó un par de tapas para ver su contenido.

Eligió salado.

Sonreí. Era justo lo que me apetecía.

—Ven, vamos al sofá —le invité apoyando las cosas en una bandeja y dirigiéndome unos pocos pasos a la derecha, hasta el pequeño saloncito—. Puedes ponerte cómodo si te apetece.

—Estoy bien, gracias. —Me sonrió y me di cuenta de que sus ojos desprendían una luz cálida y acogedora.

—¿Seguro? Si quieres busco algunas zapatillas de Leo...

Negó y me sonrió con afecto mientras atacaba la comida.

No pude dejar de observarlo cuando se llevó el trozo de hojaldre a la boca. Como acto reflejo me mordí el labio al ver sus ojos cerrarse con dejadez y cómo componía una mueca de gusto al saborearlo.

—Uhhh, madre mía... —emitió un gemido.

Dios, esa cara de placer...

«¡No, Alicia! No pienses con la vulva de nuevo, por lo que más quieras».

—El domingo es el cumpleaños de Fede —solté sin pensar.

Él me miró y masticó antes de contestar.

—Tu cuñado.

—Sí —aclaré—. Si te apetece puedes pasarte, solemos hacer una barbacoa con la familia y algunos amigos, aunque la verdad es que después se va uniendo quien le apetece. Hay veces que tenemos más población de Costa Serena en el jardín de casa que en el resto del pueblo. —Me reí nerviosa, y él sonrió—. Además, no faltará comida y bebida. —Señalé con los ojos el envidiado trozo de empanada que en breve se introduciría dentro de su tentadora boca y sentí unos absurdos e irracionales celos.

—Suená bien. Lo intentaré, gracias por la invitación.

Tragué saliva con fuerza cuando el sonido de mi teléfono llegó hasta mis oídos.

Miré el reloj y suspiré de alivio. La cosa se estaba poniendo difícil y en ese momento me sentí salvada por la campana. Mi rescatador tenía nombre masculino: Leo.

Dirigí mis ojos hasta Adriél antes de descolgar, y él me respondió con una sonrisa, recostándose en el sofá con otro trozo de hojaldre entre las manos.

Giré la cara sin querer ser testigo de aquel espectáculo de la naturaleza que era Adriel comiendo con fervor y me senté en los escalones que subían a mi dormitorio.

—¡Hola! —chillé con demasiado entusiasmo.

—¿Hola...? ¿Qué te has fumado?

Aguanté la risa nerviosa mientras observaba la nuca masculina que sobresalía por el respaldo del sofá.

«A Adriel. Me he fumado a Adriel y estoy ahogándome».

—Qué idiota eres —le respondí con cariño, intentando ocultar los nervios que entumecían mi cuerpo—. ¿Qué tal?

—Eso quisiera saber yo. Llevo toda la tarde escribiéndote para contarte que esta noche tengo una cita y no me has echado ni puñetera cuenta. Así no, ¿eh, Ali? —me riñó con burla—. Luego esperamos seguir teniendo el título de «mejor amiga», pero no cumplimos con las escasas obligaciones del cargo.

—¿En serio? ¿Esta noche?

—¡Sí! —Suspiró con anhelo—. Voy a follar. Por fin.

Me reí.

—Enhorabuena, me alegro por ti.

—Gracias, gracias. —Después de un silencio algo tenso, volvió a hablar—. ¿Y tú?

—Pues nada...

Resopló con hastío.

—Ya veo que sigues sin darte ninguna alegría para el cuerpo. Apuesto a que tampoco has usado lo que te regalé por tu cumpleaños.

—Afirmativo, sigue intacto en su embalaje original —contesté con mofa.

—Pues tú te lo pierdes. La chica que me lo vendió me dijo que verías las estrellas.

—La astronomía es algo que nunca me ha apasionado especialmente.

Él soltó una carcajada, y yo me mantuve en silencio, nerviosa porque Adriel seguía allí mismo. A escasos centímetros de mí. En mi sofá.

—¿Ali?

—Dime.

—No estás sola, ¿verdad?

Joder, Leo me conocía demasiado bien.

—Luego hablamos.

—¡Lo sabía! —bramó con euforia antes de que pudiese cortar la llamada—. ¡Dale alegría a tu co...!

Colgué.

Si Adriel se extrañó por mi rápida desconexión, no lo demostró y cuando me senté junto a él me sonrió con glotonería.

Mierda, estaba jodida, pero bien jodida. Si no conseguía normalizar la reacción de mi cuerpo a sus sonrisas y a su presencia, la cosa pintaba mal.

—Estamos jodidos, ¿eh? —Lo observé con horror. ¿Había hablado en voz alta y no me había dado ni cuenta? ¿Me había leído el pensamiento? Alcé una ceja, y me miró con desconcierto.

»La distancia —aclaró—. Tú con Leo trabajando en Alicante, yo con Carla en Madrid... Se hace complicado, ¿verdad?

¿Qué? ¿Ahora íbamos a hablar de eso?

—Bueno, imagino que a ti algo más que a mí.

—¿Y eso por qué? —se extrañó.

Me acomodé más en el sofá y respiré hondo. Lo mejor sería concentrarme en cualquier cosa que no fuese su boca y la imagen que mi mente recreaba sobre ella apoyada en diferentes partes de mi cuerpo.

Sí, iba a tener que buscar remedio a aquello inmediatamente.

—Bueno, yo sabía que tarde o temprano Leo se marcharía; encontraría algo o a alguien, ya sabes... Es un alma libre y siempre me lo ha dejado claro. Es solo que me ha resultado complicado asumir que tenía que dejarle espacio —expuse—, pero, en tu caso, imagino que cambiar la gran ciudad por volver a Costa Serena, aunque lo hagas por cuidar de tu madre, no debe de ser fácil y para tu chica, aún menos.

—Carla tiene mucho trabajo —comentó sin demasiado entusiasmo, restándole importancia—. Entonces, Leo y tú..., ¿tenéis ese tipo de confianza?

—¿A qué te refieres?

—¿No os importa estar con más gente? —Apreté los labios, el uno contra el otro y alcé ambas cejas sin comprender—. Ya sabes, ¿sois abiertos en ese aspecto?

Eso me dejó más perdida que antes.

—¿Abiertos?

—Creo que no lo estoy planteando bien —se disculpó—. ¿Tienes sexo con quien te apetece sin pensar en nada más?

Vaya...

Le miré asombrada por su pregunta y automáticamente descarté la idea de que me estuviese proponiendo algo, porque si me tomaba en serio esa hipótesis me iba a dar un síncope allí mismo.

No es que fuese una mojigata ni mucho menos, solo que la palabra «sexo» saliendo de los labios de Adriel era una tentación tan sumamente enorme que fui incapaz de no ponerme un tanto histérica al ir a contestar.

Cuando mis labios se comenzaban a abrir para graznar mi respuesta, él volvió a hablar.

—Ha sonado un poco raro —dijo como para sí mismo—. Me estoy refiriendo a los dos, ¿eh? A Leo y a ti, claro.

—Ah..., sí, sí, claro. —Sonreí perturbada sin saber bien qué decir y, ajena al porqué de mi decisión, opté por ser sincera en mi respuesta—. Últimamente ambos hemos tenido una racha un poco baldía en cuanto al sexo, pero sí, no soy cerrada en ese tema y me consta que él tampoco. Si nos apetece, ¿por qué no? No soy de las que piensan que es algo reservado para la pareja, esa etapa romántica ya se me pasó hace unos cuantos años. —Sonreí—. En fin, no es más que una necesidad fisiológica... y, si surge y se tienen ganas, pues adelante, ¿no? Ya sabes, la vida es joven y todo eso.

Me reí y a la vez me sobrevino un acceso de tos y el sonido que emití se asemejó más al gruñido de un cerdo asmático que a otra cosa.

Madre mía, ¿de verdad le había dicho que llevaba tiempo sin echar un polvo?

Me estaba lamentando cuando él me miró con gesto contrariado y carraspeó.

—Vaya, si te soy sincero y sin que te lo tomes a mal, no me esperaba algo así viniendo de ti. —Lo entendía, quizá se pensaba que estaba aún frente a la Alicia adolescente que tenía planeado al milímetro su primer beso y que creía que la vida era una prolongación de un cuento de princesas.

»¿Te puedo hacer una pregunta? —soltó y sus gestos destilaban un punto de nerviosismo—. Siempre me ha producido curiosidad y hasta ahora no se me había presentado la oportunidad de preguntarle a nadie sobre este tema, porque si no se tiene cierta confianza...

—Claro. —De pronto me sentía absurdamente especial.

Para qué había sido la elegida exactamente era lo que estaba a punto de descubrir, para mí más absoluto bochorno.

—¿Eres capaz de imaginarlo teniendo sexo con una mujer sin que te afecte?

Me pareció una pregunta extraña a la par que inquietante. ¿Por qué demonios iba a querer imaginarme a Leo manteniendo relaciones sexuales con otras personas?

Y lo más perturbador: ¿por qué quería él saber la respuesta a esa pregunta?

—Bueno, la verdad es que prefiero no imaginármelo en esas situaciones, me da un poco de repelús, todo sea dicho.

—¿Repelús? —inquirió realmente interesado, y asentí—. ¿Y él lo sabe? ¿Sabe qué es lo que te provoca?

¿En qué momento se había votado «Leo y yo» como tema de conversación para tratarlo entre nosotros?

Tenía que encontrar la manera de reconducir todo aquello e instarlo a que continuase comiendo. Por mucho sofoco que su imagen de apetitoso placer me provocase, lo prefería mil veces a aquello.

—No es que se lo haya dicho abiertamente, pero no nos visualizamos el uno al otro de esa forma. No sé, sería raro.

—Ya, entiendo, cada relación tiene sus cosas —reconoció—. No pienses que os estoy juzgando ni nada de eso. Siempre he creído que hay que tener mucha confianza en uno mismo y en el otro como para que la pareja no se resienta con terceras personas.

El gesto que le dediqué no fue demasiado femenino, no pude evitarlo al sentir que mis neuronas conectaban por fin lo que me había estado preguntando con esa última frase, cayendo en la cuenta de lo que se estaría imaginando.

No era posible que el pensase que...

Sí, sí que parecía posible.

Até cabos y me aguanté la sonrisa al hablarle.

—A ver, Adriel. —Me re Coloqué en el sofá y giré mi cuerpo hacia él—. Creo que estamos confundiendo términos. El binomio «Leo y yo» no existe. Lo intentamos durante un tiempo, es cierto que fuimos pareja, pero decidimos que éramos mejores como amigos, así que eso es lo que somos. Solo amigos —repetí—. Él, por supuesto, puede hacer lo que le apetezca en Alicante, al igual que yo aquí, y la verdad es que si le da por contármelo intento no visualizarlo manteniendo relaciones con otras chicas, no por celos o algo así —aclaré—, sino por lo mismo que no querría si se tratase de mi hermana. Leo es parte de mi familia, sin embargo, no hay nada amoroso entre nosotros. —Él permaneció en silencio y decidí continuar al ver que parecía estar procesando la información con un poco de retraso.

»Creo que te has imaginado algo que no existe... Es por eso por lo que te decía antes que nuestras situaciones no eran iguales, porque en mi caso se ha ido parte de mi familia, mi mejor amigo, pero tú tienes a tu pareja lejos y entiendo que no se sobrellevará de igual forma —finalicé sonriendo.

—¿No sois pareja?

Negué emitiendo un sonido a través de los labios cerrados que lo corroboraba.

—Así que Leo es tu ex —dispuso con cara de circunstancia y se llevó la mano al pelo, echándose el flequillo hacia atrás—. Vale, me siento un poco gilipollas ahora mismo, si te soy sincero. —Contuve una carcajada, y él, al verme, me lanzó un trozo de hojaldre intentando quitarle hierro al asunto. Se le veía adorablemente avergonzado.

»En mi defensa diré que me confundiste. Estabas tan mal después de que se fuera y habiéndoos observado interactuar juntos con tanta familiaridad...

—Imagino que visto así es normal que te equivocases, yo soy un poco dramática y la confianza que tenemos puede dar lugar a equívocos. Pero no, de verdad que no. En ese aspecto Leo es como tú —me corregí inmediatamente cuando interioricé lo que había dicho—. Bueno, no exactamente, ya me entiendes.

¿Me entendía? Qué tonta, si no lo hacía ni yo.

Adriel soltó una carcajada.

—No creo que haya color ni sea comparable lo que tuvimos tú y yo a lo que habréis tenido vosotros.

No, no lo tenía. Leo nunca me puso tan cardíaca. Nunca jamás.

—Bueno, cada relación tiene su encanto. —Lo observé suspicaz—. La inocencia a veces puede ser muy estimulante. La imaginación obra maravillas en las mentes adolescentes un tanto exaltadas.

—La mente, ¿eh? —susurró con interés renovado y sentí su aliento en mis labios, incluso estando separados unos considerables centímetros.

Repentinamente se me secó la garganta y noté el aire cargado a nuestro alrededor. Algo había ocurrido; algo en un segundo que lo estaba cambiando todo.

—Éramos adolescentes cargados de hormonas y los besos que nos dábamos tenían sus efectos, claro —contesté sin saber muy bien cómo justificar mi frase y el motivo de mi repentino calor.

—Sí, sí que los tenían. —Nos observamos durante unos segundos, en silencio—. Y dime, Alicia, ¿pensabas en mí cuando llegabas a casa?

¿Que si pensaba en él?

«Mierda... No me des alas, que me lanzo al vacío sin haber aprendido a volar».

—Sí, Adriel. —Su nombre sonó como un ruego, un llamamiento a mi cordura y a una calma que no llegó.

Su mirada se tornó carnal y me estremecí.

—¿Y hacías algo al respecto? —Me limité a asentir, incapaz de digerir aquella conversación en la que le admitía que me había tocado pensando en él; torpe ante lo que ese giro de los acontecimientos estaba provocando en mi cordura, hurgando en mi sentido común, que me gritaba que lo mejor sería detener aquella locura cuanto antes.

Y lo peor de todo es que no hacía años desde la última vez que me había masturbado con su imagen tras mis párpados, sino más bien horas.

—Estoy seguro de que debiste de notar los efectos que provocaban nuestros besos en mi cuerpo en alguna ocasión.

Claro que lo había notado, era imposible no hacerlo cuando en algunos de esos momentos estuvimos tan sumamente pegados.

Su mirada suspicaz me instó a que llevase mis ojos a su entrepierna y, al darme cuenta de lo que estaba haciendo, desvié la vista y la posé sobre la mesita auxiliar, rogándome tranquilidad.

—Hace mucho tiempo, aunque recuerdo alguna ocasión, sí. —Mordí el lateral de mi labio inferior.

A cada segundo me afectaba más la tensión que se había creado a nuestro alrededor y, sin poder remediarlo, me quedé absorta, borracha de deliciosos recuerdos, de esas primeras veces tan sorprendentes y estimulantes, de lo que luego recreaba en mi mente al llegar a casa y encerrarme en mi habitación...

¿Sería igual de bueno en la realidad que en mi imaginación?

Sabía que no debía continuar por ahí, pero no pude evitarlo y las palabras salieron de mi boca sin poder hacer nada por remediarlo.

—Me acuerdo de una vez que nos quedamos solos en casa de tu madre y nos pasamos más de una hora besándonos, contigo encima de mí y con la ropa como única barrera entre nosotros.

Joder, podría haberme tomado el pulso simplemente contando las veces que me palpitaba la unión entre mis muslos.

—Sí —musitó y juraría que su voz había sonado más ronca de lo habitual—. Me acuerdo perfectamente.

—Éramos demasiado inocentes.

—Bueno, juraría que ya apuntábamos maneras. Pasarnos un buen rato rozándonos como si estuviésemos follando no es del todo inocente, ¿no te parece?

Cerré los ojos por un segundo y los retazos del pasado se colaron entre nosotros.

Pude escuchar su respiración agitada de nuevo en mi oído, el dolor en mi pubis fruto del roce con su entrepierna dura como una piedra, y la necesidad que surgía de mi interior en forma de desesperante y perturbadora humedad.

Tragué saliva y mi vagina se contrajo, llevándome imágenes al cerebro de nosotros en la misma situación quince años después.

—No, no lo era —admití—. Y el detonante de aquello fue esto de aquí. —Llevé mis dedos a la pequeña constelación de lunares que nacía en el lateral de su cuello, sin pararme a pensar realmente en lo que hacía, y la rocé.

Él se estremeció, lo noté bajo mis yemas. Mis ojos se desviaron a los suyos, y la forma en la que me observaba incendió mi mente.

¿Qué estábamos haciendo?

No lo sabía, aun así, me estaba gustando demasiado como para detenerme.

Sabía que no debía, pero me lancé.

—¿Aún te pasa lo mismo con esta zona, Adriel? —pregunté en un susurro a la vez que deslizaba la yema por su piel, dejándome llevar. Sus ojos abarcaron mi boca, y deseé desesperadamente que me besase.

Él asintió a todas mis preguntas, tanto la que había pronunciado en voz alta como la que le gritaban mis ojos hambrientos.

Me humedecí los labios, esperando desesperadamente notar el contacto con los suyos, y él no dejó de observarme mientras se acercaba con una tortuosa lentitud.

Ambos sabíamos qué iba a ocurrir, que aquello no tenía vuelta atrás, que nuestros cuerpos se buscaban desesperados como si el ansia se hubiese acumulado en ellos durante todos aquellos años, sin embargo, cuando la distancia entre nuestras bocas resultó ínfima, ocurrió.

Pasó lo que tenía que pasar. Lo que estaba escrito en el destino.

Sucedió lo inevitable, lo que el cosmos había orquestado, mofándose una vez más a nuestra costa.

Sencillamente nos interrumpieron.

CAPÍTULO 12

DECISIONES

La familia, una momia y una decisión.

Actualidad
Viernes, 6 de noviembre

Mi mente no dejaba de recrear lo ocurrido una escasa hora atrás, cuando la misma cabeza que en ese instante tenía apoyada sobre mis piernas, y en la que me entretenía acariciando su pelo mientras sonaba de fondo una película infantil, había asomado por la puerta que conectaba mi apartamento con la casa de mi hermana. Bruno, seguido de sus cuatro hermanas pequeñas, interrumpió el momento exacto impidiendo así que cometiese una locura de la que seguramente luego nos arrepentiríamos tanto Adriel como yo.

Debía estar agradecida por ello, por no haber pasado a mayores gracias a la llegada de mis sobrinos, sin embargo, la verdad era que me sentía extrañamente irritada y muy frustrada sexualmente.

Tremenda, absoluta y descarnadamente frustrada.

¿Qué demonios había pasado? No era la primera vez que estábamos solos, ya habíamos trabajado varios días juntos y jamás había notado nada parecido a lo que se respiró en ese momento en mi apartamento: una mezcla de lujuria, añoranza y apetito sexual reprimido.

Ni siquiera el día en el que Leo se quejó por la tensión que, según él, creamos en la primera grabación con Adriel, noté algo ni remotamente parecido.

Y no es que me sintiera especialmente orgullosa de haber olvidado que él tenía una vida más allá del pueblo, en Madrid, más concretamente; una vida con una mujer que seguramente lo estaría esperando ansiosa y a la que él había dejado claro que consideraba especial. Una vida que no tenía nada que ver conmigo, que no debía dejar de lado y en la que no tenía derecho alguno a inmiscuirme.

Pero ¿y él? ¿También había borrado temporalmente de su memoria todas esas cosas?

—¡Au! Tata, ¡me has hecho daño! —se quejó mi sobrino.

Solté el mechón de su pelo que tenía entre mis dedos, dándome cuenta de que le había tironeado sin querer, sumida en mis pensamientos.

—Lo siento, cariño.

—Shhh —nos riñó mi hermana, que sostenía a Fabiola ya dormida sobre su cuerpo.

Gesticulé una disculpa, y ella me sonrió. No me pasó desapercibida su mirada escrutadora. Minutos después terminó la película, y el matrimonio se encargó de acompañar a los niños arriba, a sus respectivos dormitorios, pues ya era hora de irse a la cama. Una vez que me quedé a solas me di cuenta de que había estado conteniendo el aire sin ser del todo consciente. Con un suspiro subí mis piernas al sofá y agarré un cojín que aún conservaba el calor del cuerpo de Carolina, que había estado abrazada a él. Lo apoyé en mis rodillas flexionadas y descansé mi mejilla en él, cerrando los ojos.

No supe el tiempo que estuve así, simplemente dejando pasar la vida, cuando la voz de mi cuñado a mi lado me sobresaltó.

—Ay, joder, qué susto —me quejé.

Él me sonrió.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi hermana, tan directa como siempre, a la vez que se sentaba en la mesa de centro frente a mí.

No me había percatado de que ambos habían vuelto a la planta baja y me observaban escudriñando con atención mis gestos.

—¿Por qué me iba a pasar algo?

—No has tocado las palomitas, no te has quejado por volver a ver *Harry Potter*, te has pasado toda la película ausente, pareces más triste que estos días atrás, te has hecho una bola en el sofá en cuanto has tenido ocasión... —enumeró Fede levantando un dedo de su mano con cada motivo—. ¿Continúo?

Mi cara hizo que me dedicase un gesto cariñoso y pasase un brazo por mis hombros. Suspiré al tiempo que mi hermana se cambiaba de asiento, colocándose pegada a mi otro costado e imitando el gesto de su marido.

—Sabes que puedes contar con nosotros para todo.

—Lo sé.

—Y que, aunque a veces te tratemos como uno de nuestros hijos, somos conscientes de que no lo eres y no te vamos a reñir ni nada por el estilo con lo que nos cuentes. No somos tus padres, y tú eres una adulta consecuente con tus actos, la mayoría del tiempo... —terminó él con cierto tono divertido.

Deduje que alguno de los niños se había ido de la lengua y habían visto más de lo que imaginaba.

—Ya. —Me reí contenida—. Alguna que otra vez sí que me habéis echado la bronca.

—Digamos que nos limitamos a expandir nuestra amplia sabiduría.

Mi hermana soltó una pequeña risita al escuchar a su pareja, y yo la imité.

—Cariño, tampoco te pases —le dijo a su marido.

—¿Le podemos hablar ya del carnet que te dan cuando te conviertes en padre y los puntos extra que te otorgan por cada hijo? —susurró echando la cabeza hacia atrás, buscando la mirada y complicidad de su mujer.

Ella negó divertida con la cabeza y acarició uno de mis muslos.

—Alicia, sabemos que echas de menos a Leo y que nunca te has sentido cómoda con los cambios —continuó mi hermana mayor—, pero no nos gusta verte así. Tú eres alegría y vitalidad, y últimamente estás un poco apagada.

—Un poco, dice... —comentó mi cuñado con exageración—. Eres una plañidera, enana. El otro día hasta te echaste a llorar cuando se acabó la bazofia de café que tomaba Leo.

Resoplé, llevaban razón.

Sabía que no llevaba su marcha demasiado bien, sin embargo, en ese momento no estaba así por Leo, aunque no iba a hacerles partícipes de lo que había ocurrido con Adriel, más allá de lo que podían saber por los niños.

Había sido algo que no tenía la más mínima importancia y si se lo contaba sabía que no lo iban a dejar pasar.

—Lleváis razón, prometo esforzarme por estar mejor a partir de ahora.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —le respondí a Estrella, que de pronto se puso más seria.

—¿Es posible que sientas por Leo más de lo que creías y te hayas dado cuenta ahora que se ha marchado?

La observé abriendo los ojos con estupefacción y automáticamente mi mente contestó,

trayéndome al frente un caos de sentimientos opuestos producidos desde que Adriel había entrado en mi vida, revolviéndolo todo.

Imaginaba cualquier otra pregunta antes que esa, creía que me conocían lo bastante bien como para saber lo que Leo significaba para mí, aun así, comprendía su desconcierto. Llevaba días actuando exageradamente mal hasta para ser yo.

—Tengo claro lo que siento por Leo y no es nada parecido a lo que se debe sentir por una pareja.

—Te lo dije... —canturreó Fede.

—No me mires así —se defendió ella levantando ambas manos—, tenía que preguntarlo.

—Os agradezco que os preocupéis por mí, pero todo esto es pasajero. Admito que me ha resultado muy difícil decirle adiós, aun así, ya estoy mejor. Voy a estarlo, ya veréis.

—Y, si no lo estás, tampoco pasa nada —añadió mi hermana—. Solo queremos que sepas que nos tienes aquí para lo que necesites.

—Lo sé. —Sonreí sintiéndome reconfortada—. Y no sabéis cuánto os quiero.

—Pido el comodín de la sequía —se burló mi cuñado sabiendo que lo que conllevaba ese momento tan emotivo eran mis irremediables lágrimas como colofón final.

Sin embargo, desafiando la ley de la lógica no lloré. No supe si fue por ese «comodín» o porque finalmente estaba aceptando e interiorizando la marcha de Leo, pero sus muecas consiguieron que nos diese un ataque de risa colectiva, dejando de lado las lágrimas en pos de un buen dolor de estómago por las carcajadas mudas para no despertar a los niños.

Y fue reconfortantemente motivador volver a sentirme «yo» casi al cien por cien. Me consideré tan dichosa en aquel momento..., tanto que la felicidad no menguó ni cuando al día siguiente no tuve noticias de Adriel.

Había asumido a marchas forzadas que él no era nada mío —nada más allá de ser mi cámara y compañero de trabajo— y supe que, al igual que había hecho con otros hitos en mi vida, encontraría la fuerza de voluntad necesaria y no dejaría volar de nuevo a esos pájaros traicioneros por mi cabeza cuando se cruzara en mis pensamientos.

Adriel era única y exclusivamente un amigo.

Uno guapo, atractivamente taciturno, inteligente y con un aspecto descuidado la mar de apetecible, al que le había colocado un gran cartel imaginario en la frente de «se ve, pero no se toca», el cual pensaba cumplir a rajatabla.

Quizá ese conato de beso estaba destinado a ocurrir con la única finalidad de abrirme los ojos y provocarme a sacar las conclusiones a las que había llegado...

Estuve bastante entretenida ese sábado entre los preparativos para el cumpleaños de mi cuñado y ultimar el regalo que iba a hacerle. Esperaba que le emocionase tanto como a mí, pues no había olvidado aquella petición que me hizo cuando aún era una niña, donde quería que le dibujase con mi hermana a su lado y rodeado de niños. Las expectativas de Fede se habían convertido en una preciosa realidad y, aunque admitía que no me había resultado fácil, ya que tenía la técnica algo oxidada, no pude evitar emocionarme cuando di el último trazo y observé la imagen inmortalizada frente a mí.

Ya era de noche cuando, exhausta y metida en mi cama, le mandé un mensaje a Adriel recordándole la invitación a la barbacoa.

Su respuesta, escueta y directa, tardó un buen rato en llegar:

Adriel 

Estoy en Madrid. Volveré el lunes a tiempo para grabar.

Mentalmente di gracias de que no hubiese pasado nada más entre nosotros y me felicité por haber ahogado a base de limonada casera las pocas ilusiones que me quedaban al respecto de su asistencia a la fiesta.

Estaba claro que Adriel en dosis superiores a las que habíamos acordado por trabajo me sentaba raro en el cuerpo, como cuando algún alimento te provoca intolerancia y, aun así, no puedes resistirte a comerlo, con placer, pero también con un regusto a desasosiego por lo que vendrá después de forma irremediable.

Sí, él era mi alimento prohibido y como tal debía tratarlo.

Nunca me había querido meter en medio de una relación consolidada como la que él tenía con Carla. A ella no la conocía, a pesar de ello, no iba a utilizar eso de excusa para no respetar lo que tenían y no respetarme a mí misma, formando parte de algo que estaba mal se mirase por donde se mirase.

Definitivamente, lo que había ocurrido la tarde del viernes se podía excusar alegando un momento de enajenación transitoria que no volvería a suceder. Eso era algo que tenía claro, me había pasado casi veinticuatro horas aleccionándome mentalmente sobre ello, aunque sabía que, para que se dejase de pasear por mi interior, tenía que dejarlo salir. Y sabía quién iba a ser mi confidente.

—Hombre, dichosos los oídos.

Sonreí con cariño al escuchar su voz al otro lado del teléfono.

—Perdona por colgarte ayer.

—Vas a necesitar más que una disculpa tan cutre para conseguir que te perdone —contestó Leo en tono digno.

—¿Qué tal tu cita?

—No me cambies de tema...

—Prometo contártelo todo cuando me digas qué tal te fue. ¿Mojaste?

—Voy a ceder porque te quiero, pero que sepas que no te lo mereces ni un poquito. Por tu culpa me tuve que tragar los nervios mientras esperaba que bajase de su piso preguntándome si habría acertado con la elección de la ropa. Menos mal que tengo buen gusto y estoy irresistible con cualquier cosa que me ponga.

—Ya, estás muy bien enseñado —contesté con diversión a su melodramatismo fingido—. Imagino que después de tanto tiempo algo habrás aprendido.

—Tú imaginas mucho, pero haces poco por la causa.

—¿Y bien?

—No eché un solo polvo.

—Vaya, lo siento —respondí con sincera pena por su vida sexual—. ¿No hubo química?

—¿Química? —repitió—. Eso no era química, es que directamente saltaban chispas, Ali. En el restaurante me hizo una paja por debajo de la mesa y si la paré fue porque, después del tiempo que llevaba sin estar con una mujer, iba a hacer el ridículo antes incluso de que se me terminase de poner dura.

Cerré los ojos y fruncí la nariz en un gesto que, inconscientemente, me evocó a Adriel.

—No te reprimas con los detalles, ¿eh? Tú tranquilo —me quejé divertida.

—Te juro que jamás, en mi puta vida —recalcó—, una mujer me había puesto tan cachondo con tan solo mirarme.

Entendí a lo que se refería.

—¿Entonces?

—Entonces no eché un solo polvo, fueron tres seguidos —explicó con tanto orgullo que este llegó hasta mi apartamento y me empujó al acomodarse en mi colchón, haciéndose hueco—. Parecía que me había tomado algo, porque aquello no se terminaba de bajar. En el último estuvimos más de cincuenta minutos follando sin parar.

—Eso por lo menos debe de convalidar una semana de gimnasio. —Se rio escandalosamente—. Estás contento, ¿eh?

—No me quejo, no... Aunque hoy la cosa es otro cantar. La tengo como si fuese una momia, embadurnada en crema y tapadita, porque está dolorida de tanta fricción. Y el cuerpo ni te cuento, si me hubiese pasado la noche corriendo una maratón y tu cuñado me hubiese matado después a sentadillas y flexiones, no estaría ni la mitad de dolorido. Vamos, que no pienso moverme del sofá en lo que queda de fin de semana, así te lo digo. —Me reí con ganas imaginando la escena—. No te rías, cabrona —se quejó.

—Dicen que sarna con gusto no pica.

—Quien dijo eso no tenía ni puta idea, porque sí que pica, sí. —Hizo una pausa y aprovechó el momento en el que mis carcajadas descendieron de potencia para continuar—. Ha sido espectacular. Parecía que llevásemos años haciéndolo, pero con las ganas de dos animales en celo. Existía una complicidad entre nosotros que con la mirada nos lo decíamos todo. Conocía cada puñetero punto erógeno de mi cuerpo, se movía encima de mí como si tuviese a una manada de lobos persiguiéndola y tuviese que cabalgar sobre un caballo con todas sus ganas.

—Qué poético...

—No, qué putada —se lamentó.

Torcí la cabeza al escucharlo.

—¿Putada?

—Es mi jefa, Ali —puntualizó—. No puedo jugármelo todo por follar con ella.

—Pero si ya os habéis acostado... y tres veces, además.

—No me lo recuerdes que se me vuelve a poner tiesa y me duele —se quejó mortificado—. Me refiero a que no podemos seguir haciéndolo. Es el tipo de tía de la que podría llegar a colgarme y no puedo poner en riesgo este trabajo si lo nuestro no sale bien. Ya sabes el tiempo que llevo detrás de algo así y no quiero cagarla por meterla en caliente.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de tener una cita con ella, ¿no?

—No me quedó más remedio. No pude negarme, te lo juro...

—Cuéntamelo. —Me moría de ganas por conocer todos los detalles. Leo no era un tío impresionable y parecía obnubilado con esa mujer—. ¿Cómo es?

—Se llama Leire, rondará los treinta y cinco años y es la tía más atractiva que he conocido en mi vida.

—¿Más que yo? —Me reí.

—Qué va, tú eres otro nivel —me aduló socarrón—. Nos pasamos toda la tarde en su despacho con la formación y se nos hizo tarde, así que me dijo que fuésemos a cenar al sitio del que habían estado hablando mis compañeros durante toda la semana... Cuando le dije que no se preocupase, que seguro que tenía cosas mejores que hacer un viernes por la noche que sacarme a mí de paseo, me respondió que seguro que podía compensarla después haciéndole compañía en la cama.

—No jodas, ¿de verdad te dijo eso?

—Como oyes —corroboró con cierto nerviosismo en la voz—. Ya te imaginas mi cara, ¿no?

—Me reí y afirmé.

»Antes de salir del despacho me dijo que jamás había hecho algo así con nadie del trabajo y que no se me ocurriese cagarla... Y después, como colofón final, me agarró el paquete.

—Joder.

—Exactamente, joder.

—Sabes que eso se puede considerar acoso laboral, ¿verdad?

—¿Estás loca? —Alzó la voz—. Estoy seguro de que mis feromonas la pusieron cachonda durante toda la semana y no pudo aguantarse más las ganas de probar este delicioso bocado. Desde que llegué aquí me paso el día empalmado; me pone malísimo estar con ella en el mismo despacho encerrados todo el día, oliéndola, escuchándola...

—Tienes un problema, amigo.

—Ni lo menciones. —Suspiró—. Aunque ahora me voy a centrar en recuperar mis heridas de guerra, que no son pocas.

—Haces bien. —Sonreí.

—En fin, basta de cháchara. Dime por qué me colgaste el teléfono, con quién estabas y qué hiciste exactamente. Y no escatimes en los detalles.

Me reí y cambié la mano que sostenía el teléfono, recolocándome en la cama. Le narré todo lo que había ocurrido entre Adriel y yo, incluso rescatando recuerdos de esos días anteriores en los que algunos detalles que me habían pasado desapercibidos ahora tomaban cierta relevancia. Le conté lo de la salida a La Rueda, lo mal que me sentí al principio, lo que eché de menos tenerlo a él a mi lado tras las palabras tan poco acertadas de Adriel, la forma en la que se enderezó todo y la conexión que tuvimos el resto de la tarde. Y, de todo lo que le conté, Leo sacó en conclusión algo en lo que yo no había reparado demasiado hasta el momento.

—Es curioso que apenas te haya hablado de su vida en Madrid.

—Bueno, imagino que no será fácil para él.

—Ya —se limitó a decir antes de seguir escuchando lo que faltaba por llegar. Cuando le expliqué todo lo demás, y le describí la tensión sexual que se llegaba a oler a nuestro alrededor, soltó un rugido de satisfacción que me descolocó—. Dime que os habéis acostado, Ali.

—¡No!

—¿No? ¿Cómo que no?

—Pues que no, Leo. ¿Cómo voy a acostarme con él? ¿Recuerdas que tiene novia, es mi compañero de trabajo y apenas lo conozco?

—Anda, déjate de gilipolleces —me riñó—. A ti te gusta y claramente tú le gustas a él. Si su novia no se le pasa ni por la mente, ¿por qué ibas a preocuparte tú?

Mierda, lo que me faltaba era tener a Leo haciéndole la reanimación cardiopulmonar a las mariposas.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—En realidad no, porque te conozco —admitió—, pero algo tienes que hacer al respecto, ese tío te altera y te pone tonta.

—No, no voy a hacer absolutamente nada —sentencié—. Voy a olvidar ese momento, voy a hacer como si no hubiese ocurrido y tan solo voy a centrarme en lo laboral, que es lo único que me tiene que afectar e interesar.

—Sé que no va a servir de nada todo lo que te podría contestar a eso, así que me voy a ahorrar las palabras. Ya debes de saber lo que pienso.

—Lo sé.

—¿Has empezado a buscar sustituto? —Mi silencio culpable me delató—. Ali...

—Anda, ve a echarte crema en el pito.

Soltó una carcajada, y sonreí.

—Yo también te quiero. ¡Ah, por cierto! Pasadlo bien mañana, ojalá estuviese ahí para comerme tus deliciosas y sabrosas costillas.

—Devoraré una ración extra pensando en ti.

—Mejor no te suelto lo que acaba de pasar por mi mente.

—Mejor.

Me reí y al momento nos despedimos.

Había servido; la terapia improvisada había surtido efecto y esa noche conseguí dormir con más rapidez e incluso dejé de tener a Adriel rondando en mis sueños, aunque no supe qué fue peor, porque su visión onírica fue sustituida por imágenes de Leo y su pene malherido, recibiendo los cuidados de una mujer con mirada glacial, labios rojos y expresión decidida, que tenía un tocado en la cabeza con forma de costilla.

Así de enredada tenía la cabeza.

CAPÍTULO 13

CON SIETE BASTA

De mujer soltera a madre numerosa.

Actualidad
Lunes, 23 de noviembre

Habían pasado dos semanas desde el cumpleaños de Fede, pero, a tenor del discurso que llevaba esa mañana mientras corríamos juntos, parecía no ser tiempo suficiente para digerir ciertos sucesos.

Comprendí que incluso para un padre moderno y lozano como él, descubrir a su hija adolescente siendo besada por un compañero de clase —o por un saco de hormonas andante, como él lo había bautizado— no era fácil, aunque a mí me había parecido tan tierno y evocador que no le daba tanta importancia como la que él parecía otorgarle.

—Enana, ¿me estás escuchando?

—Toooooo el rato —resollé al llegar a la arena y aparté un mechón que se movía en libertad a mi alrededor al haberseme salido de la coleta.

El viento en aquella playa virgen y de arena tostada era impresionante, motivo por el cual la gente la elegía como enclave predilecto para practicar surf y otros deportes acuáticos. Su nombre no lo habían elegido al azar precisamente, pues la playa de Céfiro había sido bautizada en honor al dios del viento de poniente.

Estaba enamorada de Costa Serena y sería incapaz de instalarme en cualquier otro lugar durante demasiado tiempo, por eso no entendía a la gente que se marchaba a otras ciudades, como, por ejemplo, Adriel, buscando bullicio, invisibilidad y caos, cuando a nuestro alrededor la vida se extendía con una esencia totalmente diferente; una que solo se podía sentir al estar allí.

El pensamiento de viajar me hizo recordar que tenía que plantearle a mi nuevo compañero la necesidad de ir organizando el próximo destino para la sección *Misschelines por el mundo*. No estaba segura de cómo saldría siendo el primero que haría sin Leo. Lo que sí tenía claro era que en aquella ocasión haría un esfuerzo y pediría dos habitaciones, porque la otra alternativa arremetía directamente contra mi cordura.

Y, mientras observaba el romper de las furiosas olas en la orilla, admití que llevaba un tiempo pensando más de lo normal en cosas algo intensas, como el lugar al que pertenece el alma de cada persona y otros dramatismos similares.

El detonante de aquello —de nuevo— era él: Adriel.

Jamás hubiese imaginado que una simple reunión de antiguos alumnos traería tantos cambios a mi presente, sin embargo, en el fondo daba gracias por haberme podido reencontrar con él, pues ese tiempo en el pueblo parecía que le estaba sentando bien. Cuando hablábamos percibía que de alguna manera aquel aire cargado de salitre lo estaba reconectando con sus raíces y su familia. En lo concerniente a mí me había servido de ayuda en mi vuelta a la normalidad sin Leo y también había puesto a prueba mi resistencia y determinación, e incluso me obligaba a luchar conmigo misma cuando ciertos pensamientos me atravesaban con la fuerza de un rayo, estallando en el centro de mi cuerpo, como la perturbadora idea de saborear de nuevo su boca

mientras nuestros ojos conectaban y se gritaban lo que no teníamos permitido decirnos con los labios.

No obstante, a pesar de que creía que para él estaba siendo terapéutico su regreso temporal a Costa Serena, también sabía que lo pasaba mal por estar lejos de Carla.

Ese fin de semana se había vuelto a ir a Madrid, parecían poderle las ganas de estar con ella, aunque para llevarlo a cabo tuviese que hacer un buen trayecto con el coche. Aquello me venía bien para afianzar mis pies en el suelo y darme cuenta de que ciertas ideas se quedarían en mi imaginación. Eso no significaba que no se me apretase la garganta cada vez que se despedía de mí con un rumbo fijo en sus neumáticos.

En aquel momento ya debía de estar conduciendo de regreso para nuestra grabación de esa misma tarde y, si todo se desarrollaba como la vez anterior, lo encontraría distraído y de un humor relativamente extraño.

Recordaba que el primer día tras su primer viaje relámpago a Madrid me resultó algo desconcertante su actitud, porque se quedaba con la mirada fija en mí, en absoluto silencio, serio y paralizado... Luego entendí que, pese a que sus ojos estaban posados en mi persona, su atención debía de estar mucho más lejos, más concretamente a quinientos setenta y cuatro kilómetros.

No lo culpaba, me ponía en su lugar y sabía que estaría llorando por las esquinas si estuviera tan lejos de mi compañero de vida. Me parecía muy inspirador pensar que alguien algún día pudiese llegar a estar tan enamorado de mí y le hiciese tanta falta como para no importarle hacer tantos kilómetros si con ello conseguía tenerme, aunque solo fuesen unas horas.

Carla se debía de sentir afortunada, pues en lo que llevábamos de mes ya era el segundo fin de semana que se marchaba, y deseé que ese trabajo que tan absorbida la tenía le permitiese venir la próxima vez y así evitarle a él un viaje tan agotador.

Mientras mi cuñado me instaba a que acabase la serie de sentadillas, una vocecita en mi cabeza me susurró que no esperase esa ocasión con tanto júbilo, porque no iba a resultarme agradable verlos interactuar a los dos. Supe que mi mente llevaba razón, ya que una cosa era imaginarlos y otra el golpe de realidad que podía resultar verlos juntos.

Acallé esos pensamientos con un resoplido, apartando de nuevo el pelo que se empeñaba en volar libre azotando mi rostro.

—Entonces, ¿lo harás? —habló Fede tras comprobar la pulsera que marcaba el tiempo de nuestros ejercicios.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—¿Ves cómo no me estabas escuchando? —Su queja divertida le restó importancia al hecho de no haber atendido a ni una sola de las palabras que habían salido por su boca en los últimos minutos—. Me vendría genial que te quedases con los niños el próximo viernes.

—Claro, ¿qué vais a hacer? —pregunté con curiosidad.

—No puedes decir nada, ¿eh? Voy a llevar a tu hermana al Luxury. Últimamente la veo un poco agobiada y creo que le vendrá bien desconectar y que la mimen.

—¡Oh! Le va a encantar.

Sonreí sabedora de lo que le gustaría a Estrella la sorpresa. Fede la conocía bastante bien y, aunque él siempre le restaba importancia a esos gestos, alegando que era lo mínimo que podía hacer por su mujer, era un hombre detallista con una fuerte vena romántica en todo lo concniente a mi hermana.

Él sonrió triunfal a la vez que nos agarrábamos el hombro el uno al otro, haciéndonos de soporte para estirar los cuádriceps.

—Va a ser una noche inolvidable.

—Seguro que sí. —Le sonreí—. Pero, por lo que más quieras, ponte un gorrito llegado el momento, que Guille es muy pequeño aún.

Él soltó una carcajada.

—Mi cuñada hablándome de sexo, esto es nuevo —se mofó—. ¿No eras tú la que decías que era un tema tabú y que «jamás» —recalcó la palabra— querías volver a saber nada de lo que hacíamos tu hermana y yo en la intimidad?

—Me habéis traumatizado durante todos estos años, ¿qué esperabas? —me quejé.

—Tampoco exageres.

—¿Exagerar? —Me separé de él y continué con mis estiramientos—. Ya he perdido la cuenta de las veces que os he pillado en momentos que hubiese preferido no presenciar. Una vez más y me tendré que someter a una lobotomía para olvidar el espectáculo.

Fede sonrió.

—Y fíjate qué curioso que a ti los únicos que te han pillado han sido mis hijos.

Alcé una ceja, divertida.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Ah, ¿no? —Sonrió socarrón—. Pues me contaron hace unas semanas que su tata estaba besándose con «el nuevo Leo».

«El nuevo Leo», así era como las gemelas llamaban a Adriel.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Cuñado, qué mal se te da sacar información. ¿Quieres saber algo en concreto? Ya sabes que solo tienes que preguntarme.

—Pero si luego no sueltas prenda —se quejó. Sonreí y reanudé la marcha de vuelta a casa. Escuché mi nombre a mis espaldas y al poco se puso a mi lado, trotando a paso lento—. No haces más que darme la razón.

—¿En qué?

—En que tienes algo con él y por eso eludes el tema.

—Qué va —contesté sin dejar de mirar al frente, concentrada en la carrera.

—Pero os habéis besado.

—Entonces dices que quieres que me quede con los niños desde el viernes hasta que volváis el sábado, ¿verdad?

Mi pregunta y el alzamiento de mi ceja provocaron que levantase las manos en señal de rendición. No iba a hablar de Adriel ni a rememorar nada de lo poco que había ocurrido entre nosotros, y Fede supo que, por más que lo intentase, iba a resultar en vano, por lo que lo dejó estar.

Echando la vista atrás, quizá me habría venido bien hablar con él sobre ello, su visión del asunto seguramente podría haberme ayudado a entender lo que estaba por venir.

La puerta que conectaba con la casa de mi hermana se abrió tras darle paso a la persona que había tocado un par de veces con los nudillos sobre ella. Mi cuñado, arreglado, imponentemente atractivo y peinado para la ocasión, hizo acto de presencia y tras saludar a Adriel, que andaba reorganizando las cámaras utilizadas en la grabación de esa tarde, me miró.

—Tu hermana está terminando de arreglarse, calculo que en una media hora estaremos listos, ¿te va bien o necesitas un rato más?

—No, no, tranquilo. Ya hemos acabado.

Él asintió y pude notar cierto nerviosismo en el temblor de sus labios al estirarse en una sonrisa.

—¿Cómo estoy?

—Impresionante.

—Por favor, no pierdas de vista a Alana, nada de visitas ni compañía en casa.

—No te preocupes por nada, seré vuestros ojos y oídos hasta que volváis —le tranquilicé—. Además, creo que ya no se ve con ese chico.

—¿No? —indagó esperanzado—. No, no. Será mejor que no me digas nada, prefiero seguir viviendo en la ignorancia un poco más. —Sonreí y me acerqué a él. Le rodeé con mis brazos y el fuerte contacto de los suyos a mi alrededor me dejó claro cuánto necesitaba ese gesto—. Gracias —murmuró.

—No tienes que darlas —le contesté con cariño. Me separé de él, alisé las solapas de la americana azul que llevaba puesta y besé su mejilla—. Disfrutad de estas horas de desconexión y no os preocupéis por nada, que yo me ocupo de todo, ¿vale? Os merecéis un rato los dos solos.

—Llámanos si ocurre...

—Que sí... —le corté—. No te preocupes, de verdad. No es la primera vez que cuido de mis sobrinos, tengo todos los números de emergencia pegados al frigorífico, sé dónde están las medicinas y las cosas de primeros auxilios, conozco las intolerancias de Bruno, la dinámica de las tomas de Guille y dónde escondéis el alijo de chocolate. Está todo controlado.

Él sonrió y respiró hondo.

—¿Le gustará? —murmuró.

—No lo dudo ni por un segundo —lo animé—. Limítate a cuidar de ella y a recordar lo que era ser únicamente dos, que por aquí todo estará bien, te lo prometo.

—Te quiero, enana.

—Y yo. —Giré sus hombros y le empujé hasta la puerta—. Anda, vete y dame diez minutos. En cuanto termine, subo y me hago cargo de todo.

Fede asintió y se marchó; al girarme, aún con la sonrisa dibujada en mi cara, descubrí la mirada curiosa de Adriel a los pies de la escalera de mi cuarto.

—¿Qué era todo eso?

Negué con la cabeza.

—Nada importante, solo que durante unas horas voy a convertirme en madre de siete retoños —contesté con diversión yendo hacia él—. Un planazo de fin de semana, ¿eh? Qué bien me lo monto. —Adriel se debatió mentalmente con algo que lo mantuvo en silencio unos segundos.

»Tengo que darme una ducha antes de que se marchen —comenté comenzando a buscar ropa cómoda para estar en casa de mi hermana lo que restaba de tarde—. ¿Tú ya has acabado con lo tuyo?

—Sí —afirmó a mi espalda.

Un momento después, con todo en mis brazos, me giré para encaminarme hasta el baño y descubrí que él aún continuaba en la misma posición tras de mí.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí.

—¿Necesitas algo?

—¿Me puedo quedar? —contestó con otra pregunta.

No entendía si se estaba refiriendo a quedarse mientras yo me duchaba —cosa que me perturbaba sobremedida—, quedarse en mi apartamento esa noche aprovechando que yo no estaría o quedarse permanentemente en mi vida.

Opté por salir de dudas de la manera más efectiva y rotunda posible, antes de que mi cerebro se pusiera a bordar nuestras iniciales en la ropa de cama de mi ajuar imaginario de novia.

—¿Quedarte dónde?

—Contigo. Me gustaría ayudarte un rato con los niños, solo si a ti te parece bien. Mi madre está con mi hermana y los sábados suelo levantarme tarde porque ella se encarga al no tener que ir a trabajar.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo? Son siete...

—Sí —dijo con cierta diversión—. Cuatro manos hacen más que dos y encontrarte de la noche a la mañana siendo madre de tanto crío tiene que costar un poco. Al menos así podrá decirse que somos una familia funcional... Fingida, pero funcional —bromeó.

Mi mente guiñó un ojo mientras enhebraba el hilo y daba las primeras puntadas para formar la doble letra «A» en unas impolutas sábanas blancas, recreando la imagen de nosotros siendo realmente los padres de los chiquillos que se escuchaban chillar al otro lado de la puerta.

Me descubrí asintiéndole con una sonrisa en los labios.

—Vale.

—Vale —repitió aguantando una sonrisa.

—Luego no me vengas pidiendo daños y perjuicios. Has sido tú el que has querido quedarte.

—No puede ser tan malo. —Rio—. Son solo niños.

Sonreí y me excusé, metiéndome en la ducha, pues se nos estaba echando el tiempo encima.

Una vez dentro, y a la vez que enjabonaba mi cabeza, un pensamiento rondó mi mente: ¿querría tener hijos Adriel? ¿Estaría Carla dispuesta a relajar su ritmo de trabajo, ese del que él tanto se quejaba, para formar una familia?

La imagen de un par de réplicas de él correteando por una casa ordenada de Madrid me perturbó y recé con todas mis fuerzas para que después de esa noche se le quitase cualquier atisbo de instinto paternal que pudiese albergar, cosa que no era difícil, porque mis sobrinos, aunque los quería con locura, podían llegar a intimidar hasta al más mentalizado.

Lamentablemente y contra todo pronóstico no fue así. Adriel se transformó y se convirtió en una gran ayuda con todos ellos esa tarde, sobre todo con Fabiola, que parecía haber caído rendida a sus pies y no se despegaba de su lado. Debía admitir que la niña no tenía mal gusto, pero yo me tuve que reprender mentalmente por desear apartarla de su regazo y ocupar el sitio sobre sus piernas.

Era absurdo, tenía más que claro que Adriel no era para mí de ninguna de las maneras, más allá de mi cámara y compañero de edición; entonces, ¿por qué demonios no se terminaban de extinguir de mi mente ese tipo de pensamientos?

—Adriel, ¿mis papás se han ido porque ya no nos quieren? ¿Ahora la tata y tú vais a ser nuestros papás? ¿Os daréis besos mientras la tata cocina?

La ristra de preguntas de Fabiola provocó risas en sus hermanos más mayores, y yo casi me atraganté con la bebida. Él me miró, divertido y a la vez sin saber qué contestarle a la niña.

Su sonrisa alterada y de medio lado terminó por desarmar mis defensas.

Mandé callar a las gemelas, que se habían enzarzado en una discusión sobre si Adriel y yo éramos novios, y me fijé en que él calmaba a su pequeña admiradora pasándole la mano con cariño por su pelo, mientras ella hacía pucheros.

La imagen agitó hasta la última de mis hormonas, que ya se andaban desnudando para darse en ofrenda tras semejante estampa. Antes de cometer una tontería, me levanté como un resorte, acercándome a ellos sin saber muy bien para qué.

Intenté recomponerme en esos escasos segundos y, una vez al lado de Adriel, me agaché

impregnándome de su olor en mi descenso y colocándome frente a Fabiola, que me miraba con ojitos tristes debido a las mofas de sus hermanos.

Mi pequeña era una niña sensible que a veces tenía la autoestima un poco baja. El hecho de que los demás la hubiesen apodado «Pato» como el patito feo, por el simple hecho de ser diferente a todos los demás, debido a su pelo y a sus ojos oscuros, no ayudaba demasiado.

—¿Quieres venir conmigo, cariño? —Ella negó a mi pregunta con su cabecita, apretando su espalda contra el pecho de Adriel. La entendía, entre esos brazos una debía de sentirse en la gloria.

»No pasa nada —la apacigüé—. No te preocupes, puedes quedarte ahí si te sientes bien. Papá y mamá se han marchado solo por esta noche, porque necesitaban estar juntos y dedicarse un poco de tiempo el uno al otro. ¿Quieres saber por qué? —Afirmó con un gesto y encogió la cabecita un poco más.

»¿A que cuando tú estás triste o cansada ellos cuidan de ti y te gusta que te den mimitos?

—Sí, papá me coge en brazos y me canta, y mamá me acaricia hasta que me pongo tranquila —contestó con su tierna vocecita.

—Pues a veces los mayores también nos ponemos tristes o nos cansamos, y necesitamos que alguien nos coja en brazos o nos dé cariño, como hacen contigo mamá y papá.

—¿Como cuando el tío Leo se fue y tú dormías en mi cuarto para no estar solita y llorabas por la noche?

Tragué saliva y le sonreí con cariño.

—Por ejemplo.

Dirigí mis ojos hacia Adriel, y su gesto cálido me hizo contener la respiración.

—O como cuando papá riñó a Bruno porque se gastó toda su paga comprando helados para las chicas de su clase, y él se puso triste porque lo castigó sin salir dos semanas —añadió Carolina.

El aludido se encogió de hombros, para nada arrepentido con lo que él consideraba un gesto galante, aunque con ello hubiese renunciado a una quincena de disfrute de la piscina comunitaria de la urbanización.

Contuve la risa.

—O cuando papá y la tata salen a correr, y luego la tata se queja porque dice que no puede más —comenzó Emma.

—Y que necesitará una grúa para levantarse —apuntó Diana finalizando la frase de su gemela.

—En mi defensa diré que eso solo ocurre una vez de cada diez, y solo si lo habéis enfadado —me excusé.

—Yo también me quejaría, correr es un rollo —dijo Adriel.

—Pues es muy sano —contestó Alana, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Yo prefiero jugar a videojuegos —le susurró cómplice a Diana, la diablilla de las gemelas que no perdía ocasión para soltar cualquier locura que se le viniese a la cabeza.

—¿Sabes jugar? —preguntó Bruno.

—Pero si eres muy mayor —añadió Diana menospreciándolo con un gesto de la mano.

—Pues sí, sí que juego, y además lo hago bastante bien —respondió Adriel jactancioso—. Cuando queráis os lo demuestro, seguro que os doy una paliza.

Se le veía cómodo entre tanta boca mellada, pero, justo cuando comenzaron a bombardearlo a preguntas, el vigilabebés reprodujo el llanto de Guille y me excusé yendo hacia arriba para atenderlo.

Tardé en calmar al pequeño, me costó un biberón bien cargado de leche con cereales y exprimir mi mente para sacar de ella todo el repertorio de canciones infantiles que recordaba. Para cuando me quise dar cuenta, Adriel y yo estábamos enfrascados en pleno ritual para que los demás se fuesen a la cama.

Deseé las buenas noches a cada uno desde su puerta, aprovechando para repasar que todo estaba en orden.

Era consciente de que los más mayores aprovecharían un rato más del viernes noche, como, por ejemplo, las gemelas, que leían un libro cada una en su cama correspondiente, o Alana, que, tumbada sobre la colcha y aún vestida, deslizaba los dedos con destreza por la pantalla de su teléfono, hablando con alguien.

—Nada de escaparte por la ventana ni dejar entrar a ningún chico —le dije con sorna—. No queremos que tu padre nos mate a las dos.

Ella levantó la cabeza y puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar sonreír.

—Tranquila, hoy se han ido a casa de Julia a comer *pizza* y a ver una película.

—¿Y por qué no has ido?

—Porque papá me ha pedido que me quedase a echarle una mano con los niños.

Me mordí el labio posicionándome mentalmente en su lugar.

—¿Te apetece que hagamos alguna cosa juntas? ¿Ver algo en la tele que no sean dibujos ni el dichoso *Harry Potter*? —le propuse queriendo animarla un poco.

—Qué va, estoy cansada, mejor me quedo por aquí y vigilo que no haya movimientos por el pasillo mientras tú estás tranquila con Adriel.

Me miró cómplice, y negué divertida con la cabeza.

—Eres una lianta.

Ella levantó los brazos con el mismo gesto que solía hacer su padre cuando sabía que tenía la batalla perdida y me lanzó un beso antes de dejarla sola en su habitación.

Cuando retorné mis pasos de vuelta por el pasillo, en dirección a las escaleras, observé la puerta entornada de la habitación de Fabiola y supe que Adriel estaba allí. Encaminé mis zancadas hasta la entrada del dormitorio y no pude evitar escucharlos hablar antes de que mis pasos los alertasen sobre mi llegada.

—No, ¿por qué crees eso? —Escuché que le decía él.

—Porque Bruno dijo que os habíais dado un beso en la boca, y papá siempre dice que los besos en la boca se los dan los novios.

—Bruno no lo debió de ver bien porque no nos hemos besado. ¿Crees que con lo guapa que es tu tía iba a querer darle un beso a un tipo tan feo como yo y con esta barba? —preguntó divertido haciendo reír a la pequeña.

Les concedí unos segundos más antes de hacer acto de presencia, sucumbiendo a la necesidad de continuar escuchando a escondidas la conversación entre ambos.

—¿Por qué no te quitas los pelitos de la cara? Mi papá lo hace —le dijo ella.

—Te lo cuento si me prometes que después te dormirás. —Fabiola debió de asentir porque él continuó—. Yo tengo una novia que se llama Carla.

—¿Y os dais besos en la boca? —le interrumpió.

—Sí. —Pude notar la sonrisa en su respuesta—. Aunque últimamente no nos damos muchos.

—¿Por qué?

—Seguramente porque no le gusta mi barba.

—Entonces quítatela y así te querrá por siempre jamás.

—Ojalá fuese tan fácil —le respondió con algo de aflicción—. Pero ¿sabes qué ocurre? Que a

mí me gusta mi barba y no sería justo que me la tuviese que quitar para que ella quisiera besarme, ¿no crees?

Se hizo el silencio durante un instante antes de que ella contestase.

—Seguro que a mi tata no le *improta* que tengas pelitos, ella es muy buena y te dará un beso para que no estés triste. ¿*Quieres* ser su novio?

Decidí que había llegado el momento de entrar.

—¿Aún estás despierta, ratoncita? —le pregunté interrumpiendo la conversación.

Sentí que Adriel fijaba sus ojos en mí y se mantenía en silencio mientras me acercaba a la cama en la que él estaba sentado. Ayudé a la niña a meterse dentro de las sábanas y la arropé con cariño, del mismo modo que mi madre hacía conmigo en mi infancia.

—¿Cuándo vienen papá y mamá? ¿Estarán aquí cuando me despierte? —me preguntó preocupada.

—Cuando te despiertes te voy a estar esperando con tu bizcocho favorito preparado, jugaremos a lo que tú quieras y antes de que te des cuenta ya estarán aquí mamá y papá, ¿vale?

—Acaricié su brazo con cariño, y ella asintió resignada—. Y, cuando lleguen, los convenceremos para que mañana te quedes a dormir conmigo en mi casa, ¿quieres?

—¡Sí! —chilló con entusiasmo, levantándose de nuevo en la cama y saltando sobre ella, animada. Me reí, y Adriel se irguió sonriendo—. ¡Sí! ¡Sí! —canturreaba sin dejar de saltar.

—Venga, loquita. Si no te duermes, no podremos hacer nada de eso.

—¡Vale! —Se tumbó de nuevo y me dedicó una sonrisa que me desarmó, pero que también me puso en guardia—. Tata —susurró—, la novia de *Adirel* no quiere darle besos porque *tene* pelitos en la cara, y él está triste. ¿A que a ti no te *improta* darle besos en sus pelos?

—No me importa —contesté girando mi cara hacia él y dándole uno en la mejilla—. ¿Ves? Ya no está triste. Y, ahora, vamos a dormir.

Le di un beso a la niña, y Adriel se despidió de ella lanzándole uno desde la puerta. La encajé dejando encendida la luz nocturna que había colocada en el pasillo y, antes de descender de camino al salón, cerré las barandillas de seguridad que habían instaladas desde hacía años en cada tramo de las escaleras.

—¿Alguna vez te has parado a pensar qué habría sido de nosotros si hubiésemos continuado juntos? ¿Si no hubieses realizado esa llamada? —Escuché su voz ronca a mi espalda cuando activaba el seguro de la última barandilla.

Al girarme aguanté la respiración, ese olor a menta... Adriel estaba tan sumamente cerca que, si permitía a mis pulmones albergar oxígeno, el movimiento haría que nuestros cuerpos se fundiesen en uno solo. Sus dedos acariciaron el lunar bajo mi ojo y supe, al mirarlo, que estábamos cayendo de cabeza en un pozo atestado de problemas de los gordos.

CAPÍTULO 14

SE ACABÓ

El único fruto del amor...

15 años atrás

Había discutido con Mat y estaba triste.

Esa misma tarde iba a hacer lo que llevaba semanas rondando mi mente y, aunque mi mejor amigo intentó quitarme la idea de la cabeza e insistió en que terminaría arrepintiéndome, estaba decidida.

Iba a romper con Adriel.

Sentada en mi escritorio frente a la ventana de mi habitación, rememoré, como solo una adolescente desconsolada podía hacer, los seis meses que había durado mi primera y última relación, pues si algo tenía claro era que no pensaba tener pareja nunca más.

Había llegado a la conclusión de que el amor no era lo que yo creía, que hacía daño y que no me merecía la pena.

Amor...

¿Qué sabría aquella cría sobre un sentimiento tan magnífico? Pero, en mi minúscula sabiduría adolescente sobre el tema, utilizaba mi propia e infantil experiencia, junto a varios ejemplos de mi alrededor que corroboraban mi teoría, como el caso de mi hermana, que estaba teniendo que luchar con uñas y dientes para que mis padres aceptasen la decisión que habían tomado ella y su pareja de seguir adelante con un embarazo no planeado y demasiado anticipado, que les hizo tener que modificar sus vidas de forma drástica.

Si no hubiese tenido novio, nada de eso habría ocurrido.

Y no es que mis quebraderos de cabeza se asemejasen a algo así, pues yo no había mantenido siquiera relaciones con Adriel como para tener miedo a nada parecido, de hecho defendía a capa y espada que no tendría sexo con ningún chico hasta que tuviese, al menos, treinta años. Sin embargo, yo sabía que había llegado el momento de ponerle fin a lo nuestro y no podía posponerlo más.

Agarré el teléfono inalámbrico y marqué el número de su casa con los nervios atenazando mi estómago. Contestó una voz femenina al tercer tono y cerré los ojos al reconocer a su hermana.

—¿Dígame?

—Hola, Dara. Soy Alicia. ¿Se puede poner Adriel?

—No.

Su respuesta tajante me enmudeció y tuve que contener las ganas que me invadieron de exigirle una contestación más amable y extendida. Al cabo de unos segundos se me pasó el enfado inicial en pos de la preocupación.

¿Por qué no podía ponerse al teléfono? ¿Es que acaso no estaba en casa?

Me había dicho que esa tarde no saldría, incluso cuando le propuse ir al parque con mi sobrina y así poder estar juntos un rato, él rechazó el plan.

Entonces, ¿dónde estaba?

—Le dijo a mi madre que iba a jugar a la consola a casa de Fran, pero ha debido de cambiar de opinión porque lo he visto en la plaza del Pescador con varios de su clase, también había

chicas —explicó con malicia como si me leyese la mente.

—Gracias —atiné a decir antes de colgar.

Una sensación desconocida, que me hizo apretar los puños tras colgar, se hizo dueña de todo mi cuerpo y provocó que tuviese que marcar tres veces hasta dar con el número correcto.

—¿Sí? —contestó Mat con desgana.

—Acompáñame a la plaza del Pescador.

—¿Por qué debería hacerlo después de que me hayas mandado a la mierda?

—Mat, no seas capullo y olvida lo que te he dicho, ¿vale? Adriel está allí.

Él debió de reparar en la urgencia de mi tono y cortó la llamada tras un escueto: «Ya salgo».

Al apoyar el teléfono sobre la base de carga noté cierto temblor en mis manos e intenté serenarme. ¿Por qué me importaba tanto dónde y con quién estuviese Adriel si iba a cortar con él? Si mi llamada de teléfono había sido para acabar con lo nuestro, ¿qué relevancia tenía que estuviese con otras personas cuando a mí me había dicho que no saldría de casa?

Años después supe que lo que sentía por él me quedaba grande, que una chiquilla con inseguridades y la visión idealizada del amor como la que yo tenía en aquella época no podría haber actuado de otra manera, aunque hubiese querido, pero en aquel momento aquello era lo más parecido a una catástrofe mundial para mí.

En el trascurso de los escasos minutos que Mat tardó en llamar a mi puerta, tomé la determinación de que dejaría en manos del destino mi decisión. Si era verdad que estaba en la plaza, y, por lo tanto, me había mentido, cortaría con él sin dudarlo. Si por el contrario no estaba allí, vería la manera de continuar juntos ese verano, aunque yo me marchase al pueblo de mis abuelos y estuviésemos lejos, algo que me ahogaba de miedo con tan solo pensarlo.

Me convencía a mí misma diciéndome que aquello lo hacía por él, porque no quería que estuviese atado a mí durante lo que me parecía una eternidad y que en la vida real se traducía en dos meses y medio de vacaciones separados, no obstante, la realidad era otra bien distinta, y es que, solo de imaginar lo que podía estar haciendo mientras yo me pasaba los días encerrada en la finca de mis abuelos, me provocaba un sinvivir en la boca del estómago.

Tan solo era una niña con cierto complejo de inferioridad y las dudas propias de cualquier adolescente insegura.

Aquella noche lloré. Adriel estaba justo donde su hermana me dijo.

Lloré tras colgar el teléfono.

Lloré reproduciendo una y otra vez su escueta respuesta al decirle que quería cortar.

Lloré tanto que las lágrimas se llevaron mi voz y me pasé los dos días siguientes muda y con una sensación de pérdida que jamás hubiese imaginado sentir.

Me dolía que él no hubiese luchado por mí, por nosotros..., por recuperarme, sin embargo, ¿qué le podía pedir a un chico que estaba igual que yo? ¿Qué se le puede exigir a alguien que no entiende siquiera por qué le dices que le quieres, pero que no puedes estar con él?

Éramos dos niños jugando a ser mayores y terminamos perdiendo la partida por no saber interpretar las instrucciones del juego.

Pero el verano conspiró con la vida y, con el tiempo, disipó mis dudas y miedos, convirtió esos días en los que caminaba descalza y despeinada, en los que igual reía que lloraba y en los que me prometía en cada atardecer que iba a luchar siempre para ser feliz, en una terapia en la que sané cada herida provocada por los insultos recibidos, en la que aprendí que debía empezar a amarme a mí misma tal y como era y entendí que primero tenía que quererme yo para ser capaz de volcar mi amor en los demás.

Ese verano maduré y comencé a construir los pilares de la mujer en la que luego me convertí

y me juré a mí misma que nunca más dejaría que las inseguridades dominasen mis decisiones.

Mentiría si dijese que no sentí nervios la primera mañana de clases tras las vacaciones, pero fue algo totalmente en vano, ya que Adriel actuó con amabilidad y los días se sucedieron como si entre nosotros no hubiese ocurrido nada, como si nuestras lenguas no se hubiesen enredado durante meses, como si todo hubiese sido producto de mi imaginación.

Cuando le conté a mi madre lo que había ocurrido, y cómo me encontraba, ella lo achacó a cosas de adolescentes restándole importancia y, pese a que me dolió que mis primeras veces hubiesen quedado relegadas a algo que parecía no existir, asumí que era mejor continuar siendo amigos, aunque sintiera cierta distancia entre nosotros.

El curso se desarrolló sin demasiados contratiempos e incluso noté que las mofas que solían dedicarme algunas de mis compañeras más crueles cesaban. Entendí entonces lo que meses atrás me había dicho mi padre, eso de que, si dejaba que los demás viesan mis debilidades, las utilizarían en mi contra.

Mat y yo nos hicimos aún más inseparables, su situación en casa no mejoraba y tampoco estaba siendo fácil para él aceptar su homosexualidad sin figuras adultas en las que apoyarse, así que yo me limité a hacer lo único que sabía; estar ahí a su lado y llorar con él cuando no podía soportarlo más.

Y, entre todo eso y casi sin darnos cuenta, el curso llegó a su fin y, con ello, toda nuestra etapa secundaria.

Ese último escalón antes de sentirnos «mayores».

—Alicia, téminate los cereales —me dijo mi madre a la vez que me tendía un plátano para el recreo.

Observé la fruta entre sus dedos durante unos segundos y sonreí.

—Hoy me llevo una manzana.

—Me vas a volver loca —se quejó ella depositando de nuevo la pieza en el cuenco de la encimera—. Antes te encantaban, luego no, ahora vuelves a quererlas. A ver si nos aclaramos, cariño.

Me encogí de hombros sin querer explicarle que jamás me había gustado esa fruta, pero no podía desaprovechar la oportunidad, ya que sería la última vez que compartiría espacio con Adriel antes de que cada uno tomara su camino para continuar estudiando especialidades diferentes y, a pesar de que sabía que lo nuestro estaba superado, no pude resistirme.

—Ali, acuérdate de que me prometiste hacerte cargo de la niña esta tarde —me recordó mi hermana, revisando los apuntes con mi ahijada adormilada mientras succionaba de su pecho—. El examen no durará mucho, así que me paso luego a buscaros con Fede.

—¿Y no puede quedarse su padre con ella? —preguntó mi progenitor, que se había mantenido en silencio leyendo el periódico, apoyado en la encimera de la cocina.

—No puede —aclaró mi hermana sin levantar la cabeza de los folios que tenía delante.

—Papá. —Me volví hacia él, seria—. A mí no me importa cuidarla, empiezo hoy las vacaciones, y Fede trabaja.

Mi padre chasqueó la lengua, aunque en el fondo sabía que llevaba razón. No me gustaba ver cómo los presionaban desde que asumieron su papel de padres de forma inesperada, porque desde que supieron de la existencia de mi sobrina se habían dejado la piel cada día para darle lo mejor.

Mi cuñado trabajaba en un gimnasio del pueblo. Empezó reparando las máquinas de musculación y los desperfectos del lugar, su jefe había visto el potencial que tenía, pues siempre había practicado deporte y aprovechaba la hora de la comida para ejercitarse, por lo que al poco

tiempo de estar allí le ofreció el ascenso, y él aceptó sin dudar, convirtiéndose en monitor.

Sabíamos que estaba deseando hacer los cursillos que los compañeros habían realizado antes de entrar a trabajar y que él no había tenido la ocasión de poder hacer por falta de tiempo libre.

Y, al margen de eso, los fines de semana también hacía de repartidor en la pizzería del pueblo, porque se negaba a que mi hermana dejase la carrera sin terminar. Todo ingreso resultaba poco cuando se trataba de criar a un hijo y ahorrar para poder independizarse los tres.

Fede era el mejor hombre que había conocido en mi vida y estaba feliz de que formase parte de mi familia. Y sabía que mis padres también lo estaban, de hecho, los ayudaban mucho, aun así, a veces les salía una pequeña vena anticuada la mar de desagradable.

Comí un par de cucharadas más de los cereales a desgana y me despedí de mi familia cuando la puerta de casa sonó. Mat venía a recogerme como cada mañana y me provocó una tristeza tremenda saber que esa sería la última.

—Lo sabía —dijo sonriendo—. Es que sabía que te iba a encontrar llorando.

Hice un puchero con los labios y lo miré implorante.

—No quiero que nos separemos.

—Anda, vamos a clase, que aún te quedan unas cuantas horas en las que aguantarme. —Pasó su brazo por mis hombros y rodeó con él mi cuello, besando mi cabeza.

Entendía por qué se rumoreaba por el pueblo que éramos pareja, a decir verdad, no nos importaba lo más mínimo que el cuchicheo continuase. A Mat le servía para encubrir lo que aún no era capaz de afrontar, y a mí, ¿para qué negarlo?, me gustaba presumir de «novio» guapo y apuesto por la calle.

La mañana transcurrió demasiado rápido, el timbre que marcaba el último cambio de clase me sobresaltó y cuando me quise dar cuenta todos estaban intercambiándose los anuarios que acababa de repartir el delegado de clase, pidiéndose firmas y dedicatorias los unos a los otros.

Yo no lo dudé, me acerqué a Adriel, que dibujaba sobre la madera verde de la mesa, como queriendo dejar una marca perenne que homenajeara su paso por ese lugar, y sonreí con algo de nerviosismo cuando me miró.

—Hola —le dije.

Él me sonrió de lado.

—Hola, Alicia.

—¿Me lo firmas? —le pedí tendiéndole el anuario.

—Solo si tú lo haces en el mío. —Rebuscó en la bandeja bajo la mesa y lo extendió hacia mí.

Acepté y me acerqué de nuevo a mi pupitre. No recuerdo qué fue lo que escribí exactamente, algo sobre que la vida le deparase cosas bonitas o alguna chorrada por el estilo. Quizá si hubiese sabido que la suya iba a dejar al descubierto lo que aún decía sentir por mí y la promesa de que nunca me olvidaría, me hubiese esmerado más, pero el verdadero mensaje no iba escrito, sino en lo que metí entre sus hojas y que abultó su forma cuando lo cerré: una manzana.

Esa fruta siempre me había recordado a él, a nuestros comienzos, a ese primer día en el que se apiadó de mí y decidió cambiarme el desayuno, comenzando con ello un ritual que nos uniría sin saberlo. Esa no fue la única ocasión, la historia se repitió bastantes veces hasta que rompimos y, desde entonces, había echado de menos cada día su mirada cómplice acompañada de una sonrisa cuando le observaba interrogante alzando la odiosa fruta; así que esa manzana, esa efímera fruta que no tardaría más de una semana en marchitarse si él decidía conservarla, pero que cargaba un mensaje que perduraría por siempre, era mi manera de homenajear esa historia que compartimos durante un tiempo y también la encargada de decirle que no lo había olvidado.

CAPÍTULO 15

BESOS

... es la manzana.

Actualidad
Viernes, 27 de noviembre

Por la planta de arriba todo parecía seguir en orden tras la segunda ronda que había dado y ya había pasado un poco más de una hora desde que terminásemos de picotear un poco de cena en la barra de la cocina de mi hermana, tras haberme escabullido de aquel momento al pie de la escalera que tan solo presagiaba problemas.

Lo miré mientras él esperaba que respondiese a su pregunta, sentados uno al lado del otro en el sofá, y le sonreí con tristeza.

—El Luxury es el hotel donde Estrella quería casarse, aunque la realidad fue bastante diferente.

—¿Y eso? —preguntó con interés.

—No tuvieron un banquete como tal; fuimos al juzgado, se casaron un mes antes de que ella diese a luz a Alana y poco más.

—Entiendo que no fue algo que ellos eligieron.

—Qué va. —Negué moviendo la cabeza de un lado al otro con congoja al recordar los ojos de mi hermana ese día—. Siempre han dicho que a ellos no les hace falta nada más que tenerse el uno al otro y que nada hubiese cambiado de haberlo celebrado por todo lo alto, pero yo sé que a los dos les hubiese gustado algo más que aquello que tuvieron. Se merecían más. —Jugueteé con el cierre de mi pulsera mientras hablaba—. Tanto los padres de Fede como los míos les pidieron que formalizasen su relación antes del parto y, bueno, imagino que accedieron por no provocar más quebraderos de cabeza a las familias.

—Si te soy sincero, jamás hubiese imaginado que tu hermana terminaría formando una familia con un tipo como Fede.

Alcé una ceja, aunque su tono había sido amable, no me gustaba que los demás hablasen mal de los míos.

—¿A qué te refieres?

—No me malinterpretes, se los ve genial y estoy seguro de que son muy felices, pero hace años eran como de dos mundos diferentes... —Él no añadió nada más y, al ver que no pretendía continuar, le invité con un gesto de la mano a que ampliase la información.

»No sé, Alicia. Él era el típico tío popular y todo eso, y tu hermana, pues... era más normalita.

Sonreí al ver su leve azoramiento.

—«Normalita» —repetí—. Hay confianza, Adriél, puedes decir con tranquilidad que era un bicho raro. —Él me sonrió en respuesta.

»No siempre hay que juzgar por las apariencias, ¿no? —dejé caer—. Ya ves, dos personas que aparentemente son polos opuestos y al final resultan ser totalmente perfectos el uno para el otro.

—Tú ya sabes que nunca me han importado ese tipo de cosas.

El tono penetrante con el que pronunció las palabras me erizó la piel.

—Lo sé —respondí casi en un susurro mirándolo.

—¿Crees que ahora es buen momento para responderme a la pregunta de antes? —inquirió con demasiada intimidad—. ¿Alguna vez te has parado a pensar qué habría sido de nosotros si hubiésemos continuado juntos? ¿Habríamos formado una familia como ellos dos?

—Sí, claro que lo pensé.

—Y yo aún me pregunto por qué rompimos.

—Porque no estábamos preparados para tener una relación, éramos dos críos, Adriel. Yo no soporté tener miedos y mis inseguridades no ayudaron. Siempre me sentí inferior a tu lado. —El tono de nuestra conversación había bajado considerablemente, sería imposible entendernos a más de treinta centímetros de distancia, que era la que prácticamente se interponía entre nosotros. Los ojos de Adriel brillaban. Mi garganta estaba más seca de lo normal.

»Tan solo era una adolescente con sobrepeso, demasiado pecho y que siempre llamaba la atención entre el resto de sus compañeras... Y en medio de todo aquello llegaste tú, que eras igual de guapo que de raro y, aunque me sentía bien estando contigo, también hubo bastantes veces en las que tuve miedos y dudas, e imagino que eso pesó más. Un buen ejemplo de lo minúscula que me sentía a tu lado es que hasta en algo tan simple como un beso sentía que me superabas.

—Ah, ¿sí? —Sonrió con cariño.

—No me digas que ahora te gusta que te regalen los oídos —me quejé divertida—. Sí, así es. Siempre he recordado nuestros besos y guardo la sensación de que fuiste el que mejor me ha besado en mi vida con diferencia.

—Vaya. Mi «yo» adolescente se siente bastante halagado en este momento.

Me arrepentí nada más soltar la información, porque supe que, pese a que no tenía importancia ni ninguna connotación oculta, en aquel momento admitirle a Adriel que me volvían loca sus besos no ayudó a que la situación entre nosotros se calmase.

Éramos como una bomba de relojería a punto de estallar y ninguno de los dos parecía darse cuenta.

Él salvó la distancia que quedaba entre nosotros y, sin dejar de mirarme a los ojos, me habló, haciendo que el calor de su aliento impactase sobre mi rostro.

—Yo no recuerdo tus besos, pero sí tu sabor...

—Eh... —balbuceé sintiéndome un poco lerda.

—Conseguiste volverme tan adicto a él que aquel maldito verano lo busqué como un loco, parecía un puto enfermo asaltando las bocas de todas las chicas con las que me cruzaba.

Caí en la cuenta de lo que me estaba diciendo con un poco de retardo, en mi defensa diré que me perturbaba la manera en la que me estaba observando.

—Bonita forma de decirme que te liaste con toda Costa Serena. —Reí aparentando indiferencia.

—No recuerdo a ninguna de ellas porque en todas te buscaba a ti y no lo conseguía. Me frustraba tanto que acababa cabreado y encerrado en mi habitación.

—Qué harías ahí dentro.

Fijó sus ojos encendidos en mí y su sonrisa me devastó.

—Esa información jamás va a salir de mi boca —susurró. «¿Ni siquiera si te la arranco a besos?». Mandé callar a mi cerebro a la misma vez que lo escuchaba continuar hablando.

»Creo que sería buena idea demostrar si el paso del tiempo ha hecho que me tengas en un pedestal por algo inmerecido o, por el contrario, podemos corroborar tu teoría sobre mis besos —

murmuró con tono confidente engullendo mis labios con sus rasgados ojos oscuros, tanto que sentí un cosquilleo sobre ellos que provocó que los mordiese con lentitud—. Yo también quiero comprobar si sigues teniendo ese sabor que me hizo adicto a ti o tan solo fueron cosas de críos.

Tragué saliva.

¿Dónde se había quedado ese Adriel taciturno y un tanto retraído de hacía quince años, por el amor de Dios? Vale, estábamos de acuerdo en que siempre fue un chico sincero y que nunca temió decir lo que sentía, pero ¿en qué momento había mutado a un hombre tan sumamente directo y atrevido?

Mierda.

En mi interior se libraba una lucha encarnizada entre la razón y la excitación causada por el simple pensamiento de volver a sentir la lengua de Adriel fluir dentro de mi boca. Y tenía ganas, muchas. Incontables ganas, sin embargo, la certeza de que aquello no iba a servir más que para hacerme daño me instó a aferrarme al pequeño resquicio de cordura que me quedaba en algún rincón recóndito de mi amplio cuerpo.

No supe de dónde saqué las fuerzas, podría haber jurado que me moría por besarlo, aun así, con voz trémula conseguí pronunciar una palabra que cayó sobre nosotros como un jarro de agua helada y surtió el efecto esperado.

—Carla.

Adriel se despegó de mí como si hasta el momento no hubiese caído en que, a unos cientos de kilómetros, le esperaba su pareja; como si su vida no estuviese encauzada y aquello solo pudiera enredarla innecesariamente.

Aquella mención también provocó algo que no me esperaba, un giro de los acontecimientos con un regusto agri dulce.

Adriel, recompuesto de ese instante de enajenación transitoria, me habló de ella, centrando la conversación en la historia de su relación.

Imaginaba que intentaba justificar de alguna manera el desliz que podría haber ocurrido si yo no hubiese hecho acopio de toda mi cordura para frenarlo o puede que recordar lo que había dejado en Madrid le hubiese ayudado a poner los pies sobre la tierra otra vez y así evitar una nueva tentación.

Realmente no pude saber qué lo propició, pero sí que lamenté no haberme dejado llevar y haberlo besado, porque por algún extraño motivo sentía una punzada en el estómago cada vez que la mencionaba. Y, cuando después de enseñarme fotos del piso en el que vivían juntos me mantuve en silencio, él pareció recaer en mi incomodidad.

—¿Qué te parece? —preguntó bloqueando el teléfono y suspirando.

—¿Quieres que te sea sincera?

—Sí.

—Bueno, creo que es un poco fría e impersonal, jamás habría adivinado que tú vives en ella.

—La decoró Carla.

—No es solo la decoración, en general todo da bastante miedo —reconocí con una sonrisa intentando que no se lo tomase a mal—. Parece que haya cámaras escondidas que se pondrán a pitar como locas si dejas algo fuera de su sitio. Si no os hubiese visto en alguna de esas fotos, habría jurado que me estabas enseñando las imágenes de una revista de decoración de lujo.

Adriel soltó una carcajada entristecida tras mi confesión.

—Es un poco estricta con el hecho de tenerla recogida y todo eso. Reconozco que a veces soy más desordenado de la cuenta solo por joder.

—Adriel... —le dije horrorizada y divertida a partes iguales.

—Bueno, no te creas que soy un rebelde total. Normalmente los arrebatos me dan cuando ella está en el bufete y antes de que llegue ya lo he vuelto a colocar todo como si no hubiese pasado nada —admitió sin avergonzarse—. Así de ridícula es la situación.

—Imagino que el amor nos impulsa a hacer cosas absurdas a veces.

Él tan solo me observó en respuesta y lo que creí leer en sus ojos me asustó y me ayudó a entender en cierta manera los motivos por los que parecía olvidar que tenía pareja cuando la tensión crecía entre nosotros, pues en esa mirada había determinación, dolor y un poco de rencor.

En un universo paralelo perfecto le habría preguntado si era feliz, habría indagado más en sus sentimientos y en el porqué de su mirada cargada de tristeza, por el contrario, pequé de cobarde y fingí estar exhausta con la única motivación de detener todo aquello, de darme más de tiempo para entender las circunstancias que nos rodeaban o simplemente alargar lo que por momentos parecía inevitable.

Cuando un buen rato después sentí que Adriel apagaba la televisión que se había mantenido en un segundo y discreto plano, y se incorporaba en el sofá, continué fingiendo estar inmersa en un sueño reparador.

Aquella decisión de nuevo fue la peor que pude tomar, porque un momento después sentí el suave toque de su boca sobre la comisura de mis labios, en un delicado roce que para otros podría ser insignificante, pero que para mí avivaba las llamas de algo que sabía que nunca estuvo del todo muerto, sino tan solo olvidado.

Y, cuando aprecié de nuevo el frío impactar contra mi boca al desprenderse de mí, susurró unas palabras que me afectaron aún más que ese contacto.

Repitió exactamente esas mismas que releí tantas veces años atrás.

Y en ese momento las quise sentir como una declaración de intenciones.

—El único fruto del amor eres tú, mi chica manzana.

Me serené para no dejarle ver que era consciente de todo lo ocurrido y no fue hasta que escuché la puerta de la casa cerrarse que no abrí los ojos.

Me incorporé en el sofá y me llevé la mano a los labios, intentando encontrar el calor de los suyos en ellos. No lo hallé y por un momento temí que ese efímero contacto hubiese sido producto de mi imaginación y de las ganas que tenía de él.

Tras unos minutos inmersa en recuerdos y pensamientos, e ignorando el hecho de que el reloj marcase las dos de la madrugada, hice lo único que podría aportarme solaz, algo que me apasionaba y con lo que mi mente se mantenía inmersa sin dejarme pensar en otra cosa: ponerme a cocinar compulsivamente.

Para cuando los niños fueron apareciendo por la planta baja, varias horas después, la cantidad de comida que inundaba cada superficie podría haber alimentado a media Costa Serena.

CAPÍTULO 16

PADRES

Algo actúa como detonante y ya no hay vuelta atrás.

Actualidad
Viernes, 5 de diciembre

Observé a mis padres con una sonrisa instalada en la cara. Ellos tenían ese «algo» que te hacía sentir envidia de la sana al contemplarlos juntos en un acto tan cotidiano como preparar el café. Mi madre no podía vivir sin mi padre, y él simplemente no sabía hacerlo de otra manera que no fuese con ella de la mano. Era bonito, aunque eso no significaba que todo hubiese sido un camino de rosas, de hecho, tuvieron que superar un duro bache que jugó con los límites de ambos, pero consiguieron salir adelante, juntos y más fuertes.

—Aquí tienes, cariño —me dijo mi madre tendiéndome la taza blanca con pequeñas florecitas de colores pastel a modo de filigrana, parte inalterable del encanto de la casa que me había visto crecer—. ¿Te apetece comer?

—No, tranquila. Me tomé una tostada antes de salir de casa.

—El otro día preparamos esos dulces turcos que hiciste hace poco en uno de tus vídeos —explicó mi padre hojeando el periódico, costumbre de cada mañana.

—¿Los de forma de concha? —Asintió—. ¿Y qué tal os quedaron? —me interesé contenta y en cierto modo orgullosa de que mi trabajo provocase ese tipo de satisfacciones.

—No quedó ni uno —contestó él.

—Así es, se los comió todos —aclaró mi madre—. Ya sabes que tu padre tiene buen estómago. La verdad es que nos salieron secos y duros como piedras. Eso sí, nos divertimos y estuvimos buena parte de la tarde entretenidos.

Solté una carcajada por el gesto de cómica negación que compuso mi padre, y les expliqué con cariño que el secreto, como en casi todo, estaba en la masa y les recomendé que la próxima vez deberían echar un poco menos de harina para que no les quedase seca y también que no acortasen el tiempo de reposo en el almíbar.

—Que no, que no, que ya te digo yo que de duros nada, estaban perfectos.

La hora siguiente la pasé escuchando sus peripecias con el nuevo robot de cocina y las recetas que habían probado a hacer en él, tema que provocó más de un ataque de risa, ya que si mi padre se caracterizaba por algo era por no tener demasiados requisitos a la hora de comer, siempre alababa todo lo que se ponía sobre la mesa y era el que terminaba todas las sobras que iban quedando. Mi madre bromeaba alguna vez con que su estómago tenía que parecerse al camión de un basurero y, aunque lo decía con cierta burla, la verdad es que llevaba parte de razón. Cocinar para él, y/o con él, era sumamente agradecido, porque no había nada que no le gustase, incluso cuando el resultado no era del todo comestible. Y podía dar buena fe de ello, pues en más de una ocasión mis experimentos culinarios no habían quedado como había imaginado, aun así, para él siempre fueron «perfectos».

—Voy a ir a cambiarme, Toñi, ya es hora —anunció él en un momento dado.

Mi madre miró el reloj colgado de la pared de la cocina y asintió enérgicamente con la cabeza.

—Madre mía, no me había dado cuenta de lo tarde que es —se excusó—. ¿Te apetece venir a andar con nosotros, cariño?

—La verdad es que he venido a buscar unas cosas que dejé en mi dormitorio —le aclaré—. No te preocupes, marchaos con tranquilidad que cierro al salir.

—Vale, cielo. —Me besó en la mejilla y me sonrió con ternura.

Recogimos la cocina y al poco nos despedimos.

Mi cara se iluminó al asomarme a la ventana y verlos pasear calle arriba a buen ritmo, con sus zapatillas deportivas y charlando animadamente. Desde que mi padre se retiró del cuerpo de policía, jubilándose anticipadamente debido a una lesión en una de sus rodillas, que le había hecho pasar por el quirófano dos veces, no faltaban ni un solo día a la cita que ellos mismos se habían marcado de salir a caminar, marchándose a las once de casa y volviendo un par de horas después.

Tenían suerte de vivir en una de las zonas más áridas del país, pues pocas eran las veces que la lluvia les impedía llevar a cabo sus planes.

Un grupo de vecinas los saludaron cuando pasaron por su lado, e imaginé lo que se dirían las unas a las otras, haciendo referencia al matrimonio de «los Toños», esa pareja que aún se cogía de la mano en público y que se mantenía como si los más de treinta y cinco años que llevaban juntos no hubiesen cotidianizado nada a su alrededor.

Toñi y Toño o, lo que era lo mismo, Antonia y Antonio: mis padres.

Aún con una sonrisa en los labios, subí las escaleras y encaminé mis pasos hasta mi antiguo dormitorio, ese que aún atesoraba la misma decoración que mi hermana y yo nos habíamos afanado en colocar siendo pequeñas. En su mitad, los pósteres de los grupos de música que en los noventa sonaban continuamente en la radio; en la mía, la propia evolución de mis dibujos, desde los más infantiles, pasando por los paisajes de Costa Serena que tanto me gustaba immortalizar, hasta los pocos retratos que me animé a hacer, pues era el tipo de dibujo que más me costaba, por no saber darle la esencia necesaria para que pareciese vivo.

Recordé la época en la que cada día me levantaba con una convicción, en unos afirmaba que estudiaría algo relacionado con Bellas Artes y en otros, sin embargo, con el arte de cocinar.

Finalmente ganó esta última, pero el gusanillo del dibujo siempre seguía ahí.

Al terminar de repasar todos mis bosquejos eché en falta uno en concreto. Supe que lo encontraría en el altillo de mi armario, junto con otras cosas que en su día me parecieron importantes para conservar, aunque seguramente carecerían de valor para cualquier otra persona.

Miré hacia el lugar donde debían permanecer y salí del dormitorio decidida. Entré en el trastero para coger la pequeña escalera que sabía que guardaban allí y, al sacarla, una caja de la estantería sobre la que estaba apoyada volcó parte de su contenido en el suelo.

Me afané en recogerlo y mis dedos se demoraron unos segundos en un pequeño pliego envejecido por el tiempo que yacía sobre la loseta. Dudé sobre si leerlo sería una buena idea, sin embargo, no pude resistirme.

Aquel trozo de papel resultó ser un viejo escrito a mano con la característica letra de mi madre, pero realizada con líneas un poco más infantiles.

Sonreí enternecida al leer el encabezamiento: «El chico ideal de María Antonia Vega». Debajo de esto había escritas una serie de cualidades y características de lo que ella parecía querer encontrar algún día en su pareja. Estaba fechado en un lejano diciembre, calculé que mi madre tendría unos diez u once años cuando la escribió.

Me inundó la nostalgia, pues yo también había hecho algo parecido en mi diario siendo una niña, y leí con atención dándome cuenta de que esa lista era, básicamente, una descripción casi

exacta de mi padre.

Tal como recaí en ello, recordé que curiosamente ellos no se habían conocido hasta los veinte años. ¿Era posible entonces que esa fuese la clave de la felicidad? ¿Encontrar a alguien que cumpliese todos los puntos de una lista de preferencias redactada en la niñez y solo de esa forma se convertiría en algo duradero?

Volví a doblar el papel y terminé por recoger lo demás.

Mientras emprendía el camino de vuelta a mi antiguo dormitorio, intenté hacer memoria sobre qué había escrito en la mía años atrás, pero fui incapaz de recordarlo con exactitud. Una lástima, pues quizá me hubiese ayudado en el presente.

Una vez allí, abrí la pequeña escalera a los pies del armario y subí los peldaños con la ilusión de quien escarba en la tierra hasta dar con un tesoro enterrado. Mi tesoro, ese que había ido a buscar, estaba dentro de una caja de cartón algo desvencijada por el tiempo.

La cogí con cuidado y bajé los escalones con nerviosismo por lo que encontraría dentro de ella, depositándola sobre mi cama. Al hacerlo, dejé ir una sonrisa alterada y me senté sobre una de mis piernas. Imaginé que esos serían los nervios que se experimentarían al abrir una cápsula del tiempo, porque eso era prácticamente lo que tenía ante mis ojos: los tesoros más preciados de mi adolescencia...

Y, sin tener que rebuscar demasiado, allí estaba él.

Adriel llenaba cada recoveco de la caja en diferentes versiones, como por ejemplo en una fotografía de él apoyado contra una pared, despeinado, con los brazos cruzados, una camisa de mangas cortas en color celeste y su pulsera ancha de cuero. Rebusqué entre todo lo demás hasta dar con ella, con esa misma pulsera, y acaricié la piel con nostalgia. Recordaba perfectamente el día que me la dio y sonreí de nuevo al ver su gesto serio y su cara tan aniñada en la foto.

Examiné entre las demás cosas y encontré el dibujo que le hice, pero que nunca le llegué a mostrar. Me había dado demasiada vergüenza enseñarle algo que consideré tan ridículo en aquel momento, pues su retrato hecho a lápiz por mí misma lo había enmarcado con un gran corazón y había escrito nuestros nombres debajo.

Lo fui depositando todo con cuidado sobre mi cama y continué, dando con un pin en forma de manzana que me regaló una mañana antes de empezar las clases, un par de envoltorios de los caramelos que comprábamos al salir del colegio en el kiosco que había de camino a casa, el anuario del último curso de secundaria, donde algunos de mis compañeros —incluido él— me habían dejado sus mensajes y dedicatorias, y una foto juntos en la que se me podía ver a mí sacando la lengua y bizqueando los ojos mientras él elevaba las cejas con cara de conformismo a mi lado.

No lo pensé demasiado y cogí mi teléfono móvil. Intenté recrear la imagen mostrando a la cámara también la instantánea original. Inmortalicé el momento y se la envié a Adriel junto con un mensaje:

Alicia 

Falta tu cara de acelga,
pero se ve que yo sigo igual de payasa.

Su respuesta no se hizo esperar.

Adriel 

Madre mía, ¿de dónde ha salido eso?

Alicia 

Buscando en el baúl de los recuerdos, uhuhuuuh.

Adriel 

¿Qué más cosas guardas de aquella época, chica manzana?

Alicia 

Tesoros de incalculable valor, sin duda. Uno de ellos nunca llegué a enseñártelo y estoy segura de que si lo ves caerías rendido a mis pies.

     

Adriel 

Sin duda quiero verlo.

Alicia 

No te va a salir barato.

Adriel 

¿Qué quieres a cambio?

Alicia 

¿Qué me das a cambio?

Sí, era consciente del tonto que me traía entre manos, pero me fue imposible evitarlo.

Adriel 

Prueba a pedir y ya veremos.

Alicia 

Tendré que pensarlo detenidamente antes.

¿Tienes planes para hoy?

Adriel 

La verdad es que sí.

Me chafé al leer su respuesta, pero, antes de poder escribir una contestación que me hiciese salir del paso, volvió a llegarme un mensaje.

Adriel 

Hoy me quedo en casa con mi madre, Dara está en Valencia por unas charlas educativas o algo así.

Alicia 

Claro, entonces no te preocupes.

Adriel 🗨️
Vente.

Sopesé una negativa cortés en respuesta, pero me dije a mí misma que realmente tenía ganas de verlo, quería enseñarle lo que había encontrado y ¿por qué no admitirlo? También quería pasar tiempo con él; en calidad de amigos, claro.

Alicia 🗨️
¿Seguro que no molesto?

Adriel 🗨️
Mi madre dice que ya estás tardando en venir.

Sonreí, sintiendo un cosquilleo en el estómago por la anticipación, el cual me fue imposible de sofocar.

Alicia 🗨️
No seré yo la que le lleve la contraria a doña Isabel.

Adriel 🗨️
Mejor, no sabes cómo se las gasta. A veces siento que vuelvo a tener doce años.

Alicia 🗨️
😊😊😊
En un ratito estoy allí.

Bloquéé el teléfono y agarré las cosas que quería enseñarle. Al meterlo todo en mi bolso suspiré, planteándome por un segundo si lo que estaba haciendo era apropiado, pues, aunque quisiera engañarme a mí misma, Adriel me hacía sentir cosas y no podía perder el norte con él si no quería sufrir en el inevitable viaje de vuelta a la cordura.

Me fui sermoneando durante todo el paseo hasta llegar a su puerta, enumerando cada una de las razones por las que sería una mala idea plantearme siquiera ser la tercera en discordia de una relación ya consolidada. Sin duda, esa misma noche hablaría con Leo de todo aquello, necesitaba hacer a alguien partícipe de mis líos mentales, y él siempre había sido el oyente perfecto.

Al tocar con los nudillos en la puerta se instaló en mi estómago un cosquilleo que no se disipó ni cuando su madre abrió con una sonrisa.

—Hola, bonita. Pasa, estás en tu casa —me invitó a entrar, echándose a un lado con un poco de torpeza.

—Buenos días, Isabel. ¿Qué tal está?

—Bien, no puedo quejarme. Y tus padres, ¿están bien? —contestó animada, a pesar de que su mirada transmitió algo de aflicción.

—Sí, genial. Gracias por preguntar.

—No hay de qué. —Me señaló con la cabeza antes de hablar—. El niño está en la cocina.

—¿Puedo? —pregunté pidiéndole permiso para ir hacia allí.

—Claro —me animó con un gesto de la mano.

Avancé hasta el lugar y conforme daba un paso tras otro recordé el olor de esa casa en la que ya había estado muchos años atrás; esa esencia tan característica que tienen los hogares, y que posee la capacidad de transportarte a momentos o situaciones determinadas, fue lo que provocó que entrase en la estancia con una sonrisa que se amplió al observar la escena.

El jodido, atractivo, interesante, guapo y puñetero Adriel estaba preparando algo frente a los fogones, y yo no me lo esperaba, aunque las probabilidades de que estuviese haciendo otra cosa en aquel lugar fueran escasas.

—Sabes cocinar —afirmé.

Mi frase y el tono de asombro en mi voz le alertaron de mi llegada. Se volvió con una cuchara de madera en la mano y me miró encogiéndose de hombros.

—Me definiendo, sí.

—No me lo esperaba —admití acercándome hasta él.

—Hola.

—Hola...

Con curiosidad, examiné lo que había dentro de la cacerola, que bullía al fuego, y sonreí al ver un guiso de lentejas con una pinta bastante aceptable.

—En Madrid soy yo quien cocina, a Carla no se le da bien —aclaró mientras removía el contenido de la olla—. Una mañana de resaca, al poco de irnos a vivir juntos, me levanté porque en el piso había un olor bastante apetecible a tostadas, pero cuando llegué a la cocina me di cuenta de que lo que provocaba ese olor eran unos garbanzos que se estaban carbonizando. La peste a quemado no se fue hasta pasada una semana.

—Madre mía. —Me reí.

—Tus vídeos me han servido durante estos años para no comer siempre macarrones con tomate y *pizza* calentada en el microondas, así que gracias.

Lo miré con un gesto de asombro en la cara mientras él continuaba su tarea sin ser consciente de lo que habían provocado en mí sus palabras.

¿Adriel veía mis vídeos? Jamás habría imaginado que él fuese uno de mis seguidores. No sé, podían llamarme loca, pero, al igual que yo perdí todo contacto con él, imaginé que ocurría lo mismo al contrario; sin embargo, Adriel admitía haber visto mi canal y, por consiguiente, a mí durante todos esos años.

—Hoy no paras de sorprenderme.

—¿Por qué? —Alzó la vista hacia mí recayendo en mi cara de estupefacción—. ¿Qué pasa?

Ensanché mi sonrisa y negué con la cabeza.

—Nada. —Alzó una ceja, y sofoqué una risa nerviosa por su gesto—. Es solo que no me había parado a pensar que sabrías cocinar y ni mucho menos me esperaba que fueses seguidor de mi canal.

—¿Y no lo esperabas porque...?

—Pues no lo sé, quizá porque pensé que tendrías algún tipo de rencor hacia mí tras lo que pasó entre nosotros o algo así.

—Qué va —restó importancia con una sonrisa—. Fueron cosas de niños.

Y, a pesar de que sabía que llevaba razón, que catalogase lo nuestro como «cosas de niños» no me sentó del todo bien; yo guardaba un recuerdo sentimental importante de toda aquella experiencia, pues él había sido mi primer novio, el primer chico que había besado y con el que había experimentado por primera vez lo que eran los celos, el deseo y los miedos insanos e irracionales de una relación, así que para mí no era algo sin importancia. La tenía y mucho.

—Yo siempre quise pedirte perdón por lo que ocurrió —le dije apoyándome en la encimera sin quitarle el ojo de encima. Él se giró hacia mí y me observó con detenimiento—. Creo que tendría que haberlo hecho de otra manera, hablarlo en persona al menos. Admito que hacerlo por teléfono y sin darte demasiadas explicaciones fue un acto bastante cobarde por mi parte, la verdad.

Él no desvió sus ojos de los míos y, tras unos segundos en los que nos mantuvimos la mirada, su sonrisa torcida hizo acto de presencia, solo que en ese momento, en vez de alterar mis hormonas, me provocó una carcajada.

Llevé mi dedo índice hasta su mejilla, donde un trocito de pimienta se había quedado adherido a su barba y se movía ondulantemente.

La comida era así de maravillosa, lo mismo devolvía la vida a un hambriento que se tomaba la libertad de colgarse de la barba de un tío bueno, planeando peligrosamente cerca de la comisura de sus labios.

Cuando se dio cuenta del motivo de mi risotada, se llevó la mano hasta la zona y pasó los dedos por ella, queriendo eliminar cualquier otro posible resto.

—Alicia, no quiero que me malinterpretes con lo que he dicho antes —retomó la conversación—. Tú sí que fuiste importante para mí y el verano después de romper estuve bastante cabreado por la situación y contigo, aunque terminé entendiendo que no podía forzar nada. —Me sonrió encogiendo la nariz—. Ha pasado mucho tiempo y ya no tiene la importancia que tuvo en aquel momento —aclaró—. A eso me refería.

—Ya, aun así, me gustaría pedirle disculpas al adolescente que aún vive en ti. No querría bajo ningún concepto que me tuviese algún tipo de rencor. —Disfracé con mi tono de burla una gran verdad—. Así que lo siento.

—No podría tenértelo ni aunque quisiera, pero gracias.

—Me alegro. —Le sonreí con coquetería.

—Y yo.

Nos sostuvimos la mirada con tal intensidad que por un momento creí que estaba leyendo en mis ojos lo que su simple cercanía provocaba en mí, hasta que una melodía metálica se interpuso entre nosotros, rompiendo la conexión que habíamos creado.

—Es Carla —anunció sin necesidad, pues el teléfono se encontraba sobre la encimera que teníamos al lado y la pantalla lucía iluminada con el nombre de ella ocupando la mitad superior de la misma.

Me mordí el labio inferior yforcé una sonrisa.

—Adelante.

Me alejé de su lado, con toda la intención de salir de la cocina para darle privacidad. Lo que menos me apetecía en ese momento era presenciar una llamada cariñosa entre ellos y, a pesar de que jamás había sido una persona curiosa o entrometida, debía admitir con algo de culpa que me quedé tras la puerta escuchando parte de la conversación que estaban manteniendo. Sabía que no debía, aun así, me fue imposible alejarme de allí y, sintiendo literalmente el peso de nuestros recuerdos en el bolsillo de mi chaqueta, espí lo que decía.

Percibí cómo el tono de Adriel iba cambiando conforme la conversación avanzaba, notándolo alterado en sus respuestas casi monosilábicas y con un humor cada vez más irascible.

¿Qué estaría diciéndole ella? ¿De qué hablaban para reaccionar así?

—Ya lo discutimos la última vez que estuve allí y creo que te comprometiste a algo... No... No. Carla, las cosas no son así... Claro que sí, pero no a toda costa...

Me dije que había tenido suficiente y, justo en el momento en el que comencé a caminar por

el pasillo, un golpe seco y un pequeño lamento captaron mi atención provocando que corriese hacia el salón. Al llegar, descubrí horrorizada cómo Isabel se encontraba aparentemente inconsciente en el suelo y no lo pensé dos veces. Corrí de vuelta a la cocina, irrumpí en la estancia y me colé abruptamente sin ningún tipo de remordimientos en la discusión que mantenía con ella.

—Adriel, ¡tu madre!

No le hizo falta ninguna explicación más, mi urgencia y mi gesto le bastaron para entender que algo malo ocurría.

Se separó del teléfono con rapidez sin despedirse siquiera y, en el escaso segundo que tardó en ponerse en marcha, su mirada me transmitió tal desasosiego que se me instaló en el pecho una sensación de desazón que, mucho tiempo después, aún me provocaba escalofríos al recordarla.

Adriel estaba muerto de miedo, y yo morí un poco al verlo así.

CAPÍTULO 17

COBARDE

Si la realidad te golpea, ponle la otra mejilla.

Actualidad
Sábado, 6 de diciembre

—Tienes mala cara, enana —me dijo Fede al verme picotear con desgana y preocupación el desayuno que había frente a mí.

—Chicos. —Captó mi hermana la atención de los niños—. Id a terminar de prepararos, ya mismo nos vamos.

Mis sobrinos obedecieron con ilusión, pues la cita de los sábados por la mañana con las bicicletas era uno de los acontecimientos más esperados de la semana. Alana, que de tonta no tenía un pelo y sabía que algo ocurría, cogió al pequeño Guille de la trona y al pasar por mi lado me dio un beso.

Le sonreí con cariño antes de quedarme a solas con mi hermana y su marido.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Ayer no estuviste en tu apartamento en todo el día y no te escuchamos al llegar —continuó mi hermana.

—Estuve en casa de Adriel y luego en el hospital.

—¿Qué ha pasado? —inquirieron casi al unísono con preocupación.

—Su madre tuvo un percance —comencé a decir—. Adriel me contó que padece una enfermedad que le afecta a los nervios de las manos, piernas y pies, y que con el paso del tiempo va empeorando.

—Pobre mujer —se lamentó mi hermana.

—Por eso se ha quedado en Costa Serena —adivinó Fede.

—Sí.

—¿Y qué pasó? —indagó Estrella agarrándome de la mano—. ¿Está bien?

—La enfermedad le está debilitando las extremidades y ayer perdió el equilibrio con tan mala suerte que, al caer, se dio un golpe en la cabeza —narré recordando la ansiedad que pasé mientras llamaba al número de emergencias y veía cómo Adriel intentaba no desmoronarse—. Perdió el conocimiento y lo recobró cuando ya estaban allí los sanitarios. La han tenido en observación toda la noche y la han subido a planta hace un par de horas.

Mi cuñado se mantuvo en silencio, y fue mi hermana la que continuó la conversación.

—Y has estado allí toda la noche —dijo por hecho.

—Sí. Antes de venir hemos entrado a verla y estaba dormida. Los médicos dicen que no parece que haya ningún daño que lamentar, pero quieren dejarla un poco más allí para controlarla.

—Ve a acostarte, cariño —me dijo maternal—. Debes de estar agotada.

—Sí, la verdad es que sí lo estoy.

—Les diré a los niños que dejamos la salida para esta tarde —anunció Fede con toda la intención de levantarse, y negué automáticamente con la cabeza.

—De eso nada, yo voy a dormir un par de horas y después tengo intención de volver al

hospital, así que no hace falta que cambiéis vuestros planes por mí.

—¿Segura? —preguntó ella.

—Claro. —Les sonreí—. Pasadlo bien, ¿vale?

—Dales un beso a Adriel y a su madre de nuestra parte —añadió mi hermana.

—Se los daré.

Fede besó mi cabeza y, sintiendo como si el cuerpo me pesase media tonelada, me desplacé hasta la puerta que conectaba con mi apartamento. No recuerdo con exactitud cómo me desnudé y si fui capaz de meterme en la cama o tan solo me desplomé sobre ella, pero sí sé que antes de cerrar los ojos le mandé un mensaje a Adriel diciéndole que ya estaba en casa y que en un rato regresaría allí de nuevo.

Él me había insistido para que me marchase a descansar, y solo accedí cuando me prometió que, a mi vuelta, comería algo, ya que lo único que había entrado en su estómago desde la tarde anterior fue el contenido de varios vasos desechables de café de la máquina de la sala de espera.

Cuando la alarma del teléfono me sonó un buen rato después, me levanté con rapidez, me di una ducha, me vestí y descubrí que Adriel no había contestado a mi mensaje, a pesar de que sí que lo había leído al poco de enviárselo. No le quise dar importancia debido a la situación por la que estaba pasando, aunque me quedó un regusto raro en el estómago.

Ese sábado por la mañana el hospital bullía de actividad. Al traspasar sus puertas avancé con presteza, pues quería llegar cuanto antes al lado de Adriel y ver cómo seguía Isabel; no obstante, cuando salí del ascensor y giré mi cabeza a la derecha, observé que él estaba allí y que hablaba con una mujer en la sala de espera.

Supe de quién se trataba incluso antes de verle la cara, pues todo en ella me gritaba que solo se podía tratar de una persona: Carla.

Era tal y como Adriel me la había descrito: media melena castaña peinada con esmero, maquillaje perfecto, tacones altos y ropa elegante con pinta de costar lo que gana cualquier persona de clase media en un mes, todo acompañado de una postura recta que gritaba a todo aquel que la mirase su superioridad ante el mundo.

Siendo sincera, no pegaban ni con cola.

Sin saber cómo actuar debido a la sorpresa, hice lo que menos debía: acercarme a ellos sin ser vista y disimular en las máquinas expendedoras mientras ponía toda la atención en su conversación. Me estaba convirtiendo en una digna sucesora de Juani, pero no pude evitarlo.

—¿A qué viene esa pregunta, Adriel? —Escuché que le decía—. Sabes que si no me hubiese traído no habría podido venir a verte. Era la única persona a la que pude recurrir anoche cuando me escribiste.

—Fíjate que estoy seguro de que sería capaz de sacar dos o tres opciones diferentes que no incluirían pedirle precisamente a él que te trajese —contestó tirante—. Pero imagino que te resultaba más cómodo venir en su cochazo que meterte en un transporte público durante unas cuantas horas.

—No seas así —se defendió cambiando el tono por uno mucho más empalagoso—. Estoy aquí y eso es lo que debería importarte. Si no recuerdo mal, llevabas muchos días echándome en cara que aún no había venido a verte a tu pueblo.

La manera en la que pronunció «tu pueblo» tuvo un deje despreciativo que no me sentó demasiado bien.

—Y parece que debo dar las gracias a que mi madre esté ingresada y que eso haya hecho que vengas —espetó seco—. ¿Entiendes ahora por qué no puedo irme a Madrid?

—Tan solo ha sido un accidente.

—Carla, mi madre está enferma y cada vez va a peor. No se va a curar y me necesita.

—Tu novia también lo hace y te recuerdo que tenemos nuestra vida en otro lugar. Comprendo que estés asustado, pero no puedes dejar todo tu mundo parado porque se haya dado un traspie, ¿no te das cuenta?

—¿Estás hablándome en serio? —siseó enfadado.

—¿Qué estás haciendo con tu vida, Adriel? —le reprochó ella—. De repente te ha dado un aire, utilizas la excusa de tu madre y te vienes aquí de un día para otro, dejándolo todo atrás. Por si eso no fuera suficiente, está el tema laboral. Sabes que llevo muchísimo tiempo diciéndote que no necesitas trabajar, con mi sueldo podemos vivir perfectamente holgados, pero tú siempre te has negado a dejar tus encargos —pronunció con prepotencia—, y lo peor es que ahora encima andas de hermanita de la caridad dispuesto a ser el esclavo de una que se cree famosa y que no la conocen ni en su casa... Y, aunque no hayas querido decírmelo, me apuesto mi sueldo de un mes a que encima te paga una miseria —siseó con mofa—. Ya sabes que si necesitas dinero solo tienes que pedírmelo y te lo haré llegar, no es necesario que te prestes a todo esto para demostrar no sé qué absurda teoría sobre nosotros.

—¿Cuándo te marchas? —se limitó a responder con dureza.

Apreté los labios conteniendo las ganas que me habían entrado de asfixiarla. Ella, ajena a mí y a mi instinto asesino, tan solo suspiró con teatralidad y alzó ambas cejas, como queriéndole decir que ya sabía la respuesta.

—El viaje a Londres sigue en pie, por lo que hoy mismo tengo que volver a Madrid para prepararlo todo. Espero que lo entiendas.

—Por supuesto —contestó con desdén.

—¿Por qué no vamos a comer algo? Tienes muy mal aspecto, y yo no he probado bocado desde el desayuno.

Tuve ganas de dar a conocer mi posición y terminar con el ambiente tan nocivo que se respiraba allí, sin embargo, me contuve a duras penas. ¿Qué aspecto quería que tuviese después de toda una noche velando a su madre en el hospital? No pude contener el pensamiento, esa tía me pareció una imbécil de manual.

—No, Carla. Prefiero quedarme con mi madre, pero ve tú si quieres —declinó sin ganas.

—Me quedaré contigo —rebatí ella compasiva—. Ya comeré más tarde, no te preocupes por mí; total, no sería la primera vez que dejo mis necesidades de lado por cosas tuyas.

—Carla, por lo que más quieras, no te hagas la víctima ahora...

Su tono agotado fue superior a mí; la gota que colmó el vaso de mi paciencia y motivo por el cual volví sobre mis pasos y me encaminé hacia el pasillo en el que se hallaba la habitación de Isabel.

No quise darle demasiadas vueltas a lo que acababa de presenciar, porque, aunque ya intuía que entre Adriel y su pareja las cosas no iban demasiado bien, verlo en directo no había sido plato de buen gusto y mucho menos escucharlos. Intenté no darle importancia a sus palabras hacia mí, en el fondo no me conocía y su inquina no podía dañarme.

Dándole vueltas al asunto entré en la habitación, dándome cuenta de que la estampa seguía siendo la misma que horas atrás, Isabel se encontraba con los ojos cerrados, aparentemente descansando, pero al encajar la puerta tras de mí con cuidado la vi entreabrir uno de ellos.

—Ay, menos mal, eres tú. —Suspiró con alivio, despertando mágicamente del letargo con un talante bastante más ágil del que cabía esperar—. Pensaba que eras otra vez la estirada de mi nuera. Antes me he tenido que hacer la dormida para que dejase de hablar y se la llevase de aquí... Qué martirio, por todos los santos. —La miré con los ojos abiertos y petrificada en la

entrada.

»Pasa, pasa, bonita —me animó—. ¿Eso es para mí? No sabes cuánto te lo agradezco, me tienen sin comer y me rugen las tripas —dijo señalando con la cabeza lo que sostenía en mi mano.

Dirigí mi vista hacia allí y descubrí un paquete de patatas, que, sin ser consciente, había sacado de la máquina expendedora mientras permanecía de oyente de la conversación de su hijo con «la estirada de su nuera».

—No creo que sea buena idea que se lo dé si la tienen en ayunas, Isabel. Prometo que en cuanto la dejen comer le traeré algo delicioso —le contesté con cariño acercándome a ella—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, fue una tontería y ya estoy perfectamente. Y tutéame, por favor, hay confianza, ¿no? Te conozco de toda la vida.

—Está bien —acepté.

—¿Sigue mi hijo ahí fuera? —Asentí sin querer hablar para no delatarme.

»No sé cómo no la manda a hacer puñetas —comentó bajando la voz—. Las pocas veces que he tratado con ella no me ha gustado el tono con el que le habla ni tampoco cómo se comporta mi hijo en su presencia. —Tras dejar fluir sus pensamientos en voz alta, cayó en que yo continuaba allí a su lado con cara de estupor—. No me mires así, bonita. Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos, y dudo mucho que ella lo sea.

—Quizá estén pasando por una mala racha —dije sin querer echar más leña al fuego.

—Pues ya dura demasiado —convino—. Mi hijo es un sol, pero también es un poco gallina. —Sonrió con cariño—. No es de los que nadan a contracorriente, ¿sabes?

—No sabría decirte —admití sentándome en el sillón a su lado.

—Está mal que admita algo así y bien sabe Dios que me arrepiento, pero en más de una ocasión los he escuchado discutir cuando se ven por el ordenador. —No pasé por alto su expresión atormentada—. Y conforme pasan los días las peleas van a peor. Mi hijo quiere quedarse en Costa Serena, y ella ni se plantea venirse a vivir a este pueblucho de mala muerte.

—¿Pueblucho de mala muerte? —repetí con el orgullo herido.

—Así lo llama ella. —Me mantuve en silencio porque lo que quería escapar de mis labios no era demasiado elegante.

»Yo solo quiero que él decida lo que de verdad le haga feliz. Si quiere quedarse aquí, que sea porque es lo que le pide el corazón y no por mi enfermedad. No puede supeditar su vida a mí, porque esto lo he tenido desde los veinte años y seguirá conmigo hasta que me vaya con Dios.

—Esperemos que dentro de muchos años. —Le sonreí.

—Cuando él lo mande.

No supe si toda esa información me estaba haciendo demasiado bien, prefería vivir en la ignorancia con respecto a los problemas de pareja que pudiesen tener en vez de saber con certeza que Adriél no era feliz, porque entonces mi cabeza comenzaba a maquinarse y a pensar que quizá por esa infelicidad buscaba expiación en otros brazos, más concretamente en los míos si me paraba a analizar algunos de nuestros momentos más tensos.

Aproveché que la conversación parecía regalarme una pausa y me despedí de Isabel, intentando contener la zozobra que sentía por el cúmulo de sensaciones vividas. No quería que la pareja me descubriese allí, así que había llegado el momento de volver a casa.

Las emociones del día anterior, las horas sin dormir, la preocupación que vi en los ojos de Adriél esa misma mañana y, como colofón, lo ocurrido al llegar al hospital, me habían alterado y tan solo quería salir y desintoxicarme de todo lo que tuviese que ver con él.

Sin embargo, el destino aún tenía preparada la guinda del pastel, pues, cuando me situé tras las puertas cerradas del ascensor esperando su llegada, miré en un acto total de masoquismo hacia la sala de espera y vi que ambos continuaban allí, solo que se hallaban sentados en las sillas ancladas al suelo, él con la cabeza apoyada en los azulejos de la pared y los ojos cerrados, y ella acariciando su nuca con delicadeza y mimo.

Y fue ese gesto tan íntimo el que me devolvió de un revés a la realidad.

Sí, sabía que aquel gesto de cariño de ella a él era algo minúsculo en comparación con lo que debían de haber compartido anteriormente en su relación, pero para mí fue el golpe que necesitaba para aterrizar de lleno de mi viaje mental y lo que me hizo darme cuenta de que sí, de que quizá su madre, que lo conocía mejor que nadie porque lo había llevado nueve meses en su interior y se había encargado ella sola de su educación hasta que se marchó de su lado, sí que llevaba razón y a eso se refería con que Adriel era un poco cobarde.

Y lo odié un poquito por ello.

CAPÍTULO 18

CONSTANTES

Cuando tu objetivo parezca imposible no lo abandones, tan solo busca un nuevo camino para llegar hasta él y pon toda tu esencia en conseguirlo.

Actualidad
Lunes, 8 de diciembre

Echaba de menos a Leo por muchos motivos, uno de ellos era por el desorden y el caos que había dejado en mi vida tras su marcha a Alicante, razón por la cual, entre otras cosas, me tenía que encargar del canal prácticamente yo solita en su totalidad, y más en ese momento en el que no quería ni debía contar con la ayuda de Adriel, que ya tenía bastante con su situación familiar.

De fondo sonaba una melodía a piano que el sistema había seleccionado aleatoriamente de las listas de reproducción de «música para concentrarse» mientras editaba el vídeo que subiría al día siguiente.

Sin querer evitarlo empecé a recordar parte de la conversación que mantuve con Leo la noche anterior, donde le conté todo lo que había sucedido con Adriel. Mis dudas, mis sentimientos y la forma en la que reconocí por primera vez en voz alta que aún sentía cosas por el que hasta entonces había sido mi primer amor; admití que lo que un día quedó relegado al olvido, bajo capas y capas de años y experiencias vividas, había regresado con fuerza y con una magnitud bastante diferente, pues ya no se trataba de un simple enamoramiento adolescente, sino más bien de un estado de interés platónico mezclado con deseo que iba mutando a pasos agigantados.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—No tengo ni idea —acepté con abatimiento la noche anterior, mientras mi mejor amigo me escuchaba al otro lado de la línea—. ¿Qué puedo hacer? No quiero inmiscuirme en su relación, las cosas no están bien entre ellos y no es momento de «hacer» nada.

—Es un marrón, sí —concedió.

—Ya.

—No sé qué decirte que no te haya dicho ya, Ali —admitió con dulzura y tras unos segundos volvió a hablar—. Lo único que se me ocurre es que te vengas conmigo un par de semanas, te lo tomes como unas vacaciones forzosas y así intentes verlo todo desde otra perspectiva.

—Ojalá pudiese ir, pero es imposible. Aún no tengo material para el canal, voy prácticamente al día con los vídeos y no hemos elegido siquiera la ciudad donde grabaremos este mes... y estamos a día ocho —dije agobiada.

—Hostia, pues sí que está jodida la cosa.

—Sí —lloriqueé—. Vuelve...

—Ya mismo. —Su sonrisa traspasó la línea y me calentó desde dentro—. En Navidad iré unos días, ya lo sabes.

Suspiré con dramatismo.

—Tú tienes la culpa de todo, que lo sepas.

—Esa frase la he escuchado demasiadas veces últimamente —recapacité—, y la verdad es que empiezo a creérmela.

Quise indagar y saber a qué se refería, pero Leo se cerró en banda, y no tardamos en

despedirnos. Saqué en claro que los dos experimentábamos un desasosiego similar, aunque no sería hasta tiempo después que me reconocería estar pasando por una encrucijada que lo tenía bastante agobiado y, a pesar de que tardó lo suyo en abrirse y reconocer lo que le carcomía por dentro, ya intuía por aquel entonces que algo no iba bien, y no por lo que se callaba y dejaba entrever con frases soltadas a la ligera y con cierto tono de burla, sino por los silencios que permitía que se hiciesen hueco en nuestras conversaciones más segundos de lo habitual.

Sin embargo, en aquel momento lo dejé pasar. Sabía que era inútil obligarlo a hablar, lo conocía tan sumamente bien que tenía la certeza de que, cuando necesitase compartir su carga, lo haría y ahí estaría yo para sujetar el peso y que él descansase un rato.

Cuando unos toques en la puerta llegaron hasta mis oídos, volví al presente y miré hacia la entrada interior, dándole paso a quienquiera que estuviese al otro lado. Juani abrió y pidió permiso antes de entrar con algo entre las manos. Vislumbré que eran un par de prendas de ropa que había olvidado en casa de mi hermana, y ella lo confirmó al apoyarlas encima de mi cama, comentando a la vez la información que parecía quemarle en los labios y que no había podido decirme un rato antes en pleno desayuno, pues mi hermana y mis sobrinos estaban en casa, y Estrella ya le había pedido en alguna ocasión que no fuese contando chismes delante de los niños.

—La madre del chico ha vuelto a casa esta mañana —dejó caer como quien no quiere la cosa—. Venían en un coche rojo de esos modernos, y el muchacho la ha ayudado a bajar y a caminar hasta dentro. Qué atento y qué guapo es ese joven, ¿verdad? Se ha convertido en un hombre bastante atractivo... Si yo tuviese veinte años menos ni lo dudaba. Eso sí, ella no tenía demasiada buena pinta. Pobrecilla, ¿qué le pasará?

Dudé de que a aquellas alturas no lo supiera ya.

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Por cierto, Leo me mandó ayer saludos para ti, dice que está deseando venir en Navidad y que lo cebas a base de bien.

Supe que esa frase la mantendría sonriente lo que restaba de mañana, pues su debilidad tenía nombre de maestro del Renacimiento.

—Qué ganas tengo de verlo —reconoció—. Espero que esté comiendo bien allí.

Me reí con ganas.

—Seguro que no.

—Le daré dos pescozones si me entero de que no se está cuidando —amenazó antes de dirigirse de nuevo hacia la puerta y abrirla—. Y no quisiera tener que dártelos a ti también si no dejas de estropear los ojos delante de esa pantalla, con lo bonitos que los tienes.

—Ya me queda poco.

—Mejor —sentenció antes de salir.

Sonreí con cariño cuando se marchó y asimilé la información que me había dado sobre Adriel, ya que, pese a que ya daba por hecho que en breve regresarían del hospital, ser conocedora de que ya estaban de vuelta me removié un poco por dentro.

¿Se habría quedado Carla al final con él? ¿Habrían arreglado las cosas? Y su hermana, ¿habría llegado ya de su viaje? Esperaba que sí a eso último, porque así Adriel podría descansar un poco de las emociones vividas.

Las otras incógnitas no sería capaz de resolverlas si no le preguntaba directamente a él, y de momento eso estaba descartado. Aunque...

Sonreí y guardé la edición del vídeo en el que llevaba trabajando toda la mañana, apuntándome a mí misma que el par de retoques que le quedaban los terminaría más tarde, y me dirigí hacia la nevera. Una vez allí rebusqué entre lo que había en ella hasta dar con los

ingredientes que necesitaba para lo que tenía en mente. Pensaba cumplir mi palabra.

Una hora más tarde, aparentando una calma que no sentía, esperaba plantada delante de la puerta de la casa de Adriel con una fuente llena de lasaña entre las manos.

Fue él quien abrió y pude atisbar asombro en su mirada al verme allí.

—Alicia —atinó a decir—. ¿Qué haces aquí?

—Hola —contesté un poco cortada por su recibimiento—. Me he enterado hace un rato de que ya habíais vuelto a casa y quise traer algo de comer para facilitarte el trabajo y que así pudieseis descansar un poco los dos.

Quise eliminar de la ecuación a Carla dando por hecho que no permanecía en Costa Serena, a pesar de que aún tenía serias dudas después de haberla visto prodigándole caricias tras la discusión que habían mantenido.

—Muchas gracias. —Agarró la fuente de mis manos y lo vi inspirar—. Huele bien.

—Espero que os guste.

—¿Quieres pasar?

—Podría saludar a tu madre y ver cómo está, siempre que no moleste, claro. —Adriel se retiró permitiéndome la entrada y eché en falta un poco más de cercanía en su trato. Al franquear la puerta y pasar por su lado me giré hacia mi derecha quedándonos bastante más cerca de lo que pretendía—. ¿Tú estás bien? —pregunté con preocupación.

Aparte de las ojeras marcadas que lucía bajo los ojos y el aspecto cansado, su mirada transmitía algo que no me terminó de gustar.

—Sí, claro. —Supe que mentía.

Sin pensarlo, llevé mi mano hasta su flequillo y lo toqué ensimismada, recolocando un poco su aspecto desaliñado. Bajé los ojos hasta los suyos y lo descubrí mirándome intensamente.

Cuando mi vista quedó atrapada bajo esos iris penetrantes supe que estaba perdida, pues fui plenamente consciente de cómo mi estómago se encogía de anticipación, deseando que su boca se estampase contra la mía y me devorase allí mismo, fuente de lasaña de por medio incluida.

Me habría entregado a él en bandeja de plata en aquel momento, así de imbécil era.

—¿Interrumpo?

Una voz femenina demasiado cerca de nuestra posición se coló entre nosotros, utilizando un tono bastante seco. Cerré los ojos durante un par de segundos antes de girarme y ser consciente de la figura que nos observaba pocos centímetros más allá.

—Pasa, Alicia —me animó Adriel con un tono de voz costosamente bajo.

Al ver que no me decidía a avanzar en mi posición, motivo por el cual nos era imposible dejar libre la puerta de entrada, apoyó su mano izquierda en la parte baja de mi espalda y ejerció una leve presión que activó mis piernas en un acto reflejo.

—Hola —la saludé cuando pasó como un huracán por mi lado, sintiendo el calor que había dejado la palma de Adriel en mi piel y siendo consciente de que para ella no era plato de buen gusto encontrarme allí.

—Hola —me dijo a su vez para acto seguido mirarlo a él, olvidándose de mi presencia—. Creía que ibas a encargarte tú del almuerzo, no sabía que teníamos servicio a domicilio en el pueblo —añadió con sarcasmo señalando con la vista la bandeja que yo había llevado.

—Dara. —Se escuchó la voz de Isabel en alguna estancia de la planta baja—. ¿Eres tú, hija?

La hermana de Adriel miró en mi dirección una última vez con expresión fría y se marchó, contestándole a su madre por el camino.

—Anda agobiada con todo lo que ha pasado y se culpa por no haber podido llegar a tiempo —la excusó él utilizando un tono más normal y despreocupado—. Ven, a mi madre le va a gustar

verte, ha preguntado por ti varias veces estos días. Quédate con nosotros a almorzar, aquí hay comida de sobra para los cuatro.

Contuve las ganas que me nacieron de explicarle que si no había vuelto al hospital había sido en parte por su culpa, ya que tampoco era del todo justo atribuírsela por entero cuando lo que me apetecía tras el episodio de la sala de espera era alejarme de él para pensar con frialdad, pues cuando lo tenía cerca se me freían las neuronas.

Lo que no calculé es que apartándome de su lado también lo hacía de su madre, y realmente me había parecido que a la mujer le hacía bien tener junto a ella a alguien que no estuviese constantemente preguntándole si se encontraba bien y que no la tratase como si fuese de cristal.

—Tuve trabajo, lo siento —me excusé con una sonrisa forzada.

Unos minutos después y tras haberle pedido disculpas también a Isabel, la cual tenía un aspecto bastante mejor del que me había pintado Juani, me despedí y me encaminé hacia la salida seguida de Adriel.

—¿Seguro que no quieres quedarte a comer? Después de tomarte la molestia...

—Seguro. —Le sonreí—. No te preocupes, ya he picado algo en casa antes de salir y además tengo reservas para una buena temporada. —Palmeé mi muslo con diversión—. Tan solo venía a traeros esto y a saludar.

—¿A qué hora nos vemos esta tarde?

Negué con la cabeza.

—Olvídate del canal por hoy —lo alenté—. Quédate con ella, no hay prisa alguna, de momento me encargo yo, ¿vale?

—No creo que...

Le interrumpí:

—Adriel, de verdad, el trabajo no se va a ir a ninguna parte. Cuando esté todo más tranquilo te espero en mi casa, pero no tengas prisa ni te sientas presionado. Es una orden —bromeé.

—De acuerdo —aceptó tras un par de segundos en silencio—. Y gracias por todo.

—No tienes que darlas.

Sin querer alargar más el momento, me marché sin mirar atrás.

Mientras caminaba de regreso era consciente de cómo los sentimientos que bullían en mi interior se contradecían entre sí. Unos reclamaban tomar el control sobre la situación y actuar con todo el arsenal del que disponía para conseguir lo que deseaba: a él.

Los otros, por el contrario, refrenaban a los anteriores exponiendo lo que tan bien sabía, que no iba a resultar bien parada, que dolería y mucho, pues tan solo sería la tirita que curaría la herida que parecía estar padeciendo Adriel, pero, como cualquier otro elemento temporal, en el momento en que sanase el daño me desearía, porque tenía la certeza de que el posible interés que pudiese haber demostrado por mí tan solo era producto de la situación por la que estaba pasando, una solución temporal con la que aliviar el escozor.

Supe que no quería ser algo efímero en su vida, así como tampoco era capaz de alejarme y hacer como si nada hubiese pasado, como si mis sentimientos no se hubiesen despertado de su letargo con lo poco que me había dado.

Por consiguiente, ¿qué me quedaba entonces?

No ignoraba la respuesta a esa pregunta, lo que no era capaz de encontrar era la forma en la que podía llevar a cabo algo así con él, con un hombre que sabía herido, con una persona que clamaba en un desgarrador grito silencioso por un cambio en su vida, pero que no encontraba la valentía suficiente para tomar el camino necesario e ir en su búsqueda.

Y justo en ese momento entendí que, pese a todo eso, no podía ni quería alejarme de él; fui

consciente de que ambicionaba ser su constante, y la única posibilidad de serlo, de permanecer en su vida, era ocupando el lugar que él necesitaba, que no era otro que el de una amiga que estuviera allí para él, olvidándome de esa idea del amor platónico y del posible deseo que sentía por su persona, porque si no dejaba de lado esos sentimientos lo terminaría perdiendo, y eso sí que no estaba dispuesta ni a considerarlo.

CAPÍTULO 19

MENTIRAS

No hay mayor mentiroso, ni más tonto, que el que consigue engañarse a sí mismo.

Actualidad
Sábado, 12 de diciembre

—Te voy a dar tal paliza que cuando acabe contigo no vas a saber si subes o si bajas — pronuncié con furia observando atentamente al frente.

—¿Qué haces? —preguntó Fede a mi espalda.

—Esto se ha convertido en algo personal.

—¿Qué te has fumado hoy, peque?

—Yo no fumo —le contradije sin despegar la vista de mi objetivo—. Pero estas de aquí van a sufrir las consecuencias del estrés que llevo últimamente.

Respiré hondo y cumplí mi amenaza trotando con brío y ascendiendo por las escaleras mecánicas a las que se la había jurado. Ellas, tan tranquilas en el parque comercial al que nos habíamos acercado, pagaron los platos rotos. Comencé a subir y bajar dispuesta a recorrer los peldaños tantas veces como fuese necesario para sentirme mejor o al menos lo bastante exhausta como para no poder ni pensar.

Cuando esa mañana mi cuñado me vino a buscar y me propuso salir a correr, pues tenía un par de horas libres, ni lo dudé. No me pesó dejar pausado todo lo que estaba haciendo, porque necesitaba respirar aire puro y descargar la frustración que sentía en esos momentos, debido a la locura que había asaltado mi vida, pero, aunque un rato después me sentía al borde del desfallecimiento mientras corríamos de vuelta a casa, no conseguí quitarme de la cabeza todo el lío emocional que había intentado aliviar con el ejercicio.

—Alana no quiere que vaya a buscarla al instituto.

La voz consternada de él me sacó de mis pensamientos y agradecí la distracción.

—Es normal, ¿no? Ya tiene edad suficiente para ir y venir sola.

—Pero a mí no me cuesta ningún trabajo —expuso—. Tengo que ir a por sus hermanos.

—¿Recuerdas cuando tenías su edad? —le pregunté controlando la respiración en la carrera—. Es una etapa difícil, las hormonas te revolucionan y quieres ser mayor a toda costa. Déjala serlo, es una chica estupenda y muy responsable. —Su mirada me produjo ternura; era un padre increíble, aun así, le estaba costando aceptar que su niña se hacía mayor, aunque aún tuviese a unos cuantos más en la recámara de la etapa infantil. Seis para ser exactos—. Hablaré con ella —convine, y sonrió agradecido.

Mi mente se puso a cavilar sobre el tema de mi sobrina, dejando por un momento al margen todo lo referente a Adriel, pero, como el destino parecía troncharse a mi costa últimamente, me regaló un encuentro que me lo traería de vuelta al pensamiento de manera irremediable unos minutos después, ya que me topé con su madre y su hermana.

Disminuí la carrera hasta detenerme frente a ellas.

—Buenas tardes —saludé a ambas mujeres—. ¿Qué tal se encuentra, Isabel?

Apoyé la mano en mi costado, donde notaba un leve pinchazo, y respiré con fuerza por el ejercicio. Vislumbré que Dara movía los ojos en un gesto de cortesía, poco emocionada por el

encuentro.

—Hola, bonita. Habíamos quedado en que me tutearías, ¿recuerdas? Estoy mucho mejor, gracias por preguntar —contestó con júbilo—. Oye, y qué buen mozo te acompaña.

—Buenas tardes —saludó el aludido, que se había mantenido hasta el momento en segundo plano.

—Buenas tardes —le respondieron las dos.

Contuve la sonrisa al descubrir que la hermana de Adriel no tenía problema en dirigirse al resto de los mortales, más concretamente a un mortal bastante bien servido de músculos; rubio, atractivo y, para más señas, sudadito.

Así que, si mis cálculos no fallaban, parecía que la inquina seguía yendo solo conmigo.

Qué bien, qué afortunada era.

—Es Fede, el marido de mi hermana —aclaré—. Ellas son la madre y la hermana de Adriel.

—Encantado.

—Mamá —la apremió Dara después de sonreír forzadamente, queriendo cortar la conversación.

—Igualmente, joven —respondió ella ignorando a su hija—. Yo soy Isabel, y ella es mi hija pequeña, Dara. ¿Tiene usted hijos, Federico?

—Sí. —Sonrió—. Siete.

—Siete —repitió ella con admiración, después dirigiéndose a mí añadió—: Buena suerte la de tu hermana. Hombres así quedan pocos.

—Mamá... —repitió Dara impaciente.

Isabel la miró con reprobación, pero aceptó el apremio dirigiéndose de nuevo a nosotros.

—Tenemos que irnos, llevamos algo de prisa. Me ha gustado verte, bonita. —Se me acercó cómplice y agarró mi brazo antes de susurrar—: Y, por lo que más quieras, saca a mi hijo de casa porque, si no lo haces tú, lo tiro yo por la ventana.

Contuve una carcajada y me despedí de ellas, asegurándole que me encargaría personalmente del tema. Cuando ya estuvieron lo bastante alejadas de nosotros, reemprendimos la marcha en un silencio bastante reconfortante.

Al llegar intercepté a mi sobrina mayor en el jardín. Aprovechaba el buen día de sol echada en una tumbona con las mangas del chaleco remangadas cuando me puse frente a los rayos y proyecté mi silueta en sombras sobre ella.

Con la excusa de necesitar consejo sobre moda me la llevé a mi apartamento. Para ella no había nada más apasionante que escudriñar entre la maraña de ropa que colapsaba mi armario como lo haría un ratoncillo rebuscando entre la basura. Solía dejarla prepararme conjuntos con los que, según ella, me sacaría el máximo partido.

Unos minutos después, mientras Alana trasteaba en los cajones del mueble del baño donde guardaba el maquillaje, y yo me aseaba, indagué sobre el tema que carcomía a mi cuñado.

—¿Ocurre algo con tu padre?

—No, ¿por?

—Está preocupado porque no quieres que vaya a recogerte al instituto.

Alana resopló. Le di margen para ordenar sus palabras y cuando estaba aplicándose el exfoliante facial habló:

—Estoy harta de que a mis amigas se les caiga la baba cada vez que lo ven. Me da mucho asco que hablen así de él —se quejó con hastío.

—Hombre, peque... Es que tu padre está de muy buen ver —expuse con confianza—. Eso sí, si fuese mi pareja, le pasaba una cuchillita por ese pechote de lobeño que tiene, que mi piel es

muy sensible y en vez de una noche de pasión parecería que me habría apareado con un cactus.

—Tata, ¡qué fatiga! —se quejó con diversión.

Solté una risotada.

—No es malo que tenga éxito entre tus compañeras —concedí—. Es hasta natural si lo comparamos con los padres de algunas de ellas...

—Yo sería incapaz de fijarme en un hombre tan mayor.

—¡Qué mayor! —exclamé—. Si tiene treinta y seis años, por el amor de Dios. Ni que fuese octogenario.

—Para ti no lo será, pero para mí es demasiado viejo. Jamás estaría con alguien que tuviese más edad que la mía.

Puse los ojos en blanco a la misma vez que salía de la ducha y me envolvía con la toalla.

—Nunca digas de esta agua no beberé o este cura no es mi padre.

—¿Ahora te ha dado por los refranes de las abuelas? —se mofó.

—Tú hazme caso. —Le alcé una ceja y redirigí la conversación—. Cariño, comprendo que te sientas así, pero creo que deberías hablarlo con él y explicárselo claramente, así te entenderá y no se preocupará tanto.

—No creo que le dé ninguna importancia.

—Bueno, también puedes hablar con tus amigas y decirles que no te gusta que hagan esos comentarios sobre él porque te incomodan. —Sus ojos mostraron un halo de meditación—. Los adultos debemos hablar las cosas para llegar a entendernos, no sirve con enfadarnos y evadir el tema con excusas. Eso jamás soluciona nada.

Ella me miró en silencio y, unos segundos después, tan solo asintió con la cabeza como respuesta.

Supe que se arreglaría.

Y también fui consciente de que quizá tenía que aplicarme mis propios consejos porque, aunque a veces me pesase, era adulta, así que esa misma noche antes de acostarme cogí mi teléfono y escribí un mensaje para Adriel.

Dudé durante varios minutos, cambié el texto innumerables veces y finalmente lo envié. Mis responsabilidades no podían resentirse más por evitar la situación que teníamos entre manos; el canal era mi trabajo, mi medio de vida y vocación, y tan solo contábamos con unos días para poder programar el viaje para el próximo vídeo, editarlo y subirlo.

Afortunadamente, vio el mensaje a tiempo y quedamos a la mañana siguiente para desayunar en el paseo. Los domingos solían poner un mercadillo en la zona y mientras lo esperaba aproveché para visitar los puestos, comprarles algún detalle a mis sobrinos y disfrutar del movimiento del pueblo desde bien temprano.

Al guardar la cartera en el bolso lo vi acercarse hacia mí, caminando con aire despreocupado. Me llamaron la atención sus gafas de sol, las malditas le quedaban tan sumamente bien que restaban importancia al hecho de llevar una chaqueta vaquera con cuello de borrego que parecía haber salido del baúl de los recuerdos del abuelo de Heidi.

Lo poco que le importaba a Adriel su aspecto y lo bien que se le veía con cualquier harapo era otra de esas cosas injustas del universo, obviamente.

Un par de metros antes de llegar a mí, un niño de aproximadamente dos años, con el pelo rubio y unos grandes y vivos ojos azules, obstaculizó su camino mientras corría riéndose. Observé la escena y me di cuenta de que parecía escapar entre risas de una chiquilla un par de años mayor que él que lo llamaba a voces.

—Hermano, ¡ven aquí! —Rio ella cuando le dio alcance entre las piernas de Adriel.

—¡Chicos! —exclamó una mujer corriendo hacia el punto en el que nos encontrábamos—. Madre mía, vaya día que estáis dando —les amonestó con cariño y la respiración agitada. Acto seguido miró a Adriel—. Perdona, parece que desde que les ha dado el aire del mar los ha poseído la hiperactividad. Chicos, ¡dejad de molestar, por favor!

Reí por lo bajo siendo espectadora de primera fila de la cara de Adriel mientras el más pequeño se agarraba a su pierna, escondiéndose entre juegos de su madre. La diversión le duró poco, pues, un momento después, un hombre con los mismos rasgos de la niña pero varias décadas mayor, lo agarró y lo alzó en el aire para regocijo del pequeño.

—Disculpa de nuevo —le dijo la madre agarrando de la mano a la pequeña, sin poder aguantar una sonrisa al escuchar las carcajadas del chiquillo.

—No se preocupe —contestó Adriel—. No ha sido nada.

—Es el cumpleaños de mi mamá —informó la chiquilla—. Y hoy manda ella.

—Sí, está claro que mando yo. —Se carcajeó la mujer—. Venga, vamos a comprar una pulsera para la prima, ¿vale?

—¡Sí! —contestaron con entusiasmo infantil.

Se despidieron y se marcharon, dejándome frente a Adriel con el ánimo algo más liviano y una sonrisa en la cara al constatar una vez más que a Adriel le agradaba tener niños alrededor. Afortunadamente, las risas infantiles habían aliviado en parte mis nervios.

—Hola.

—Hola.

—¿Esperas a alguien? —preguntó guardando las distancias.

Elevé una ceja, divertida.

—Puede ser.

—¿Y sabes si tardará mucho en venir?

—Ni idea. —Miré con teatro mi muñeca, donde claramente no había ningún reloj, y resoplé con fastidio—. Para una vez que no llego tarde y me hacen esperar.

—Que le den, vente conmigo. Te invito a un café.

—Prefiero un chocolate con churros.

—Que sean dos.

Su sonrisa torcida me descontroló las hormonas y, cuando un rato después le vi pasar la lengua por sus labios recogiendo el chocolate que había caído sobre ellos, directamente se me fundió la placa base.

Recuerdo vagamente que hablamos de su madre, su recuperación y su enfermedad. Él agradeció de nuevo mi ayuda y el haberle dejado unos días libres para poder dedicarse por entero a ella, y fue ahí, justo en ese instante, cuando vi el momento perfecto para comentarle el tema del viaje.

Después de exponérselo todo de carrerilla, como una niña que ha ensayado la lección delante del espejo —algo que jamás reconocería haber hecho mientras me vestía esa mañana—, me preguntó cuándo debíamos marcharnos.

—Tiene que ser la semana que viene —apremié—. Después estará todo completo y los precios subirán bastante en Navidad.

—Entiendo —contestó pensativo.

—He estado organizándome y propondré hoy mismo los lugares en mis redes sociales. Así mañana, lunes, cierro la encuesta y puedo dejarlo todo listo. Con lo de tu madre he imaginado que no te querrás ausentar mucho, por lo que plantearé tres sitios que estén relativamente cerca y que...

—¿Madrid? —inquirió interrumpiéndome. Me sorprendió su vehemencia. A decir verdad, yo había pensado en algo más cercano a Costa Serena—. ¿Puedes hacer que sea Madrid, por favor? —Me miró con tal intensidad que supe que para él era importante y, como buena amiga que quería ser, contesté sin pensar realmente en lo que conllevaría una simple afirmación.

—Sí. Iremos a Madrid.

Y el resultado fue que, por primera vez, mentí a mi audiencia.

Truqué los resultados haciéndoles ver que esa había sido la opción que más votos había recibido, y lo hice para complacerlo, porque estaba pillada hasta las trancas y porque por aquel entonces aún intentaba engañarme a mí misma, camuflando mi cuelgue absoluto con gestos de supuesta amistad que no me paraba ni a meditar.

Aunque, si hubiese sabido lo que iba a ocurrir en aquel viaje, seguramente no habría hecho la maleta con tanto entusiasmo...

CAPÍTULO 20

MI ÁNGEL SALVADOR

Cuando creas que algo va mal, tranquila..., puede ir a peor.

Actualidad
Viernes, 18 de diciembre

Mentiría si dijese que no me había imaginado nuestro primer viaje juntos de una forma totalmente diferente a aquella, porque para ser sincera todo estaba pareciendo ser el resultado de una serie de catastróficas desdichas.

El viaje a Madrid lo hicimos en avión, pues, aunque barajé la posibilidad de ir en el coche de Adriel, tal y como él se ofreció, había encontrado una oferta de última hora en una compañía de bajo coste y me pareció la mejor opción para perder el menor tiempo posible en el trayecto. Viéndolo en perspectiva, seguramente era posible que Adriel hubiese preferido cualquier otro medio de transporte, uno en el que no sintiese la necesidad imperiosa de amputarse las dos piernas, entumecidas al extremo tras dos horas y media de vuelo emparedado entre mi masa corporal y la ventanilla, pero no se quejó en ningún momento.

Podía jurar que había intentado con todas mis fuerzas recluirme en mi espacio para darle a él algo más de amplitud, aun así, aquellos asientos parecían sacados del avión de Pinypon. Por si eso hubiese sido poco, cuando llegamos, cerca de la hora de la comida, decidimos improvisar e ir a un lugar que él mencionó, y yo, ajena por completo a todo lo que estaba por venir, acepté.

No pudo haber sido peor. El bar resultó penoso, de baja calidad y con un personal algo desagradable. No entendía cómo lo había alabado alegando que había ido varias veces allí a comer con algunos amigos y «era aceptable».

Con todo aquello me había quedado claro que el fin de semana no había comenzado de manera prometedora. Si por un momento se me había pasado por la mente imaginar que todo aquello se quedaría ahí, estaba muy, pero que muy equivocada.

Salimos del local y en cierta manera esperaba una disculpa por su parte, pues aún no llegaba a entender cómo se le había pasado por la mente recomendarme aquel sitio tan horroroso, sin embargo, él, ajeno a mis pensamientos, se limitó a comprobar el reloj de su muñeca antes de hablar y soltar la tercera y más nociva sorpresa.

—¿A qué hora tienes pensado ir a cenar?

—Aún estoy intentando digerir los garbanzos —me quejé con pesadez—. No me hables de comida hasta dentro de un par de horas, por lo que más quieras. Me apetece llegar al hotel, dejar la maleta y tirarme en la cama; aunque quizá sea mejor pasear, a ver si así baja un poco esta fatiga.

Andaba murmurando una queja por mi incomodidad estomacal, sin ser consciente de que su respuesta actuaría como una bomba aún mayor que el plato de cocido madrileño con exceso de grasa que andaba bailando Zumba en mi estómago.

—Yo tengo que hacer un par de cosas. No te importa que nos veamos después, ¿verdad? —Lo miré atónita, pero él no fue consciente de mi expresión, pues revisaba su teléfono—. ¿A qué hora se supone que nos hemos citado con el seguidor?

—A las nueve —aclaré sin salir de mi asombro.

¿De verdad se iba a ir?

—Vale —murmuró para sí mismo—. Creo que llegaré a tiempo. —Besó mi mejilla en un gesto distraído—. Nos vemos luego.

Y se marchó...

Y a mi barco lo llamé necedad.

Y, mirando al cielo a la vez que contenía las ganas de llorar, deseché la idea de un paseo, busqué el hotel en el que había reservado una sola habitación y tiré de mi maleta de mano hasta desplomarme en la cama más dura que había tenido el gusto de conocer.

Me sentía tan sumamente imbécil que fui incapaz de impedir que las lágrimas mojasen la colcha celeste que olía a una mezcla de suavizante con un toque rancio.

¿Es que todo me iba a pasar a mí?

Había debido de ser una malísima persona en mi anterior vida, ya que últimamente parecía estar pagándolo con creces. Y, bueno, ¿a quién demonios quería engañar? Aquello había sido un despropósito desde el principio. ¿Se podía saber qué leches hacía en Madrid con y por Adriel?

Terminé reconociendo que era incapaz de ser su amiga, no en el término en el que dos personas se apoyan y admiran sin ningún otro trasfondo que el de compartir la vida viendo al otro crecer como persona, mientras cada uno tomaba caminos diferentes.

No lo era y, si no fue suficiente la ansiedad que había padecido en silencio desde que, apelando a un gasto menor, me anunció que él dormiría en su piso —con su novia—, el hecho de caerme de la nube en la que estaba subida y en la que mi mente, absolutamente por libre, había decidido rodearse de una estampa idílica en la que ambos compartiríamos un viaje romántico, donde lo tendría en exclusiva para mí, había terminado por tirar los pocos pilares que quedaban en pie de mi cruzada por nuestra amistad.

Pilares bastante débiles, todo había que decirlo.

Ser consciente de que en ese mismo instante, muy probablemente, él estaría dándose un revolcón con su novia y recuperando el tiempo perdido, fue la gota que colmó el vaso.

—Hola. No esperaba tu llamada. —Contuve la respiración intentando serenarme antes de hablar—. ¿Ali? ¿Estás bien? —preguntó Leo con alarma al otro lado del teléfono.

—Soy gilipollas —hipé en respuesta.

—Y tan solo has tardado veintinueve años en darte cuenta —bromeó con ternura—. ¿Qué pasa, cariño?

Y esas tres palabras fueron suficientes para hacer que las compuertas se abriesen y me desahogase con él, expresándole cómo me sentía y lo que había ocurrido; todo lo que en otras ocasiones quizá había obviado por no querer darle mayor importancia, pero que realmente sí la tenía... Me abrí en canal a él y vomité todos mis sentimientos, por muy absurdos que fuesen, ya que conforme iba hablando me daba cuenta de que, incluso con lo poco que Adriel me había dado, conocerlo como hombre y compartir con él momentos y vivencias en esos dos meses desde nuestro reencuentro, me había bastado para colgarme de él como un cachorro de koala sediento de los mimos de su madre.

—¿Estaré sufriendo una especie de síndrome del nido vacío tras tu marcha y por eso estoy así con él?

Una carcajada de Leo inundó la línea y me di cuenta de que sentía algo de lástima por él, pues últimamente parecía que solo lo llamaba para contarle mis penas. Echaba de menos su risa, y es que servirme de paño de lágrimas no había ayudado mucho a que esta floreciera, pero era una de las personas que mejor me conocía y a quien me nacía contarle algo de aquella magnitud. Justo así fue como se lo expresé, y él le restó importancia.

—Necesitas compartirlo con alguien, si no se te hacen bola dentro y es peor, y yo estoy aquí siempre para ti. Aunque a unos cuantos kilómetros de distancia, claro.

—Ahora a menos.

—Cierto.

—Bueno —vacilé—. ¿Qué piensas de todo?

—Sinceramente, me parece que aquí el único gilipollas que hay es él.

—¡Leo! —Lo protegí en un acto reflejo—. Adriel no tiene la culpa de que yo me sienta así. Es normal que quiera ir a ver a su novia.

¿Por qué demonios lo defendía?

—Ali, cariño, si quiere verla que lo haga en otro momento. Habéis ido a Madrid por trabajo; está trabajando —recalcó—. Y, hasta donde yo sé, ir a meterla en caliente no entra dentro de las condiciones que le explicaste cuando le ofreciste el curro. —Apreté los párpados al imaginarme la escena.

»Has hecho cosas por él que no se te hubiesen pasado jamás por la cabeza, como mentir en tus redes sociales. Y sí, sé que lo has hecho porque así te ha nacido, pero me parece que él está jugando a dos bandas y aprovechándose un poco de la situación... No me creo que no se dé cuenta de que sientes algo por él; si te soy franco, me da la sensación de que está dejándose querer mientras intenta enderezar su vida.

—Leo, no me digas eso.

—¿Prefieres que me calle?

—No.

Realmente no quería que se guardase nada, siempre me había gustado lo claro que era conmigo en cuanto a sus pensamientos, aun así, escuchar de boca de otra persona lo mismo que rondaba por mi cabeza y a lo que no había querido dedicarle ni un minuto de reflexión para no darle demasiada importancia, no era plato de buen gusto.

—Ali, eres una tía que vale un montón, decidida, fuerte, segura de ti misma y valiente —enumeró con afecto—. Y apelando a lo que te quiero te digo que no me gusta la versión de ti misma que estás sacando a la superficie desde que él llegó a tu vida. Jamás has ido mendigando nada, por norma general somos los demás los que vamos tras de ti, porque desprendes esa aura que nos deja obnubilados. No permitas que esta especie de obsesión te cambie, porque tú eres más que todo esto. Si Adriel te gusta, actúa. Habla con él, dile lo que sientes.

—Lo he pensado, pero ¿de qué iba a servir teniendo pareja?

—Al margen de su novia.

—No se puede dejar al margen, es el motivo por el que estoy ahora mismo en Madrid. —Reí sintiendo pena de mí misma—. Me ha hecho venir hasta aquí para verla, lo único que me ha faltado es hacerles la cama.

—Habla con él.

—Me siento tan patética...

—Ali, para —me cortó serio—. No eres patética, él no ha ayudado a que tú puedas tener las cosas claras. Si tiene novia, y tan importante es para él, ¿qué demonios hace intentando besarte y provocándote de esa forma?

—Puede que hayan sido imaginaciones mías.

—Puede que yo quiera tener matriz para albergar vida en mi interior y, sin embargo, me sigue colgando un pene entre las piernas —contestó con sorna y dejó pasar unos segundos antes de continuar—. No sé si recuerdas la conversación que tuvimos la primera noche en la que nos acostamos, en la que estuvimos discutiendo sobre cómo querer bien.

—Me acuerdo.

—Pues si la memoria no me falla ambos estuvimos de acuerdo en que lo de «quien bien te quiere te hará llorar» es una falacia.

—Sí. Te tiene que mimar, cuidar, creer, hacer reír, respetar... —recité con debilidad.

—Y follarte como si el mundo se fuese a acabar. —Dejé salir la carcajada que subió por mi garganta y pude sentir su sonrisa al otro lado del teléfono—. Habla con él.

—Vale.

—¿Sí?

—Sí. Lo haré.

—Eso espero —dijo a su vez tras suspirar—. Te quiero, mi cocinera favorita.

—Yo también a ti, Leo. Y gracias por estar siempre para mí.

—Para eso nací, pequeña saltamontes.

Nos despedimos y cuando colgué sopesé sus palabras. Me di cuenta de que realmente no había sido yo misma desde hacía tiempo, justamente desde que él anunció su marcha y la posterior llegada de Adriel. Aunque llevaba razón en parte de lo que había dicho, siempre que había querido algo había luchado por conseguirlo y hacía demasiado tiempo que aquella etapa en la que mendigaba en la sombra, como hacía en aquel momento, había pasado, pues, desde que me di cuenta de que los demás no valían ni más ni menos que yo, me había dedicado a luchar por lo que quería.

Sin embargo, una palabra que había pronunciado Leo seguía bailando en mi cabeza. ¿Era obsesión lo que sentía por Adriel?

No podía negar que parte de lo que me ocurría tuviese algo en común con ella, como la inseguridad que había experimentado en mí misma en algunas ocasiones en los últimos tiempos, pero para nada me pasaba las veinticuatro horas del día pendiente de sus movimientos ni había dejado de lado a mis amigos o a mi familia por él.

En fin, si tenía que ser franca conmigo misma, lo que sentía por Adriel no lo había experimentado ni siquiera con Leo cuando comenzamos nuestra relación. Era diferente, intenso, que me incitaba las mismas ganas de cuidarlo como de abandonarme a su suerte; algo que me provocaba una sensación de falta de aire similar a cuando subes una escalera a toda prisa; sofocada, pero a la vez ansiosa de llegar a lo más alto de la cima.

Quizá había llegado el momento de girar mi mano, mostrar mi jugada y atenerme a las consecuencias.

¿Conseguiría ganar la partida o por el contrario perdería todo lo apostado?

Solo había una forma de saberlo y era hablando con él, aunque para ello primero tenía que aparecer...

Cosa que no hizo.

Varias horas después, cuando me despedía del agradable seguidor que me había acompañado en la cena junto a su pareja y le pedía de nuevo disculpas por la forma tan rudimentaria en la que tuve que grabar partes del encuentro, decidí que aquello tendría consecuencias, pues no solo había pasado un mal rato al no tener conmigo allí a la persona que se encargaría de la parte logística del vídeo, sino que además había incumplido la promesa que le hice a Leo esa misma tarde, cuando antes de colgar me hizo darle mi palabra de que no acudiría a la cena sola.

Entendía su petición, ya que el fanatismo a veces jugaba malas pasadas y a eso nos exponíamos las personas que teníamos cierta repercusión en internet. Eso para él siempre había sido una máxima que había llevado a rajatabla desde que comenzamos con el canal; pero sí, sí que había estado sola, por lo que el suma y sigue de despropósitos que estaba cometiendo

continuaba engrosándose hasta límites incalculables.

Y para más inri, si conseguía algo decente de aquel viaje para compartir en el canal, iba a ser digno de estudiar y de considerar como un milagro de la era moderna.

A la cuarta vez que me saltó el buzón de voz, decidí que no iba a intentar contactar más con Adriel. Ciertamente, una pequeña parte de mí estaba preocupada por él, pues no me parecía normal que no hubiese dado señales de vida en todo el día, pero a ratos ese sentimiento era eclipsado por el enfado que la situación me había producido y la conmoción de estar fallando, no solo a Leo al mentirle, sino a las miles de personas que habían confiado y confiaban en mí cada día, aunque sobre todo a mí misma.

Mis emociones, en aquel momento, eran como el líquido resultante de una buena sacudida en la coctelera de un camarero de fornidos y ágiles brazos, y con ese batiburrillo de sentimientos me costó horrores dormirme aquella noche.

A la mañana siguiente el sonido de mi teléfono me hizo dar un salto en la cama y, cuando mi cuerpo conectó con mi mente y este fue consciente de que ya estaba despierta, proyectó sin ningún tipo de remordimiento varios puntos de dolor que me hicieron contraer el gesto.

Ni tras una noche de sexo salvaje me hubiese sentido así. La postura que había mantenido como consecuencia de la maldita roca que tenía por colchón se llevó una buena retahíla de injurias mientras descolgaba la llamada.

—¿Sí? —farfullé con un ojo cerrado y gesto de malestar.

—No me puedo creer que hayas venido a Madrid y no me hayas llamado. Menuda amiga estás hecha, mujer maravilla.

Separé el teléfono de mi oreja y miré el nombre de la persona con la que estaba manteniendo la conversación, más que nada para corroborar que mis conjeturas eran ciertas.

—¿Mat? ¿Cómo sabes que...?

—Yo lo sé todo.

—Instagram —deduje.

—¡Equilicuá! —contestó alegre—. Tengo una hora para desayunar y no admito un no por respuesta, así que mueve tu bonito culo hasta el Café Mür.

Sonreí algo más alegre.

—Mándame la ubicación —acepté con ánimos renovados.

—Eso está hecho. Nos vemos a las once allí, preciosa.

Sí. Me apetecía ver a Mat. De hecho, se me antojaba cualquier cosa que no fuese estar sola pensando en Adriel y, como ver a Mat no entraba en mis planes, aquella llamada me animó sobremanera.

De nuevo mi ángel salvador se colocaba sus alas para mejorar aquel penoso fin de semana.

Aún continuaba sonriendo cuando me llegó el enlace del lugar. Miré el reloj en la esquina de la pantalla y me di cuenta de que no podía perder ni un solo minuto si no quería llegar tarde a nuestro encuentro, por lo que me arreglé lo más rápido que pude y, después de comprobar una vez más el teléfono y constatar que no había noticias de mi cámara perdido en combate, me fui al encuentro de mi amigo, a ahogar las penas en café.

CAPÍTULO 21

ROTA

Dame el chocolate y nadie saldrá herido.

Actualidad
Sábado, 19 de diciembre

Cuando entré en la cafetería donde había quedado con Mat, inspiré hondo y me dejé invadir por una vibración que me caldeó por dentro. El lugar rezumaba un encanto especial, como si fuese el escenario de una película inglesa de las de antes, mezclado con la sensación de un atardecer entrando por la ventana en primavera.

Unos sillones de cuero esparcidos por el lugar llamaron mi atención, finalmente me decanté por una de las preciosas mesitas al lado de la ventana. Cuando me senté, por un momento, me imaginé allí mismo contemplando la lluvia caer en un día gélido y calentando mis manos con una de las tazas de cerámica que salpicaban las mesas a mi alrededor.

Vale, era cierto que estaba un poco intensa, pero era lo mínimo después de la que llevaba encima.

Respiré profundamente y dejé que una sensación de bienestar me asaltase mientras cerraba los ojos.

El ambiente que se respiraba era seductor y tenía un aire romántico muy peculiar y original. Me encantaba aquel sitio.

—Estás obligada a probar la tarta de zanahoria. —Escuché que decía una voz a mi espalda. Me giré con una sonrisa en la boca y lo abracé con entusiasmo tras levantarme.

»Vaya, qué buen recibimiento. —Se rio Mat—. ¿Qué? ¿Te gusta el sitio?

—Es genial.

—Pues, créeme, cuando salgas de aquí verás el día con otra perspectiva. A mí me encanta venir, aquí dentro mis problemas se esfuman y cuando me voy soy otro. —Recé con todas mis fuerzas para que así fuera, y él debió de caer en mi expresión y en mis ojeras.

»Oye, tienes mala cara —comentó al sentarse frente a mí—. ¿Te fuiste ayer de movida madrileña? —se mofó.

—Qué va, me quedé hasta tarde viendo una película en la habitación del hotel.

—Guau... *Partyhard*, ¿eh?

Me encogí de hombros, divertida.

—Bueno, cuéntame qué tal tu vida de empresario. Por cierto, ¿ahora usas gafas? —le pregunté extrañada al observar la montura metálica que adornaba su cara.

—Es solo para ver de cerca, de lejos veo fenomenal, sobre todo a los gilipollas —dijo quitándoselas.

Solté una carcajada, y él sonrió con diversión antes de que sus ojos se volviesen hacia algún punto a mi espalda y musitase un «madre mía» que me hizo dirigir la vista hacia la entrada, donde él tenía clavada la suya.

—¿Lo conoces? —pregunté curiosa al caer en el chico al que no le quitaba ojo y que se despojaba del abrigo mientras buscaba a alguien.

—No he tenido el gusto —respondió sin mirarme—. ¿Lo has visto bien?

Contuve una carcajada.

—Sí.

—Joder, está para echarle barniz y exponerlo en una vitrina.

El sonido de mi risa se escapó sin poder retenerlo, y él me miró divertido. Me encantaba cuando se mostraba así de espontáneo en mi presencia, porque sabía que únicamente lo hacía cuando se sentía realmente cómodo.

—No sé yo si a la que le está relamiendo el café de la boca estaría muy contenta con tu idea.

Mat resopló con teatro y se agarró el pecho a la altura del corazón.

—Un poquito más roto —declaró con fingido dolor—. ¿Me pides un café y compartimos una porción de tarta? Tengo que ir al baño.

—Vale.

—Pide la que quieras, no tardo.

Ordené la comanda y seguí su consejo sobre la de zanahoria, la cual me sirvieron en pocos minutos. Tenía una pinta tan succulenta que fui incapaz de no robar un pequeño trocito y llevármelo a la boca.

—Uhhh... —gemí con placer, repitiendo el gesto con glotonería y cerrando los ojos, abandonada a las sensaciones de mi paladar.

—Serás egoísta. ¿Te la pensabas comer entera sin acordarte de mí? —me regañó Mat bromeando.

Abrí los ojos y sonreí relamiéndome los labios.

—¿Sin acordarme? Si por poco me atraganto pensando que venías.

Su risa me caldeó por dentro, haciéndome olvidar por un momento todo lo que arrastraba.

—Y, bien, ¿me vas a decir por qué no me habías avisado de que venías, teniéndome que enterar por una vulgar red social?

Y se lo conté, le expliqué una versión bastante resumida del motivo que me había llevado hasta allí, omitiendo las partes en las que Adriel y mis sentimientos salían a flote, pues no quería volver a tocar el tema y cargarme la buena sensación que tenía desde que me había llamado. Para no variar, la calma duró poco.

Mi teléfono comenzó a sonar y al ver su nombre, ese que yo misma había estado marcando sin cesar desde el día anterior sin obtener respuesta y que ahora parpadeaba incesante en la pantalla, se me congeló la expresión.

Colgué sin saber realmente qué estaba haciendo, no queriendo dedicarle demasiados pensamientos a ese hecho y silenció el teléfono.

Él me miró inquisitivo, pero cambié de tema. Afortunadamente lo dejó pasar, hecho que agradecí en el alma, y la media hora que duró el desayuno se marchó en un suspiro.

Mat no era tonto, ambos sabíamos que algo pasaba, aun así, una vez más respetó mi decisión de no hablar sobre el tema. Eso sí, cuando nos despedimos con un abrazo antes de que se marchase a trabajar de nuevo, me dejó claro con una contundente palabra que seguía sin escapársele nada.

—Llámallo.

Me había pasado todo el camino de regreso al hotel pensando que al llegar lo haría. Le llamaría, quedaría con él y hablaríamos del tema —aunque ese «tema» abarcaba una extensa abertura del abanico—, pero todo el discurso que ensayé no fue necesario, pues, cuando llegué al pasillo donde se hallaba mi habitación, él se encontraba allí, tirado más que sentado en la moqueta *beige*

que cubría el suelo, con la cabeza apoyada en los brazos y estos envolviendo sus largas piernas. Su mochila reposaba a su lado en una posición con la que dejaba entrever la manera en que había sido tratada.

—Adriel... —musité cuando llegué a su altura.

Él levantó la cabeza y sus ojos enrojecidos me alarmaron.

—Alicia. —Sonrió con gesto bobalicón—. ¿Dónde has estado?

¿Que dónde había estado? ¿Yo?

La manera en la que arrastró las palabras, y el hecho de que no mantuviese el contacto visual, me provocaron una sensación conocida que me revolvió las tripas.

—Aparta, Adriel. Tengo que abrir la puerta. —Mi tono fue seco.

Con algo de esfuerzo se incorporó y se hizo a un lado.

Tras introducir la tarjeta en la cerradura, y esta emitir un pequeño sonido al abrirse, crucé al interior sin esperar a que me siguiese, no obstante, lo hizo y cerró tras de sí con un pequeño portazo.

Respiré hondo, reuniendo las fuerzas que necesitaba para hacerle frente a la situación. Estaba cabreada, mucho.

Me giré para encararlo y lo vi apoyado en la puerta, observándome. Sus labios no se abrieron para pronunciar ni una sola palabra mientras mis nervios no dejaban de crecer; sabía qué había estado haciendo antes de ir al hotel.

—Deberías darte una ducha.

—¿Huelo mal? —Llevó la nariz hasta su axila e inspiró sonoramente soltando una risita absurda.

—No me voy a acercar para comprobarlo —contesté seria conteniendo las ganas de echarlo de allí. Era lo último que me esperaba encontrar al llegar, solo yo sabía lo que me estaba costando no derrumbarme con la escena que se presentaba ante mí, a la vez que mi mente entremezclaba unos agrios recuerdos que prefería enterrar bien hondo—. Dúchate y luego hablamos.

Él, ajeno a todo, se llevó dos dedos a la frente en un gesto de subordinación y abrió los labios para decir algo. Antes de continuar con aquello me giré y salí a la pequeña terraza de la habitación.

¿Es que acaso algo más podía salir mal?

Me mordí los labios con fuerza intentando contener el grito de frustración que pugnaba por emerger de mi garganta y, en cuanto escuché el agua correr, dejé salir las lágrimas que me quemaban los ojos. El tiempo que duró su ducha luché con todas mis fuerzas para no dejar pulular por mi mente las agrias escenas de mis recuerdos, pero me fue imposible detenerlas.

Y así, a caballo entre el presente y el pasado, sumida en un aturdimiento doloroso, me rompí.

CAPÍTULO 22

RECUERDOS QUE DUELEN

El sol se esconde al atardecer para espiar a la luna durante la noche.

19 años atrás

Mamá llevaba un par de horas en la cocina preparando la cena. La casa tenía un olor delicioso y a mí me rugían las tripas, pero, la tercera vez que entré y abrí el frigorífico, me riñó y me prohibió volver a entrar. ¿Por qué no entendía que tenía hambre?

—Deja de olisquear la puerta, pareces un ratoncillo hambriento —se quejó mi hermana al pasar por mi lado.

—Tengo hambre.

—Siempre la tienes. —Resopló encendiendo el televisor. Después se dejó caer en el sofá y me miró con cara de hastío, como solo una adolescente de quince años sabe hacer. Esperaba no ser así en cinco años, la verdad—. Pídeselo a papá, seguro que él te consigue algo de la cocina de contrabando, eres su favorita.

—No está. —Obvié la respuesta hacia su comentario en tono hiriente—. ¿No te quedan chocolatinas?

—No —contestó rotunda—. Y, aunque tuviese, no te iba a dar más. Aún siento vergüenza al recordar lo que pasó en clase por tu culpa.

Me mordí el labio inferior con fuerza intentando no sonreír, pues sabía que eso solo empeoraría más las cosas y no me gustaba estar peleada con ella.

Días atrás Estrella volvió de clase muy contenta diciendo que, tras mucho insistir, la profesora de música le había prestado uno de los cedés que utilizaban en la asignatura y con el que mi hermana parecía haberse encaprichado. Se había pasado tooodo el fin de semana escuchando una sola canción, una vez tras otra; fueron tantas que hasta yo misma me la aprendí. Compartíamos habitación y a veces eso era un incordio, pero otras no me venía del todo mal, pues ella aún conservaba casi intacta su caja de bombones en el cajón de su mesilla, regalo de la abuela, y de la que yo ya había dado buena cuenta el mismo día que cayó en mis manos.

Para conseguir mi propósito, utilicé información privilegiada que solo una hermana pequeña puede almacenar en su memoria para esos menesteres y le dije que, si no paraba la maldita canción, iría a contarle alguno de sus secretos a mamá. Ella compró mi silencio con chocolate, y yo hubiese sido capaz de venderle mi alma al diablo por esos bombones, recubiertos de un papel dorado que parecía haber sido creado en la mismísima fábrica de envolturas de bombones del cielo.

Con aquello firmamos una tregua, sin embargo, de poco sirvió aquella calma momentánea, porque el lunes siguiente volvió a casa hecha una furia conmigo. Jamás la había visto así y hasta mamá se asustó por cómo me estaba hablando.

—He pasado la mayor vergüenza de mi vida por tu culpa, niñata asquerosa.

—Estrella, cálmate y no le hables así a tu hermana —ordenó mi padre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre preocupada—. Tranquilízate y cuéntanos qué es eso tan grave que ha ocurrido.

Estrella cerró los ojos un segundo y respiró hondo, aunque fue en vano porque, cuando los

abrió y dirigió su mirada hacia mí, aún llameaban.

—¿Os acordáis del disco que me prestó Encarna el otro día? —inquirió con supuesta calma, haciendo alusión a la maestra de música del instituto—. Pues hoy se lo he devuelto y, cuando lo ha abierto delante de toda la clase para ponerlo en el reproductor, ha explotado una lluvia de celofanes dorados hacia su cara como si fuera confeti a presión. —Contuve una carcajada a duras penas, imaginando la escena.

»Como te rías te mato —me gruñó—. No sabes lo mal que lo he pasado. La profesora se ha creído que me estaba riendo de ella y me ha castigado la hora entera de clase.

—Alicia, ¿ha sido cosa tuya? —Mi padre me miró arqueando una ceja, como solo un policía sabe hacer delante de un culpable, pues, aunque llevase varios meses de baja por una lesión en la pierna, no había perdido la práctica.

Las ganas de reírme se esfumaron de golpe ante su escrutinio y reprimí unas lágrimas de culpabilidad antes de admitir el pecado.

—Estrella, escribiremos una nota a tu profesora explicando lo que ha ocurrido, y Alicia irá contigo a entregársela, ¿de acuerdo? —añadió mi madre

Ambas asentimos, ella aún algo enfadada, y yo aliviada al creer que iba a recibir un castigo tan liviano, después descubriría que me iba a tocar a mí hacerle la cama durante una semana entera, y eso sin contar con que aún no sabía que su alijo de bombones había descendido sospechosamente de nuevo.

Odiaba profundamente hacer la cama...

—Ya ha llegado papá. —Estrella me trajo de vuelta al presente y sentí el sonido de las llaves en la cerradura.

Sonreí con ganas. Papá y yo teníamos una relación muy especial, siempre me defendía y me permitía comer chuches cuando mi madre se negaba. Por eso, cuando entró en el salón con un escueto saludo y se internó en la cocina sin casi dirigirme la mirada, observé la puerta cerrada con extrañeza.

—Me voy al cuarto —anunció Estrella—. La tele apesta.

Asentí contrariada sin ser realmente consciente de qué era lo que ocurría en la cocina, a pesar de que la voz amortiguada de mi madre se alzaba sobre el ruido de los cacharros.

Si bien aún no lo sabía, ese sería el peor día de mi vida o al menos el primer peor día, porque, aunque durante aquella noche de fin de año todos reímos las gracias de mi padre, en el fondo sabía que algo no iba bien. Los ojos vidriosos de mi madre y su silencio, los movimientos torpes de mi progenitor y el hecho de que no dejase de llenar su copa de vino presagiaban problemas, pero parecía que nadie se daba cuenta.

Bueno, alguien sí: mamá.

Ella siempre lo sabía todo y di por hecho que era consciente de eso tan raro que estaba pasando y que mi corta edad no me dejaba aún comprender. Lo terminé de confirmar cuando nuestras miradas se cruzaron y su sonrisa no le llegó a los ojos.

Sentí un nudo en el estómago al percatarme de su gesto contenido y este se acrecentó cuando, un par de horas después, observé atónita la escena que se daba en las escaleras.

—¿Papá? —le llamé dubitativa, él intentaba subir y trastabillaba continuamente, mascullando algo ininteligible—. ¿Estás bien?

Se giró sonriéndome.

—¡Alicia! —Su euforia me hizo fruncir el ceño—. Ven aquí, pequeña, ayuda a este tullido a llegar hasta su habitación. No sé dónde se ha metido tu madre —murmuró cuando me echó el brazo por el hombro y dejó caer buena parte de su peso sobre mí, haciendo que me tuviese que

agarrar a la barandilla para no despeñarme con él encima.

Yo era una niña bastante grande para mi edad, la más alta y ancha de la clase, para ser más exactos, y mi padre era una torre humana si lo comparaba conmigo.

Con bastante dificultad ascendimos y, justo cuando puso el pie en el último peldaño, una arcada lo dobló en dos. Su movimiento involuntario e inesperado me hizo perder el equilibrio, por fortuna pude agarrarme en el momento en el que mi culo impactó contra el escalón, evitando así rodar escalera abajo.

Aún con dolor en mi trasero sentí algo viscoso y caliente descendiendo por mi brazo en dirección a mi mano. Con aprensión, y apretando los labios, llevé la vista hacia allí y solo fui capaz de sollozar con una mezcla de repugnancia y asco antes de que mi madre apareciese a toda prisa y agarrase a mi padre, que respiraba con dificultad por el esfuerzo de vomitar, y lo llevase hasta su dormitorio, cerrando la puerta tras ellos.

Sí, aquella fue la primera peor noche de mi vida, y luego vinieron más.

Por aquel entonces los niños no teníamos tanta información como hoy en día. La conexión a internet era algo de lo que se empezaba a hablar, pero ni por asomo lo que conocíamos en la actualidad y, en mi inocencia propia de los diez años, creí que mi padre estaba muy enfermo y que iba a morir, no encontraba otra explicación a que, cada vez que volvía a casa antes de cenar, llegase sudando, con la cara enrojecida, problemas para hablar, la respiración acelerada y dificultad para moverse y caminar.

Mi madre lloraba.

La escuchaba hacerlo en su habitación día tras día, normalmente cuando papá no estaba con ella o se encontraba indispuesto, sin embargo, cada vez que le preguntaba me decía que todo estaba bien.

¿Cómo iba a estarlo?

¿Por qué nadie se daba cuenta de que ya llevábamos así varios meses y la cosa no parecía mejorar?

Yo no quería que mi padre se muriese y, como nadie tomaba cartas en el asunto, una tarde decidí hacérselo saber a mi madre. En mi mente tenía toda la lógica del mundo, yo debía alertarla para que pudiésemos llevarlo al médico para curarse, así que, mientras mi hermana y yo merendábamos en la cocina y mi madre secaba la cubertería, me lancé.

—Papá se está muriendo, ¿verdad?

—No —contestó mi hermana sin levantar los ojos de su sándwich de crema de cacao al ver que mi madre no pronunciaba palabra.

Se salvaguardaba de nuestras miradas al estar de espaldas a nosotras, aun así, yo sabía que me había escuchado, su espalda se había enderezado y se mantenía tensa, sin moverse.

—Pero está enfermo —aclaré sin creerme que nadie se hubiese dado cuenta.

—No lo está.

—Sí —repetí tozuda—. ¿Tan poco te fijas en él, Estrella?

—¡No está enfermo, Alicia! —me chilló—. No lo está. Papá es un borracho.

—¡Estrella! —exclamó mi madre amonestándola y se giró para mirarnos. Sus ojos desprendían desolación—. No digas eso.

—Es la verdad. —Se encogió de hombros—. Se pasa el día en el bar, viene apestando a alcohol y está más tiempo así que normal.

—Papá está pasando por un momento difícil. —Suavizó mi madre ante mi mirada pasmada—. Su lesión ha sido un duro golpe para él, solo necesita tiempo, todo estará bien...

En mi ignorancia me alegré de que lo que tuviese fuese algo tan sencillo y con cura; a fin de

cuentas no estaba enfermo, no se iba a morir.

—Podemos decirle que deje de serlo —expuse inocentemente resuelta.

—No es tan fácil, so boba —resopló mi hermana.

—Sí lo es.

—No, no lo es, y tú eres muy pequeña para entenderlo.

—¡Tú también eres pequeña!

—Y tú, idiota.

—Estrella, ¡basta! Alicia, si ya te has acabado la merienda, vete a hacer los deberes —me despachó—. Y tú —dijo señalando a mi hermana, que ya se disponía a levantarse para escapar de aquello—. Quédate un momento conmigo, necesito que me ayudes con una cosa.

Cuando fui a replicar, y decirle que yo también podía ayudarla, me miró severa y comprendí que aquella lucha no iba conmigo. Mamá siempre había sido dulce, comprensiva y cariñosa, pero de un tiempo a esa parte ya no era igual.

En aquel momento no comprendí la magnitud de lo que mi hermana me había revelado esa tarde, sin embargo, sí me creó una relación de odio absoluto con el alcohol, porque él había sido el causante de que mi familia se estuviese desmoronando, de que mi madre no parase de llorar, de que mi padre apenas pasase tiempo en casa y, cuando lo hacía, ya no quería salir a jugar conmigo con la bicicleta ni me pedía que lo ayudase en el jardín.

Hacía meses que venía un chico del pueblo a encargarse del mantenimiento de las plantas y el césped, y lo que pensé que sería pasajero se fue alargando en el tiempo. Mi madre andaba por la casa como si algo le hubiese robado las ganas de vivir. Cada vez veía menos a papá, y mi hermana no ayudaba en nada creyéndose tan mayor y dejándome de lado, sin apenas aclararme las dudas que me surgían y que le iba preguntando.

Comencé a encerrarme en el desván. Estudiaba y dibujaba rodeada de cajas y muebles viejos, curiosamente me sentía cómoda y a salvo allí arriba. Era el único lugar de la casa que no me provocaba dolor ni me hacía presenciar escenas que después danzaban por mi mente a la hora de dormir, por lo que lo convertí en mi refugio.

Una mañana de sábado en la que mi hermana se fue con unas amigas, y yo difuminaba las sombras de un árbol que había estado dibujando desde hacía un par de horas, escuché un golpe que me alertó. Dejé a un lado el cuaderno de dibujo y me acerqué a la trampilla que guardaba la escalera.

Y así fue como fui testigo del ultimátum que haría que todo aquello estallase.

Las duras palabras de mi madre volarían por mi cabeza durante mucho tiempo después, acompañándome en mi crecimiento y haciéndome consciente de lo duro que tuvo que resultar para ella decirle al hombre que más amaba que había llegado al límite.

Supe, por sus réplicas, que en ese momento no estaba bebido, y es que yo misma había llegado a saber calcular el grado de embriaguez que sufría por la facilidad con la que se le trababa la lengua al pronunciar el nombre de mi madre.

—Imagino lo difícil que es esto para ti, siempre te has desvivido por tu trabajo y no me hago una idea de lo duro que debe de ser saber que no vas a poder volver a incorporarte y que, si lo haces, tendrás que quedarte sentado detrás de una mesa en la comisaría, pero ya no puedo más, Toño. Tienes que parar —sentenció con la voz temblorosa—. Tienes que parar y dejar que te ayuden o nos perderás para siempre.

No era realmente consciente de lo que hacía mientras los escuchaba, pero de pronto me descubrí escondida de sus miradas, convirtiéndome en una espectadora oculta de la conversación. Y lo que vi me impactó tanto...

Él, un policía alto, serio y un tanto reservado, postrado de rodillas ante mi madre, aferrando sus manos con fuerza y con el alma desgarrada, saliéndole del cuerpo por los ojos en forma de gruesas y dolorosas gotas saladas.

Mi padre fue el primer hombre que vi llorar. Vertió tantas lágrimas como las que había ido derramando mi madre en el transcurso de aquellos meses.

Lloraron juntos cuando se abrazaron mientras él le decía que lo superaría y que todo se solucionaría, jurándole que volverían a estar bien y que lo haría por nosotras.

Y lloré yo también porque sabía que, aunque todo se arreglase, una parte de mí siempre estaría algo rota por todo aquello, pues mi padre, ese héroe que cuidaba de Costa Serena y con el que siempre me había sentido segura, también cometía errores...

Unos errores que me afectarían muchos años después y que terminaría pagando una persona que quizá no se merecía tal culpa.

CAPÍTULO 23

ROTO

No es hambre, son mariposas.

Actualidad
Sábado, 19 de diciembre

Conseguí recomponerme a duras penas antes de que Adriel saliera del baño. Todavía me encontraba en la terraza cuando le escuché abrir su maleta y trastear con las prendas, mientras yo intentaba ordenar mi mente.

Habían pasado unos cuantos minutos, y aún no había reunido el valor suficiente para girarme y encarar la situación, cuando un sonido captó mi atención y puso en pie todas mis alarmas. Me giré y crucé con sigilo la puerta de la terraza y lo que vi me desgarró el alma.

Adriel, sentado en la cama, con los brazos apoyados en las rodillas y las manos cubriendo su rostro, sollozaba en silencio.

Avancé hacia él, concentrada en el movimiento de sus hombros al respirar entrecortadamente, y sentí cómo el nudo en mi pecho enviaba lágrimas a mis ojos de manera fulminante.

El único hombre al que había visto llorar en toda mi vida había sido a mi padre; no fue plato de buen gusto debido a la situación que estábamos viviendo y a que, habiéndonos criado en una sociedad impregnada de convencimientos arcaicos, se pensaba erróneamente que los hombres no necesitaban desahogarse de la misma manera que nosotras, pero hacía casi veinte años que aquella absurda idea se había desmoronado de golpe.

Y Adriel lo estaba volviendo a hacer, estaba dejando salir lo que tenía dentro demostrándome que las heridas no son cuestión de género, sino de estar vivo y sentir, de padecer, al fin y al cabo. Y deseé irremediablemente que ese momento de total vulnerabilidad lo compartiese conmigo.

Me acerqué a él y llevé mis manos hasta su pelo todavía húmedo. Lo acaricié con las yemas de mis dedos y tragué saliva con dificultad antes de hablar.

—Adriel...

Elevó la cabeza como si no hubiese sido consciente de dónde y con quién se encontraba hasta ese momento.

Un amago de sonrisa lastimera asomó a sus labios y supe que, aunque algo menos evidentes, aún había signos de embriaguez en su cuerpo.

Nos mantuvimos la mirada y su gesto entristecido me rompió un poco más el corazón. Un momento después su voz sonó en un susurro, invadiendo el espacio a nuestro alrededor.

—Lo siento, Alicia —comenzó a disculparse—. No quería presentarme aquí así y montarte este numerito. —Dejó escapar una sonrisa triste que le provocó unas pequeñas arruguitas en la comisura de los labios.

—Me alegro de que hayas venido —solté sincera.

Él rehuía mi mirada antes de volver a hablar.

—Yo también. —Pasó la mano por su pelo, echándolo hacia atrás a la vez que emitía un suspiro cansado—. Es curioso, esta es la ciudad en la que llevo viviendo los últimos años, donde supuestamente tengo mi vida y mis amigos y, sin embargo, el sitio donde necesitaba estar y el único que me ha venido a la mente como si no existiese otra opción válida, era en el que

estuvieses tú.

Aquello me provocó cosas. Cosas que me dieron miedo y que a la vez me hicieron sentir dichosa dentro de la tristeza que me embargaba y que se podía palpar a nuestro alrededor, porque, incluso sin él pretenderlo, me había necesitado para combatir su dolor, y yo no podía más que ablandarme un poco más y sentirme sumamente agradecida por ello.

—Adriel... —conseguí pronunciar con la voz quebrada al verlo tan abatido.

Él me miró, apretó los labios el uno contra el otro y, sin oponer ninguna resistencia, se abrió en canal delante de mis ojos.

—Qué mal lo he hecho todo, joder —sollozó—. Qué mal.

Me sentí incapaz de mantenerme al margen por más tiempo, por lo que me agaché hasta quedar a su altura y lo abracé con todo mi cuerpo, pero también con mi alma, queriéndole transmitir que podía evaporar en aquellas lágrimas las heridas que tuviese, pues yo estaría allí con él el tiempo que necesitase para sanarlas, a pesar de que aún no conociese el alcance ni la magnitud de las mismas.

Permanecería a su lado, aunque después me doliese.

Estaría para él siempre que lo necesitase y fui incapaz de concebir otra manera de expresarle todo aquello más que con mi presencia y mis caricias.

Mi mano se lanzó en un baile hipnótico de arriba abajo en su espalda, arrullándole sobre la tela del jersey que llevaba puesto, sin permitir que se sintiese solo.

Varios minutos después comencé a notar las piernas algo entumecidas, pues me mantenía de rodillas sobre el duro suelo enmoquetado de la habitación y, cuando comencé a recolocarme en la postura, él debió de advertir mi incomodidad, ya que se separó un poco e, inspirando sonoramente por la nariz, habló:

—¿Estás bien?

Asentí con una sonrisa cariñosa y atusé su afectado flequillo con mi mano.

—Sí, no te preocupes —le resté importancia—. ¿Cómo estás tú?

Él se encogió de hombros por toda respuesta y el enrojecimiento de sus ojos me hizo entender que aún era pronto para que él mismo pudiese tomar las riendas de la situación, por lo que decidí actuar según mis propias conclusiones.

Me puse de pie frente a él, que elevó la cabeza para poder observarme.

—Alicia, sé que no debería haberte dejado sola ayer y que... —Apoyé dos dedos en sus labios haciéndolo callar y negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Eso ahora no importa.

Le sonreí con ternura y conduje mis manos hasta su cara, bajo su atenta mirada. Reseguí con la yema de mis dedos el destello brillante de una lágrima en su mejilla y proseguí hacia su mentón, notando el picor de su incipiente barba en mis dedos.

Su expresión me dejó claro que lo había pillado desprevenido, pero yo tan solo estaba dejando actuar a mi cuerpo, queriendo sanar su herida.

Así se lo quise transmitir dentro de la intensidad del momento.

Sin desviar la vista de sus ojos dibujé la característica constelación de lunares que había en su cuello y continué hacia abajo, deslizando lentamente las palmas de mis manos por sus brazos.

No me pasó desapercibido cómo sus labios se entreabrieron para coger aire cuando agarré su jersey por la cintura y, con tranquilidad, lo subí con la clara intención de despojarlo de él.

—Alicia —rogó confundido mientras elevaba los brazos.

Me deshice de la prenda echándola al suelo.

Aunque la connotación del momento podía haberse malinterpretado, no dejé de sonreírle con

cariño y también con unas inmensas ganas de llorar, pues sus sollozos silenciosos de hacía un momento aún seguían clavados en mi corazón.

Desconocía qué era lo que le había ocurrido o lo que le había llevado a aquel estado, pero sí fui consciente de que, el Adriel entero que despedí la tarde anterior, no era el mismo que había vuelto hecho pedazos, y lo único que me nacía era tratar de recomponerlo, porque sentía por él algo muy intenso, una necesidad impulsiva de besar cada marca de dolor que asomaba por su alma.

Haría cualquier cosa por él. Le quería lo suficiente como para sacrificar mis propios sentimientos y, sorprendentemente, aquella revelación no me cogió por sorpresa.

Respiré hondo, y él imitó mi movimiento.

—Confía en mí, Adriel —le susurré.

Supe que así lo hacía por cómo me miró, por el gesto contenido que me dirigió.

Con lentitud me deshice de mi propio jersey, quedándome tan solo con el bodi de manga larga que llevaba debajo, y me despojé de las zapatillas de deporte sin siquiera desabrocharlas.

Advertí que él había estado descalzo todo ese tiempo y mi mirada se demoró unos cuantos segundos en sus pies. Los tenía bonitos, con unos dedos rectos no demasiado largos y las uñas meticulosamente cuidadas. Sonreí internamente al ser consciente de que jamás me había fijado antes en si los pies de un hombre me resultaban agradados o desagradables, y aún conservé la sonrisa al conectar de nuevo con su mirada.

Cuando me subí a la cama, escuché cómo cogía aire con brusquedad.

—Ven.

—¿Qué...?

Contuve las ganas de consolarlo como quien reconforta a un niño que no entiende la lección y le cogí de la mano atrayéndolo hacia mí.

—Ven, tumbate.

Lo hizo sin dejar de mirarme. Estaba desconcertado. Su expresión se encontraba a caballo entre la extrañeza, la curiosidad y una pizca de intranquilidad.

Antes de apoyar la cabeza en la almohada pareció debatir la decisión mentalmente y, cuando por fin se tumbó boca arriba a mi lado, no perdí ni un instante y me arrimé a su costado, quedándome abrazada a su cuerpo y tapándonos a los dos en el proceso.

No tardé en ser consciente de su calor traspasando las prendas que nos mantenían cubiertos y eso, curiosamente, me reconfortó.

Inspiré hondo y mis fosas nasales se impregnaron de su olor, tan cercano y agradable.

—Cierra los ojos y no pienses en nada —le ordené en un susurro cerrando los míos—. Yo estaré aquí cuando despiertes y tendremos tiempo de sobra para hablar de todo lo que quieras.

—No voy a ser capaz de dormirme —admitió.

—Tan solo ciérralos. Los dos necesitamos descansar, creo que para ambos ha sido una noche horrible. —Su silencio elocuente fue suficiente respuesta—. Deja que cuide de ti, por favor.

Elevé la cabeza y nos mantuvimos la mirada, observándonos en silencio durante unos segundos. Cuando atisbé el amago de una pequeña sonrisa en sus labios, rompí el contacto visual y apoyé mi mejilla en su pecho, sintiéndolo ascender y descender con su respiración.

Mi pómulo contabilizaba cada latido de su corazón en un mantra letárgico que me fue hipnotizando con el paso de los minutos y un buen rato después, cuando su postura algo rígida se terminó de relajar e incluso se había aventurado en apoyar una mano en mi espalda, murmuró contra mi pelo:

—Gracias, chica manzana.

Sonreí en respuesta y, aunque no le pude ver, sé que él lo sintió.

CAPÍTULO 24

BICHO

Te puede dejar tu novio, pero la purpurina nunca te abandonará del todo...

Actualidad
Domingo, 20 de diciembre

Sentía dos pares de ojos posados sobre mí y podía escuchar cómo sus vocecillas cuchicheaban. Sin querer delatarme, continué con los míos cerrados y la postura relajada sobre la cama supletoria de la habitación de las mellizas en la que había pasado la noche, hasta que las escuché salir por la puerta.

Conociéndolas, quizá debería haberlas seguido para interceptarlas antes de que llevaran a cabo alguna de sus trastadas, pues, aunque Emma era la gemela «buena», Diana conseguía hacerla partícipe de las fechorías más imaginativas que se le pasaban por la mente, y terminaban liándola a base de bien.

Abrí con sigilo uno de mis párpados. Cuando estuve segura de que me encontraba sola, rebusqué entre las sábanas hasta que di con el teléfono y miré la hora: las siete y veinte de la mañana.

Mierda, me encantaban los niños, pero si había algo que detestaba de la faceta maternal era, sin lugar a dudas, las horas a las que se despertaban de lunes a domingo, sin importar si había colegio, obligaciones o fiestas de guardar.

Resoplé al ponerme en pie y me estiré con esfuerzo, me encontraba un poco entumecida después de haber tenido que pasar la noche en un colchón bastante incómodo y en el que mi cuerpo prácticamente rebosaba a lo largo y ancho de su superficie.

Me di cuenta de que la planta de arriba se encontraba en relativa calma e imaginé que mis sobrinos mayores aún dormirían. El eco de las voces de los pequeños sonaba amortiguado desde el piso inferior y hacia allí encaminé mis pasos, con una sonrisa anticipada y, justo cuando llegué al pie de las escaleras e hice recuento de cuerpos, fui consciente de que las gemelas no se encontraban a la vista.

Una alarma resonó en mi mente y, sin ser realmente consciente, moví veloz mi cabeza fijándome en un pequeño detalle que confirmaba mis peores temores: la puerta que conectaba con mi apartamento estaba entornada, cuando recordaba perfectamente haberla cerrado la noche anterior tras de mí.

—Mierda, joder —blasfemé a la nada, terminando de bajar los escalones y dando un par de pasos hacia allí.

Escuché un coro de vocecillas infantiles repitiendo mis poco apropiadas palabras, y a mi hermana amonestándolos desde algún lugar entre el salón y la cocina al que no alcanzaba mi visión. Sin querer perder más tiempo, me dirigí hasta mi objetivo con decisión, pero a la misma vez con sigilo, pues no quería alertarlas de mi presencia, aunque sí esperaba ver qué estaban haciendo y de qué me tendría que disculpar después con Adriel.

—¿Crees que está muerto? —preguntó una de ellas en un susurro.

—Huele a muerto —respondió su hermana, y ambas rieron comedidas.

—Yo nunca he oído a ninguno.

Abrí un poco más la puerta, lo justo para ver sus espaldas encorvadas observando al espécimen que ocupaba la cama que había sido de su tía hasta la noche anterior.

—¿Crees que la tata y él se han peleado y por eso no duermen juntos?

—No seas idiota, Emma. Los novios cuando se pelean luego se dan besos con lengua y lo arreglan —contestó la otra con orgullo, como si conociese los secretos del universo a sus escasos siete años—. Seguro que le olían los pies, y la tata prefirió venirse a nuestra habitación a dormir.

—No huele a pies ahora —rebatí su hermana con inocencia.

—Pues entonces se tiró muchos pedos.

—¡Qué asco! —murmuró Emma con cara de repulsión mientras su melliza reía maliciosa—. Eh, ¿qué vas a hacer, Diana? —preguntó alarmada.

—Shh, calla, que lo vas a despertar.

Decidí intervenir cuando me percaté de que el demonio disfrazado de niña que tenía delante levantaba la manta que cubría el cuerpo boca abajo de Adriel y su espalda desnuda, seguida de su trasero, comenzaba a asomar a ojos de todo aquel que quisiera verlo.

—¡¿Qué hacéis?! —las reñí en susurros.

—¡Nada! —Se sobresaltaron, envarándose y volviéndose para mirarme.

—Salid de aquí inmediatamente —las amonesté en un grito mudo y señalé con la mano hacia mi espalda.

—Te dije que no era buena idea. —Escuché que Emma murmuraba a Diana.

—Calla.

—¿Qué pasa? —La voz de Carolina a mi espalda me hizo morderme los labios.

—Sus pedos casi matan a la tata —explicó Bruno, que debía de haber espiado tras de mí a tenor de sus conclusiones.

—*Adriel* no hace eso —le defendió su fan número uno, Fabiola, con candidez.

—Pato, todo el mundo se tira pedos —añadió Diana sin ningún atisbo de remordimiento por lo que acababa de hacer—. Hasta Guille, que es un bebé, lo hace.

—Y huelen fatal... —dijo Carolina.

Cuando conseguí reaccionar a aquella situación tan sumamente surrealista, y fui consciente de que una buena porción del trasero de Adriel continuaba asomando por la manta, me giré hacia ellos y extendí los brazos con la intención de echarlos de allí.

—Todo el mundo fuera —les dije intentando parecer severa, aunque la visión de un culo prieto y masculino rondaba mi cabeza perturbándome—. Vamos, volved al salón. En esta casa no conocéis lo que es la intimidad, leches.

—Hala, la tata ha dicho una palabrota —canturreó Fabiola.

—«Leches» no es una palabrota, Pato —le dijo Bruno.

—Sí que lo es —se defendió ella.

—Caraculo tampoco —añadió Diana.

—Creo que eso sí —explicó su melliza.

Mi hermana llegó en ese momento hasta nosotros con Guille en brazos y un paquete alargado y dorado en la otra.

—¿Qué ocurre? —Con sus poderes de madre echó un vistazo al alboroto que había montado en la entrada de mi apartamento y discernió en escasos segundos lo que sucedía, activando finalmente el protocolo de emergencia—. Venga, ya habéis oído a vuestra tía, hacédle caso y despejad la zona. Vamos, vamos... —les ordenó como un sargento a sus tropas—. Alana, llévatelos al salón y reparte.

Mi sobrina mayor, que se había mantenido en un segundo y discreto plano, agarró a su

hermano pequeño y al alijo de galletas que su madre le tendía, y se los llevó tras ella como si del mismísimo flautista de Hamelín se tratase. El azúcar a veces obraba milagros que ni la propia Virgen de Lourdes sería capaz.

—¿Por qué has dormido con las niñas? —preguntó en voz baja mi hermana cuando estuvimos solas.

Encajé algo más la puerta de mi apartamento y la miré tras coger aire con un suspiro que nació de lo más profundo de mi estómago.

—Adriel se quedó aquí —expliqué como respuesta.

Ella alzó las cejas reclamando más información. Imité su gesto, encogiéndome de hombros.

—¿Él se queda en tu apartamento, y tú te vas con las gemelas?

—No pienses lo que no es —advertí—. Llegamos tarde y no quiso molestar a su madre a esas horas, así que le dije que se quedara y le cedí mi cama.

—Tu cama es amplia...

—Estrella, no empieces, que a veces eres peor que tus hijos.

Ella contuvo una sonrisa.

—Está bien. ¿Necesitáis algo?

—¿Un pestillo doble y una puerta acorazada?

Se le escapó una carcajada y me revolvió el flequillo, gesto que siempre hacía su marido cuando me veía.

—¿Dónde está Fede?

—Limpiando la piscina. —Negó con la cabeza cuando la miré estupefacta—. No me preguntes por qué si estamos en diciembre, yo he intentado averiguarlo y aún no lo he conseguido.

Me reí al ver su gesto.

—Bueno, voy dentro —añadí como despedida.

—Vale... —canturreó mi hermana. Su tono sirvió para que le lanzase una mirada de advertencia que tan solo le provocó una nueva carcajada—. Por si acaso pondré la tele a un buen volumen, no quiero que los niños se me traumatizen.

—Vete a la mierda un ratito, anda.

No pude evitar reírme en silencio cuando cerré la puerta a mi espalda ya dentro de mi apartamento.

Cogí aire armándome de valor y me giré. Dirigí mi vista hacia la cama, esperando encontrar a Adriel tal y como lo había dejado, pero sus ojos observándome fijamente me hicieron dar un buen brinco, sobresaltada.

—Joder, me has asustado.

—¿Yo? —Se rio—. ¿Te he asustado yo? Pues no te quiero ni contar lo que me ha pasado a mí cuando me he sentido observado por unos quince ojos.

—Dieciséis —le corregí con diversión—. Hasta donde yo sé, a ningún miembro de esta familia le falta ninguno y quince es impar.

Adriel soltó una risotada espontánea, y yo me mordí los labios, porque su rostro algo hinchado, pero mucho más renovado; sus pelos enmarañados, y ese torso desnudo sumamente apetecible estaban haciendo mella en mí.

El condenado estaba atractivo hasta recién despierto y una no era de piedra y, si a todo eso le sumabas la conexión que se había creado entre nosotros desde la mañana anterior, cuando lo encontré esperándome en el hotel y todo lo que vino después, las emociones se me estaban haciendo bola.

—¿Cómo estás? —le pregunté rompiendo el silencio.

—Bien, descansado. Tu cama es bastante cómoda —explicó, por si no la había echado lo suficientemente de menos la noche anterior, mientras lo imaginaba a él metido en ella.

—Lo sé. —Nos miramos durante unos segundos—. ¿Te apetece desayunar?

—Lo cierto es que sí —contestó sin hacer amago de levantarse.

—Y no pretenderás que te lo traiga a la cama, ¿verdad? —bromeé.

Él entrecerró los ojos como calculando sus posibilidades antes de hablar.

—Pues no estaría mal, la verdad.

—Tendrás morro —me quejé sin perder la diversión—. Anda, vamos. Prepararemos algo rico.

Me giré con toda la intención de bajar los escalones que dividían el dormitorio del resto del apartamento, pero, algo que aún no sabría explicar bien qué fue, me hizo voltearme a un par de pasos de alcanzar la cocina, en el momento justo.

Una imagen gloriosa se grabó en mis retinas para el resto de mi existencia, pues Adriel se subía los pantalones vaqueros, sin atisbo de ropa interior, ofreciéndome una panorámica de su trasero en todo su esplendor. Además de ese cuadro también contaba con el añadido de deleitarme con su espalda desnuda, donde unos músculos bastante interesantes bailaban al compás del movimiento de sus brazos.

Entonces él se giró y me descubrió en medio de la estancia, observándolo. Me faltaba la baba resbalando por la comisura de mis labios, aunque quizá la tenía y lo que pasaba es que era incapaz de percatarme, tan sumida como estaba en mi objetivo visual.

Con diversión torció la cabeza ante mi mutismo.

—¿Estás bien?

Asentí mordiéndome una sonrisa.

Él me miró entretenido a la vez que avanzaba hacia mi posición, y cuando llegó a mi lado rompí a reír de una forma un tanto absurda y vergonzosa. Los nervios me estaban jugando una mala pasada.

—Perdona.

—No hay nada que perdonar —se opuso—. Más bien tendría que pedirte disculpas yo por haber dormido así en tu cama. —Se señaló las piernas; esas gloriosas y fibrosas piernas que recorrería con los labios y que envolvería con mis...—. Espero que no te haya molestado —interrumpió mis pensamientos.

—Ah, no —negué—. No pasa nada, no te preocupes.

Me callé que tenía pensado guardar esas sábanas como mi más preciado tesoro, un secreto que nunca admitiría.

—¿Y qué has pensado?

Vaya, parecía que se había levantado curioso esa mañana.

—Pues que tienes un cuerpo bonito y un culo muy bien puesto, la verdad. Ah, y no sabía que tenías un tatuaje en el omóplato.

Su carcajada se me anudó en el estómago.

—Sí, me lo hice hace unos tres años. Y gracias por tus palabras, pero me refería al desayuno.

Reí con una mezcla de bochorno y nervios.

—Ya. Ya lo sé —me excusé sin demasiada convicción—. Estaba bromeando para romper el hielo.

Afortunadamente, no ahondó más en el tema y pudimos continuar con relativa calma —toda la posible dadas las circunstancias, claro—. Durante un buen rato disfrutamos de la compañía del

otro y charlamos sobre temas banales mientras preparábamos unas tortitas y dábamos buena cuenta de ellas allí mismo, de pie en la barra de la cocina.

Sabía que en cualquier momento abordaríamos lo ocurrido, era algo que sentía planear sobre nuestras cabezas, aun así, no quería forzar la conversación, prefería que saliese de él y que, sencillamente, le apeteciera compartirlo conmigo.

—No te muevas —me dijo muy serio frente a mí.

Yo me envaré a la vez que cientos de escenarios desagradables circulaban por mi cabeza al ver cómo miraba fijamente mi hombro, donde sentía un leve cosquilleo y movimiento sobre mi chaleco. Cerré los ojos y respiré, intentando calmarme. Admitía que la imagen de una cucaracha moviendo sus antenas y mirándome fijamente me atormentaba fuertemente.

—¿Qué es?! —pregunté desde la oscuridad de la parte trasera de mis párpados, sin dejar de apretarlos con aprensión—. Quítamelo, por favor —le rogué al borde del llanto.

—Quieta —repitió y lo sentí más cerca—. No es nada. Mira, abre los ojos.

Sin tenerlas todas conmigo, unos segundos después hice lo que me pedía y descubrí con asombro que lo que se había colado en mi apartamento no era ningún bicho asqueroso de los que me había imaginado, sino un adorable insecto palo que, sobre su mano, se balanceaba desplazándose con sus alargadas patas.

—¡Paco! —exclamé aliviada ante la mirada estupefacta de Adriel—. Se le ha debido de escapar a mi sobrino —expliqué ante su ceja alzada—. Es su mascota desde hace un par de meses. Lo encontraron en el campo uno de los días que fueron con las bicicletas y a veces se le escapa del terrario.

Llevé mi mano hasta él y lo agarré con cuidado por su cuerpo, sin querer tocar sus patas, pues todos en casa habíamos hecho un cursillo acelerado sobre la especie y sabíamos que si se sentían en peligro podían desprenderse de ellas.

—Ven —él continuaba atónito, pero me siguió hasta la puerta que conectaba con la casa de mi hermana en silencio—. ¡Bruno! —llamé y escuché sus pasos por la planta de arriba antes de verlo aparecer por las escaleras con cara de preocupación.

—¡Ahí estás! —Suspiró serenándose tras la carrera—. Vas a estar castigado sin hojas de zarza hasta que se me olvide que te has vuelto a escapar —le dijo al animal cuando se lo cedí.

—Bruno Remo Delgado —reclamó mi hermana.

—Oh, oh... Te la vas a cargar —intervino Carolina con las piernas cruzadas sobre el sofá.

Aún a mis veintinueve años no comprendía el motivo, pero que una madre llamase a un hijo con apellidos incluidos no era un buen presagio.

—Dime que Paco no andaba perdido por la casa —exigió mi hermana cuando llegó a nuestro lado.

—Paco no andaba perdido por la casa —coreó él.

—Bruno...

—Mamá...

Ella suspiró hondo.

—Me agotas, de verdad —dijo negando con la cabeza.

—Descansa, mami —contestó mi sobrina Fabiola.

Mi hermana le sonrió con cariño y acto seguido volvió la atención a su hijo mayor.

—No vuelvas a dejarte el terrario abierto, ya sabes que no quiero verlo rondando por casa.

—Mami, si cierras los ojos no lo verás —añadió la pequeña de nuevo.

A Bruno se le escapó una carcajada. Mi hermana lo reprendió con la mirada y sentí la risa comedida de Adriel a mi lado. Yo misma tuve que contener la mía por la respuesta espontánea de

la criatura. Apuntaba maneras.

—Ven, princesa. —La agarré en brazos, y ella me sonrió, mostrándome una boca llena de chocolate y churretes de color variado que me derritió—. ¿Con qué estabas jugando?

Mientras ella nos llevaba a Adriel y a mí hasta el salón, donde un montón de trozos de plastilina se esparcían por la mesa de café en una mezcla policromática, pude escuchar cómo mi hermana terminaba de amonestar a Bruno.

—Y hazme el favor de ir a darte una ducha, te brilla la cabeza —añadió cuando él ya pasaba por nuestro lado en dirección a las escaleras con su mascota a buen recaudo.

—Eso es porque tengo buenas ideas, mamá. —Soltó una risita y echó a correr cuando mi hermana hizo amago de ir tras él.

Nos miró y sonrió resignada.

—Y este, Adriel, es nuestro día a día —le dijo a él antes de marcharse de nuevo a continuar con sus quehaceres, los cuales, teniendo en cuenta la sobrepoblación de la vivienda, eran muchos.

Miré al aludido encogiéndome de hombros y le pregunté si quería volver a mi apartamento, y él declinó el ofrecimiento con una sonrisa y una negación divertida de la cabeza. De fondo la televisión amenizaba el momento y, aunque visto desde fuera todo aquello podía parecer un poco incoherente, para mí aquel caos tenía todo el sentido del mundo, así que agradecí que él se sintiese cómodo entre tanta locura.

Sonreí y acaricié la cabeza de Fabiola.

—¿Ves, tata? Comer fruta no trae nada bueno —dijo mi sobrina Diana.

La miré sin entender hasta que caí en la cuenta de la escena que se estaba desarrollando en la pantalla, donde la imagen de una princesa Disney siendo envenenada por una manzana captó la atención del público congregado en el salón.

—A mí jamás me habrían envenenado con una manzana —añadió Carolina.

—Ni a mí —continué la broma—. Como mínimo me tendrían que haber traído un bocadillo de tortilla.

—O un donut —añadió Emma.

—A mí me sirve una manzana —murmuró Adriel mirándome intensamente.

Le mantuve la mirada y, cuando sentí que no podía soportar tanta intensidad sin volverme loca, volví mis ojos al frente y aguanté el anhelo mordiéndome el labio inferior con saña.

Un momento después Fabiola captó de nuevo nuestra atención y continuamos jugando a cosas tan apasionantes como a hacer formas con la plastilina, ayudar a Carolina con una manualidad que debía hacer para el colegio, en la que se empeñó en utilizar kilos de purpurina que luego me costó la vida eliminar de mi cuerpo, e incluso jugamos a juegos de mesa con las mellizas y Alana.

Se estaba acercando el mediodía cuando, en un momento en el que nos quedamos prácticamente solos en la planta baja, él me miró y me sonrió.

—Quiero llevarte a un sitio —anunció en tono suave.

Asentí convencida de ir con él a cualquier parte que me propusiese.

Quizá estaba rebasando esa raya imaginaria que había trazado días atrás; puede que la línea a aquellas alturas hasta rodease su cuerpo para atraerlo hacia mí, pero lo que sí sabía con certeza es que no podía ir en contra de lo que me pedía el alma, y en aquel momento me chillaba a voz en grito que lo siguiese hasta los confines de mi cordura.

Así que tras darnos una ducha, lamentablemente por separado, nos marchamos.

CAPÍTULO 25

CULPABLE

Ninguna historia increíble comienza con alguien comiéndose un plato de brócoli.

Actualidad
Domingo, 20 de diciembre

—No puedes estar culpándome, ¿hablas en serio?

Adriel negó con la cabeza.

—No me has entendido. No te lo estaba diciendo en el mal sentido —explicó prudente—. Solo me refería a que, si tú no hubieses aceptado ir a Madrid, seguramente yo seguiría sintiéndome mal pensando que estoy dejando de lado mi vida y mi relación, mientras me encargo de cuidar a mi madre. —Hizo una pausa—. En cierto modo te estoy agradecido, aunque siento haber sido tan egoísta pensando solo en mí.

Dirigí mi vista al horizonte y atisé el sol tímido de diciembre reflejado en el agua del mar. La vista era embriagadora, igual que la compañía.

Respiré hondo.

—¿Quieres hablar sobre ello? —dejé salir temerosa, sin mirarle.

Él no contestó inmediatamente.

Nos encontrábamos sentados en el saliente de unas rocas, en una zona donde se formaban piscinas naturales entre las piedras y que servía a la vez de techo de la gruta que daba paso a la Cala de los Amantes.

Picamos algo por el pueblo y después llegamos allí caminando, dando un buen paseo en un reconfortante silencio. Adriel esperaba poder entrar en la cala, pero resultó imposible acceder por estar alta la marea, así que subimos a Las Pozas y allí llevábamos un buen rato.

Pensé que ya no me contestaría y lo miré justo en el momento en el que cogió aire profundamente y se decidió a hablar.

—Cuando conocí a Carla ella acababa de terminar una relación con un compañero de trabajo —inició su narración, con la vista clavada en algún punto frente a nosotros. Su semblante permanecía serio, pero sereno—. Al empezar me contó que había sido una relación bastante inestable que habían mantenido en secreto. Al final decidió romper con él después de dos años difíciles. —Inspiré hondo y asentí, invitándolo a continuar.

»Al principio ella tenía miedo, siempre había soñado con trabajar en ese bufete y creía que su puesto se vería afectado. Aún debían trabajar juntos, ya sabes. Poco tiempo después se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta, pues decía que se encontraban bastante cómodos en el ámbito laboral y no parecía haber ningún rencor por ninguna de las partes. —Observé su perfil sin perder detalle de su expresión, pero su neutralidad no me daba ninguna pista.

»Se llamaba Julio. Le conocí unos meses después y en alguna que otra ocasión volvimos a coincidir. Si te digo la verdad, nunca terminé de gustarme. —Se encogió de hombros y me miró—. No me malinterpretes, jamás he sido celoso ni nada por el estilo, pero esa forma en la que se dirigía al mundo, ese aire que desprendía de saber más de todo y que todos... —Chasqueó la lengua contra el paladar en un ademán negativo—. Ser el hijo de uno de los socios le ha conferido siempre unas ínfulas de grandeza que jamás he soportado, aunque, las veces que hablé

con Carla sobre ello, ella le quitaba importancia e incluso en ocasiones lo defendía. —Hizo una pausa, y me mantuve callada, expectante, sin querer adelantarme a los acontecimientos, a pesar de que algunas conjeturas ya rondaban por mi cabeza y no eran nada halagüeñas.

»Llevábamos un año saliendo juntos cuando a él lo ascendieron de puesto y se convirtió en su jefe directo. —Alzó las cejas componiendo una mueca de vacilación—. Te puedes imaginar cómo me sentó la noticia.

—Me puedo hacer una idea —añadí escueta.

—Ella nunca ha sabido desconectar de su trabajo, y él, que lo sabía, empezó a utilizar su nuevo cargo para llamarla a cualquier hora, sin importar el día de la semana. No sabría decirte la cantidad de veces que hemos estado haciendo cualquier cosa, incluso durante el sexo, y se ha excusado para atender el teléfono.

—Joder, ¿en serio?

—Créeme, no mentiría con algo que me deja en tan mal lugar.

—¿Y lo hablasteis alguna vez? —le pregunté cuando una ráfaga de viento hizo que una pequeña llovizna salada cayese sobre nuestros rostros.

Soltó una risa incómoda.

—Tantas veces que no podría ni contarlas. Ella siempre esquivaba la discusión y zanjaba el asunto alegando que era su trabajo y que yo no podía entenderlo. —Negó lánguidamente—. ¿Cómo iba a hacerlo si yo solo soy un friki que se dedica a jugar con videojuegos con casi treinta años? Para ella mi trabajo nunca ha tenido la menor importancia.

—Lo siento. —Puse mi mano en su antebrazo y apreté con cariño—. No me imagino lo difícil que sería la situación para ti.

—Y aún no has escuchado la mejor parte. —Su mirada me provocó un escalofrío de anticipación.

Estiró una de sus piernas y, con dificultad, sacó del bolsillo delantero de su pantalón el teléfono móvil. Tras trastear con él unos segundos, un sonido captó toda mi atención.

Jadeos.

Mierda. Eran jadeos femeninos.

—No... —mascullé cuando me tendió el aparato y mis ojos fueron testigos de la imagen de una pareja manteniendo relaciones sexuales.

Sabía quién era ella gracias a haberla visto en el hospital.

Carla, ajena a la cámara, se mostraba en una actitud bastante comprometida con un hombre que gruñía cada vez que la penetraba.

—Te dejé sola en Madrid con la idea de ir hasta su piso y esperarla allí. Quería darle una sorpresa cuando llegase de trabajar —explicó sobreponiendo su voz al sonido del teléfono, el cual quedó en un segundo plano como una cacofonía de resoplidos, gruñidos y jadeos que se colaban a nuestro alrededor. Era incapaz de volver a fijar la vista en la pantalla, unos segundos habían bastado para revolverme el estómago. Adriel exhaló sonoramente por la nariz al reír dolido—. Pero claramente el sorprendido fui yo.

—Adriel... —Agarró el teléfono y lo miró durante un instante antes de detener la reproducción. Nos mantuvimos en silencio hasta que la pantalla se apagó por completo debido a la inactividad.

»No sé qué decir —admití incapaz de imaginarme el daño que le habría causado ser testigo de aquello—. Lo siento mucho, nadie debería actuar así teniendo pareja.

Movió la cabeza, hastiado, y cerró los ojos.

—Soy un gilipollas. —Lo observé con los ojos acuosos y, cuando abrió los suyos, rehusó mi

mirada.

»Me quedé allí toda la jodida noche, Alicia. Escuché una y otra vez cómo se la follaba en nuestra cama, cómo gemía y le pedía más; vi cómo se corría dentro de ella sin ponerse ni un jodido condón. —Apretó la mandíbula con furia cuando se le quebró la voz—. No sé cómo fui capaz, pero conseguí enviarle un mensaje que leyó en voz alta en una de las pausas en las que compartieron un cigarro. Los escuché hablar de mí. Reírse de mí —rectificó—. Mofarse del gilipollas que se había ido a cuidar de su pobre madre mientras ellos podían tener vía libre y no tenían que utilizar el despacho para echar un polvo rápido. Y yo me pregunto: ¿desde cuándo llevan haciéndolo? ¿Es que jamás dejaron de follar y lo nuestro ha sido una puta broma durante todo este tiempo? —No era capaz de hablar. Mantenía una mano en mi boca y los ojos abiertos de par en par escuchando toda su explicación y era incapaz de emitir sonido alguno.

»Salí de allí cuando se quedaron bien satisfechos y dormidos, con material suficiente como para hundir la carrera de Carla. —Me miró y sus ojos se asemejaron a una tormenta justo antes de estallar—. Las relaciones entre trabajadores están terminantemente prohibidas en su bufete. Lo iba a hacer, Alicia. Estaba decidido a enviar el vídeo a la empresa esa misma madrugada mientras me bebía una copa tras otra, hecho una mierda en un bar, pero cuando más afectado estaba me di cuenta de una cosa.

Hizo una leve pausa y no pude contenerme.

—¿De qué? —susurré contrita.

—De que, al margen del cabreo que tenía por sentirme traicionado y humillado, realmente sentía alivio. —Mi gesto le trasladó mi desconcierto ante sus palabras.

»Sé que mi madre te dijo que soy un cobarde y en parte llevaba mucha razón —declaró y se humedeció los labios tras rascarse la barba con la yema de los dedos—. Nunca he estado enamorado de Carla. —Eché la cabeza hacia atrás en un gesto involuntario.

»Estábamos relativamente bien, para mí era muy fácil estar con ella; nos compenetrábamos bien en la cama cuando su jefe no nos jodía el polvo, respetábamos nuestro espacio personal y creía que lo que iba surgiendo entre nosotros era sincero y real, pero algo fallaba. Apenas nos veíamos desde que empezamos a vivir juntos, cada uno hacía su vida al margen del otro. Joder, si últimamente me cruzaba más veces con la asistenta que venía a limpiar que con ella.

—¿Por qué os fuisteis a vivir juntos entonces? —indagué con curiosidad.

—Antes de eso compartía piso con tres estudiantes desfasados de no más de veinte años. Aquello era un descontrol constante, mi sueldo no daba para más —admitió sin reparos—. La segunda vez que Carla pasó la noche en mi habitación me dijo que no iba a volver a quedarse allí, y no la culpé, yo mismo estaba hasta los cojones de todo aquello, así que cuando me propuso irme a su piso no lo medité, vi el cielo abierto y acepté. Por mis propios medios me iba a ser prácticamente imposible salir de esa situación, así que no pensé más allá; dejé al margen las verdaderas razones por las que estaba aceptando su propuesta y, tres días después, mi ropa llenaba unas cuantas perchas de su vestidor. —Procesé toda la información con algunas incógnitas aún por resolver. Debió de darse cuenta de mis dudas y sonrió antes de volver a hablar, dejándome aún más confundida.

»Hasta que no volví a Costa Serena no fui realmente consciente de que lo mío con Carla no funcionaba. Cuando le expliqué mi idea de venir ni por asomo pensaba quedarme más de dos o tres semanas, pues en noviembre me había comprometido con un proyecto y supuse que ya estaría en Madrid para entonces.

—¿Y cambiaste de idea al ver el estado de tu madre? —aventuré con cierta duda.

Él me miró, compuso esa mueca de medio lado que siempre me había derretido las neuronas

y, obviando el tirón que sentí en mi estómago al observar su sonrisa, alcé las cejas con curiosidad.

—No, Alicia. Tú fuiste la única culpable de que me quedase.

CAPÍTULO 26

ESPEJOS

Millones de sonrisas en el mundo, y la tuya es mi favorita.

Actualidad
Domingo, 20 de diciembre

Si me paraba a pensar aún podía sentir la ola de sensaciones que recorría mi cuerpo cuando, entre clase y clase, Adriel y yo nos dejábamos mensajes en el espejo del baño de la planta de arriba del colegio. Esa zona únicamente se utilizaba para las clases de tecnología y apenas estaba transitada, por lo que sabíamos que no seríamos descubiertos con tanta facilidad.

Cuando pensaba en aquella época siempre venía a mi memoria una mañana en concreto. No había sido un día especial o señalado, pero imaginaba que había momentos que se quedaban grabados en la mente sin motivo aparente y siempre perduraban.

Ese día nos habíamos pasado la media hora de recreo besándonos, apoyados en el muro de una de las casas que había cercanas a la tienda donde siempre comprábamos el desayuno.

Aún sonreía cuando pasaba por allí, trasladándome a otra época más inocente y feliz por unos segundos.

Los más mayores teníamos el privilegio de poder salir a la calle en el descanso y, mientras nuestros compañeros comían sus bocadillos recién hechos, Adriel y yo nos desayunábamos a besos y bebíamos de nuestras respiraciones agitadas.

Aunque habían pasado años de aquello, aún sentía su respiración acelerada pidiéndome que parásemos. Yo no quería hacerlo, pero su excitación y la manera en la que me miró me hicieron saber que bajo ningún concepto podíamos continuar. Asentí, le sonreí, nos dimos la mano y nos unimos a los demás del grupo, que nos recibieron con silbidos y burlas a las que no quise prestarles demasiada atención.

Una vez de regreso a clase, mientras el profesor explicaba unos ejercicios, unimos nuestras miradas y me sonrió justo antes de pedir permiso para ir al baño y salir del aula. Mi estómago bailaba nervioso mientras intentaba continuar, pero fui incapaz de concentrarme en la tarea que debíamos hacer, así que, cuando Adriel regresó y me guiñó un ojo, murmuré una disculpa con el profesor y subí rauda las escaleras que conducían al último piso, buscando lo que no tardé en encontrar.

Sonreí sobreexcitada al leerlo.

El único fruto del amor es la manzana.

Lo curioso de todo aquello no era acordarme de ese día, sino el hecho de que ambos pareciésemos tenerlo inmortalizado en nuestra memoria, pues quince años después, frente al espejo del diminuto baño de mi apartamento, descubrí exactamente la misma frase escrita con lo que parecía ser mi lápiz de ojos preferido, un capricho que me había concedido un par de meses atrás y que reposaba encima del lavabo con la punta machacada.

Aunque quise, me fue imposible enfadarme con él habiendo tenido ese detalle y viendo cómo esas palabras decoraban mi reflejo en el espejo. Pero, a pesar de que aquel gesto junto con la

conversación de esa misma tarde eran muy bonitos y halagadores, yo seguía sin querer correr.

Cualquier otra persona en su sano juicio habría caído con todo el equipo cuando el hombre por el que comienza a sentir cosas importantes le hace creer que es recíproco, y no negaré que eso fue justo lo que sentí al escucharlo rodeado del sonido de las olas del mar embravecido de diciembre, pero Adriel acababa de salir de una relación y traía consigo una maleta llena de malas vibraciones.

Simplemente no podía imaginarme siendo parte de ese lastre en algún momento por el simple hecho de precipitarnos, y ¡mierda!, qué difícil había sido no abalanzarme sobre él cuando había admitido que al estar a mi lado sentía una mezcla de emoción, pasión, deseo y cierta confusión, y borrarle a base de besos el caos que enturbiaba sus ojos.

Y sí, yo misma le había pedido que se tomase las cosas con calma y dejase pasar un poco de tiempo antes de decidir nada trascendental sobre su vida, pues yo iba a seguir aquí, justo donde llevaba veintinueve años, aun así, admitía que en el fondo me moría de ganas de perderme en su boca y, si él no ponía de su parte, yo sola no podría cargar con el peso de refrenar situaciones que se avecinaban comprometidas, aunque me autoconvencía diciéndome que un poco de tonto no le hacía mal a nadie.

Adriel, que sabía que me percataría de lo del espejo al llegar a casa, esperó prudencialmente antes de enviarme un mensaje al móvil:

Adriel 

Voy a echar de menos dormir en tu cama, doy fe de que es mucho más cómoda que la mía.

Sonreí al leerlo.

Alicia 

Pues lo siento, pero no pienso pasar otra noche en el cuarto de las mellizas, aún me duele la espalda.

Adriel 

Recuerdo cierta conversación, que jamás admitiré haber escuchado, en la que se mencionaba lo suficientemente grande que es tu colchón.

Alicia 

Menudo alcahuete estás hecho.

Escribí sin dejar de sonreír como una boba en medio de mi apartamento.

Alicia 

No sé si tengo ganas de besarte o de estrangularte. Has desgraciado casi treinta euros en el espejo de mi baño.

Adriel 

Si mi voto cuenta, prefiero que me beses.

Alicia 🗨️
Hablo en serio.

Adriel 🗨️
Y yo.

Pasaron unos segundos antes de que volviese a escribir.

Adriel 🗨️
Espero que estés de broma, chica manzana. ¿Cómo puede costar eso un simple trozo de mina?

Puse los ojos en blanco y me reí antes de enviarle el enlace de la página web en la que venían las especificaciones del producto. Prefería mantenerlo entretenido con ese tema, que en el fondo no me importaba tanto, a tenerlo hablando de compartir cama conmigo. Sin lugar a dudas, me aferré a aquel lápiz como a una tabla de salvación.

Apoyé el teléfono en la encimera, dándole tiempo, y bebí agua directamente de la botella al agarrarla del frigorífico. Miré de reojo el móvil con ansia y mi estómago saltó cuando este vibró un par de minutos después.

Sonreí de anticipación.

Adriel 🗨️
«Deja fluir la diosa *rock and roll* que hay en tu interior»... Madre mía. ¿De verdad te has dejado engañar por ese eslogan? A ti no te hace falta nada de eso para «fluir».

Alicia 🗨️
Vaya, y yo que pensaba que me iba a salir novio si lo usaba.
😊

Antes de poder soltar de nuevo el aparato, este comenzó a sonar con una llamada entrante. Era él.

—Dime que no te has gastado veinticinco con noventa y nueve en un producto de maquillaje para encontrar pareja —rogó con fingida ofensa.

—No me he gastado veinticinco con noventa y nueve, fueron veintinueve con los gastos de envío. —Me reí cuando bufó exageradamente—. Eh, y los volvería a pagar, es maravilloso.

—Si tú lo dices. —Pasaron un par de segundos antes de escuchar su voz—. Por cierto, habrás cambiado las sábanas, ¿verdad?

—Claro —mentí dirigiendo mi mirada hacia ellas.

—Tengo algo que confesarte.

—A ver —dije con expectación.

—Me costó un poco dormirme porque tu olor estaba por todas partes y eso me tuvo un pelín alterado —recalcó esa última palabra—. Ya me entiendes. Ciertas partes de mi cuerpo estuvieron en contacto estrecho con esas sábanas.

Mierda.

Mierda, Adriel... ¿En qué maldito momento se me había ocurrido refrenar aquella carrera que todavía no había ni comenzado, si lo que de verdad me apetecía era que esas partes de su cuerpo tuvieran un contacto estrecho conmigo?

Tragué saliva al darme cuenta de que me había desplazado hasta sentarme sobre el borde del colchón y mi mano acariciaba el objeto de nuestra conversación.

Qué difícil me resultaba controlarme con él.

—Mejor deja el tema, por favor —le rogué—. ¿Qué tal has encontrado a tu madre? —pregunté queriendo cambiar el curso de la conversación con más perturbación de la recomendable.

Estaba excitada y muy posiblemente esa noche estrenase el regalo de Leo.

Oh, no. Leo.

Llevaba sin hablar con él desde el viernes anterior, momento en el que ocurrió todo lo del viaje y Adriel. Cuando le contase todo lo que había cambiado el panorama en tan poco tiempo no se lo iba a creer, y no lo culpaba, pues mi vida en la mayoría de las ocasiones no era demasiado interesante, ¿para qué nos íbamos a engañar?

Adriel suspiró antes de romper el silencio que se había creado en la línea durante unos segundos, y Leo abandonó mi cabeza con la misma rapidez con la que había entrado.

—Bueno, está bien, ya sabes. Le he insinuado que lo de Carla ha acabado y de momento se ha conformado con esa explicación —expuso—. Solo me ha dicho que ella no parió a una gallina, sino a un hombre.

—Vaya.

—Aún no sé cómo tomármelo. —Contuve la risa al imaginarme a Isabel diciéndole algo así—. El martes voy a ir a Madrid —volvió a hablar soltando la bomba. Sus palabras provocaron mi mutismo—. Tengo que hablar con Carla y traerme mis cosas.

—Claro.

—Espero poder dejarlo todo zanjado en un par de días —añadió—. Me quedaré con un amigo, y él me ayudará a empaquetarlo todo cuando ella esté en el trabajo, así no la tendré que ver más de lo necesario.

—Estupendo, ojalá no os lleve mucho tiempo. —Forcé mi voz para que sonase positiva.

—Mañana podemos grabar un par de vídeos si quieres, mi madre me ha dado el día libre —bromeó—. Va a irse a casa de una amiga y no volverá hasta por la noche.

—No, no. No te preocupes, Adriel, tú prepara el viaje con tranquilidad, que yo tengo material para ir subiendo, ya cuando vuelvas nos organizamos.

—¿Segura? —preguntó con un tono más serio al escuchar mi réplica.

—Sí, claro. —El ambiente se había enrarecido, y ambos lo podíamos notar flotando en la línea telefónica—. Tengo que dejarte, mi hermana necesita ayuda con los niños. Espero que todo vaya bien, ya me contarás al regresar, ¿vale?

—Vale —contestó y se despidió escueto.

Cuando colgué el teléfono me dije que no podía afectarme tanto que Adriel fuese a ver de nuevo a Carla, pues precisamente iba a poner en orden su vida, cerrando las puertas que había dejado entornadas tras él y trayendo consigo las ganas de continuar hacia delante, tal y como yo misma le había pedido, pero me fue imposible tranquilizarme.

Aquella noche fue la primera en la que dormí poco y mal, la primera de seis.

El regalo de Leo continuó con la envoltura intacta, y yo, con más frustración de la convenida, pues por delante me quedaba toda una tortuosa semana hasta verlo de nuevo y esperaba que para entonces sus sentimientos no hubiesen cambiado, porque los míos estaban más descontrolados

que nunca.

CAPÍTULO 27

INTENTARLO

Recuerdos que saben a beso.

Actualidad
Domingo, 27 de diciembre

Contraí la cara en una mueca temerosa al abrir la puerta que unía mi apartamento con la casa de mi hermana, pues hasta allí llegaban las voces de la planta de arriba. Antes de poder dar un paso más, mi cuñado apareció por las escaleras con Fabiola en brazos a medio vestir y lo que parecían ser los restos de un vómito, empapando su hasta entonces impoluta camisa celeste.

—Huye mientras puedas.

Me reí comedida y los seguí hasta la barra de la cocina, donde Fede dejó a la niña sentada mientras él se acercaba al fregadero e intentaba arreglar el desastre de la prenda sin demasiado éxito.

—Hola, princesa —le dije a mi sobrina, que se mantenía callada y seria.

Ella no contestó, así que con tranquilidad la ayudé a terminar de colocarse el vestido por el brazo que aún le faltaba por meter.

—Tata, he *gomitao* encima de papi.

—¿Y ya estás mejor? —le pregunté quitándole hierro al asunto, pues no era la primera vez que los nervios le provocaban la misma reacción.

Mi cuñado desistió de la tarea que lo mantenía entretenido y comenzó a desabrocharse los botones a la vez que se acercaba a la niña.

—Aquí hay restos del primer potito que ingirió en su vida, así que se ha tenido que quedar como nueva —bromeó y le tocó la naricita con su dedo índice—. Además, me has hecho un favor, princesa, así me puedo poner otra camisa, que esta picaba un poco.

Sonreí cuando la niña también lo hizo y le pregunté al padre si necesitaban ayuda por la planta de arriba.

—Sí, por favor. Tenemos a mami al borde del colapso. —Subió a Fabiola a uno de sus brazos y con la otra mano agarró la camisa hecha una bola, dirigiéndose de nuevo hasta las escaleras. Le seguí.

—No exageres, mi hermana es todoterreno, seguro que lo tiene todo controlado.

Pero el chillido de mi sobrina Carolina, acompañado de un portazo, desencadenó un momento de tensión maternal que se tradujo en una riña a un volumen interesante.

—Me temo que el control se nos ha ido de las manos.

Le sonreí y me dispuse a echar una mano, a ese paso no íbamos a salir nunca de la casa y ya me podía imaginar la situación si llegábamos al festejo y no teníamos mesa para comer, siendo el ciento y la madre.

Llamé con los nudillos a la puerta de Alana antes de abrirla.

—¿Cómo vamos por aquí? —Ella, frente al escritorio, escondió algo bajo un chaleco y se volvió para mirarme—. ¿Qué haces? —inquirí con curiosidad y cerré la puerta a mi espalda.

—Creía que eras papá. —Suspiró y volvió a sacar el diminuto estuche de colorete antes de mirarse en el pequeño espejo y aplicarse una capa más en sus más que coloreados pómulos.

Sus ojos celestes despedían un brillo soñador.

—Si te sirve de algo, y para serte del todo sincera, dudo mucho que tu padre se crea que el rubor de tus mejillas es natural.

—Con suerte, y gracias al jaleo que están montando mis hermanos, no se fijará demasiado. — Se encogió de hombros, y nos sonreímos.

Comprendía a mi cuñado, en otras ocasiones tan solo le había querido hacer ver que no le hacía falta ningún adorno, pues ya era bonita al natural, pero la entendía, ya que yo también había tenido quince años.

La empatía finalmente me hizo claudicar y tenderle las llaves de mi apartamento.

—Anda, ve. Déjalo todo recogido cuando acabes.

Ella se abalanzó sobre mí y me dio un beso, prometiéndome que no se pasaría maquillándose, y se escabulló planta abajo.

Cogí aire y subí un nivel más hasta llegar al dormitorio de matrimonio, que ocupaba toda la tercera planta de la casa. Adoraba esa habitación, la decoración transmitía calma y un ambiente cálido y acogedor; el baño tenía una enorme ducha, con una cascada de agua empotrada en el techo y con espacio suficiente para que una tribu entera del Amazonas se metiese junta a refrescarse, y el vestidor tenía prácticamente la misma extensión que todo mi apartamento.

Fue justo allí donde encontré a mi hermana, delante del armario con los brazos en jarras y las manos apoyadas en la cintura.

—Hola.

—¿Podrías hacerte pasar por mí durante el resto del día? —preguntó sin siquiera devolverme el saludo y con desgana—. Prometo que hago ejercicios para aumentar mi paciencia cada mañana, pero parece que se ponen de acuerdo y cada vez que hay algo fuera de lo normal la montan.

—¿Qué ha sido esta vez?

Se encogió de hombros y dejó ir un lamento fatigado antes de dejarse caer en el pequeño asiento frente al espejo.

—Un poco de todo. Carolina se ha negado a usar un vestido, porque dice que es infantil, y eso ha desencadenado la tragedia. Cuando las mellizas la han escuchado quejarse, han empezado a pelearse entre ellas, porque ambas querían ir iguales, pero no se ponían de acuerdo en qué conjunto elegir. Fabiola se ha puesto a llorar porque Bruno no la ha dejado entrar en su habitación en medio de toda la vorágine y, cuando el padre le ha reñido, ha venido a quejarse explicando que tenía la habitación en cuarentena porque ha vuelto a perder al dichoso bicho palo, ootra vez —recalcó esto último alargando las palabras—. Y, para no variar, del sofocón Fabiola ha terminado vomitando, y a Guille, ironías de la vida, se le ha ocurrido que quería comer y ya le conoces cuando tiene hambre, tiene capacidad pulmonar como para que se enteren los vecinos del otro lado del océano. Ah, y eso sin olvidar que como colofón final se me ha roto la media mientras me la estaba poniendo, no sé por qué, pues estaba superrelajada y para nada lo iba haciendo con prisas —ironizó—, así que nada, al final he tenido que cambiar el conjunto completo en el último momento. —Giró la cabeza en mi dirección alzando ambas cejas—. Al margen de todo eso, está siendo un día genial.

—Ya veo. —Me reí sentándome a su lado—. Míralo por el lado positivo, ya ha pasado todo y ahora solo queda ir a mejor.

—Jamás digas eso, siempre puede empeorar.

Pasé un brazo por encima de sus hombros y le besé la mejilla.

—Pues que sepas que estás muy guapa —la alabé, ya que era cierto—. Y para tu tranquilidad

te diré que tu marido ya lo tiene todo bajo control. La tropa está en el salón para el pase de revista, y papá me acaba de escribir para decirme que ya han llegado y están guardándonos mesa a todos.

Suspiró.

—No me puedo escaquear, ¿no?

Negué con la cabeza, divertida.

—Me temo que no, ¿quién querría perderse el doscientos aniversario del Faro de Costa Serena?

—Yo.

Me reí y me puse en pie.

—Anda, vamos.

Resopló antes de seguirme con el mismo gesto que hacía su hija Carolina, pues, aunque mi hermana era una madraza, también era humana y a veces la situación la sobrepasaba. Para mí era una heroína, yo en su situación ya me habría vuelto loca y estaría internada en un manicomio, sin embargo, ella tan solo se permitía unos minutos de debilidad antes de coger el timón de nuevo y capitanear ese barco junto a su marido, que era uno más junto a ella.

Y no la culpé por haber querido pasar de todo y quedarse en casa, yo misma lo habría hecho si no hubiese sabido que Adriel ya había llegado de Madrid... Juani me había actualizado las últimas noticias del pueblo antes de marcharse esa misma mañana y había dejado caer la información como de pasada. Su mirada me dejó bien claro que tenía el radar estupendamente engrasado y también que sacaba unas conjeturas de lo más acertadas.

Ya en el lugar del evento, y acercándonos a la zona donde se iba a llevar a cabo la celebración, me asomé por el despliegue de medios que habían dispuesto. Se notaba que era un día especial, pues toda Costa Serena y mucha gente de los pueblos vecinos habían hecho acto de presencia y se habían arreglado para vivir ese momento.

Las familias reían y compartían anécdotas, los niños correteaban entre las mesas situadas en el llano donde habían colocado una gran carpa, lo suficientemente lejos de la zona rocosa como para que nadie corriese peligro, y la comida se repartía entre los veladores desde un ambigú provisto de todo lo necesario para abastecer a la marabunta.

Y, una vez que estuvimos allí, me alegré por haber ido, aunque no hubiese rastro de Adriel por ninguna parte, porque me contagié del ánimo de la gente e incluso me animé a participar en algunos de los juegos y actividades que organizaron para entretener a los más pequeños y a las numerosas familias.

Mi ansiosa espera se vio recompensada cuando lo vi caminar a paso lento, en una cadencia casi tortuosa, cediéndole el brazo a su madre para hacerle de apoyo en el camino algo abrupto que tenían que cruzar para llegar hasta donde se hallaba el pabellón improvisado donde nos encontrábamos.

Y yo, que me había acostumbrado a verlo vestir de un modo casual e incluso algo desaliñado, noté que se me secaba la garganta al observarlo detenidamente.

Se había cortado un poco el pelo y lucía una barba sorprendentemente bien cuidada. Llevaba unos pantalones vaqueros de aspecto imaculado ceñidos a sus vigorosas piernas, coronado con un cinturón de piel marrón, una camisa blanca meticulosamente planchada y metida por dentro de los pantalones y, sobre ella, una americana de *sport* en tono tierra, entallada y abierta, con los puños de la camisa asomando bajo la manga.

Estaba guapísimo, tanto que era incapaz de despegar los ojos de él, y no fue hasta que mi cuñado me dio un pequeño codazo justo en el momento en el que Adriel se quitaba las gafas de

sol y barría el lugar con la vista que no me di cuenta de que quizá mis pensamientos estaban quedando a la vista de todos con mi comportamiento de adolescente embelesada.

—¿Quieres que te lo presente? —me preguntó Fede con sorna.

—Calla.

Me levanté de la mesa y me acerqué a él con decisión.

Cuando llegué a su altura, Adriel estaba de espaldas, ocupado en colocar algo cerca de su madre. Esta se percató de mi presencia y me sonrió antes de darle un manotazo a su hijo en el brazo y pedirle que la dejase con sus amigas, unas señoras de su misma edad que ocupaban la mesa donde ella se había sentado.

—Hazme el favor y vete a dar una vuelta, hijo mío. Desde esta mañana no me dejas ni respirar —se quejó en tono exageradamente afligido sin dejar de mirarme. En cuanto sonreí, me guiñó un ojo con complicidad—. Además, parece que hoy es tu día de suerte, justo ahí tienes a una chica preciosa que seguro que se apiada de mí y te entretiene un ratito, ¿verdad, bonita?

Me reí al ver la jugada de Isabel y me mordí el labio, conteniendo un gemido, cuando Adriel se giró y nos quedamos frente a frente.

Me sonrió de medio lado a la misma vez que me saludaba, y mi entrepierna se contrajo como un ente independiente y enfebrecido.

—Hola.

—Hola —conseguí decir con la boca seca.

—Y buena moza que es —añadió una voz masculina a nuestras espaldas—. Ten cuidado con ella o te las verás conmigo, jovencito, que no me olvido de ninguna cara y aún recuerdo cuando te colaste en mi jardín y destrozaste mis rosales.

Dirigí mi mirada hacia uno de los vecinos más singulares del pueblo y que siempre tenía una palabra amable para mí cuando nos cruzábamos.

—Buenas tardes, Lorenzo. Creo que no me va a tratar como a sus pobres plantas, pero gracias por la ayuda. —Acto seguido bajé la voz y le susurré en tono cómplice—. Estoy segura de que puedo con él yo solita.

El hombre soltó una estrafalaria risotada que me hizo contener la mía.

—Qué éxito —murmuró Adriel a mi lado—. Ya me contarás cuál es tu secreto. No, no me lo digas, has utilizado el lápiz de ojos —bromeó en tono solemne.

Su referencia me hizo reír y, antes de continuar siendo objeto del escrutinio de un buen sector de la tercera edad de la localidad, decidí llevármelo de allí.

Le agarré de la mano y, antes de marcharnos, dirigí una última sonrisa de agradecimiento a la madre de Adriel, que nos observaba satisfecha. También crucé una mirada cómplice con mi hermana que, aunque más lejana a nuestra posición, parecía no haber perdido detalle desde que abandoné la mesa.

Fuimos juntos a pedir algo de beber y allí nos cruzamos con varios conocidos del pueblo, con los que compartimos unos minutos entretenidos y agradables, pero yo quería más intimidad con él; demonios, llevaba una semana anhelando ese momento y no veía el instante de quedarnos a solas.

Tomé la mano de Adriel y, bajo su atenta mirada, giré su muñeca y levanté un poco la manga de la chaqueta, hasta dejar al descubierto su reloj de pulsera. Me gustaba que siempre lo llevase consigo, pues, para una persona como yo a la que los minutos se le escurrían de entre los dedos y que siempre llegaba tarde, tener cerca a alguien con el poder del tiempo al alcance de su mano era algo muy tentador.

—Nos vemos luego. —Escuché que decía Adriel a los demás y, sin dar opción a réplica, me

hizo un gesto con la cabeza invitándome a caminar.

Noté sus dedos aferrarse a los míos cuando no habíamos avanzado más que un par de pasos y sonreí. Me gustaba que supiese leerme las intenciones tan sumamente bien y que entendiese las señales.

—¡Adirel! —chilló mi sobrina Fabiola eufórica, acercándose a nosotros y agarrando la misma mano que yo había tenido aferrada hasta ese momento—. ¿Veis? Os lo dije, es un gigaaante —les explicó con orgullo al par de chiquillas que venían con ella.

—Guauuu —proclamaron sus dos amigas elevando las cabezas hacia la del gigante que las miraba estupefacto. Aunque la novedad les duró poco y rápidamente perdieron el interés, cuando una pequeña manada de niños pasó por nuestro lado chillando y las tres se sumaron y corrieron tras ellos, gritando y mostrando un entusiasmo infantil difícil de imitar.

Debíamos salir de allí cuanto antes, así que busqué una vez más la mano de Adriel para no perder ni un segundo más, pero me giré al no conseguir mi propósito. Él se observaba la palma con estupefacción.

—¿Qué te pasa?

—No sé si quiero saber de qué tengo la mano pegajosa.

Aguanté la sonrisa.

—Es preferible que no te preguntes ese tipo de cosas, te limpies y simplemente lo olvides —le aconsejé con conocimiento de causa al vivir rodeada de niños.

Le tendí una toallita de mi bolso y, resuelto el asunto, continuamos caminando juntos. Respiré aliviada cuando fuimos dejando atrás a la gente conforme nos acercábamos a la zona del faro, situado al borde de unos acantilados volcánicos salpicados de rocas y al que había que acceder por un pasillo rocoso.

A pesar de que no estábamos solos, las reuniones allí eran bastante más dispersas y en su mayoría las componían jóvenes que se agrupaban alejados del escrutinio de sus padres. Sonreí con discreción cuando observé que, en uno de los grupos, Alana estaba sentada con el brazo de un chico sobre sus hombros.

—¿Es tu sobrina? —preguntó Adriel con disimulo sin querer alertarlos de nuestra presencia, aunque la mirada esquiva de ella y el azoramiento que parecía sentir dejaban claro que sí que nos había visto.

—Eso parece —comenté divertida—. Tengo tantos, de tantas edades y tamaños, que podemos encontrarlos por cualquier rincón. Ya los conoces...

—Y tanto, una creo que hasta me ha pasado la fiebre tifoidea hace un momento. —Solté una carcajada bajo su divertida mirada y continuamos paseando. Al cabo de unos segundos, volvió a hablar—. Tiene la misma edad que teníamos nosotros cuando empezamos a salir, ¿verdad?

Asentí sonriéndole y tuve que coger aire repentinamente cuando nuestros ojos se encontraron y fui consciente de la intensidad con la que me observaba. Me di cuenta de que apenas había establecido contacto visual con él en todo ese rato y también de que sus ojos desprendían tal vehemencia que temí por mi propia integridad, pues sentí que iba a perder el equilibrio sobre las rocas si continuaba manteniéndole la mirada.

—Si supieras las ganas que tengo de probar tu boca...

Me giré hacia él con la firme intención de ponerle solución a aquella necesidad que desprendían sus palabras y así saciar las ganas que claramente teníamos los dos de ello, pero la voz de una chica nos interrumpió.

Parecía que nuestro sino era no poder quedarnos a solas.

—Hola, ¿qué tal? ¿Os apetece uniros a nosotros? —Giramos nuestros cuerpos casi

entrelazados hacia ella y la atendimos algo desubicados—. Vamos a hacer la visita guiada y aún necesitamos un par de personas para comenzar. —Señaló al faro y a un pequeño grupo congregado unos metros más allá, esperando y con pinta de estar ateridos de frío.

Me volví hacia Adriel mientras respiraba hondo.

—¿Te apetece? —me preguntó sintiéndose en el compromiso.

Lo pensé durante un momento y finalmente asentí. Él repitió el gesto escuetamente a la guía, que rápidamente sonrió y nos pidió que la siguiésemos por la pasarela donde esperaba el resto del grupo. Una vez hizo las presentaciones nos invitó a avanzar con cuidado, pues el mar se encontraba lo suficientemente picado como para que, el entrechocar de las olas contra las rocas, salpicara gotas a varios metros de distancia.

Continuamos a la vez que ella nos fue regalando sus explicaciones.

—Para los que no conozcáis su historia, El Faro de las Sirenas se terminó de construir en 1821. Fueron diez años de duros trabajos y varias pérdidas, ya que como veis el lugar puede resultar bastante peligroso. —La mano de Adriel, firme y posesiva, se apoyó en mi cintura en un ademán protector mientras cruzábamos la pasarela y el calor que me transmitió su palma me erizó la piel.

»Los días de mucho oleaje el camino es impracticable, pues se queda sumergido casi por completo en el agua, pero afortunadamente hoy en día todo se encuentra automatizado y ya no es necesario que nadie opere en él ni corra ningún riesgo innecesario.

—¿Por qué es «de las Sirenas»? —preguntó un chiquillo de unos siete años que caminaba unos pasos por delante, entre su padre y su madre.

—Porque los fareros decían que al amanecer se podían escuchar sus cantos y, cuando se asomaban al mar, incluso llegaban a ver el destello de sus colas, llenas de escamas brillantes, moviéndose por el agua alrededor de las rocas.

—Ostras. ¿Eran sirenas de verdad? —cuestionó el niño fascinado.

Observé a Adriel, y me sonrió levemente, permanecía atento a cada paso que dábamos sin soltarme ni un segundo mientras caminábamos por aquel angosto pasillo.

Fue debido a su actitud tan protectora que sentí cómo mis ojos se humedecían. Respiré hondo intentando concentrarme en la conversación que la guía mantenía con el pequeño, llamándome a la calma y vislumbrando el final del camino.

—Se sabe que este lugar estuvo habitado por unas focas que emitían sonidos parecidos a los que describían los fareros... —Al llegar a los pies de la edificación, se volvió y sonrió con cariño al crío que la miraba atento—. Pero ¿quién sabe? Todas las leyendas tienen una parte real y una pizca de fantasía, así que te recomiendo que estés muy atento y me avises si ves algo extraño, ¿vale?

Él asintió con entusiasmo y durante toda la visita se mantuvo entretenido, vigilando lo que nos rodeaba.

Me gustó descubrir ese rincón de Costa Serena y el hecho de explorarlo con Adriel lo hizo aún más especial.

Al subir las escaleras que daban al otro lado de las vidrieras, y que evidenciaban el paso de los años, nos apartamos un poco del grupo. Supe en ese mismo instante que la visita había llegado a su fin, pues al apoyarme en el balcón aprecié un leve roce en la palma de mi mano, junto con el calor de su cuerpo a mi espalda. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al sentir la respiración de Adriel en mi nuca.

—Si supieras lo que me provoca ese pantalón que te has puesto, y cómo le sienta a tu culo, me temerías.

Sonreí y me mordí el labio, apoyando mi espalda en su pecho.

—Ah, ¿sí?

—Uhum —murmuró rozando con su aliento mi oreja

—No sabía que te gustaba tanto mi trasero.

—Me gustas toda tú. —Gemí cuando sus dientes mordieron el lateral de mi cuello—. Pero parece que cierta parte de mi cuerpo tiene claras sus preferencias y, curiosamente, no han cambiado desde que era un crío.

Reí comedida sin querer alertar demasiado al resto del grupo, al que escuchaba unos metros más allá. Mi corazón palpitaba acelerado y sentía su pulso en mi centro, alterado por la cercanía y el roce del cuerpo de Adriel, unido a sus palabras.

Sobraba decir que ambos estábamos bastante excitados.

—¿Nos escapamos de aquí? —susurró ronco. Cerré los ojos e imprimí un poco de resistencia hacia atrás, empujando el objeto de su deseo contra su erección, la cual se había manifestado desde el primer momento, haciéndome saber que ella también se encontraba igual de alterada que nosotros—. Alicia... —me amonestó, encendido, sin retirarse ni un milímetro.

Su mano abarcó mi abdomen, apretándome contra él, y gruñó con avidez.

—Vámonos —me limité a musitar.

Me tomé unos segundos antes de girar sobre mis pies y descubrir su mirada en el mismo estado líquido que el mar que nos rodeaba. Su sonrisa de medio lado y el gesto de su cabeza fueron señales más que suficientes para hacer que bordeásemos el balcón y recorriésemos casi a la carrera las escaleras, sonriendo cómplices en aquella huida algo infantil.

Adriel no me volvió a soltar de la mano hasta que, un buen rato después, a mi nariz llegó el indiscutible olor de la senda que conducía a Los Vientos, un aroma especial y característico que mezclaba notas del polvo de su camino virgen, de la vegetación esteparia que poblaba el lugar y un específico regusto a sal marina. Y era curioso, hacía rato que habíamos dejado atrás a la última reunión de personas, caminábamos sin rumbo fijo, pero nuestros pies parecieron reconocer el terreno y nos llevaron hasta uno de los últimos lugares que compartimos juntos años atrás.

Hacía mucho tiempo que no iba allí.

Aquella zona de acantilados era subyugadora a la par que peligrosa y por la expresión de Adriel supe que él sentía lo mismo que yo cuando los recuerdos volaron a nuestra mente de forma libre y sin frenos.

La excitación se había transformado en un sentimiento más intenso, menos urgente, pero igualmente vivo.

Pasó un buen rato antes de que alguno de los dos rompiésemos el silencio. Ambos estábamos sentados en el voladizo de uno de los salientes rocosos, a varios metros del mar, y desde allí contemplábamos cómo el sol se iba marchando en un atardecer mágico que nos mantenía a ambos fascinados, siendo simples observadores del espectáculo que nos estaba regalando la naturaleza.

El día se despedía de nosotros, aunque ninguno de los dos quisiese hacerlo de ese momento lleno de sentimientos encontrados, aderezados con una pizca de nostalgia.

Mi cabeza, apoyada en su hombro, se elevó en un acto reflejo cuando lo sentí respirar hondo.

—¿Piensas alguna vez en aquella época? —me preguntó con la voz contenida.

—Últimamente más que nunca —admití.

Él asió la pequeña rama que tenía aferrada en mi mano. La había agarrado de uno de los pequeños arbustos que habíamos dejado atrás cuando recorriamos el camino, y sus pequeñas

florechillas moradas habían ido cambiando de tonalidad conforme el sol se marchaba, apagándose un poco con él.

La observó durante unos segundos entre sus dedos.

—Siempre he pensado que, cuando algo especial está destinado a nacer, busca cualquier lugar y forma para estallar, llenando un terreno que antes estaba muerto en una explosión de vida y magia.

Reconocí al niño de frases profundas al que conocí en mi niñez, pues, aunque muchas cosas parecían haber cambiado, en esencia seguíamos siendo los mismos. Entonces sus ojos buscaron los míos. Su mirada penetrante brillaba con un destello firme y anaranjado semejante al que teñía el cielo y deseé con todas mis fuerzas que nuestros labios se uniesen de una vez por todas, porque necesitaba sentirlo conmigo.

Quise que recreásemos ese último beso que, sin saberlo, nos dimos muchos años atrás, antes de que todo cambiase, antes de que una chiquilla asustadiza rompiera lo que podía haber sido algo precioso y duradero; antes de que un muchacho retraído encontrara la excusa para su huida.

Y él, que siempre había tenido un don para leer mi mente, fue consciente de la batalla que andaba librándose en mi interior.

Su mano apartó con delicadeza mi flequillo, que ondeaba libre gracias al viento, y una amplia y preciosa sonrisa inundó su cara, iluminando las sombras que la caída del sol iba dejando a su paso.

Justo en ese momento, allí, sobrevolando el mar y a escasos centímetros de su cuerpo, supe que seríamos capaces de todo, tanto como para crear recuerdos especiales en un lugar que a ambos nos transportaba a momentos duros, no solo por lo que significaba para nosotros como aquella inexperta pareja que fuimos, sino porque allí mismo fue donde todo se empezó a resquebrajar.

Fue en aquel acantilado donde perdimos a uno de nuestros compañeros de clase el último año de secundaria y donde el grupo se empezó a dispersar, quebrando una relación de amistad que parecía consolidada, pero que no fue lo suficientemente fuerte como para superarlo. A partir de ahí, cada uno buscó su propia manera de intentar sobrellevar aquella primera toma de contacto con la vida real y adulta y, a pesar de que ya hacía muchos años de aquello, aún lo recordábamos con fuerza.

Volver a aquel lugar y recordarlo juntos había sido como la gota de esa sustancia casi mágica capaz de separar el pegamento de una superficie, y quise saber si yo podía ser esa gota, si conseguiría despegar las partes adheridas de su anterior relación.

Me pregunté si sería capaz de darle sentido a lo que otra persona había dañado, al igual que la pequeña flor que aún tenía Adriel entre sus manos y que se abría paso en un terreno casi desierto, llenándolo de vida y color.

Nuestros ojos se encontraron con tal vehemencia que creí que podríamos comunicarnos con tan solo mirarnos.

—Intentémoslo —rogó acercándose a mí.

—Tengo miedo de que no funcione, de estropearlo de nuevo.

—No lo haremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dudé—. Ya lo hice una vez y además tú acabas de salir de una relación y puede que no estés preparado para...

No me dejó terminar la frase.

—Estoy todo lo preparado que debo estar.

Mis ojos se mostraron dubitativos y él continuó, dispuesto a combatir cada una de mis

inseguridades.

—Alicia, un viaje no empieza por el final. Al principio siempre hay miedos y dudas, no sabes si serás capaz de llegar a todos los lugares que has marcado en el mapa, pero poco a poco te vas dando cuenta de que cada sitio que exploras te va abriendo el alma e insuflándote oxígeno, y entonces solo quieres continuar, aun sabiendo que ese viaje podrá cambiar tu vida para siempre, porque sabes que si no te subes al siguiente tren vas a lamentarlo toda tu vida. —Me sonrió cogiendo aire y observé cómo su pecho se hinchaba antes de expulsarlo en forma de palabras algo más amargas.

»Lo mío con Carla no funcionaba desde hacía mucho tiempo, ambos estábamos prolongando un final inevitable, el final de nuestro viaje. —Me miró intensamente, y a mí se me reseco la garganta—. Jamás he sentido por nadie lo que me provocas tú sin ni siquiera ser consciente. Me pellizcas aquí. —Agarró mi mano y la llevó hasta su estómago por encima de su ropa—. Y me remueves aquí. —La subió hasta su pecho, a la altura de su corazón.

Respiré hondo, intentando ordenar el desbarajuste que estaba creando en mi interior con sus palabras.

—Yo siento lo mismo —admití—. Aun así, no puedo dejar de pensar que algo puede ir mal, me asaltan las inseguridades y hacía mucho tiempo que no permitía que un sentimiento así tuviese cabida en mi vida.

—Sé que no he hecho las cosas demasiado bien y es normal que te sientas así, pero también sé que ambos hemos aprendido y ya no somos esos adolescentes que fuimos, ni tampoco soy el mismo que se subió a su coche hace poco más de dos meses huyendo de los problemas que sabía que dejaba atrás sin querer afrontar.

Asentí, yo tampoco era la misma que hacía dos meses.

—No quiero que nos precipitemos.

—Yo tampoco —aseguró, y nos sonreímos—. Vamos a ir paso a paso, no hay ninguna prisa. —Se acercó a mí y su mirada cambió, volviéndola más pícaro—. Por lo que me han chivado, este tren tiene algunas averías y podemos esperar para embarcar. Podemos subir y bajar todas las veces que nos haga falta, hasta estar completamente seguros de hacer el viaje.

Sonreí y un escalofrío me hizo temblar.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. —Me sonrió y pude sentir cómo mi interior volvía a arder de anticipación.

—Estupendo. Y, ahora, espero que no te importe... —Con presteza, soltó mi cabello de la coleta que lo mantenía a raya del viento y hundió sus dedos en él, pegándose a mí—. Llevo semanas queriendo comprobar una cosa y no pienso esperar ni un segundo más.

—¿El qué? —murmuré ansiosa al ver cómo me atraía hacia él, sabiendo la respuesta.

—Necesito comprobar si tu sabor sigue siendo igual de bueno que en mis recuerdos.

Y, sin esperar un segundo más, sus labios entraron en contacto con los míos, haciéndome cerrar los ojos de puro placer.

Desconocía si para él mi boca tenía el mismo sabor, sin embargo, cuando su lengua se abrió paso entre mis labios, invadiéndolo todo con su esencia, fui consciente de que para mí no había habido otro igual. La mezcla de delicadeza, afecto, devoción, rudeza y posesión a la que me sometían sus labios derretía mi interior y, harta de contenerme por más tiempo, me dejé llevar abriéndome a él con un gemido de satisfacción y mis manos rodeando su cuello.

Cualquier rastro de cordura que quedase en mi interior se disipó cuando, al sentir mi entrega, él dejó escapar por su garganta un gruñido tan sumamente varonil que erizó toda mi piel de

anticipación.

Quizá montarme en el tren cuando aún no estaba reparado se podía considerar una temeridad, pero en el fondo supe que jamás me arrepentiría de haberlo hecho, porque, quien no arriesgaba, jamás iba a ganar.

CAPÍTULO 28

ENDORFINAS

La primera página de nuestra historia...

15 años atrás

Resoplé enfadada cuando vi cómo mi hermana se morreaba con Fede en las gradas del campo de fútbol.

—¿Qué te pasa? —preguntó Adriel a mi lado.

Le miré mientras él le hacía una escueta carantoña a Alana, que gorjeaba contenta en su carro, metiéndose el diminuto y regordete puño en la boca.

La imagen calmó un poco mi malestar, permitiéndome recapacitar. Sabía que, aunque Estrella me había mentido al decirme que tenía que ayudar a Fede con la mudanza de sus padres y pedirme el favor de hacerme cargo de su bebé —mi preciosa ahijada de seis meses—, ellos también se merecían ser jóvenes durante un rato.

—¿Cómo te ves dentro de diez años? —solté sin pensar demasiado en lo que decía.

Adriel se mantuvo unos segundos en silencio y finalmente se encogió de hombros.

—No lo sé, espero que trabajando en algo que me guste y siendo feliz. Un poco lo que queremos todos, ¿no?

Imité su gesto y me encogí también de hombros. Cualquier otro chico de nuestra edad habría dado una contestación mucho más rocambolesca, como siendo futbolista o viajando al espacio, pero esa era una de las cosas que me gustaban de él, que no era como todos ellos.

—Imagino que sí. —Continué empujando el carrito y seguimos avanzando—. ¿A qué edad quieres formar una familia?

Su carcajada espontánea provocó que Alana y yo lo mirásemos embobadas.

—Antes de plantearme algo así sería mejor que me especializase en el tema. —Me miró con un brillo pícaro en los ojos—. Tengo quince años y soy virgen, así que mejor pregúntame en... —añadió e hizo una mueca calculando—, otros quince años, por ejemplo, y lo mismo te puedo contestar a la pregunta con mejor criterio.

—Ya —contesté un poco cohibida al hablar de algo tan íntimo—. Pues, yo ahora que veo los sacrificios que mi hermana y su novio están haciendo por ella —indiqué y señalé a mi sobrina, que miraba contenta a su alrededor en el carro—, no sé si prefiero quedarme como la eterna tía solterona, aunque sin estar rodeada de gatos, que soy alérgica.

Él no me contestó, pero no me importó, Adriel no era un chico que regalase sus palabras así como así, si no tenía nada que decir se mantenía callado, y a mí no me incomodaban sus silencios, sin embargo, este se vio interrumpido por la voz de una chica que lo llamó por su nombre y a la que yo no parecía caerle demasiado bien: su hermana pequeña.

—Te la vas a cargar, mamá está cabreada contigo porque no has cortado el césped —espetó con tono acusador, regalándome una mirada cargada de malestar antes de marcharse pedaleando sobre su bicicleta, tal y como había llegado.

—Mierda —se quejó él—. Le dije que lo haría hoy y se me ha olvidado.

—No pasa nada, yo me encargo de Alana.

—No, ven conmigo.

—¿Seguro? —pregunté dudosa.

—Claro, a mi madre le encantan los bebés —añadió para terminar de convencerme—. Además, si vienes tú, no creo que me eche la bronca.

—Tendrás morro —me quejé, y él se rio.

Pero cuando llegamos a su casa quince minutos después, la única que se quejaba era mi sobrina reclamando su merienda, pues por allí no había ni rastro de la madre de Adriel en ningún lugar de la casa.

—Se habrá ido con alguna amiga —anunció él saliendo de la cocina y tendiéndome el agua caliente que le había pedido un momento antes.

Me concentré en preparar el biberón de la niña siguiendo las indicaciones que ya conocía de otras veces y, cuando se lo hubo tomado, no tardó ni un par de minutos en quedarse dormida en el carro.

—Ya está —susurré mirándola—. Qué buena es.

—Como su tía —bromeó él, y yo le saqué la lengua sintiéndome un tanto cohibida por la situación.

—Será mejor que nos vayamos, si tu madre viene...

—Tardará un rato, ven. —Se dejó caer en el sofá y lo palmeó un par de veces.

Me senté a su lado, y él acarició mi barbilla antes de darme un escueto beso en el que nuestros labios se tocaron con cierta timidez. No era la primera vez que estábamos a solas por accidente y por eso me sentía algo más nerviosa, porque, a pesar de que aún no era adulta, conocía lo necesario para saber que esos besos terminaban derivando en situaciones menos inocentes y que en cualquier momento se nos podía escapar de las manos.

—Adriel...

Mi murmullo se vio acallado por su lengua, que penetró con decisión y soltura en mi boca y, sin saber realmente cómo había ocurrido, cuando me quise dar cuenta estaba tumbada en el sofá de color marrón que presidía el salón de aquella casa, con él recostado sobre mí y la respiración tan alterada como si hubiese corrido un kilómetro cuesta arriba.

Por instinto, pues nadie me había dado tantos detalles como para saber cómo debía hacerlo, mis piernas permanecían abiertas y nuestros centros se mantenían en contacto por la fricción de nuestros movimientos, con la ropa como única frontera.

Me sonrojé al darme cuenta de que en aquella ocasión habíamos llegado más lejos que nunca, y él debió de notar mi azoramiento, porque se elevó sobre uno de sus codos y me observó con la cara congestionada y los ojos brillantes.

—¿Estás bien? —indagó, y yo asentí una sola vez.

Me sonrió, y le devolví el gesto con un poco de timidez.

—Bésame —le rogué. Su boca no tardó en obedecer la orden, pero una de sus manos, algo más desinhibida que la otra, decidió explorar por su cuenta y sobrepasar el límite de la frontera que ambos habíamos marcado sin palabras—. No creo que...

Contuve la respiración cuando su palma apesó con delicadeza uno de mis pechos, experimentando una sensación desconocida, pero a la vez placentera.

—Me gusta, es blandita.

Cerré los ojos, muerta de la vergüenza, y lo sentí sonreír justo antes de volver a besarme. Mis manos se aferraron al pelo que nacía en su nuca, y él se recolocó en su postura. Ese movimiento provocó que nuestras entrepiernas se rozaran con más intensidad, lo justo para que un suspiro escapase de mis labios y su garganta proferiera un lamento.

Observé cómo echaba la cabeza hacia atrás y me miraba con curiosidad para, acto seguido,

repetir el movimiento rotando sus caderas y provocando que, de nuevo, una oleada de sensaciones estallase en mi interior.

Sus ojos no dejaron de observarme, relegando al olvido por un momento los besos mientras nos balanceábamos al compás de una danza que jamás habíamos bailado. Una coreografía con notas prohibidas, placenteras y un poco tormentosas, pues la torpeza provocaba que la presión de su miembro duro sobre el hueso de mi pubis a veces resultase un poco dolorosa.

Ninguno de los dos podía articular palabra, quizá por miedo a romper el momento y hacernos bajar de golpe de esa nueva experiencia, sin embargo, las que sí hablaron fueron nuestras respiraciones, que se fueron haciendo cada vez más enérgicas, envolviéndonos en una nube de clandestinidad subyugadora.

—Alicia... —rogó acelerado.

Aguardé a que dijese algo más, contuve la respiración esperando una reacción o una nueva palabra por su parte, pero unos segundos después profirió un quejido y se dejó caer sobre mí, respirando con dificultad a la vez que apoyaba su cabeza en mi hombro.

Me quedé sin saber muy bien qué hacer ni qué había ocurrido para que detuviese todo aquello. Mi cuerpo rogaba más, sentía palpar mi entrepierna húmeda y al mismo tiempo resentida por sus acometidas. Intenté iniciar un leve balanceo con mis caderas, pero él no reaccionó.

—Perdona, no puedo —dijo al cabo de un momento, levantándose con prisas y abandonando el salón.

Mis cejas se alzaron con incredulidad.

¿Qué demonios había pasado? ¿Es que había hecho algo mal?

Quizá al dejarme llevar le había hecho daño con algunos de mis torpes movimientos.

Mierda, sí. Seguro que había sido eso.

Cogí aire con fuerza, intentando serenar mi desacompasada respiración, y me senté en el sillón, dejando caer la cabeza hacia atrás mortificada al ver que pasaban los minutos y Adriel no volvía.

Y supe que me quedaría con dudas por resolver y también con un dolor en la unión entre mis muslos por sus arremetidas; una molestia que me recordaría lo cerca que estuvimos el uno del otro por unos instantes; un desconsuelo que, unos días después, mientras nos besábamos esa última vez apoyados en una de las rocas de los acantilados, a unos metros de nuestros amigos, aún perduraría, aunque con menor intensidad.

La prueba de que nuestros cuerpos habían sido testigos de una experiencia que ninguno de los dos olvidaríamos.

CAPÍTULO 29

DÉJALO IR

Dos tontos muy tontos.

Actualidad
Domingo, 27 de diciembre

Después de fundirnos el uno en la boca del otro en los acantilados durante un tiempo que nos supo a poco, fui consciente de que debíamos parar si de verdad queríamos ir despacio.

¿De verdad queríamos ir despacio?

Quedándonos más hambrientos que satisfechos, y anticipándonos a que el sol se hubiese marchado por completo, lo cual dificultaría la tarea de regresar al camino del faro con cierta seguridad, emprendimos el paseo de vuelta y, como si aún fuésemos dos adolescentes, no fuimos capaces de despegarnos más que unos centímetros y anduvimos cogidos de la mano incluso cuando nos encontramos con su madre, que jugaba animada una partida de cartas.

—¿Qué hacéis todavía por aquí? ¿No tenéis cosas mejores que hacer que venir a ver a unas viejas jugando al cinquillo? —preguntó con socarronería, y sus amigas nos sonrieron con cierta condescendencia.

Adriel, intentando dejar de ser el centro de todas aquellas miradas, se limitó a preguntarle si quería que la llevásemos de vuelta a casa, pero la mujer rehusó su ofrecimiento, diciéndole que ya se encargaría ella misma de buscar una manera de regresar sin tener que molestarlo.

No me pasó desapercibida la cara de resignación de él cuando quiso insistir, y ella lo despachó con un ademán de su mano escondiendo una sonrisa.

—Es terca como una mula —se quejó cuando caminábamos hacia los aparcamientos.

—Me da la impresión de que no quiere sentirse como un estorbo y le gusta poder valerse por sí misma.

Él asintió escueto antes de accionar el mando que desbloqueaba las puertas del coche y tan solo habló una vez que estuvimos dentro con el vehículo arrancado.

—¿A dónde quieres ir?

Me volví hacia él y, no sabría decir por qué, pero su mirada me enterneció. Fue entonces cuando supe qué era lo siguiente que quería hacer con él. Se me había ocurrido días atrás, en mi locura prerreencuentro y, convencida de que era un plan genial en ese momento, le indiqué que fuese a mi casa.

Llegamos y si mi idea de estar a la intemperie le cogió por sorpresa no lo demostró, incluso aceptó de buen grado que utilizase sus brazos para cargar con un par de mantas y cojines y enfilear nuestros pasos hasta la azotea de la casa de mi hermana.

—Ostras, ¡qué frío! Mi imaginación no ha tenido en cuenta que estamos en diciembre —exclamé nada más subir, advirtiéndole cómo soplaba el viento a mi alrededor en aquella zona tan elevada.

Depositó la bolsa donde había metido algunas viandas y los elementos para poder darle vida a mi idea sobre la manta que él acababa de estirar en el suelo de césped artificial y miré a mi alrededor, escrutando aquel pequeño espacio que en el pasado había sido proyectado como una simple zona para tender la colada, pero que jamás había servido para tal fin.

El verano anterior mi hermana y mi cuñado me lo habían cedido para que pudiese hacer uso de él cuando quisiese. Bromeaban diciendo que más que cinco metros cuadrados me habían concedido un remanso de paz y tranquilidad infantil, en el que además no tenía que entrar en la casa para poder acceder a él, ya que una escalera exterior lo comunicaba con el jardín trasero.

Junto con Leo había colocado una tumbona bastante cómoda en una de las esquinas, un pequeño taburete que hacía las veces de mesita, alguna planta artificial que no requería ningún tipo de mantenimiento y un cañizo en las paredes para darle un toque más acogedor, coronándolo con tiras de lucecitas esparcidas por las cuerdas que bailaban sobre nuestras cabezas, creando un falso techo iluminado que le proporcionaba mucha calidez.

Y, aunque le había dado bastante uso, no subía allí desde el pasado verano.

—Se ha levantado un vendaval —expuso Adriel—. ¿Seguro que no prefieres que bajemos a tu apartamento?

—No —dije rotunda—. Quiero que hagamos algo y tiene que ser aquí, además, nos va a venir bien que haga viento.

Él elevó una ceja hábilmente al escucharme, pero yo, obviando el tirón de mi estómago al imaginarme otra escena más subida de tono encima de aquella tumbona, le animé a sentarse frente a mí.

Adriel agarró la otra manta y, una vez colocado a mi lado, nos cobijó a los dos bajo ella. Suspiré reconfortada, pues el calorcito de su cuerpo sumado al resguardo de la tela me caldeó en un instante.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. —Sonreí.

Su boca se acercó a la mía, pero, un segundo antes de que pudiesen entrar en contacto y el propósito de aquel momento cambiase por completo, apoyé una mano en su pecho para mantener las distancias.

Con cierta confusión desvió su mirada a mis ojos.

—Hace unos días tuve una idea mientras pensaba en ti —comencé a decir sintiendo la cercanía de su cuerpo—. Supongo que el hecho de pensar en cómo podría ayudarte con todo lo que estabas pasando con Carla me tuvo un poco obsesionada —admití y lo sentí tensarse.

—No tenías que haberte preocupado.

Le sonreí y me encogí de hombros.

—Siempre he creído que, para que algo vaya bien, hay que despojarse de lo que no ha funcionado en el pasado, así que, aunque este método no está científicamente probado, creo firmemente que puede ayudarnos.

Saqué de mi bolsillo varios trozos de látex de colores y, tras examinarlos con detenimiento, alzó ambas cejas.

—Si no te explicas un poco mejor...

—Escribiremos en cada globo algo de nuestro pasado que queramos dejar atrás y permitiremos que el viento se lo lleve lejos —dije con entusiasmo—. Así alejaremos de nosotros las cosas que no queremos cargar a nuestras espaldas y dejaremos espacio para todo lo que está por venir.

Adriel me observó con fijeza unos segundos hasta que en sus labios se dibujó esa sonrisa de medio lado que me volvía literalmente loca. Su gesto chisporroteó en mi interior con fuerza y fui incapaz de detenerlo cuando posó sus labios sobre los míos.

—Me gusta —susurró con los ojos cerrados, separándose por un momento de mi boca—. Es una idea estupenda. Tierna y estupenda.

—¿Sí? —le pregunté con entusiasmo.

—Sí, de verdad. —Reí cuando lo vi soplar con fuerza para hinchar el globo, abriendo los ojos cómicamente mientras lo hacía—. Aunque, la próxima vez que se te ocurra algo así, no olvides un inflador automático, por favor. Mis pulmones te lo agradecerán.

Volví a reír mientras encogía el cuello ante una nueva ráfaga de aire, y él me pasó el globo para que lo anudase. Cuando hubo terminado de hacer lo mismo con el otro, le tendí el rotulador permanente, y él comenzó a escribir lo que podría haber sido el prólogo de un libro.

—¡Eh! No, todavía no —me amonestó girándose cuando quise acercarme a leer lo que estaba anotando en él. Al acabar, repasó el texto antes de mirarme—. Ahora sí. Tu turno —dijo tendiéndome el rotulador.

Sabía perfectamente lo que quería escribir y no me llevó más de un par de segundos.

—Ya.

—Vale.

—¿Quieres leer el tuyo?

—Si quieres puedes hacerlo tú misma —me invitó.

—Prefiero que seas tú quien lo materialice en voz alta, quizá eso ayude a sentir que lo dejamos ir con más fuerza.

Él sonrió.

—El método es tuyo, así que tú mandas —se aclaró la garganta y leyó con su bonita y ronca voz—: Decirle adiós a mi carácter conformista y al Adriel que huye de las decisiones importantes, y plantarle cara a la vida.

—Me encanta —admití.

—Gracias.

—Espero que se cumpla —le deseé—. Y, ahora, déjalo ir.

Adriel elevó su mano al cielo y soltó el globo, colándose este entre las pequeñas lucecitas. El primero de sus lastres no tardó en moverse con brío gracias al viento de poniente que soplaba con fuerza.

Espiró hondo cuando bajó la mirada y me la sostuvo.

—¿Te sientes mejor?

—No sé si es sugestión, pero la verdad es que sí. Ha sido sorprendentemente liberador.

—Me alegro. —Le sonreí y le mostré mi globo amarillo donde rezaba—: Dejar de ser dependiente.

Sus ojos se detuvieron más tiempo del necesario en la escueta frase, como buscándole el sentido más allá de las letras.

—Ahora, déjalo ir —susurró repitiendo la misma frase que yo le había dedicado.

Me levanté y estiré mi mano todo lo que pude. Antes de soltarlo cerré los ojos y sonreí. Había ideado ese juego para él, aun así, parecía estar ayudándonos a los dos, pues, como había reconocido Adriel, resultaba reconfortante.

—Si te sirve de algo, creo que eres una mujer muy independiente —expresó cuando me senté de nuevo junto a él.

—En ciertos aspectos sí, en otros no tanto como me gustaría —admití—. Sé que parecerá una tontería, pero a veces me siento como un polluelo que aún no ha aprendido a volar y contempla el mundo desde la seguridad del nido que le han construido sus padres.

—Y en este símil cambiaríamos a los padres por «hermana y cuñado» y «nido» por «apartamento».

Le sonreí.

Había tenido la certeza de que no me defraudaría, sabiendo leer entre líneas, y la intuición no me había fallado.

—Hace ya unos cuantos años que estaba deseando independizarme, pero siempre le veía pegas a las casas que visitaba —inicié mi explicación—. A veces eran excusas tan irracionales que me daba hasta vergüenza reconocerlas. Tiempo después me di cuenta de que nunca hubiese encontrado nada a mi gusto, porque lo que yo quería no era algo tangible, sino la seguridad de mi familia alrededor, por eso cuando mi hermana me ofreció vivir aquí, adaptando el garaje que no utilizaban y convirtiéndolo en un apartamento a mi gusto, ni me lo pensé.

—Entiendo.

—Lo gracioso es que durante un tiempo me engañé a mí misma y me felicité innumerables veces por haber conseguido independizarme por fin, cuando la realidad es que todavía no lo he hecho. —Me mantuve en silencio unos segundos y cogí aire con fuerza—. Bueno, la verdad es que eso no solo me ha ocurrido con la casa, me temo que la historia se repite en mi vida sentimental, aunque eso ya daría para otra docena de globos —bromeé.

—Me gusta escucharte y no tengo prisa —manifestó verdaderamente interesado.

—Se suponía que este juego era para ayudarte a superar tu pasado, no para ahondar en mis tonterías.

—No son tonterías, además, sí que me estás ayudando.

—¿A coger una pulmonía? —me burlé.

—No, a aprender a querer a la Alicia más vulnerable y no solo a la chica divertida, dulce y sin complejos que dejas ver a los demás. Yo sé que detrás de todo eso hay muchas más cosas y quiero conocerlas todas.

Su frase me dejó sin palabras. En cierta manera me dio miedo que él quisiera ver tan dentro de mí, básicamente por si no le gustaba lo que encontraba, así que, con eso en mente, el tiempo transcurrió un poco enrarecido antes de que me animase a hablar de nuevo.

—Te toca. —Le tendí el rotulador. Él no dejó de mirarme en todo el proceso. Ambos nos ocupamos de nuestro globo y, cuando terminó de escribir, esperó a que hiciese lo propio en un silencio penetrante—. No anteponer siempre a los demás en vez de a mí misma —leí antes de lanzarlo al aire con ganas.

—No permitir que me hagan sentir vergüenza por mi profesión —recitó a la vez que me imitaba.

—Olvidar las inseguridades y quererme más —continué con el siguiente.

—Olvidar las inseguridades y quererte más —repitió utilizando mi frase a su conveniencia, pues ambos sabíamos que él no había escrito eso.

No permitió que viese lo que realmente había garabateado, adelantándose a soltarlo mientras me guiñaba un ojo. Y, aunque me estaba gustando conocer esa parte más vulnerable de Adriel y continuar con el juego, también necesitaba calmar los latidos de mi corazón, que se habían desbocado al escucharle.

Recurrí a algo seguro intentando aligerar el ambiente.

—Superar mi fobia a las manzanas —recité.

Sin dejar de mirarnos nos sonreímos y lo dejé ir entre mis dedos.

Cuando terminó de anotar el suyo se acercó a mí, dejando un espacio ínfimo entre nuestros rostros, y me di cuenta de que no, no había servido de absolutamente nada mi táctica para calmar el ambiente, ya que con esa cercanía había conseguido alterarme aún más, provocando que quisiese abandonarme en su boca y olvidar todo lo demás.

—Recuperar el tiempo perdido —murmuró y capté vagamente su gesto por el rabillo del ojo,

aflojando el agarre de la esfera en dirección al cielo.

Sin poder dejar de observarlo, llevé mi mano a su cara y, con tan solo las yemas de mis dedos, reseguí el contorno de su mandíbula, sin apenas rozarlo, hasta llegar a ese trozo de cielo que me apasionaba y que tenía grabado en el cuello de forma natural.

«Mi» trozo de cielo.

—No se me ocurre nada más —admití en un susurro.

—¿Quieres que te ayude?

Su ofrecimiento tan próximo a mi cuerpo, con ese punto de provocación y su tono grave, me encendió. Tan solo tuve tiempo de apresar mi labio inferior entre mis dientes antes de que su boca atacase a la mía en una caricia que erizó el vello de mi nuca y encendió la línea general que le daba corriente a mi cuerpo.

A partir de ese minuto todo cambió; lo que nos había llevado hasta allí arriba quedó en el olvido a medida que los besos se fueron haciendo cada vez más salvajes y nuestras respiraciones incrementaban la temperatura de nuestros cuerpos. Me olvidé de todo hasta el punto de dejar caer la manta y acabar los dos tumbados sobre el duro suelo, obviando la ropa que aún nos cubría y abandonándome a las sensaciones que la boca y las manos de Adriel despertaban en mí.

En un momento determinado se detuvo y en su mirada pude encontrar un brillo de nostalgia que confirmé cuando habló.

—Esto ya lo hemos vivido. —Su voz se adivinó entrecortada a la vez que pasaba un mechón de mi alborotado flequillo tras mi oreja.

Sonreí traviesa.

—No, exactamente. Me temo que la que estaba tumbada era yo y juraría que tú estabas encima de mí.

—¿Sí? —preguntó con fingida duda.

—Ajá —murmuré mirando con codicia sus labios.

—¿Qué tal si me refrescas la memoria? —Respiré entrecortadamente cuando acabé con la espalda apoyada en el suelo y él entre mis piernas; el gesto parecía haber sido ensayado—. ¿Algo así?

—Algo así —repetí. Me besó y comenzó a moverse sobre mí—. Esto no debe ser bueno —me quejé en un lamento, sintiendo que se me fundía el cerebro con el balanceo de sus caderas, sutil, pero perceptible.

Su gruñido enfebrecido me hizo contener la respiración.

—No puede ser tan malo cuando lo hacíamos siendo dos inocentes niños.

—Han cambiado algunas cosas desde entonces —rebatí mordiéndome el labio.

—¿Como qué? —preguntó con la voz contenida, separándose unos centímetros y mirándome con intensidad. Busqué el contacto con su cuerpo elevando mi pelvis, y él sonrió, conocedor de lo que deseaba—. ¿Qué cosas han cambiado? —cuestionó una vez más.

—Tu cuerpo, el mío... —enumeré y con mis piernas envolví sus caderas para bajarlas hasta las mías y así dejarle claro a lo que me refería, pues la dureza de su entrepierna evidenciaba un buen ejemplo de lo que había «madurado» con el paso de los años—. La experiencia.

—Y, sin embargo, me siento tan nervioso como aquella primera vez que me hiciste correrme en los pantalones —anunció en mi oído.

Acto seguido me mordió el lóbulo de la oreja y lo acompañó de una embestida que me provocó un gemido involuntario. Cerré los ojos con fuerza y algo hizo clic en mi cerebro cuando mi mente captó el sentido de su frase.

No había vuelto a cuestionarme lo que había ocurrido aquel día sobre el sofá de su madre ni

el motivo por el que nuestro encuentro había terminado tan abruptamente. Pensándolo en frío la conclusión era obvia, aun así, aquella chica inexperta jamás se había planteado esa hipótesis y la adulta en la que me había convertido no se había parado a analizar ese momento en concreto hasta que él se había confesado.

«Y, sin embargo, me siento tan nervioso como aquella primera vez que me hiciste correrme en los pantalones».

«... me hiciste correrme en los pantalones».

Sobre mí.

Él embistiendo a mi versión ignorante y cándida.

Yo tomando contacto con el deseo carnal gracias a él.

Y en mi estupidez supina creí que se alejaba porque algo no había ido bien, porque le había hecho daño.

¿Se podía ser más absurda? Francamente, lo dudaba.

Mi pecho tembló presa de los nervios y la adrenalina. Mis hormonas llevaban días alteradas, tenía las neuronas fritas y su esencia invadiendo mis fosas nasales fue la gota que colmó el vaso y el detonante para provocarme la reacción más inesperada: me eché a reír.

Por más que lo intenté, y podía jurar que había tratado de impedirlo con todas mis fuerzas, me fue imposible aguantar el aluvión de carcajadas que escaparon de mi garganta.

Como era de esperar, Adriel detuvo el movimiento de su cuerpo y me miró con una mezcla de diversión y confusión de lo más cómica, pero tuve que erguirme para quedar sentada, pues para empeorar la situación, ya de por sí penosa, me había dado un ataque de tos de lo más ridículo a causa de la risa.

—¿Estás mejor? —me preguntó sin salir de su asombro.

—Sí, disculpa. —Me limpié las lágrimas que se agolpaban en la comisura de mis párpados—. Qué risa más tonta. —Me tendió la botella de agua que habíamos subido y me miró elevando las cejas con interés—. Perdona el numerito —me disculpé una vez más—. No he podido controlarlo.

—No pasa nada, solo espero que no te rieses de mí.

—Pues un poco sí —admití y me expliqué antes de que el ambiente se enfriase aún más—. Jamás me había parado a pensar que lo que ocurrió en casa de tu madre fue que te habías... —Hice un gesto con mis manos hacia su entrepierna, y me miró con socarronería.

—¿Corrido en los pantalones?

«Y, sin embargo, me siento tan nervioso como aquella primera vez que me hiciste correrme en los pantalones».

—En mi defensa diré que era joven e inexperta.

—Vamos, Alicia. No me lo estarás diciendo en serio. —Me encogí de hombros—. ¿Y qué te pensabas que había pasado? ¿Que me había dado un apretón en el peor momento?

—No. —Contuve la risa—. Siempre creí que tú también te habías hecho daño y por eso te apartaste. La verdad es que nunca me paré a contemplar otra opción.

—¿«Yo también»? —repitió con desconfianza—. ¿Es que te hice daño?

—No mucho.

—Alicia...

—Vale, sí. Me pasé varios días dolorida.

Resopló contrariado y me miró con la frente arrugada.

—A quien se le diga que llevamos todos estos años equivocados en algo tan simple ni se lo cree. Yo pensando que tú también habías disfrutado, y tú creyendo que me habías roto algo. —

Negó con la cabeza—. Menudos dos pardillos estábamos hechos, chica manzana.

Tras su frase rompimos a reír como solo podían hacer dos verdaderos necios, que en el fondo tienen un poco de miedo de sentarse en el vagón y ver el paisaje desfilarse mientras recorren el mundo juntos.

CAPÍTULO 30

DELICIOSA

Cuidado con lo que pides, porque puede que te cambie para siempre.

Actualidad
Lunes, 28 de diciembre

Odiaba salir a correr sola.

Como norma general solía acompañarme mi cuñado o mi sobrina mayor, pero, curiosamente, esa mañana agradecí en cierto modo que ninguno de los dos hubiesen podido hacerlo; él, por estar trabajando, y ella, por encontrarse mal.

Dicho así podía parecer que me alegraba de que Alana hubiese cogido un enfriamiento el día anterior en el faro, cuando la verdadera razón de preferir la soledad era que mis pensamientos ocupaban casi la totalidad de mi mente y resultaban tan acaparadores como para considerarlos suficiente compañía matutina.

Tenía que poner las cartas sobre la mesa y admitir que era absurdo continuar engañándome a mí misma, cuando en el fondo sabía que Adriel con su historia pasada, sus posibles lastres y esa manía suya de mostrarse gloriosamente imperfecto ante mí me había calado tan hondo que me resultaba prácticamente imposible sacarlo del más nimio de mis pensamientos.

Algunos lo llamarían enamoramiento, yo prefería no gafarlo y evitar ponerle etiquetas a lo nuestro, una historia que tan solo estaba aprendiendo a caminar, con pequeños y tímidos pasitos uno tras otro.

Sumida en mis pensamientos, y sin dejar de correr, no advertí el sonido de la bicicleta que venía de frente hasta casi tenerla encima. Dejé ir un pequeño grito, sobresaltada, a la vez que me apartaba del camino, huyendo de la trayectoria del ciclista, que para mi suerte resultó ser Dara, la hermana de Adriel.

—Perdona —me excusé con la respiración agitada por el esfuerzo de la carrera y el susto.

—¿Estás bien? —preguntó casi a la misma vez.

Sus ojos se encontraron con los míos y fui capaz de advertir el momento exacto en el que se dio cuenta de a quién tenía delante, porque su mirada cambió por completo a una más inclemente y distante.

—Sí, no ha sido nada —contesté con una sonrisa conciliadora—. Y tú, ¿estás bien?

—Sí —respondió escueta.

La vi moverse hasta recolocarse en la bicicleta, con la clara intención de marcharse.

—¿Cómo está tu madre?

Giró la cabeza en mi dirección.

—Bien.

—¿Conseguiste que se tomara la medicación?

Había valido la pena utilizar la información que me dio Adriel por mensaje la noche anterior, justo antes de dormirme, pues mi pregunta pareció pillarla momentáneamente por sorpresa.

Dara inclinó su cabeza y frunció los ojos.

—Sí. Sí que se la tomó —admitió—. Me tengo que ir.

—Está bien. Hasta luego.

Sin querer dilatar más el momento, reajusté la cinturilla de mi pantalón deportivo dispuesta a reiniciar la carrera y, en el momento en el que comencé a trotar, su voz me detuvo.

—¡Alicia! —Me giré y la miré en respuesta—. Gracias por devolvérmelo.

Con la misma determinación con la que me había llamado, montó en su bicicleta y se alejó de mí, dejándome confusa a la par que satisfecha por ese breve acercamiento. Jamás entendí por qué, desde siempre, Dara se comportaba de esa manera distante y fría conmigo; no creía haberle dado motivos para caerle mal, pero la verdad es que así había sido siempre.

Y, con todo ello en la cabeza, regresé a casa.

Como cada día desde hacía justo una semana, sonreí al entrar en el baño, ya que las letras que había escrito Adriel continuaban plasmadas en el espejo. Me negaba a borrarlas. Podía parecer un gesto cursi, pero era observarlas y se me instalaba una sonrisa en la cara difícil de disipar.

Acababa de quitarme los pantalones cuando unos golpes en la puerta me alertaron.

—¡Voy! —grité.

Abrí y el escrutinio de mi visitante, recorriendo mis piernas hasta ascender por mis muslos, me turbó.

Agarré la parte baja de mi camiseta y la estiré hasta tapar mi trasero, apenas cubierto por la ropa interior.

—¿Qué haces aquí? —solté nerviosa.

—¿Puedo pasar?

—Claro. —Me eché a un lado con las rodillas a medio doblar en un gesto algo forzado. Sinceramente, no quería que, la primera vez que Adriel viese mi culo, este estuviese sudado y cubierto por unas braguitas básicas de algodón de las que me ponía para salir a correr.

»Pasa —le invité—. ¿Quieres desayunar? Coge lo que quieras, siéntate y ponte cómodo. Me ducho y salgo enseguida —recité casi a la carrera.

—Vale —respondió divertido quitándose el abrigo.

—Y perdona el desorden, he salido a correr y aún no me ha dado tiempo a recoger —me excusé cuando advertí el caos a nuestro alrededor.

—Es muy temprano.

—Ya.

—¿Me estás diciendo que son las ocho y media de la mañana, pero tú ya has ido a correr y has vuelto? —preguntó y fue entonces cuando me di cuenta de que su cara reflejaba aún las marcas de la sábana.

Me reí comedida y asentí.

—¿Hay algo mejor que salir a hacer deporte por la mañana temprano?

—¿Cualquier cosa?

Volví a reír y me metí en el baño guiñándole un ojo.

Sobra decir que fue la ducha más rápida e intranquila de mi vida, pues me era imposible no imaginármelo entrando de repente en el reducido aseo, descorriendo la mampara de la ducha y provocándome una combustión espontánea con su mirada decidida, mientras se arrancaba la ropa y quedaba gloriosamente desnudo frente a mí.

«Pasito a pasito, Alicia. Pasito a pasito».

Y, a pesar de que me recité a mí misma varias veces ese mantra, salí más acalorada del baño de lo que había entrado.

—Hola.

—Hola —le devolví el saludo con la culpabilidad de mis pensamientos pintada en la cara.

Si hubiese dejado salir en ese momento lo que mi mente recreó al verlo apoyado con

confianza en la barra de mi cocina, tomándose un café y bostezando, me habrían podido denunciar por escándalo vecinal, como poco.

Nunca antes me había refrenado en el aspecto sexual, no me había importado intimar y llegar a ese punto con mis anteriores parejas, sin embargo, con él lo sentía diferente; era como terminar de arrancar el papel de un regalo que, incluso siendo consciente de qué es lo que esconde, te invade la euforia de la sorpresa mientras lo despojas de los últimos resquicios del envoltorio con lentitud.

No obstante, saber que mi mente racional aún no quería dar ese paso con Adriel, no fue razón suficiente para detenerme.

Esos pensamientos no volvieron a hacer acto de presencia en mi subconsciente mientras caminaba con la toalla bajo los brazos como única barrera entre mi cuerpo y sus ojos, sintiéndome poderosa y moviendo las caderas con sensualidad al desplazarme por el apartamento.

Tampoco me refrené cuando, al llegar a mi dormitorio, agarré los paneles que pendían del techo y que hacían de separación entre ambas estancias y los deslicé con lentitud. Una vez corridos, encendí la luz de mi mesilla de noche. La excitación y la expectación me dieron las alas necesarias para querer provocarlo de aquella manera o puede que fuesen las ganas que tenía de él. Reconozco que fui conocedora en todo momento de lo que iba a hacer y no me arrepentí ni un segundo.

Mientras me despojaba de la toalla e impregnaba mi cuerpo con la crema hidratante, fantaseé con lo que verían sus ojos. Proyecté en mi mente cómo mi silueta se estaría dibujando perfectamente a través de los paneles claros, como cuando en una película alguien se desnuda tras una cortina y el efecto de las luces deja latente la sensualidad del momento, e imprimí una cadencia lenta, pero segura, a cada uno de mis movimientos.

Quizá por estar tan sumida en mis gestos al colocarme la ropa interior, no llegué a advertir su cercanía y me sobresalté sinceramente cuando lo sentí a mi espalda.

—Se transparenta —murmuró en mi oído e inmediatamente me di la vuelta, necesitando conectar con su mirada y ver su expresión.

—Lo sé.

Su sonrisa torcida y el escrutinio al que sometió a mi cuerpo fueron la chispa justa que faltaba para terminar de prender todo mi interior.

Paseó su mirada vehementemente por mis pechos elevados gracias al sujetador de encaje burdeos que me acababa de colocar y el roce de su aliento sobre mi boca me hizo coger aire con fuerza.

—¿Estás intentando provocarme?

Con sus manos rodeó mis caderas casi desnudas, apoyándolas finalmente en la parte baja de mi espalda. Yo llevé las mías hasta sus hombros e, impulsándome sobre las puntas de mis pies, me alcé hasta quedar a la altura de su oreja, la cual mordí con un ronroneo.

—Puede... —susurré sobreexcitada.

Sentí sus manos apresar mis glúteos con determinación y codicia, y un gemido ronco escapó de su garganta eclipsando el sonido de mi respiración estremecida.

—Pues, enhorabuena, lo has conseguido. Me vuelves loco. Tu culo me vuelve muy loco.

—Gracias —respondí halagada—. Es culpa de salir a correr tan temprano, el ejercicio ayuda a que parezca acero para barcos rusos.

Su carcajada grave viajó directamente hasta mi sexo, contrayéndolo expectante.

Aproveché ese momento para morder con codicia su apetecible labio inferior y su quejido me

hizo sonreír.

Juntos nos desplazamos un par de pasos hasta que su espalda dio contra el armario.

—Tengo que pedirte perdón —comencé mi alegato.

—¿Por? —preguntó negándose a dejar de besarme y tocarme.

—Porque anoche me cargué el momento.

—Me hiciste un favor —murmuró excitado—. Con el frío que hacía seguramente hubiese quedado en ridículo.

Ambos supimos que esa excusa no iba a colar.

Sonreí contra sus labios, y él aprovechó para invadir con su lengua mi boca. Si algo tuve claro es que no me cansaría nunca de sus besos, de la pericia de su lengua y la mezcla que imprimía de pasión, suavidad y entusiasmo en cada encuentro de nuestras bocas. Y necesitaba más, mucho más de él.

—¿No crees que estamos en desigualdad de condiciones?

—Es posible.

Me mordí el labio con expectación mientras le despojaba del chaleco y llevé mi mano hasta el borde de sus pantalones. Con ganas de provocarle, introduje los dedos por la ancha cinturilla, acariciando con el dorso de la misma su abdomen, pero, cuando tan solo había avanzado un par de falanges, el tacto sedoso y terso de la punta de su miembro, libre de ataduras, me intimidó.

—¿Asustada, chica manzana? —bromeó al ver que me detenía.

—No llevas ropa interior.

—No.

—¿No la usas?

—Solo cuando la ocasión lo requiere —contestó con una sonrisa—. ¿Por? ¿Tienes algún problema con ello?

—Ninguno.

—Bien.

Dio por terminada la conversación y, justo antes de que su boca tocara la mía de nuevo, hablé deteniéndolo:

—¿Y no te molesta el roce con la ropa? —Él me miró alzando una ceja, y capté el mensaje que transmitió su mirada—. Vale, después me lo cuentas.

—Mejor —convino—. Y, ahora, si no hay ningún otro tema que quieras tratar...

Negué con la cabeza y le sonreí.

—Ninguno.

—Excelente. Ven aquí.

Su mano derecha agarró mi cuello con codicia y su boca arrasó con la poca cordura que quedaba en mí.

Supe que estaba totalmente perdida cuando su lengua recorrió el contorno que quedaba a la vista de mi pecho y toda mi piel se erizó ante su contacto, exigiendo más.

Llevé mis manos hasta la parte trasera de mi sujetador con la firme intención de despojarme de él, pero sus dedos agarraron los míos y, con la misma determinación con la que me había detenido, nos hizo girar, quedándome colocada de cara al armario, y él, a mi espalda.

Me arqueé al sentir el tacto de sus yemas resiguiendo el camino de mi columna. Su respiración acompañaba el movimiento de sus dedos y quise que aquel momento quedase grabado para siempre en mi mente, hasta que el mundo dejase de girar para mí, pues fue la primera vez en toda mi existencia en la que fui consciente del verdadero significado de la palabra «rendición».

Giré mi cara para poder verlo sin percatarme de que ese simple gesto significaría un antes y un después en nuestra historia, en lo que comenzaba a sentir por él, ya que su imagen me devastó, me hizo sentir tan sumamente completa allí, en aquel mismo instante, que algo en mi interior encajó perfectamente.

Observé cómo sus ojos permanecían concentrados en la tarea de sus dedos mientras que su labio inferior, ese al que me había vuelto adicta y que me gustaba morder cuando lo tenía a mi alcance, era apresado por sus dientes con fiereza, pero también con contención.

Y en un momento dado él debió de notar la fuerza de mi mirada, porque elevó su cabeza con lentitud y, justo cuando nuestros ojos conectaron expresando la necesidad que sentíamos, sus dedos se deslizaron por mi sexo haciendo que gimiese al apreciar la humedad traspasar mi ropa interior.

Adriel cerró los ojos y lo vi coger aire con fuerza.

Dediqué un solo segundo a pensar que esa era la primera vez que estábamos así, tan cerca el uno del otro en todos los sentidos, pues no solo nuestros cuerpos eran los que estaban interactuando allí, sino que toda nuestra esencia se podía palpar alrededor de la habitación.

Fue la primera y que no sería la única era una certeza irrefutable, porque fui consciente de la magnitud con la que lo necesitaba en mi vida, un sentimiento tan potente que incluso me abrumaba.

—¿Estás bien?

Asentí sin entender el motivo de su pregunta, aunque, cuando un par de lágrimas escaparon de mis ojos furtivamente debido al movimiento de mi cabeza, comprendí su intranquilidad.

Las sequé con rapidez y me erguí, dándome la vuelta y enfrentándolo de nuevo. Entonces quise ser yo la que descubriese su cuerpo a placer. Él, al ver que me afanaba en subir su camiseta, se la quitó con maestría y me miró, quedándose quieto y expectante, dejándome hacer. Observé su cuerpo fibroso y sutilmente ejercitado, donde los músculos resaltaban en su justa medida.

Y, si vestido me resultaba atractivo, al natural era irresistible.

Muy irresistible.

Elevé mis manos hasta su vientre y ascendí lentamente, recreándome en cada surco y valle, acariciando con deleite el contorno de los músculos de su abdomen. Su piel se erizó ante mi contacto y sonreí lasciva al pellizcar ligeramente uno de sus oscuros pezones y escuchar su respuesta en forma de gruñido.

—¿Te diviertes?

—Mucho —admití sin mirar su rostro, concentrada en mis dedos. Fue entonces, borracha de él y de su esencia, cuando dejé salir una pregunta que llevaba demasiado tiempo rondando mi cabeza—. ¿Qué pensabas?

—¿Qué? —Advertí el desconcierto en su voz.

—¿Qué pensabas cuando salíamos juntos y nos pasábamos toda la tarde dándonos besos? —Conecté con sus ojos y el brillo atrevido que desprendió su mirada me hizo contener la respiración—. ¿Qué imaginabas después?

—¿Qué quieres saber exactamente? —indagó con la cabeza ladeada—. Será mejor que seas clara, así evitaremos malentendidos.

Aprecié la tensión contenida en su tono, el toque pícaro y divertido que se escondía tras sus palabras, y quise que ambos jugásemos al mismo juego.

—Todo.

Elevó una ceja.

—Todo —repitió.

—Sí.

Sin apartarnos la mirada, sus manos se posaron en mi cintura y ascendieron por el lateral de mis costados, provocando que me encogiese de anticipación al sentir un tenue amago de cosquillas que quedó en el olvido cuando un ramalazo de placer me hizo gemir.

¿Me había pellizcado los pezones a través de la ropa interior?

Sí, justamente eso había hecho.

—Te has vuelto muy curiosa con los años, ¿no?

—Siempre lo fui —murmuré encendida.

—Creo que es más divertido si, en vez de contártelo, te lo muestro —determinó apresando mis labios en un beso voraz—. ¿Te parece bien?

Mis manos agarraron el pelo de su nuca y la entrega de mi cuerpo fue la respuesta que estaba esperando, por lo que con decisión apresó mi trasero de nuevo a la vez que su boca se deslizaba por mi cuello.

Cerré los ojos, abandonada a las sensaciones, y sentí un violento aumento del placer que me recorría cuando sus caricias se desplazaron hasta mi escote, donde, tras unos segundos torturándolo, agarró el borde del sujetador y lo deslizó hacia abajo, liberándome de su confinamiento.

Apreté mis ojos cerrados, expectante ante su siguiente movimiento y, al notar que pasaban los segundos y él no reaccionaba, los volví a abrir.

—Eres jodidamente deliciosa —pronunció mirando tan fijamente mi busto que me recorrió un escalofrío.

—Gracias.

—Deliciosa —insistió fijando su escrutinio en mis ojos—. Y tan diferente...

Elevé una ceja al escucharlo, pues, aunque mi autoestima no tenía ningún problema ni inseguridad, tampoco era de piedra.

—¿Sí?

Asintió sin prestar demasiada atención a mi mohín y toda incertidumbre por lo que le podía parecer mi cuerpo quedó zanjada cuando, elevando ambos pechos, se agachó ante mí y con devoción succionó y acarició ambos pezones con labios y dedos.

—Adriel... —supliqué suspirando unos minutos después, al borde del colapso.

Él interpretó mi ruego incluso mejor que yo misma. Irguiéndose frente a mí me agarró de la mano y avanzó un par de pasos hacia mi cama, donde se sentó con confianza, haciendo que me acercase a él.

La combinación de su altura y la del mueble hicieron que mi pubis quedase a la medida justa de su cara, y Adriel, conocedor de ello, sonrió canalla antes de acercarme hasta su posición, agarrándome de los glúteos.

Dibujó una mueca cargada de lujuria justo antes de pegarme a su rostro. Un segundo después hundió la cara en mi centro y lo sentí aspirar con fuerza para acabar mordiendo mi monte de Venus.

Al oír su gruñido de satisfacción, mi mano derecha se enredó en su pelo y tiré de él con la fuerza justa para que elevase los ojos hacia mí.

—Estás jugando con fuego —le advertí y un brillo peligroso cruzó su iris.

—Solo estoy respondiendo a tu curiosidad —explicó con fingida calma—. Y esta siempre ha sido una de mis fantasías más recurrentes. —Elevé una ceja, realmente interesada.

»No debería sorprenderte, chica manzana, estoy seguro de que siempre has sabido lo que

provocas en mí.

Negué con una sonrisa aturdida en los labios, pero el gesto se borró de mi rostro transfigurándolo en una mueca de goce cuando volvió a apretarse contra mi ropa interior, humedeciéndola aún más con las pasadas de su lengua.

Una sensación de poder sumamente satisfactoria se hizo fuerte en mí. Con su cabeza inclinada hacia un lado volvió a conectar su mirada con la mía, me guiñó un ojo al mismo tiempo que me bajaba las braguitas por los muslos y, antes de que me quisiese dar cuenta, me tenía gimiendo y retorciéndome de placer mientras su lengua se afanaba en volverme loca.

Y cumplió con todas y cada una de las expectativas que me había podido hacer sobre él y el placer que me podía provocar con tan solo unos cuantos roces, pues me regaló un orgasmo demoledor que me supo a gloria y en el que me tuve que contener para no vocear su nombre en cada espasmo de mi cuerpo.

Porque sí, señoras y señores, me acababan de practicar el mejor sexo oral de mi existencia a la vergonzosa edad de veintinueve años, aunque la euforia me duró poco, porque, sin poder terminar de paladear lo que había ocurrido y aún con las sacudidas de placer coleando por mi cuerpo, el sonido de unas llaves introduciéndose en la puerta de entrada a mi apartamento me trajeron de golpe a la realidad.

CAPÍTULO 31

EL CHAMPIÑÓN

Vuelve, a casa vuelve, por Navidad.

Actualidad
Lunes, 28 de diciembre

—¡Y por fin la tenemos con nosotros! —exclamó Leo aplaudiendo teatralmente cuando atravesé la puerta que conectaba con la casa de mi hermana.

Estrella se aguantó la risa y a mí no me hizo falta mucho más para discernir que él ya le habría desvelado el motivo por el que prácticamente le había echado de mi apartamento un rato antes.

—Eres idiota.

—Qué cosas más preciosas le dices a tu mejor amigo después de tanto tiempo sin verlo. Qué bonito... —replicó fingiendo estar dolido cuando llegué hasta ellos. Negué divertida y lo abracé con cariño—. Hola —murmuró sobre mi pelo.

Aspiré su aroma y sonreí. Le había echado mucho de menos.

—Hola, cariño. —Al separarnos y ver su expresión pude adivinar qué sería lo siguiente que saldría de sus labios, por lo que le empujé con diversión y le advertí con mi dedo índice alzado hacia su cara—. Mantén la boca cerrada.

Él abrió los ojos cómicamente e hizo el gesto de echar una cremallera sobre sus labios, pero le conocía demasiado bien para saber que no dejaría pasar el tema tan fácilmente, si en ese momento lo estaba haciendo, era tan solo porque Alana estaba sentada en la mesa de la cocina y podía oírlos.

—Toma, mi niña. —Escuchamos que le decía Juani a mi sobrina, tendiéndole un vaso humeante—. Tu madre te ha hecho un caldito riquísimo. Ya verás lo bien que te sienta.

—No puede ser, me han destronado —se lamentó Leo grandilocuentemente al ver que las atenciones de la mujer no iban dirigidas hacia él—. Me voy dos meses y adiós a los privilegios con mi mejor aliada.

Juani le sonrió astuta y le besó la mejilla cuando pasó por su lado.

—Eso te pasa por venir sin avisar.

—Quería darle una sorpresa a la señorita. —Me señaló con la cabeza—. Pero me temo que al final el sorprendido he sido yo.

—Leo... —le advertí.

—Por lo guapa que estás —completó con retintín y me guiñó un ojo, gesto que me transportó a lo que había ocurrido un momento antes en mi apartamento.

A esos ojos de Adriel expresando sin palabras de qué manera iba a revolucionar mi mundo. A sus manos bajándose la ropa interior por los muslos, erizándose la piel de anticipación, elevando mis ganas a algo casi doloroso. A su guiño obsceno antes de enterrar la cara entre mis piernas y regalarme un momento grandioso y sumamente placentero. A cuando...

—Todavía haces que se sonroje, así que no pierdo la esperanza —discernió erróneamente Juani al ver mi azoramiento.

Centré la vista en Leo y me encontré con su sonrisa granuja y ambas cejas arqueadas. Lo

miré, abriendo los ojos más de lo normal, en señal de advertencia, justo cuando mi hermana mandaba a mi sobrina a descansar, y mi cuñado abría la puerta que conectaba con el jardín.

El recién llegado saludó a Leo con entusiasmo y al pasar por mi lado me revolvió el flequillo con cariño.

Sonreí y vi cómo llegaba hasta su mujer y, agarrándola por la cintura desde su espalda, besaba su mejilla. Ella le devolvió el gesto echando la cabeza hacia un lado, pausando durante un momento la tarea de cortar verduras que la mantenía entretenida.

—Hola, preciosa —le dijo él con devoción—. ¿Cómo sigue?

—Ya no tiene fiebre, pero aún se encuentra mal —explicó refiriéndose a su primogénita—. Acaba de comer algo y la he mandado a descansar.

Él asintió.

—Si te parece voy a darme una ducha antes de salir a comprar lo que falta del supermercado y desde allí voy directamente a recoger a los niños a casa de tus padres.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿A la ducha? Siempre. —Se rio al ver el gesto de mi hermana—. No, no te preocupes, quédate en casa, por si Alana te necesita.

—Vale.

—Te quiero.

—Y yo a ti —le correspondió ella cuando él ya caminaba hacia las escaleras, por donde se perdió unos segundos después.

Suspiré melodramática y realmente emocionada.

—Quiero uno igualito.

Estrella se carcajeó, y a Leo le faltó tiempo para rebatir.

—Pues vas por el buen camino, hace un momento tenías a uno postrado ante ti.

—Ya estamos —me quejé.

—Si de verdad esperabas que no sacase el tema... —añadió Estrella.

Él se encogió de hombros y asintió de acuerdo con sus palabras.

—Vale, será mejor que lo zanjemos cuanto antes —transigí, y él sonrió conforme—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Si puedo pedir, me gustaría que primero hicieses un resumen —solicitó mi hermana—. Estoy un poco perdida.

—¿No le has contado nada? —Se sorprendió Leo.

—Tampoco ha habido demasiado que contar —me quejé por la acusación, pero terminé haciéndoles a ambos un resumen de mi corta historia con Adriel hasta la tarde anterior.

Les hablé de mis inseguridades al principio, de las dudas cuando él rompió la relación con Carla y de los miedos que me asaltaban cuando pensaba en si estaría o no listo para una nueva relación o sería demasiado pronto para ello.

—Bueno, si él te ha dicho que está preparado...

—Aunque también te dijo que tenía novia y al mismo tiempo no paraba de tentar a la suerte poniéndote la miel en los labios —añadió Leo, siendo conocedor de todo desde el principio.

—Lo sé, y no creas que no le he dado vueltas, pero en el fondo siento que este puede ser nuestro momento y no quiero lamentarme después por no haberlo intentado —manifesté con confianza.

Acto seguido les narré el resto. El momento que habíamos vivido en el acantilado, la conversación que habíamos mantenido sobre nosotros y también mi idea con los globos, juego

que había dado pie a todo lo demás, de lo que tampoco quise darles demasiados detalles, pues había cosas que no quería compartir con nadie que no fuese Adriel, aunque sí que les confesé cómo había mandado al cuerno la excitación que se había creado entre los dos.

—«Alicia, mujer única cortando el rollo». —Se rio mi amigo con exageración cuando revelé el final de la noche anterior.

—Pues a mí me parece bonito —añadió mi hermana—. Seguro que lo recordaréis con cariño cuando pase el tiempo.

—Ya te está casando.

—No seas bruto —le reprendió ella con afecto.

Leo se recolocó en el taburete y se acodó en la barra de la cocina. Frotó sus manos con excitación y me miró alzando ambas cejas.

—¿Quéééé? —Alargué la palabra exagerando mi pregunta.

—¿Cómo que «¿quéééé...?»? —Imitó mi voz, muy mal, a decir verdad—. Ahora viene la parte más interesante.

Negué con la cabeza.

—No pienso dar ningún tipo de detalle más.

—Al menos explícanos cómo hemos pasado de estar jugando con globitos, y el posterior señor gatillazo, a lo que yo he visto esta mañana al llegar.

—¡Leo! —lo reprendí—. No hubo gatillazo y, por lo que más quieras, ¿puedes dejar de ser tan... tan...?

—Tan Leo —añadió mi hermana entretenida.

—No seas santurrón, anda, que no te pega nada.

—No lo soy —me quejé y resoplé resignada—. Ha llegado esta mañana a casa cuando yo regresaba de correr, me he dado una ducha mientras él esperaba y cuando he salido una cosa ha llevado a la otra.

—«Una cosa ha llevado a la otra», es la manera que tiene tu hermana de decir que ha terminado con la cara de Adriel metida entre sus piernas y una sonrisa parecida a la que luciría el gato de su amiga la del País de las Maravillas si se hubiese colocado de marihuana hasta la extenuación —explicó Leo a mi hermana mordazmente.

Puse los ojos en blanco y bufé, conteniendo una sonrisa.

—Señor, dame paciencia. —Volví mi vista hacia ellos y negué con la cabeza, divertida, al ver cómo reían con camaradería—. Está bien, ¿queréis datos? Pues aquí tenéis uno jugoso: no utiliza ropa interior.

En ese momento no caí en la cuenta de que nunca se me había dado demasiado bien fanfarronear.

—Bueno, no es tan jugoso, ¿eh? Lo mismo si nos cuentas cómo lo has adivinado... Porque cuando yo he llegado él aún tenía puestos los pantalones.

Joder, qué observador había sido en los escasos segundos en los que yo tardé en recoger la toalla que había quedado olvidaba en el suelo, cubrirme con ella como buenamente pude, lanzarme a la carrera hasta la entrada y echarlo de mi apartamento diciéndole que esperase en casa de mi hermana.

Pero yo ya me sabía los métodos de Leo y era consciente de que estaba intentando que picase el anzuelo, pues él también me conocía demasiado bien.

—Eso fue porque le metí la mano por la cinturilla del pantalón con la intención de acariciarlo un poco por encima del calzoncillo y cuando me quise dar cuenta tenía ahí toda su cabecita en forma de champiñón saludándome.

Solté una carcajada al ver la expresión de mi hermana al mirarme, alzando una seta con su mano.

—Gracias por la imagen mental que acabas de crearme —se quejó—. A la porra la guarnición.

—Oh, Ali... ¡Qué atrevida! —se mofó mi mejor amigo.

Le hice un gesto de suficiencia cortando la conversación cuando vimos aparecer a Juani de nuevo por la cocina. La mujer se colocó al lado de mi hermana, agarrando el cuchillo con el que cortaba verduras, reemplazándola así en la tarea sin mediar ni una palabra. Estrella se enjuagó las manos y se las secó con el paño mientras tomaba asiento a mi lado, y así continuamos charlando los tres sobre otros temas menos comprometidos durante un rato más, hasta que mis sobrinos llegaron entrando en estampida por el salón.

A Leo se le veía desentrenado en la locura de tener a tanta gente alrededor, por lo que no tardó en invitarme a comer juntos en algún lugar del pueblo, y yo accedí encantada, pues realmente tenía ganas de estar con él a solas.

Justo cuando estábamos a punto de marcharnos nos cruzamos con mi madre. Esta lo saludó con afecto y, antes de poder preguntarle qué motivo la había llevado hasta allí, ella misma nos sacó de dudas.

—Quería hablar con vosotras porque había pensado en hacer algo por el sesenta cumpleaños de papá.

—Qué buena idea —añadí con entusiasmo colocándome el abrigo—. Ahora salíamos a comer, ¿te parece que me pase luego por tu casa y lo hablamos?

—No, no. Por casa no, cariño. Quiero que sea sorpresa y si vienes se va a terminar enterando.

—¿Por qué no vienes a comer, Toñi? —la invitó Leo—. Hay que aprovechar este solecito tan bueno.

—¿Ya se te ha olvidado el clima de Costa Serena? —me mofé de él y miré a mi madre—. Lleva razón, mamá. Vente con nosotros y así lo vamos hablando.

Ella pareció debatir la invitación durante unos segundos.

—A comer no puedo, pero un vermut no os lo desprecio.

Y así fue como comenzamos a preparar la fiesta sorpresa para mi padre, un evento especial en el que me volcaría con todo el cariño y que esperaría con mucho entusiasmo, sin ser consciente de que realmente significaría un punto de inflexión en mi vida, no solo en la de la Alicia adulta que se miraba cada día al espejo garabateado de su baño, sino también en la niña que un día fui y a la que le habían quedado varias tareas pendientes de solucionar.

CAPÍTULO 32

DULCES AMARGOS

Volver...

Actualidad
Martes, 29 de diciembre

Me costó la propia vida conciliar el sueño, quise achacarlo a la cafeína de los refrescos que me había tomado para cenar, aunque en el fondo sabía que el motivo real era otro. No conseguía localizar a Adriel. Le había mandado varios mensajes y también le había llamado en un par de ocasiones sin obtener ningún resultado y, a pesar de que era conocedora de la animadversión que parecía sentir hacia las nuevas tecnologías, estaba preocupada.

¿Le habría sentado mal la rápida despedida que habíamos tenido tras la llegada de Leo y la interrupción en mi apartamento?

Esperaba y creía que no, pero no estaba del todo segura.

Aún no entraba demasiada claridad por la ventana cuando unos golpes en mi puerta desvelaron a Leo. Yo aún continuaba dormida, había conseguido caer en los brazos de Morfeo un rato antes y estaba exhausta, por lo que no pude ser consciente de lo que ocurría en la puerta, donde un Leo en calzoncillos, pelos revueltos y torso al descubierto abría y charlaba con Adriel, que se mantenía hierático y con expresión seria.

—Hola, tío. ¿Qué tal?

—Hola —contestó Adriel escueto.

—Ali está grogui, pero pasa —le invitó rascándose el pectoral izquierdo y reprimiendo un bostezo—. Nos fuimos a dormir bastante tarde y creo que ni la bocina de un carguero alemán conseguiría despertarla, aunque lo mismo tienes suerte.

Por lo que supe después, la sonrisa de Leo no consiguió mitigar del todo el mal cuerpo que sentía Adriel, así que sabiendo que no era el mejor momento y que no quería hacer o decir nada propiciado por su malestar, declinó la invitación.

—No pasa nada, déjala descansar.

—¿Seguro? —insistió—. Si quieres que le dé algún recado...

—No te preocupes y perdona por la hora —contestó escueto, dándose la vuelta y emprendiendo el paso de regreso.

—No pasa nada —habló sin obtener respuesta, pues el inesperado visitante se marchaba sin decir ni adiós—. Hasta luego.

Leo cerró la puerta y miró hacia el reloj de la cocina.

—Joder —masculló dándose cuenta de que tan solo eran las siete y media de la mañana.

Con un gesto cansado se tiró de nuevo en el sofá donde había pasado las últimas horas durmiendo, se tapó con la manta y cubrió sus ojos con el antebrazo.

Justo así fue como me lo encontré segundos después, cuando mi mente terminó de discernir que el sonido de las voces masculinas y la posterior cerradura no eran fruto de un sueño, sino de lo que realmente ocurría en mi apartamento.

Me costó un poco ubicarme.

—¿Leo? —pregunté somnolienta.

—¿Uhm?

—¿Hablabas con alguien o lo he soñado?

—Con Adriel —aclaró haciendo que me despertase de golpe y buscase por la habitación su figura—. No ha querido entrar, luego volverá... Ese tío es un poco raro.

Me levanté corriendo como activada por un resorte, pero con las prisas no calculé bien las distancias y sentí cómo toda la sangre se agolpaba en el meñique de mi pie izquierdo al colisionar con la esquina de la cama.

—¡Mierda! —me quejé dolorida, reactivando el paso con dificultad y una leve cojera—. Deberías haberme despertado.

Leo no modificó su pose sobre el sofá, tan solo se limitó a mover los labios para contestarme.

—Lo dices como si fuese fácil.

—Idiota —mascullé al apreciar su sonrisa—. Tú no te alteres, ¿eh? Tan solo me he rebanado el dedo con la cama, pero tranquilo, ¿eh?, que no es nada.

Mi tono irónico le provocó una risita que dejé correr mientras alcanzaba la puerta de mi apartamento y la abría con brío, esperando encontrarme a Adriel aún en las inmediaciones de la casa.

—No está.

—Si llego a saber que estás tan desesperada te lo meto en la cama desnudito y todo —bromeó él desde el salón.

Entré y agarré uno de los cojines, estrellándoselo en la cabeza con todas mis ganas. Tan solo conseguí que su risa se incrementase y allí lo dejé, encaminando mis pasos hasta el salón de mi hermana, donde Juani limpiaba el polvo.

—Buenos días.

—Buenos días, cielo —me devolvió el saludo—. ¿Has visto al niño?

Su pregunta me hizo fruncir la frente.

—¿A Bruno? —pregunté dubitativa.

—No, no. Al hijo de la costurera —aclaró refiriéndose a Adriel.

Negué con la cabeza.

—Lo vi mientras limpiaba la terraza. Estuvo en el coche un buen rato y justo cuando ya me iba a meter para dentro vi que se bajaba e iba hacia tu puerta.

—Sí, le abrió Leo.

—Pobre chico. Una familia llena de desgracias —añadió—. Primero el padre los abandona, luego la madre empeora. No me extraña que tuviera tan mala cara.

—Ya —respondí escueta y volví a mi apartamento con una sensación de intranquilidad instalada en las entrañas que no se disipó en todo el día.

Tuve que esperar varias horas para que al menos contestase uno de mis mensajes con un: «Estoy en Madrid, volveré lo antes posible», que me apretó el nudo que sentía en el estómago un poco más y que dos días después, último día del año, intentaba ocultar delante de todos para no aguarles las fiestas.

Tampoco ayudó a mi estado de ánimo el hecho de que esas fueran las primeras Navidades sin mi abuela materna, a la que siempre había estado muy apegada y a la que no habría dudado en pedir consejo en todo lo referente a mis sentimientos.

Mientras cocinábamos juntos y en familia lo que después ingeriríamos en la cena, compartimos recuerdos de momentos vividos con ella y nuestras palabras estuvieron impregnadas de cariño y nostalgia.

Y, por más que lo intenté, el cúmulo de emociones me sobrepasó cuando entré en mi

apartamento y cerré la puerta, quedándome a solas para arreglarme.

En medio del llanto supe que no quería empezar el año así, con esa congoja instalada en mi interior, esa angustia opresora que me impedía respirar con normalidad.

Como Adriel seguía sin dar señales de vida, hice lo único que estaba al alcance de mi mano: me di una ducha, me vestí y salí de mi apartamento con mi destino decidido.

—Buenas noches.

—Hola —saludó Dara al abrirme la puerta—. No está.

—Lo sé. —En mis ojos debió de reconocer la necesidad que sentía.

—Tan solo ha llamado a casa para disculparse con mi madre por no pasar las fiestas con nosotras, pero no nos ha dado ninguna explicación.

—Está en Madrid —añadí, y su mirada cambió.

—Joder —masculló por lo bajo. Yo me mantuve en silencio y, tras coger aire, me añadí—: Creo que sé por qué se ha ido, discutimos esa noche y no acabó demasiado bien —se sinceró.

No supe qué decir, pues si Dara llevaba razón me parecía demasiado egoísta por parte de Adriel castigar a su madre en unas fechas tan señaladas.

—Seguro que hay una explicación para todo —la animé y quise creerme mis propias palabras de aliento—. ¿Te importa que pase para ver a tu madre?

Asintió en silencio y me cedió el paso, manteniéndose en un discreto segundo plano mientras felicitaba las fiestas a la mujer y alababa lo buena que le había quedado la tarta de zanahoria.

Justo antes de marcharme, Dara me detuvo en la entrada.

—Soy consciente de que no tengo derecho a pedirte nada, aun así, sé que mi hermano solo volverá a Costa Serena por ti.

—No creo que él...

Me interrumpió hablando de nuevo:

—Puede sonar egoísta... Haz que vuelva, por favor. Mi madre intenta ocultarlo, pero le necesita aquí con ella. Lo necesitamos —rectificó.

Tras unos segundos en silencio, asentí abrumada por su tono de súplica y paseé hasta casa sumida en un estado autómatas, guiada únicamente por mi instinto mientras mi mente vagaba por el maremágnum de pensamientos que me asaltaban.

Adriel tenía demasiados muros de contención a su alrededor y, aunque me había mentalizado y preparado para sortearlos todos, se me hacía muy complicado cuando no recibía de él ni una mísera brizna de esperanza para no desfallecer.

¿Para qué habría ido a Madrid?

¿Acaso se lo había pensado mejor y había vuelto para aclararse respecto a su anterior relación?

¿Qué era eso tan urgente que le impedía pasar esos momentos tan señalados con su familia?

«Y contigo», añadió mi voz interior.

Las incógnitas se sucedían y, aunque quería evitar dudar por todos los medios, estas no dejaban de atormentarme.

Las risas de unos chiquillos en la calle me trajeron de vuelta al presente y me di cuenta de que estaba a pocos pasos de una cafetería conocida en el pueblo, donde aún se congregaban algunos clientes apurando los últimos minutos antes de reunirse con sus seres queridos para dar la bienvenida al nuevo año.

Me paré ante la cristalera y miré hacia dentro casi por inercia.

Había varias personas delante del mostrador pidiendo lo que a todas luces parecían ser los postres que tomarían esa noche, pero tan solo una pareja ocupaba una de las mesas. Eran algo

más mayores que mis padres, pues las arrugas que surcaban sus rostros y el pelo canoso de ambos delataban su edad, aun así, sus miradas bien podían competir con la de dos chiquillos enamorados.

Ambos se observaban cómplices y no paraban de hablar y reír mientras compartían una porción de tarta.

Me sorprendí sonriendo ante la imagen y fui incapaz de evitar la reflexión que vino a mi mente, ya que en mis casi tres décadas nadie me había hecho sentir nunca que un trozo de pastel pudiera ser tan divertido si se compartía con la persona adecuada.

Automáticamente marqué el número de teléfono de Adriel, pero colgué con la desilusión perforando mis pulmones antes de que la operadora terminase de explicar las instrucciones para dejar un mensaje que el destinatario escucharía cuando estuviese disponible.

¿De verdad Adriel lo estaría en algún momento?

A esas alturas, lo dudaba.

CAPÍTULO 33

COMPAÑÍAS

Estar rodeada de gente, pero seguir sintiéndome sola, es la evidencia de la falta que me haces.

Actualidad
Sábado, 2 de enero

Estaban siendo unas Navidades diferentes.

Disfrutaba de Leo y de su compañía sabiendo que en breve volvería a abandonarme, pero me había prometido a mí misma no caer de nuevo en el estado melancólico y deprimente de la primera vez.

No estaba dispuesta a pasarlo tan mal como meses atrás, por lo que, aprovechando que aún tenía que comprar algunos regalos de Reyes, le había embaucado para que me acompañase al centro comercial y así exprimir sus últimas horas a mi lado haciendo algo diferente.

Él aceptó y se comportaba como siempre mientras lo mareaba entre una tienda y otra, aunque no había podido evitar sentir que algo le ocurría y que, muy a mi pesar, intentaba ocultármelo. Percibía que disfrazaba con sonrisas los momentos en los que se le quedaba la vista un poco nublada y que sonreía con fingida despreocupación cuando esquivaba preguntas más comprometedoras.

—¿Eres feliz en Alicante? —le solté sin rodeos cuando nos sentamos en un banco, cerca de un puesto de buñuelos que impregnaba con su olor dulzón todo el lugar.

A nuestro lado, apoyadas en el suelo, descansaban algunas bolsas de diferentes establecimientos.

—Claro —me contestó con la boca llena de chocolate. Se tomó unos segundos para masticar y tragar el trozo de masa antes de volver a hablar—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Sé que pasa algo, aunque no me lo quieras contar.

Sus ojos me respondieron por él, y no quise forzarlo, pero su mirada me había dado la razón en mis suposiciones.

Un par de minutos y un buñuelo después retomé la conversación.

—Este año cumplo treinta. —El apretón cariñoso de su mano en mi muslo, agradeciéndome el cambio de tema, me hizo sonreír—. Desde hace unos meses tengo la manía de echar la vista atrás y recordar muchas cosas que dije, hice o pensé en el pasado, como dónde estaría con esta edad.

—Puede que esa «manía» que dices que tienes —indicó e hizo el gesto de comillas con los dedos de su mano libre— coincida con el regreso de cierta persona a Costa Serena, ¿me equivoco?

Le sonreí, y él volvió a llenar su boca, animándome a continuar.

—Me sorprende que hace años tuviera unas perspectivas de mi futuro mucho más claras de las que tengo ahora mismo —reconocí, y él elevó una ceja en señal de pregunta—. Siempre pensé que no tendría sexo hasta los treinta. —Leo dejó ir una carcajada—. Te ríes como una foca con epilepsia.

—Así son las risas más sinceras —contestó.

—Pues no te cachondees que hablo en serio —me quejé divertida—. Vale, obviemos que me salté mi propia norma bastante antes, pero siempre creí que, llegados a este punto, tendría más claras las partes importantes de la vida de un adulto y habría tachado más cosas de mi lista.

—¿Como qué? Porque si hablas de lo de París...

Compartimos una sonrisa cariñosa y me fue imposible no emocionarme recordando la historia a la que estaba haciendo referencia y cómo, en mi veintidós cumpleaños, mi abuela me regaló su bien más preciado: su vestido de novia.

La prenda me había tenido enamorada desde que tenía uso de razón y siendo una niña contemplaba las fotos que adornaban su salón, donde una pareja joven y sonriente era retratada e inmortalizada en blanco y negro; se trataba de mis abuelos.

Cuando ella tenía también veintidós años, la joven actriz de moda Audrey Hepburn había lucido en la gala de los Óscar un precioso y delicado vestido de encaje y tirantes, con falda de vuelo por debajo de la rodilla y cintura ceñida, obra del diseñador Givenchy.

La prenda había atraído la atención de todas las mujeres de la época, y mi abuela decidió utilizar cada ahorro que había ido guardando de todos sus trabajos como costurera —dinero que iba a invertir en su sueño de viajar a París— en comprar la costosísima tela, calculada al milímetro, pues no podía desperdiciar ni un solo hilo, y coser ella misma la prenda que ahora descansaba en el vestidor de mi hermana en una bolsa de conservación.

Leo conocía la historia y también la promesa que le había hecho a ella de que, cuando cumpliese treinta años, iríamos juntas a París y me pondría el vestido en su honor.

Para mí esa cifra, «los treinta», era importante y trascendental, pero conforme iba acercándome a ella iba perdiendo su esencia especial. Y, llegados a aquel punto, me venía abajo al saber que nunca podría cumplir mi palabra, pues ella ya no estaba con nosotros, y eso aún me apenaba más.

—No, realmente me refiero a todo. Casa, familia propia, trabajo... —enumeré.

Él me miró con incredulidad.

—¿Casa? ¿Familia propia? ¿Trabajo? —repitió—. Ali, ¿me estás hablando en serio? Tienes todo lo que siempre has querido: una casa cerca de tu familia, amigos que te quieren y que se hacen no sé cuántos kilómetros para estar contigo en cuanto tienen una semana libre —añadió con afecto—. Tienes una carrera profesional que, aunque no es la que habías imaginado cuando estudiabas, sí que te hace feliz y te llena o al menos eso tenía entendido hasta hace poco más de dos meses; corrígeme si eso ha cambiado. —Me mantuve en silencio, y él continuó hablando unos segundos después—. Estás así por Adriel.

Asentí resignada.

—Me jode que no me conteste al teléfono, que se haya ido a Madrid después de que hayamos compartido... cosas, sin darme opción a entenderlo ni a luchar por lo que podría ser —reconocí—. Me jode porque siempre he dicho que no me hace falta nadie para ser feliz y ahora me siento estafada por mí misma —me quejé, dejando abandonado sobre el banco el cubito de los dulces a medias, pues ya no me apetecían—. Soy idiota, lo sé. —Él negó con la cabeza, y yo volví a asentir.

»Lo soy porque desde el principio creí que esto podía pasar, que las cosas se podían joder. No, no lo creía, sabía que iba a pasar —rectifiqué recalcando la afirmación—. Y es absurdo estar así porque esto ya ocurrió una vez y debería haberme servido de lección. ¿Por qué iba a funcionar ahora si ya salió mal en el pasado?

Leo rebufó.

—Alicia, no se puede comparar. Si por poco ni pertenecen al mismo siglo. —Pasó un brazo

por mis hombros y me acercó a él—. Reconozco que Adriel es un tipo algo rarito, pero no creo que tenga maldad después de todo. Por lo que me has contado, parece que le importas, así que seguro que hay una razón por la que se ha marchado, tan solo concédele el beneficio de la duda y, si cuando vuelva y se explique aún crees que no merece la pena intentarlo, te vienes conmigo a Alicante una temporada y cambias de aires.

Le prometí que antes de que acabase el mes lo haría, aunque no me creyó en ese momento. Por otro lado, su consejo fue valioso no solo por lo que me decía en referencia a Adriel, sino por la manera en la que me dejaba entrever su propia historia, pues, a pesar de que yo todavía no lo sabía, Leo se encontraba en una situación similar a la de él y también tenía un motivo para huir: el miedo al amor.

Después de ese momento, y queriendo animarme, me arrastró a la tienda de lencería con la intención de regalarme un capricho, ya que me conocía y sabía que adoraba la ropa interior bonita.

—Venga, me pillas generoso, elige el conjunto que quieras, que te lo regalo por Navidad.

—¿En serio? —le pregunté divertida, porque sabía que no le gustaba derrochar—. Luego no te quejes, ¿eh?

—Cállate si no quieres que cambie de opinión.

Me reí y me adentré queriendo disfrutar del momento.

Me dediqué a rebuscar entre diferentes perchas, y Leo se carcajeó cuando elevé un conjunto bastante explícito que podría haber servido de atrezo para una película porno de bajo coste. Aún lo tenía en mis manos cuando una voz conocida a mi espalda me sobresaltó.

—¿Te vas a comprar eso?

Me giré alterada.

—Joder, Fede —me quejé—. Qué susto me has dado.

Mi cuñado sonrió y saludó a Leo, que curioseaba en la percha de las zapatillas de andar por casa como si no hubiese roto un plato.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Comprándole algo a tu hermana. ¿Rosa o amarillo? —indagó elevando la mano derecha, de donde colgaban un par de albornoces.

Arrugué los labios dándole a entender que ninguno de los dos me convencía y, echando un rápido vistazo a lo que tenía alrededor, le señalé con la vista un conjunto bastante sugerente, pero elegante.

—¿Tú crees?

—Definitivamente —lo animé.

—Adolescente a las cinco en punto —susurró Leo a nuestro lado—. Agacha la cabeza si no quieres que tu primogénita te pille —le dijo a mi cuñado.

Este se volvió buscando a su hija con los ojos. Al dar con ella, echó a andar en su dirección y lo seguí. Alana esperaba en la cola de la caja con un par de amigas cuando su padre le echó un brazo por los hombros y, ofreciéndose a pagar lo que necesitase, le sonrió con cariño mientras disimuladamente mantenía alejado de su vista el regalo para su madre.

Aquello era una de las desventajas de vivir en un pueblo relativamente pequeño, que siempre encontrabas a alguien donde menos lo esperabas.

Fui consciente de las miradas soñadoras que dirigieron a mi cuñado las amigas de mi sobrina y también del sonrojo de Alana, la cual se estaba muriendo literalmente de la vergüenza a la vez que escondía en su espalda un gurrúño de tela negra y fucsia de satén.

Agarré la prenda con disimulo y le guiñé un ojo a la par que le tendía un *pack* de calcetines

que había cogido al vuelo en mi camino hacia ella. Se podía llamar instinto de tía, pero supe que me harían falta y tan solo actué por impulsos.

Cuando salimos de allí, mi sobrina me abrazó y me dedicó un escueto «gracias» que me hizo sonreír con complicidad.

—En casa te lo doy y ajustamos cuentas —le susurré al darle un beso, refiriéndome al *babydoll* que había pagado yo misma en caja para no levantar sospechas—. ¡Que lo paséis bien! —la animé viéndola marcharse con sus amigas.

Fede se despidió de nosotros unos segundos después, ajeno a que su pequeña ya se dedicaba a comprar picardías de lo más sugerentes.

Exhaustos tras el día de compras, y agotada de que mi cerebro no dejase de funcionar y luchar contra mis sentimientos, decidimos volver a casa y pedir comida a domicilio, de la que dimos buena cuenta viendo una película. No creía necesario aclarar que la elección implicaba lágrimas, agonía y un barco que se hundía en el océano Atlántico tras chocar contra un iceberg... Y no, no sería la única vez que la vería en las dos semanas siguientes, pues, aparte de dedicarme a trabajar, lo único que ocuparon mis posteriores jornadas era intentar congelar a base de helado las mariposas que sentía en el estómago cuando pensaba en Adriel.

Tan solo habíamos cruzado un par de mensajes escuetos en los que me confirmaba que estaba bien y que aún no podía regresar. Me atormentaba cada vez que leía su: «Cuando llegue tenemos que hablar». Esa frase me ponía los pelos de punta, aun así, resignarme era la única opción. Eso y continuar con mi vida de la mejor forma posible, ya que esta no podía parar porque un tipo moreno, de cabello revuelto y mirada atormentada se marchase de mi lado.

Pensaba en cómo le echaba de menos aquella mañana de sábado de mitad del mes, cuando mis sobrinos, seguidos por sus padres, invadieron mi apartamento y me obligaron a hacer una pequeña maleta con lo justo para pasar lo que quedaba de fin de semana fuera de casa. En ese momento no entendí nada, pero, cuando hora y media más tarde llegamos a un bonito conjunto de cabañas en medio de una zona arbolada y me explicaron su plan, entendí que todo aquello lo estaban haciendo por mí.

—Ya están aquí —anunció mi cuñado cuando un coche aparcó junto a los dos vehículos que habíamos estacionado en la zona destinada a tal fin, cubierta por una pérgola.

Con asombro vi cómo se apeaba una pareja con un chico que resultó ser el mismo adolescente extraño que había entrevistado meses atrás, cuando andaba desesperada buscando sustituto para Leo. Recordar cómo solucioné el problema gracias a Adriel me hizo echarlo aún más de menos.

—Lo que faltaba —susurró malhumorada mi sobrina Alana a mi lado—. El friki.

—¿Qué pasa? —le pregunté sorprendida.

—Nada.

Se dio media vuelta con un resoplido y se adentró en una de las cabañas, con Fabiola pisándole los talones. La pequeña canturreaba para que jugase con ella a las princesas.

Y contra todo pronóstico fue un viaje divertido que realmente me sirvió para desconectar. Mentiría si dijese que Adriel no invadió mis pensamientos en varias ocasiones, pero tampoco podía negar que lo había pasado bien con todos ellos.

—Muchas gracias —les dije a mi hermana y a mi cuñado mientras recogíamos los restos de la última cena juntos.

—No hay por qué darlas, enana —contestó Fede con una sonrisa resplandeciente—. ¿Qué esperabas? Por nuestra hija matamos.

Me reí por su comentario y dirigí mi vista al salón, donde Edu o «el friki», como lo llamaba

mi sobrina, se había quedado embobado observando a Alana con una mirada enamoradiza que me hizo sonreír.

—Vas a tener que dormir con un ojo abierto, cuñado.

—¿Cómo? —preguntó ajeno a lo que yo había visto.

Negué divertida con la cabeza y guiñé un ojo a mi sobrina, que suspiró con teatralidad sabiéndose el centro de atención del muchacho.

En ese momento quise ser ella, volver a tener su edad y disfrutar de esos momentos con cierto toque de inocencia que no se repetirían y, sobre todo, quise estar en su lugar para recuperar al Adriel de antaño, pues, de estar de nuevo en la piel de mi yo adolescente, no lo volvería a dejar escapar.

CAPÍTULO 34

¿EXPLICACIONES O EXCUSAS?

No siempre pensar mal es acertar.

Actualidad
Jueves, 21 de enero

Había tomado la decisión de ir esa mañana a casa de Isabel para llevarle el detalle que le había comprado como regalo de Navidad. Se trataba de una tontería sin importancia ni demasiado valor, había leído que moldear con plastilina podía ayudarla a sobrellevar el problema de sus manos y, junto con tres de mis sobrinas, le habíamos comprado varios paquetes de los colores que ellas mismas habían elegido.

Esperé más de lo debido a dárselo con la esperanza de hacerlo uno de los días en los que fuese a visitar a su hijo, sin embargo, como él no hacía acto de presencia desde hacía casi un mes, y me había resignado a que, a esas alturas, probablemente no volvería, no quería posponerlo más.

Y sí, decidí ir por la mañana para así evitar cruzarme con Dara, pues, aunque la última vez que nos vimos sentí que estaba menos tirante conmigo, no quería tentar a la suerte. Pero precisamente esta no estuvo de mi parte, porque cuando llegué a la puerta nadie contestó ninguna de las veces que toqué el timbre o llamé con los nudillos sobre la madera.

Entendí entonces que Isabel estaría en casa de alguna amiga, ya que su hija no la habría querido dejar sola ahora que volvía a estar ella únicamente bajo su cuidado.

Miré con resignación la bolsa que colgaba de mi mano izquierda, aguantándome las ganas de llorar porque el mundo parecía haberse confabulado últimamente en mi contra. Me giré dispuesta a marcharme y, justo cuando lo hacía, una visión me detuvo en el acto.

Parpadeé con fuerza sin dejar de observar fijamente el otro extremo de la calle, donde una figura totalmente ajena a mi presencia sacaba un par de bolsas de un coche rojo.

«Su» coche rojo.

No me lo podía creer.

Al cerrar el maletero, Adriel se giró y fue entonces cuando sus ojos se clavaron en los míos, deteniendo su avance abruptamente. Parecía tan sorprendido como yo.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos y al sentir la fuerza de su escrutinio supe que no estaba soñando, pero también entendí que no podía continuar allí. Sentía que iba a romperme de un momento a otro, me temblaban las piernas y la barbilla, y no quería derrumbarme delante de él. No se lo merecía.

Dejé caer la bolsa que aún agarraba y eché a correr con todas mis fuerzas, como si aquella carrera tuviese como meta mi propia salvación. No quise pararme a pensar en lo que hacía, solo era consciente de que no podía más, de que no quería que nuestro reencuentro fuese así, cargado de lágrimas y del reproche que me invadía por dentro.

No podía más.

Había logrado avanzar unos metros sin mirar atrás. Quizá si lo hubiese hecho me habría percatado de que Adriel estaba a punto de alcanzarme y no me habría sobresaltado tanto al notar su fuerte agarre en mi antebrazo, tirando de mí para detenerme.

—¡Para! —bramó sin resuello cuando forcejeé para soltarme—. Alicia, ¡para, joder!

Me detuve y me encaré con él, con el rostro surcado de lágrimas que ya no podía ni quería retener.

—Déjame, Adriel.

—No —negó rotundo recuperando la respiración—. No te vayas. —Mis ojos se entrecerraron analizando su frase, queriendo escupirle que yo tampoco quise que él se marchase semanas atrás y, sin embargo, él no había tenido en cuenta mis necesidades o deseos, y no solo eso, sino que durante todo ese tiempo no me había dado ni un triste motivo al que agarrarme, por nimio que fuese—. Por favor —rogó en un tono más suave.

Negué con la cabeza aguantando el sollozo que me ardía en la garganta, pero cuando un segundo después sus brazos rodearon mi cuerpo y sus manos acariciaron mi pelo me abandoné contra su pecho.

Lloré y no me importó estar en medio de la calle donde cualquier persona pudiese vernos. Ya todo me daba igual porque estaba a su lado y a la vez me dolía que estuviese calmando mi dolor, pues lo había provocado él mismo con su ausencia y su falta de comunicación.

Pasaron un par de minutos cuando, algo más tranquila, aprecié que besaba mi cabeza y capté sobre mi mejilla la vibración ronca de su voz al traspasar su pecho.

—Lo siento.

Respiré hondo y negué con los ojos cerrados.

—No... No me sirve, Adriel —contesté serena, pero rotunda—. Un «lo siento» no es suficiente.

—No me digas eso —imploró con gravedad y cuando lo observé detenidamente, apartándome un poco de él, pude apreciar el cambio físico que mostraba.

Estaba un poco más delgado, una sombra oscurecía la parte baja de sus ojos y su aspecto, habitualmente desaliñado, ya no solo parecía ser el resultado del poco interés que ponía en su imagen, sino de algo más.

¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho para estar así?

—¿Por qué te fuiste?

Observé su nuez subir y bajar al tragar saliva.

—Ven a casa. Tenemos que hablar —pronunció agarrando en un puño invisible mis entrañas.

Mi primer impulso fue negarme. Me había aleccionado concienzudamente a mí misma, pues no quería ir tras él como un perrito faldero cuando regresase. Adriel tenía que ganarse mi perdón, si es que aún le importaba y seguía teniendo interés en que aquello que había surgido entre nosotros llegase a buen puerto, sin embargo, algo en su mirada me hizo asentir y seguirle en silencio.

Yo también necesitaba saber qué había ocurrido, dónde había estado y por qué, qué le había tenido apartado de mí y, si aún consideraba la posibilidad de estar conmigo, exigirle que no volviese a tenerme en vilo como lo había hecho y no solo a mí, sino a su familia también.

Jamás quería volver a sentirme abandonada de aquella manera.

El enfado y la alegría se disputaban una lucha encarnizada en mi mente; lo necesitaba a mi lado y eso entorpecía mis ganas de hacerme la difícil.

Entramos sin pronunciar palabra y dejó su escueto y rudo equipaje de cualquier manera en el recibidor. Juntos accedimos al salón y me invitó a sentarme mientras él se marchaba a la cocina y volvía con un par de cafés unos minutos después.

Me mordí los labios al divisar la espuma en el mío y la cucharilla larga. No había olvidado cómo me gustaba, pero yo tampoco debía olvidar lo mal que lo había pasado en las últimas

semanas.

«Céntrate, Alicia. Que no te gane con un café, no se lo pongas tan fácil», me dije y me obligué a recordar la cantidad de noches que me había quedado durmiendo mientras mis lágrimas mojaban la almohada. Rememoré la incertidumbre de no saber por qué se había marchado y si hubiese podido hacer algo por impedirlo, la angustia de volver a sentirme insegura y con mi felicidad a la merced de otra persona... Y sentí cómo el enfado ganaba la batalla y me erguí en el sofá.

—¿Y bien? —pregunté cuando se me quedó mirando unos segundos que se me antojaron interminables—. ¿De qué quieres hablar?

—Es tan largo que no sé por dónde empezar.

—No me vengas con esas, por favor. —Era consciente de que estaba perdiendo la paciencia debido a su falsa serenidad—. Creo que al menos merezco una explicación coherente y no unas cuantas frases hechas como esas. No me insultes de esa manera, Adriel. Demuéstrame que tienes sangre en las venas y que lo nuestro te importa.

—Tranquilízate, por favor.

Me reí incrédula.

—¿Que me tranquilice? —estallé—. ¡No puedo, Adriel! No puedo tranquilizarme así como así. Me he llevado casi un mes esperando saber por qué, después de sincerarnos y admitir nuestros sentimientos y miedos, después de compartir un momento tan especial e íntimo como el de aquella mañana, desapareciste del mapa sin darme una mísera explicación, y ¿sabes qué es lo peor de todo? Que llegados a algún punto indeterminado en este tiempo, ya me daba igual que me dices explicaciones o simples excusas a las que poder agarrarme, así de patética soy.

—No digas eso.

—Claro que lo digo.

Sus ojos me miraron suplicantes, y respiré hondo intentando serenarme, pues tampoco quería que aquello se convirtiese en una batalla campal.

—Aclárame, por favor, a qué venían los mensajitos en el espejo, las frases sacadas del anuario cuando te creías que estaba dormida, los besos... ¿Es que esto ha sido una especie de juego para ti? ¿Era eso, Adriel? ¿Un pasatiempo para matar los ratos muertos en el pueblo y el vacío que había dejado Carla?

—Claro que no —contestó serio.

Me quedé mirándolo, esperando algo más por su parte, pero, al ver que iba a tener que sonsacarle cada una de sus palabras, suspiré derrotada y me apreté los lagrimales con los dedos índices.

Necesitaba comprenderlo y a la vez quería castigarlo por lo que me había hecho pasar desde que nos habíamos reencontrado, sintiendo que vivía en una eterna montaña rusa con tantas subidas y bajadas.

Sin embargo, él se mantuvo en silencio y ese gesto terminó con la poca esperanza que quedaba en mí, porque pensé mal y creí que su actitud era el claro indicativo de que no pretendía luchar por nosotros.

¿Y el dicho de «piensa mal y acertarás» no declaraba eso expresamente?

CAPÍTULO 35

FUE BONITO

¿Te imaginas volver a intentarlo y que esta vez salga bien?

Actualidad
Jueves, 21 de enero

Lo miré con el ánimo por los suelos, queriendo zanjar aquello para bien o para mal, como fuese, pero en aquel mismo momento.

—¿A qué has venido, Adriel? ¿Por qué has vuelto a Costa Serena?

—Para quedarme —aseguró—. Siempre y cuando tú quieras, claro. Necesito explicarte muchas cosas.

Suspiró buscando las palabras y, sin darme tiempo a responder a su pregunta, comenzó a narrarme cómo, la noche del último día que nos vimos, tuvo una discusión bastante fuerte con su hermana, aquella pelea que ya me había mencionado Dara.

—No pude soportar que hablase mal de ti —reconoció—. Me puse hecho un energúmeno, y ella se echó a reír diciéndome que la historia se iba a repetir, que ya lo sabía desde hacía mucho tiempo. En ese momento no entendía nada de lo que me estaba diciendo; no comprendía por qué siempre había actuado así cuando salías en alguna conversación o aparecías por casa, por qué tenía ese odio hacia ti y todo lo que tuviese que ver contigo. —Asentí, teniendo curiosidad por saber finalmente el motivo de aquella animadversión hacia mí.

»Hasta esa noche no supe que mi hermana se había reencontrado a escondidas con mi padre unos meses después de que este se marchase de casa —reconoció con voz atormentada—. Entre otras lindezas que no voy a repetir, le dijo que se fuese acostumbrando, ya que los hombres eran así, que mientras antes lo supiese mejor. Y no solo eso, sino que le metió en la cabeza que yo no tardaría en ir tras «algún coñito» que lo separaría de ellas, dejándolas solas como hizo él. —Me miró indignado y triste a la vez—. Era su hija y tan solo era una niña, Alicia.

—Es horrible —admití—, pero sigo sin...

—Mi hermana siempre ha sabido lo que sentía por ti —me cortó mirándome con intensidad—. Fuiste la primera chica en la que me fijé, siempre he estado enamorado de ti. Llegaba de clase y solo sabía nombrarte, solía tener muy buena comunicación con mi madre en aquella época y le contaba lo que pasaba entre nosotros. Mi hermana simplemente ató cabos y creyó que lo que mi padre le había dicho se haría realidad, canalizando en ti todos sus miedos y entendiendo que serías la que me apartaría de su lado.

Tragué saliva, realmente afectada, no tanto por la historia en sí, sino por su afirmación.

«Siempre he estado enamorado de ti».

«Siempre he estado enamorado de ti».

La frase se repetía una y otra vez en mi mente.

—Pero éramos unos niños —objeté serenándome—. Yo nunca habría hecho algo así, jamás te habría separado de ellas. Para mí la familia es lo más importante.

—Lo sé. Ya lo sé, pero ella no te conocía y estaba asustada, tan solo creyó que perdería a otro miembro de su familia y actuó en consecuencia, aunque eso no quita que lo haya llevado demasiado lejos. Ya no es una niña, es una mujer adulta que ha continuado alimentando el odio

por alguien que no lo ha merecido jamás, y eso es lo que intenté hacerle ver, reconozco que no con las mejores formas, la verdad —añadió. Me mordí los labios intentando darle sentido a sus palabras, tratando de ponerme en el lugar de Dara y comprender sus motivaciones. No me hizo falta pensarlo mucho para conseguirlo, aunque no por ello me dolía menos la situación.

»Mi madre nos escuchó discutir —continuó—. Le dije cosas muy duras a mi hermana y no pude ni mirarla a los ojos cuando llegó hasta nosotros con dificultad y la cara descompuesta. —Agarré su mano transmitiéndole confianza, y él me sonrió con un halo de tristeza en sus ojos—. No pude pegar ojo, quería ir a tu casa y refugiarme en ti —admitió—, pero cuando reuní el valor para hacerlo...

—Te encontraste con Leo —terminé por él.

—Sí.

—Deberías haber entrado, haberme despertado o incluso haberme llamado en ese mismo momento. Yo habría estado ahí para ti. Apenas pude dormir esa noche, solo le daba vueltas a que no era capaz de localizarte y me podían los nervios por saber que todo estaba bien.

—Imagino que no he dejado de ser un cobarde —convino—. Además, estaba cabreado, sobre todo conmigo mismo y, siendo sincero, lo que menos me esperaba era encontrármelo en tu apartamento en ropa interior. Comprende que no lo hiciera, ya venía tocado y, después de eso, tan solo quería desaparecer y dejar de imaginarnos juntos en la cama.

—¿Hablas en serio? ¿Con Leo? —Alcé las cejas, confundida—. Ya te dije que entre nosotros no hay nada, solo es un amigo, es parte de mi familia. Y durmió en el sofá.

Sonrió tras escuchar mi aclaración y elevó los hombros en señal de resignación.

—No pude controlarlo —continuó sincerándose—. Ya te dije que nunca he sido celoso y ese sentimiento tan devastador que se me agarró a las entrañas me cogió desprevenido. No supe cómo actuar y empeoró con lo que vino después, pues cuando aún estaba de camino a casa de mi madre me sonó el teléfono. Al principio creí que eras tú, pero cuando comprobé la pantalla, absurdamente ilusionado, vi que era un número desconocido. No me extrañó, a veces me llaman así para algún trabajo, sin embargo, no era ningún encargo, sino la policía.

Le miré con alarma.

—Carla tuvo un accidente de moto. Aún me tenía como contacto de emergencia en su teléfono —explicó con seriedad—. Me dijeron que se la habían llevado al hospital y que su estado era grave. Ni me lo pensé, Alicia. —Sus ojos se encontraron con los míos y no vi arrepentimiento en ellos—. Tan solo conduje hasta Madrid sin haber cogido ni una mísera camiseta limpia, llevando únicamente conmigo la cartera y el teléfono.

—Madre mía.

—Después de lo que me había hecho, no dudé —repitió y parecía que no terminaba de creerse su reacción.

Comprendía que hubiese acudido, era una situación crítica y era lógico e incluso le honraba el gesto, pero en el fondo me escocía escuchar que no dudó en ir hasta allí por ella, y me asusté.

¿En qué clase de persona me había convertido? En una horrible, sin duda.

—Cuando llegué al hospital la situación se descontroló. —Se mantuvo en silencio y me miró contenido antes de soltar la bomba—. Carla está embarazada. —El proyectil impactó con fuerza y me sorprendí unos segundos después con la respiración contenida.

»Fue un milagro que no perdiese al bebé mientras luchaba por su propia vida. Tenía varios huesos rotos, magulladuras y una contusión bastante fuerte en la cabeza, pero los médicos dijeron que saldrían adelante.

Joder. Aún no podía creerlo. Continuaba escuchando a Adriel hablando, aun así, apenas era

capaz de prestarle atención. ¿Carla estaba embarazada?

—El bebé...

Sus ojos me escudaron y, al entender mis miedos, me respondió tajante.

—No, Alicia. No es mío —aclaró para mi más absoluta tranquilidad, pues de haberlo sido habría anulado cualquier posibilidad de un «nosotros». Cogí aire con ímpetu y sentí cómo me hormigueaban las manos que había tenido apretadas con fuerza—. Las fechas no coinciden y además siempre utilicé protección cuando estuve con ella. Julio es el padre. ¿Te acuerdas de la historia con su jefe? —Asentí conmovida.

»El muy hijo de puta se presentó en el hospital y cuando se enteró del embarazo se quitó del medio y la dejó tirada. Eso sí, antes de marcharse tuvo que escuchar algunas cosas que no quería dejar de decirle.

—Vaya.

No sabía qué decir, aún tenía que procesar demasiada información para poder hilar una frase coherente.

—Sé que Carla hizo muchas cosas mal en nuestra relación, aun así, estaba sola en una situación difícil, apenas le queda familia y no pude volverme sin más, dejándola en aquel estado —reconoció—. Te juro que no quería alejarme de ti de esa manera. Tampoco era algo fácil de explicar por un mensaje. Me quise convencer de que tan solo sería cuestión de un par de días, de que regresaría y te lo aclararía, pero el tiempo pasaba y eso tan solo hizo que todo empeorase.

—Podrías haberme llamado.

—Necesitaba estar delante de ti para que vieses con tus propios ojos que no había nada oculto tras mis palabras. —Agarró una de mis manos y la estrechó entre las suyas—. No quería estropear más las cosas entre nosotros.

¿Era posible que todo aquello hubiese pasado? ¿Que Adriel de verdad hubiese vuelto a Costa Serena para quedarse a mi lado?

La simple idea me provocó una pequeña sonrisa que nació en la comisura de mis labios. Él, que me observaba, me devolvió el gesto y acarició mi mejilla.

—No saber nada me ha hecho daño —admitió—. No vuelvas a desaparecer, Adriel. No te estoy diciendo que tengas que pedirme permiso, pero sí que compartas conmigo tus planes y no des por hecho cómo voy a sentirme o a pensar ante determinadas situaciones. Prefiero saberlo, aunque me duela, estar así ha sido horrible.

Asintió, prometiéndome que así lo haría. Aún tenía cosas dentro que quería compartir conmigo, por lo que, alargando su ejercicio de sinceridad, continuó:

—En estos días hemos hablado sobre nuestra relación, esta vez como dos adultos conscientes de los errores que han cometido —aclaró—. Aquello se había convertido en algo tóxico y solo sabíamos hacernos daño.

—Bueno, ella te engañó a ti —le recordé—, no tú a ella.

Técnicamente era así, aunque ambos sabíamos que había tentado demasiado a la suerte conmigo.

—Lo sé. Yo no fui un santo y también hice cosas mal, ya lo sabes —admitió—. Carla estaba obsesionada con Julio y me engañó, y yo pagué mi frustración por todo lo que sentía de otras maneras. —Alcé las cejas con curiosidad—. No me enorgullece admitir que utilizaba su dinero sin ningún reparo y que malgastaba de manera intencionada.

—¿Y te sirvió de algo hacerlo? ¿Solucionó la situación o te hizo sentir mejor?

—La verdad es que no —reconoció—. A ella siempre le dio igual, y a mí me terminaba reconcomiendo. —Di un sorbo al café, y él continuó vomitando todo lo que tenía dentro—. Carla

siempre ha sido una mujer que ha querido llamar la atención, todo lo contrario a mí, que me gusta pasar desapercibido. —Sonreí admitiendo la verdad de sus palabras—. Puede parecerle absurdo, pero al principio la comparaba contigo.

Alcé las cejas con interés.

—No puedes hablar en serio —dije con una sonrisa enternecida.

—Sé que hacía mucho tiempo que tú y yo estuvimos juntos, pero tú fuiste la única relación como tal que había tenido e imagino que te utilizaba de referencia. Hasta que conocí a Carla tan solo tenía encuentros superficiales y sin ningún tipo de compromiso de por medio.

—Entiendo. —Me mordí la lengua al asaltarme una pregunta a la que no quise ponerle voz.

—¿Qué?

—Nada.

Me miró suspicaz.

—Habla. Te conozco y sé que te mueres por decirme algo.

—¿A qué edad perdiste la virginidad?

Si mi pregunta le sorprendió, no lo demostró.

Sonrió antes de contestarme.

—El verano en el que me dejaste. —Abrí los ojos, asombrada, y él contrajo el gesto contrito—. No es nada nuevo lo de que suelo cagarla cuando me cabreo y por aquel entonces estaba bastante molesto por lo que había ocurrido entre nosotros. —Adriel continuó narrándome cómo se sintió cuando, siendo un crío, una chica espontánea, soñadora y preciosa le tocó como compañera de mesa en las clases de Matemáticas. Yo ya conocía esa historia, aunque desde el otro punto de vista, claro, ya que esa adolescente a la que hacía referencia no era otra que yo misma.

»No puedo explicarte cómo, pero cuando me mirabas tenía la sensación de que podía comerme el mundo y la única vez que he sentido algo parecido desde entonces fue cuando mi madre me mandó a Madrid a estudiar a casa de mis tíos —explicó ante mi atento escrutinio—. No fue fácil adaptarme al cambio y echaba mucho de menos a mi madre, a Dara y a vosotros —dijo haciendo referencia al grupo de amigos—. Aun así, estaba pletórico por vivir la experiencia y poco a poco me fui olvidando de todo lo demás. Ya te expliqué que con Carla llegué a un punto de comodidad y estabilidad que me hacía no querer darle demasiadas vueltas a si era feliz o no, tan solo me conformaba con lo que tenía, a pesar de que sabía que ella no era la mujer de mi vida.

—Preferías lo malo conocido —resumí.

—Exacto. Por eso cuando me echaba en cara que no hacía cosas grandilocuentes por nuestra relación, que no era detallista y todas esas cosas que no me nacían en absoluto, me ponía a la defensiva y acabábamos como siempre: yo reprochándole lo volcada que estaba en su trabajo y la falta de sexo entre nosotros, y ella atacándome y diciéndome que jugar a videojuegos era cosa de niños y que eso no era un trabajo de verdad. —Supe cómo debía de haberse sentido Adriel cuando ella le decía esas cosas, pues a veces yo me sentía igual con el canal. Comprendía lo que era que alguien menospreciase tu trabajo.

»Llegué a tal punto de impotencia mental que hasta acepté un puesto de informático en su empresa para no escuchar más sus reproches —expuso—. Obviamente, no duré más de dos meses y ya te puedes hacer una idea de la bronca que tuvimos cuando lo dejé. Fue monumental. Se pasó semanas recriminándome lo que hice y diciéndome que la había dejado con el culo al aire después de haber dado la cara por mí, cosa que yo no le pedí que hiciera —aclaró.

—Bueno, quizá sí que la dejaste en mal lugar —reconocí.

—Ya te dije que yo también había cometido errores —se excusó—. A partir de entonces todo fue de mal en peor. Fue ahí cuando Carla comenzó a acostarse con Julio.

—¿Te lo ha reconocido ella?

Asintió.

—Llevábamos meses sin tener relaciones y cuando lo hacíamos no era nada reseñable. La cosa estaba tan jodida que más de una vez llegó a pillarme en el baño. —Elevé ambas cejas—. Sí, justo lo que estás pensando. —Aguanté una carcajada por su gesto elocuente. Estaba cómoda con él, me gustaba que se abriese así a mí, compartiendo sus pensamientos y vivencias, y si bien la tensión sobre qué pasaría entre nosotros a partir de ese momento aún continuaba allí, aunque todavía no había olvidado del todo el último mes, el ambiente se había relajado hasta tal punto que incluso estaba disfrutando de ese instante.

»No me siento orgulloso de haber utilizado la enfermedad de mi madre para volver a Costa Serena, pero ya no podía más con todo aquello. Nuestra historia tenía los días contados, y ambos éramos conscientes, a pesar de que ninguno de los dos terminaba de decidirse a dar el primer paso —expresó—. Y después llegó todo lo que ya conoces y has vivido y, cuando parecía que las cosas empezaban a encajar, volví a cagarla.

—No la has cagado —dije, y él alzó una ceja—. Vale, sí que lo has hecho, pero solo por haberme dejado al margen de lo que pasaba —admití—. ¿Qué creías que iba a ocurrir? ¿Que me iba a enfadar porque fueses a cuidarla?

—Sí.

—Pues no —negué susceptible ante su gesto circunspecto—. Me hubiese chocado, no te lo discuto, aun así, lo habría comprendido. De hecho, lo entiendo y me parece un gesto muy humano por tu parte haber cuidado de ella en un momento tan difícil. Quizá la Alicia del pasado se habría muerto de angustia al hacer comparaciones para nada agradables, pero yo ya no soy así, Adriel. No me permito ser así.

—No tendrías por qué comparar nada.

—Y no lo hago, he trabajado mucho en ello. En el pasado el sentimiento de inferioridad era superior a mí. Fue eso lo que provocó que cortase contigo —confesé—. Me dio miedo imaginar que, mientras yo estaba en el pueblo con mis abuelos aquel verano, tú encontrases a otra chica mejor que yo y, al volver, me rompieses el corazón.

—¿Me estás hablando en serio? —Asentí—. Tenías miedo de que me fuese con otra y me dejaste, ¿provocando exactamente lo que temías?

—Era solo una niña llena de inseguridades, y tú tampoco es que luchases mucho en ese momento ni después diste signos de querer volver a intentarlo al comenzar el curso.

—Estaba loco por ti.

—Pero eso solo lo sabías tú. —Le sonreí.

—Te lo puse en el anuario.

—Vamos, Adriel. En esa época siempre eras así de intenso, ¿de verdad pretendías que me tomase en serio una frase escrita el último día de clase, cuando el resto del curso no habías dado ni una sola muestra de nada?

Él se rio con resignación.

—Menudos gilipollas estábamos hechos.

—Éramos niños —sinteticé—. Siempre tuve un dulce y platónico recuerdo de lo que fuimos y de lo que sentía por ti entonces.

—Fue bonito.

—Lo fue y en este momento es... diferente —admití con cuidado—. Cuando volví a verte,

ahora que he conocido tu versión adulta, estos nuevos sentimientos se han unido a los recuerdos del pasado y se han hecho más fuertes.

—Alicia...

Su voz sonó como un lamento, y yo lo miré aguantándome las ganas, antes de dar un paso más necesitaba saber dónde nos encontrábamos exactamente. No pensaba saltar al vacío sin antes asegurarme de que tenía bien colocado el equipo de seguridad, pues, aunque luego podía romperse la cuerda en el salto y estrellarme, al menos tenía más probabilidades de no morir en el intento.

—Adriel, necesito saberlo.

—¿El qué?

—Antes de continuar motivando y avivando lo que me haces sentir, tengo que saber si estamos en el mismo punto o soy yo la única que necesita más de todo lo que podemos construir juntos.

Ya estaba, lo había soltado y había puesto toda la carne en el asador.

La jugada podía salirme bien o dejarme reducida a cenizas, sin embargo, prefería saberlo de antemano antes de permitir que los insectos alados que tenía amordazados en una esquina del estómago retomasen el vuelo.

CAPÍTULO 36

SORPRESA

El único fruto del amor eres tú, mi chica manzana.

Actualidad
Sábado, 23 de enero

Escuchaba el agua correr a lo lejos, aunque realmente cayese a pocos centímetros de mí, pues mis pensamientos acallaban el ruido mientras el vapor iba condensando el ambiente de toda la habitación amplia e impersonal en la que me encontraba.

Aún tenía muchas cosas que asimilar, y el propietario del cuerpo que tenía delante era consciente de ello, ya que no me había presionado desde que había invadido su casa y su intimidad, sin embargo, sabía que su paciencia tenía un límite, y yo estaba a punto de rebasarlo.

—¿Quieres que nos duchemos juntos? —Alcé una ceja—. Ya, me lo imaginaba... E intuyo que tampoco vas a dejar que lo haga en soledad y tranquilamente, ¿verdad? —preguntó resignado.

Me encogí de hombros. No quería estar sola.

—Si lo que te atormenta es que te vea desnudo, no te preocupes, no tengo intención de mirar. —Le sonreí con sorna, y él puso los ojos en blanco, soltándose la coleta y dejando la gomilla sobre el lavabo.

Me moví, apoyándome de lado en la puerta entornada mientras Leo comenzaba a quitarse la camiseta. Cerré los ojos, recordando lo que ocurrió un par de días atrás en casa de Adriel y suspiré.

No sabría decir el tiempo que pasé sumida en mis pensamientos, pero sí que habían transcurrido varios minutos a tenor de la nube de vapor que me envolvía.

El ambiente tenía un deje melancólico y dramático muy en sintonía con mis pensamientos.

—¿Te importaría ir y elegir por mí la ropa para esta noche? —me pidió con un tono de voz bastante dócil.

—No me apetece —bufé en una queja algo infantil.

—Venga, no seas vaga y mueve ese culo, que se te va a quedar aplastado de tanto estar sentada —me dijo con sorna al otro lado de la mampara—. Si llego a saber que, en vez de venir la original, ibas a enviar a la versión sedentaria y mustia de mi amiga, te recoge en la estación el vecino del cuarto.

Sonreí.

—¿Es guapo?

—Y gay.

Solté una carcajada ante su rápida respuesta.

—Estááá bieeen.

Me levanté y me adentré en el dormitorio, donde la cama se encontraba centrada en la habitación y la espalda del armario servía a la vez de cabecero de la misma, creando una pequeña zona de vestidor tras ella.

Era un piso bastante decente, aunque aún resultase un tanto impersonal. Se notaba que Leo no

había dedicado demasiado tiempo a decorarlo ni a personalizarlo a su gusto, aun así, el lugar tenía potencial.

Rebusqué durante unos minutos entre las diferentes prendas, abrí algunos cajones y, justo antes de cerrar uno de ellos, algo de un tacto y un color poco apropiados para mi mejor amigo captó mi atención.

Agarré la prenda y unos minutos después, cuando él salió del aseo ataviado únicamente con un calzoncillo y el pelo húmedo, se la mostré con diversión.

—Si llego a saber que te ha dado por utilizar lencería cara, te hubiese traído otro regalo.

Él sonrió acercándose a mí, la agarró y la miró durante unos segundos, perdiéndose en sus pensamientos.

—Es de Leire. —Alcé una ceja, desconcertada—. Mi jefa.

—Con la que...

—Sí —me cortó.

—La de la momia. —Me carcajé al recordar lo que le ocurrió a su pene después de la primera cita que tuvo con ella.

»No te rías que aún me duele al recordarlo —dijo con teatralidad al comenzar a vestirse—. Tengo que ponerte al día, han pasado... cosas.

—Soy toda oídos.

Él guardó silencio unos segundos, buscando las palabras adecuadas.

—Tiene un niño pequeño y la situación es un poco complicada.

Lo animé a continuar con un gesto, esperando más datos que pudiesen ayudarme a entenderlo, pero él parecía no querer leer mi mirada. Iba listo si pensaba que con esa simple y escueta frase iba a quedarme satisfecha. Necesitaba conocer los detalles de esa historia, pues intuía que tenía bastante que ver con la nostalgia que expresaban sus preciosos y profundos ojos azules.

—Continúa.

Suspiró antes de hablar.

—No está dispuesta a nada más —admitió—. Va con pies de plomo y no me deja mostrarle cómo soy más allá de entre sus piernas o en el trabajo. Sé que está muy quemada, el padre del niño fue un hijo de puta que le hizo la vida imposible y ahora le cuesta confiar, ya sabes.

—Su prioridad es el niño —resumí.

—Sí. Y follar —añadió con quemazón—. Eso también está en un lugar alto de su lista de prioridades.

Me reí comedida, y él sonrió justo cuando su teléfono comenzó a sonar indicando que tenía una llamada entrante. Se marchó y al cabo de unos minutos regresó de nuevo al dormitorio. Su ánimo había cambiado, se le veía intranquilo e incluso me invitó de una forma muy poco sutil a irme a la habitación de invitados, donde me había instalado al llegar el día anterior, y prácticamente me obligó a terminar de arreglarme metiéndome prisa.

—En media hora hemos quedado en el restaurante con tus seguidores y ya sabes que me gusta llegar con tiempo para preparar las cosas —me apremió cuando salía de la estancia—. Esto de estar pluriempleado te lo voy a cobrar. —Escuché que se quejaba.

Sonreí mientras me marchaba a cumplir con su mandato, agradeciendo que hubiese pensado en todo.

Él sabía que la situación con el canal no estaba siendo fácil debido a lo ocurrido con Adriel, por lo que había cogido las riendas desde que llegué, tal y como había hecho muchas otras veces en el pasado.

Aunque ya me había adaptado —más o menos— a los cambios desde que él se marchó, admitía que lo había echado de menos. Los años de experiencias compartidas pesaban bastante en comparación con el caos que reinaba en mi vida laboral en ese momento.

Achaqué el despiste que mostró durante buena parte de la noche, y la continua atención al teléfono que me estaba poniendo de los nervios, a Leire y a la enrevesada historia que se traían entre manos.

No era normal ese misterio que parecía envolverlo, y que le quitase importancia cada vez que le preguntaba, cambiando de tema de una forma poco sutil, me tenía con la mosca detrás de la oreja. Sin embargo, estaba equivocada y no tardaría en conocer el verdadero motivo de tanta rareza, de hecho, estaba a punto de descubrirlo.

Me encontraba charlando con las dos seguidoras con las que estábamos grabando la sección para el vídeo mensual, a la vez que comíamos, cuando me percaté de que las voces en el restaurante habían bajado de intensidad hasta prácticamente cesar.

Atisé las miradas de algunas personas puestas en algún punto por detrás de mí y observé extrañada a Leo mientras él se asomaba por detrás del objetivo. Mi amigo se limitó a guiñarme un ojo, sonreír y señalarme algo con la cabeza sin dejar de grabar, animándome a que me girase.

—¿Qué pasa? —murmuré mientras lo hacía y perdí el hilo de mis pensamientos en una milésima de segundo.

En ese momento entendí muchas cosas.

Todas las cosas, de hecho.

Porque lo que había vivido un par de días atrás cobró un nuevo sentido. La manera en la que Adriel se sinceró volvió a mi mente, recreándolo mientras me explicaba que el sentimiento que le había confesado era recíproco, pero que no se quería conformar solo con palabras, pues necesitaba demostrármelo con hechos, ya que era lo mínimo que me merecía tras lo que sufrí por su culpa desde que nos reencontramos.

El resultado de esos «hechos» se había materializado ante mí, sorprendiéndome y derritiendo lo poco que quedaba de mi cordura.

Y estaba a punto de echarme a llorar como una niña pequeña.

El mismísimo Adriel —aunque bastante irreconocible— lucía en el centro de todas las mesas llamando la atención de todo el restaurante, ataviado con un traje de chaqueta que le sentaba como un guante; una barba casi inexistente, y su pelo, antaño despeinado y con mechones que apuntaban hacia todas las direcciones, relucía engominado y echado hacia atrás en un peinado que no encajaba demasiado con la imagen que tenía de él, pero sí con la seriedad de su atuendo.

Apreté mis labios, nerviosa y francamente sorprendida, y me volví hacia Leo durante un segundo, atando cabos y sabiendo que él había sido su cómplice, a tenor de la sonrisa que mostraba y las negaciones divertidas de su cabeza.

Cuando centré mis ojos de nuevo en Adriel, él me miraba con intensidad, aunque también con un poco de incertidumbre.

Recaí entonces en un detalle que antes me había pasado desapercibido. Dejé escapar una leve carcajada emocionada al darme cuenta de lo que agarraba en sus manos: un enorme y precioso ramo de manzanas rojas con algunas ramitas verdes y florecillas blancas intercaladas entre sí —que debía de pesar al menos una tonelada— y que esperaba, al igual que su dueño, a que yo mostrase algún signo de aceptación para continuar avanzando.

Me levanté, ajena al cuchicheo de nuestro alrededor, y le sonreí emocionada cuando caminé hacia mí.

—Hola —me dijo y atisé el nerviosismo en su gesto.

—Hola. —No podía dejar de sonreír—. ¿Es para mí?

Asintió y me lo tendió.

Cuando nuestras manos se rozaron me mordí el labio, alterada.

—Espero que no te haya molestado la interrupción.

Me dedicó una sonrisa de medio lado y llevó la vista unos segundos a la mesa. Capté su inclinación de cabeza a modo de agradecimiento y cómo Leo le guiñaba un ojo sin perder detalle de la escena.

—En absoluto —reconocí—. ¿Y esto?

Supo que me refería a todo y a la vez a nada en particular.

—Me he dado cuenta de que, cuando algo merece la pena, no importan los miedos y las reticencias... o la timidez por hacer gestos grandilocuentes. —Sonreímos cómplices—. Y tú mereces mucho la pena.

—¡Queremos ver el anillo! —chilló una voz varonil en algún lugar del local y se escucharon varias risas.

Miré a Adriel, asustada, y él negó divertido con la cabeza.

—Estoy loco por ti, pero no voy a hacerlo —susurró en un tono que solo yo pude escuchar—. Aún —añadió pícaro.

—Adriel... —lo reñí nerviosa.

—Me he pasado quince años separado de ti y me ha bastado tan solo un segundo de volver a perderme en tus ojos para saber que ya no podría alejarme de nuevo —murmuró acercándose a mí y agarrando mi mano—. No puedo perderte otra vez, Alicia.

—Yo tampoco —me sinceré emocionada.

—El último beso que nos dimos provocó que mi madre me echase un buen sermón y te aseguro que resultó algo vergonzoso a mi edad —confesó con humor haciendo referencia a la despedida que nos habíamos prodigado un par de días atrás en su puerta, donde Isabel nos había pillado cuando volvía a casa, peor que si fuésemos dos adolescentes con sobrecarga de hormonas—. Así que esta vez prefiero preguntarte: ¿me concedes este beso, chica manzana? —Su gesto pícaro provocó que riese con nerviosismo.

—Ven aquí.

Lo atraje hacia mí por la solapa de la americana y uní mi boca a la de él, mientras los presentes que habían seguido con interés el encuentro aplaudían y vitoreaban el momento.

Mi mente era incapaz de poner en pie lo que había ocurrido desde ese instante hasta que ambos nos encontramos en la habitación de hotel que Adriel había reservado, pero lo que sí podía asegurar sin riesgo a equivocarme era que la mirada que me dedicó cuando salí del baño, ataviada tan solo con un conjunto de lencería de lo más normal e incluso con un toque virginal, fue la más incendiaria que me habían dedicado jamás.

—Estás preciosa —admitió con la voz grave al acercarme.

—Gracias. Estoy nerviosa.

Adriel sonrió y me tendió la mano, aproximándome hacia él, que se encontraba a los pies de la cama.

—No será tu primera vez, ¿verdad? —bromeó—. Recuerdo que dijiste que no lo harías hasta los treinta, pero...

Contuve una carcajada y negué con la cabeza.

—Me temo que no, rompí mi propia promesa y he estado practicando para no llegar tan verde a este momento.

—Eso está genial. —Llevó su nariz a mi cuello y su respiración erizó todo mi cuerpo—. Me

vuelve loco cómo hueles.

Gemí en respuesta, y él adelantó sus caderas hasta rozar mi cuerpo con el prominente bulto que había aumentado de tamaño en su entrepierna.

Me mordí los labios con expectación.

—¿Crees que nos va a gustar?

—¿El qué? —preguntó distraído besando mi mandíbula.

—Hacerlo juntos —aclaré—. No soportaría que no fuese así, que no hubiese química o que...

—Schss —me acalló con un beso que me supo a poco—. No te agobies, estoy casi convencido de que va a ser apoteósico y, si no es así, tenemos toda la vida para seguir intentándolo, aunque conozco una manera de responderte con total seguridad.

—¿Cuál? —Me estremecí al sentir sus labios subiendo desde mi escote hasta mi garganta.

Ronroneé.

—Haciéndolo —contestó sugerente. Suspiré y me abandoné a las sensaciones que despertaba en mí, a cómo parecía conocer cada punto erógeno de mi cuerpo y a la forma en la que su boca se contraía, apretando los labios el uno contra el otro, cuando mis manos curiosas volaban por su piel regalándonos experiencias nuevas nunca antes vividas en manos del otro.

»No puedo más —aseguró en un momento dado, con la respiración agitada y deteniendo el movimiento de mi mano sobre su erección—. Necesito estar dentro de ti, ya.

—Sí —murmuré anhelándolo.

Su tono necesitado y a la vez autoritario me volvió loca y quise grabar cada gesto, cada gruñido emitido por su garganta, pero, sobre todo, me concentré en memorizar su mirada cautivadora y vencida cuando por fin se adentró en mi cuerpo, invadiéndolo todo con su esencia y regalándome una de las experiencias más increíbles de mi vida, no porque fuese incomparable o porque me hubiese hecho cosas diferentes, sino porque estaba junto a Adriel y eso era suficiente para hacerlo sumamente especial.

Moví mis caderas sobre él, acompasando el movimiento con los avances de su pelvis que salían a mi encuentro. Sentí sus manos aferradas a mis pechos y apoyé las mías sobre las suyas, apresándolas en un férreo agarre cuando unos minutos después comencé a sentir los primeros espasmos de placer.

Gemí sin tapujos mientras el primer orgasmo me recorría, «su» primer orgasmo, pues le pertenecía por entero. Él apretaba con fuerza la mandíbula y, cuando ralenticé mis movimientos en los últimos coletazos de placer, nos movió hasta que apoyé la espalda sobre el colchón y se situó entre mis piernas.

—Joder —gruñó con los ojos entornados, y yo sollocé en respuesta.

Y fue justo en ese momento, en el que la niebla del placer se disipaba dejando limpia mi mirada y con mi cuerpo satisfecho, pero siendo invadido certeramente por él, encendiéndolo de nuevo, cuando me di cuenta de que iba a necesitar eso cada mísero día de mi vida, porque jamás me había sentido como en aquel momento, junto a él, porque aquello era más que sexo y ambos lo sabíamos.

Arañé sus glúteos, que se contraían en cada embestida, cuando un nuevo orgasmo me comenzó a recorrer, arrastrándolo a él conmigo entre jadeos y gruñidos de éxtasis que me sonaron a canto celestial.

Adriel se dejó caer sobre mí, con nuestras respiraciones agitadas como única compañía. Acaricié su nuca húmeda con una sonrisa en los labios.

—Ha sido increíble —susurré.

—Ujum —masculló guturalmente sin resuello y elevó la cabeza.

Su sonrisa me deslumbró y enamoró un poco más, y su beso terminó de convencerme de que no podría estar en ningún lugar mejor que aquel.

Una hora después, tras el segundo asalto y aún con la respiración agitada y sus dedos recorriendo con languidez la curva de mi trasero, le hablé sintiéndome saciada y dócil.

—Espero que Leo y las seguidoras no se hayan molestado por habernos ido.

Sentí su sonrisa y me quejé cuando mordió mi nalga.

—No creo, además han vivido en directo un momento que va a hacer historia en tu canal. — Besó el lugar donde un segundo antes habían estado sus dientes—. Seguro que te perdonan por eso.

Fui consciente entonces de que, efectivamente, gracias a que Leo no había dejado de immortalizar el momento podría revivir un millón de veces más el instante justo en el que aparecía Adriel y se declaraba ante mí.

Bueno, ante mí y delante también de unas cientos de personas más, pero eso era lo de menos, ¿no?

CAPÍTULO 37

CÁLMAME

Tú, mi mejor analgésico.

Actualidad
Viernes, 5 de febrero

Hacía poco más de un mes desde que habíamos comenzado con los preparativos del cumpleaños de mi padre y tan solo faltaban veinticuatro horas para que se llevase a cabo el plan perfectamente orquestado a sus espaldas.

Andaba con los nervios algo crispados, deseando que todo saliese bien y no quedase ningún cabo suelto que estropease el conjunto por el que tanto nos habíamos esforzado.

—Respira —me sermonéó Adriel con cariño cuando pasé por su lado, resollando por el esfuerzo de haber desplazado varias sillas del jardín. Soplé hacia arriba, intentando despejar mi frente del flequillo, pues me estaba molestando debido al calor. Él me sonrió, agarrándome de la cintura.

»Mírame —exigió, y le obedecí—. Relájate, por favor... Y, por lo que más quieras, delega. Dime qué puedo hacer, que voy detrás de ti y solo siento que estorbo.

Besé escuetamente sus labios y le sonreí.

—Nada, ya está casi todo.

—Eso mismo me has dicho hace una hora y no has parado.

Me encogí de hombros.

—Quizá Fede necesite un par de manos extras con los niños. Yo ya voy a acabar y seguramente me harás falta luego en la cocina, ¿vale? —concedí, y asintió a regañadientes.

Depositó otro efímero beso en sus labios y recibí una cachetada en mi nalga derecha como reprimenda. Sonreí cuando conseguí zafarme de su agarre, ya que quería terminar de colocar todas las cosas, aunque sus ojos me prometieron cobrarse la venganza más tarde.

Me relamí gustosa y me giré, echando una ojeada a lo que llevábamos avanzado.

Mi cuñado nos había cedido la zona de la terraza de su gimnasio, cambiando así el escenario en el que normalmente realizábamos las fiestas y dándole un aire más especial a aquel evento.

Entre mi sobrina mayor, mi hermana y yo habíamos decorado el espacio, queriendo otorgarle un toque hogareño al llevar hasta allí algunos de los muebles del jardín de la vivienda y, gracias a las dotes de decoración de mi hermana, creíamos estar consiguiendo el efecto perfecto.

Un buen rato después, y ya terminado, nos paramos a observar el resultado y sonreí satisfecha.

La estampa era bonita; la mezcla de madera en los bancos y en la gran mesa, los cojines y textiles de tejidos cálidos en los puntos exactos, junto con la iluminación salpicada por las enredaderas, alrededor de la mesa y escondida en cualquier rincón, le proporcionaba un toque muy sencillo, pero a la vez inspirador, que invitaba a sentarse y disfrutar en buena compañía.

—Qué chulo ha quedado —dijo Alana a mi lado.

—Mucho —afirmé y, un par de segundos después, miré el reloj y me sobresalté—. Mierda, ¡qué tarde es! —Mi hermana se echó a reír, y yo bufé. Lo mío con el paso del tiempo no era ni medio normal.

»¡Adriel! —chillé encaminándome hacia la zona de la piscina, donde él charlaba con mi cuñado agarrando un botellín de cerveza en la mano.

Se giró y me observó extrañado por mi tono urgente.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que pasar por el pueblo para comprar algunas cosas y después encerrarnos en la cocina las próximas cuatro horas al menos —contesté agobiada—. Y encima vamos a necesitar un milagro para que no me estalle la cabeza —me quejé, pues lo que había empezado siendo una molestia iba a terminar por dejarme totalmente fuera de combate.

—¿Qué queda por hacer? —se interesó Fede—. Tu hermana y yo podemos encargarnos de lo que haga falta.

Narré una lista de elaboraciones que hizo que Adriel elevase las cejas a cada mención.

—Pero ¿no éramos pocos? —se extrañó mi chico.

El padre de familia se echó a reír.

—Pobre. Aún no estás familiarizado con los festejos de esta familia. —Palmeó su espalda—. No te preocupes, mañana te enterarás, joven Padawan.

Él me miró con una ceja alzada a la vez que mi hermana llegaba hasta nosotros charlando con su hija mayor. Su marido la puso al corriente y, afortunadamente, terminamos dividiendo las tareas.

Lo agradecí, necesitaba un respiro.

Con algo más de desahogo, Adriel y yo nos dirigimos a mi apartamento. Sonreí cuando lo vi sacar las llaves del bolsillo de su pantalón para abrir la puerta, en un gesto muy natural, pero al que todavía no terminaba de estar acostumbrada, y quizá debía estarlo, porque hacía dos semanas de lo de Alicante y prácticamente no nos habíamos separado desde entonces.

Tan solo se marchaba por las mañanas para estar con su madre, aunque en alguna ocasión yo también lo había acompañado. Las tardes y las noches..., bueno, esas me las había reservado en exclusiva a mí y mi apartamento se había convertido en nuestro refugio y en el escenario para esos preciosos comienzos.

Y me encantaba conocerlo de esa manera.

Aún me venía la risa al recordar el momento en el que descubrí su fobia a las arañas cuando encontró una en el plato de ducha y tuve que ir a rescatarlo.

Era gracioso, algo ridículo, pero también adorable.

—Toma. —Me tendió una pastilla y un vaso de agua mientras yo rebuscaba ropa cómoda en mi armario—. Te lo tendrías que haber tomado cuando te comenzó a doler.

—Sí, papá —bromeé metiéndomela en la boca y tragando un buen buche de agua para hacerla descender por mi garganta. Él no me quitaba ojo y, cuando terminé, le tendí el vaso—. Gracias.

—¿Por qué no te acuestas un rato? Yo puedo empezar y...

Lo silencié con mis labios al acercarme a él y echarle ambos brazos por los hombros.

—Prefiero darme una ducha y despejarme —ronroneé cuando sus manos amasaron mi trasero.

—¿Me puedo meter contigo?

Lo miré divertida.

—No vamos a caber, con tanta carne a duras penas entro yo —bromeé, y él pellizcó más fuerte de la cuenta mi cachete, haciendo que me quejase.

—Seguro que se nos ocurre algo interesante que hacer con esta «carne» —me amonestó con su tono.

Besó mi cuello y me agarró de la mano, llevándome casi a rastras al baño.

Acalló con un siseo mis quejas por no haber podido coger la ropa limpia y, cuando llegamos, me sacó el jersey por los brazos desnudándome delante de él sin prisas, tomándose su tiempo.

—¿Sabías que el sexo es bueno para combatir las migrañas? —me preguntó, y asentí, no era la primera vez que lo oía, aunque sinceramente no me lo terminaba de creer del todo.

—Eso tengo entendido.

—Pues te lo corroboro —atestiguó.

—No sé si quiero conocer los detalles más íntimos de tu tesis —bromeé notando la boca seca cuando se deshizo del pantalón y su erección saltó ante mí, libre de cualquier confinamiento. En momentos como esos agradecía que no utilizase ropa interior, hecho que aún me sorprendía, por absurdo que pudiese parecer—. Pero estoy abierta a experimentar.

Él se dio cuenta de la dirección de mis ojos y sonrió engreído.

—¿Te gusta? —Su tono me hizo sonreír.

—Mucho.

—Pues es todo tuyo.

Asentí con agrado y le miré a los ojos, relamiéndome los labios.

Su sonrisa de medio lado me desarmó y agitó mi interior justo antes de ponerme de rodillas sobre las frías baldosas del suelo del baño y disponerme a dedicarle todas las atenciones posibles con mis labios y mis manos.

En ello me encontraba cuando sentí un agujonazo de dolor en el cuero cabelludo, fruto de haber aferrado con ímpetu sus dedos a mi pelo. Gemí encendida cuando tiró con algo de brusquedad, presa del clímax al que le había llevado mi boca, y la leve molestia que sentí se vio recompensada por el gruñido de placer varonil que emitió en pleno éxtasis y la cadencia de su voz al pronunciar mi nombre, totalmente entregado.

—Mmm... —Me relamí tras limpiarme la boca de los restos de sus fluidos. Sus ojos me escrutaron embriagados y me puse en pie. Tras observarnos unos segundos, hablé aguantándome una sonrisa—. Pues aún no se me ha quitado el dolor, ¿eh?

Él sonrió sagaz y se dedicó durante los siguientes veinte minutos a rebajar la presión de mi cabeza, acumulando la sangre en otro punto de mi cuerpo más placentero.

Mucho más placentero.

Y, efectivamente, pude comprobar en mi propio cuerpo que su afirmación era correcta, porque un buen rato después, mientras cocinábamos juntos entre miradas cómplices e insinuaciones, no quedaba ni rastro de la molestia.

Su boca, sus manos y su cuerpo habían obrado el milagro, quizá también había ayudado el medicamento, sin embargo, prefería pensar que todo era gracias a él.

Y, enfrascados como estábamos en la cocina, unos toques en la puerta interrumpieron nuestra concentración, haciendo que soltase la espátula que tenía agarrada. Miré a Adriel con extrañeza.

—Espero que estéis visibles... —canturreó una voz conocida al otro lado que me estiró las comisuras de los labios.

Al abrir con brío me encontré a Leo con una sonrisa espléndida y una chica bastante guapa agarrada de su mano.

—¡Hola! —Lo abracé y, al separarme, lo saludé con entusiasmo y sentí la mano de Adriel en la parte baja de mi espalda—. ¿Qué haces aquí?

—¡Sorpresa! —exageró, y sonreí con ganas.

Me hacía mucha ilusión que finalmente hubiese podido venir, pues estaba invitado desde el principio, pero cuando hablé con él un par de días atrás no me dio ninguna esperanza en cuanto a

su asistencia.

—¿Qué pasa, tío? Me alegro de verte a ese lado de la puerta y que esta vez yo lleve algo más de ropa encima —bromeó Leo a Adriel con complicidad mientras ambos se daban un apretón de manos—. Chicos, os presento a Leire. —Se hizo a un lado, cediéndole el espacio y el protagonismo—. Ella es Alicia, y él, su pareja, Adriel.

—Encantada —contestó ella mirándonos con educación.

—Igualmente. —Le sonreí—. Pasad. Estábamos picando algo de almorzar mientras cocinábamos.

—Qué raro, tú entre fogones... —bromeó Leo iniciando la marcha sin soltar a su acompañante de la mano.

Así que esa era la chica que traía de cabeza a mi mejor amigo. Interesante.

—¿Traéis el equipaje en el coche? —pregunté al apreciar que tan solo portaban un pequeño bolso femenino.

—No, lo hemos dejado en el hotel antes de venir —contestó Leo.

—¿Hotel? —inquirí extrañada, retomando la tarea que había pausado un momento antes. Removí la salsa que reducía al fuego y que serviría de acompañamiento para la carne mechada y me centré en cerrar el hojaldre de la empanada—. No hacía falta, os podríais haber quedado aquí, os habría cedido el apartamento con gusto. Ya sabes que a mis sobrinas les encanta que invada su habitación.

—Lo sé, pero, después de lo que me ha costado convencer a Leire para venir, no quiero que los monstruitos la espanten si asaltan la casa en el momento menos oportuno.

Sonreí y aguanté una carcajada al observar cómo ella le alzaba una ceja, y él se mordía un labio conteniendo una sonrisa.

—Hemos colocado un cerrojo por dentro —aclaró Adriel con complicidad—. Justo después de la segunda vez que nos interrumpieron.

Leo se echó a reír mientras atacaba la nevera con familiaridad y agarraba un par de refrescos.

—¿Quieres un barquito? —le pregunté a mi chico, llevándome un trozo de pan mojado en salsa hasta los labios y saboreando con gusto.

—«Barquito», dice, si te estás comiendo el Costa Concordia, Ali... —exageró Leo, y Adriel sonrió, abriendo la boca hacia mí. Besó mi mano cuando la llevé hasta él y, acto seguido, atrapó la miga con sus labios guiñándome un ojo.

»Empalagosos —añadió Leo disimulando la palabra en medio de un carraspeo y negué con la cabeza, divertida.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me preguntó Leire servicial, subiéndose las mangas de la blusa gris satinada que llevaba y amonestando a mi mejor amigo con la mirada.

—¡Claro!

Le expliqué brevemente lo que quedaba por hacer y pasamos el resto de la tarde metidos en la cocina la mar de entretenidos, picoteando, riendo y charlando mientras cocinábamos.

Fue un rato estupendo y en ese tiempo que traté a Leire me quedó claro que era una chica con carácter y que no se dejaba achantar por las situaciones nuevas; también que tenía a Leo comiendo de su mano y que, aunque parecía hacerse la dura, ella también estaba bastante pendiente de él y no le perdía de vista.

En un momento dado el teléfono de ella sonó y se disculpó, saliendo del apartamento para atender la llamada. Antes de cerrar la puerta la escuché saludar con cariño a la persona del otro lado de la línea.

Miré a Leo con una sonrisa radiante.

—Es un encanto... y muy guapa.

—Lo es.

—Me gusta. —Sonreí y me apoyé en la encimera secándome las manos en un trapo de cocina —. Tiene carácter y sabe cómo parar tus bromas pesadas con solo mirarte. Voy a tener que averiguar el secreto de su éxito.

Él se encogió de hombros, divertido.

—Jamás desvelaremos sus métodos para conseguirlo, pero tiene que ver con lo que sabe hacer en la intimidad.

Escuché una leve risa de Adriel.

—Qué cerdo —me quejé divertida.

—Y tú eres una malpensada, yo no he dicho nada, es todo producto de lo que tu mente calenturienta está imaginando.

Elevó un par de veces la ceja con complicidad, y negué divertida.

—¿Estáis bien? —indagué con cautela.

—Estamos, que ya es más de lo que te pude decir cuando viniste a verme a casa —se sinceró —. Es la primera vez que deja al niño con sus padres desde que se divorció y que pasamos más de dos horas juntos sin quitarnos la ropa, así que espero que eso quiera decir algo.

Sonreí con cariño y no pude evitar darle un abrazo. Sabía que en el fondo estaba agobiado con la situación, Leire parecía importarle más de lo que admitía.

—Claro que significa algo. Esa chica está loca por ti —lo animé—. Solo hay que ver cómo te mira.

—Uno, que es irresistible —se mofó devolviéndome el abrazo con afecto—. Y vosotros, ¿qué? ¿Fluye el amor o ya se os están acabando las manzanas?

Dejé escapar una carcajada y asentí observando a Adriel con complicidad.

—Hay manzanas para rato —contestó él sin dejar de observarme.

—Estamos bien —secundé yo—. Muy bien.

Y, bajo la entretenida y atenta mirada de Leo, me acerqué a mi chico y le di un beso que me supo a ilusiones compartidas y a un futuro prometedor; a segundas oportunidades y nuevos descubrimientos... Todo ello sin pararme a pensar en ese instante que a veces el futuro puede no ser exactamente como nos lo imaginamos, y es justo en los momentos más delicados cuando hay que demostrar de qué pasta estamos hechos y qué estamos dispuestos a perder para poder llegar a ganar.

CAPÍTULO 38

MONSTRUO

«Los monstruos y los fantasmas son reales, viven dentro de nosotros... y a veces ganan».

Stephen King

Actualidad
Sábado, 6 de febrero

Sonreí satisfecha al escuchar el alboroto en la lejanía, donde la fiesta casi había llegado a su fin, aunque las voces y las risas de los más rezagados aún llenaban el ambiente. La fiesta estaba resultando un éxito y a mi padre se le veía eufórico, rodeado de sus seres queridos y amigos, y recibiendo tantas muestras de cariño por parte de todos.

Crucé con cuidado el jardín y me adentré en la cocina agarrando la fuente vacía de cristal donde antes habían estado los aperitivos; esta estuvo a punto de caer cuando la luz, repentinamente, se apagó.

Me giré intentando controlar el latido de mi corazón, pero una voz en mi oído me sobresaltó.

—¿Alguna vez te han dicho que tienes un culo espectacular?

—Adriel, qué susto me has dado —me quejé girándome hasta quedar enfrentados.

Me mordí el labio cuando me atrajo hacia él y su mirada encendida repasó la piel que revelaba mi vestido.

La penumbra le daba un punto bastante sensual al encuentro.

—Qué buena estás —murmuró excitado y con una voz que no reconocí como suya.

—Gracias —contesté con humor, pero todo rastro de diversión se esfumó cuando coló las manos por la abertura de mi escote y, con pericia, sacó uno de mis pechos para acto seguido llevárselo a la boca, bajando la cabeza.

—Uhm.

—Adriel... ¿Estás bien? —Mi pregunta cayó en saco roto, pues él continuó su asalto, y decidí que no le quería dar más importancia a la urgencia en sus actos y el tono de su voz.

Jugueteó con su lengua en mi endurecido pezón, y emití un quejido lastimero al notar la leve presión de sus dientes a su alrededor.

Con torpeza me agarré a la encimera que tenía a mi espalda con ambas manos, entregándome a él.

—Llevo toda la noche empalmado por tu culpa —murmuró dejando al aire también el otro pecho para dedicarle las mismas atenciones—. Y no sabes lo jodidamente difícil que es disimularlo con este pantalón. Me has puesto tan cachondo con esos movimientos de aquí para allá y esas miraditas cargadas de intenciones que ya no puedo más. Me duelen tanto estos de aquí —añadió al mismo tiempo que colocaba mi mano sobre sus testículos— que me van a estallar.

Contuve la risa mientras notaba el espasmo de mi entrepierna al escucharle hablar así. Me gustaba esa versión ruda y desinhibida de Adriel y mi sonrisa así se lo transmitió.

Se acercó a mi boca pegando su cuerpo contra el mío y me mecí sobre su erección, que estaba dura como una piedra.

Gemimos al unísono al enredar nuestras lenguas en un beso abrasador.

—Alicia, si sigues así, voy a acabar empotrándote contra la isla de la cocina y, créeme, vas a

gritar tanto que se van a enterar todos de que te estoy follando.

Su amenaza me erizó la piel.

Necesitaba más.

Lo miré con fingida inocencia sabiendo que mi movimiento lo estaba poniendo al límite al no dejar de rozarme contra su erección.

—No podemos, Adriel, ahí fuera hay niños.

—Estás jugando con fuego... —me reprendió.

Sonreí sagaz.

—¿Recuerdas lo que hicimos sobre el sofá de tu madre? —Él frunció el ceño, desubicado, y volví a apretarme contra su pelvis, moviendo una ceja insinuante.

—No me jodas, no tengo quince años —contestó ceñudo y enfurruñado como si realmente los tuviera.

—Siempre puedes ir tu solo al baño y solucionarlo por tus propios medios.

—Prefiero que seas tú la que haga que me corra.

—Perfecto.

Le agarré de la mano y me subí a uno de los taburetes de la isla, el más pegado a la pared, apoyando la espalda en esta y atrayéndolo hacia mí por su jersey.

Su pelvis encajó con la mía, y acoplé las piernas alrededor de sus caderas, invitándolo a mecerse con el contoneo de mi cuerpo.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que nos rocemos como dos niños? —Lo ignoré y pasé mi lengua por la comisura de sus labios—. ¿Pudiendo encerrarnos en el baño o en tu apartamento a hacer de todo? —Asentí—. ¿Estás segura?

—Que sí, y calla ya —murmuré y devoré su boca.

Él pareció captar el mensaje y, sin dejar de besarme, llevó la mano a mi entrepierna, colándola a través del vestido. Sus dedos captaron al momento la humedad de mi ropa interior.

—Estás muy mojada.

—Estoy muy caliente —corroboré—. Y me apetece que lo hagamos así, como dos chiquillos a los que pueden pillar y no se quitan ni la ropa. Después nos vamos a casa y lo hacemos como tú quieras, ¿vale?

Me subió el vestido hasta la cintura y, mirando hacia abajo, asintió.

—Trato hecho.

Su sonrisa y su mirada lobuna me prometieron cosas muy indecentes y me estremecí a la vez que pasaba mis brazos por sus costados y enlazaba las manos a su espalda, anclándome a él y buscando el mayor roce entre nuestros cuerpos cuando comenzó a mover las caderas.

Nuestras bocas entraron en contacto y, cegada de placer, aprecié la tela algo áspera de su pantalón contra mi ropa interior en cada embestida. La molestia por el roce era aplacada por el placer que me recorría y me aferré a él apoyando la cabeza en su pecho y cerrando los ojos con fuerza.

—¿Te gusta así, Alicia? —susurró en mi oído y me mordió el lóbulo de la oreja con su respiración dificultosa—. Estás muy callada... Con lo que me gusta escucharte.

Su tono entretenido espoleó mi mirada.

—No quiero que me oigan.

—¿Y cómo lo vas a conseguir cuando te corras? —Aumentó el ritmo de sus acometidas sin despegarse de mí, friccionando con maestría su entrepierna dura contra mi clítoris, y me mordí el labio con fuerza, aferrándome a sus hombros y clavándole las uñas en el contacto—. Así..., eso es... Me vuelve loco escuchar cómo te gusta lo que te hago —me animó cuando dejé escapar

unos quejidos incontrolables.

Tras esa declaración supe que no había vuelta atrás.

Sus manos se anclaron con fuerza a mi trasero, moviéndome y embistiendo cada vez con más ímpetu. Su respiración acelerada se mezcló con mis gemidos, que se mostraban del todo desinhibidos, y, cuando contuvo durante un par de segundos la respiración, supe lo que vendría después y cerré los ojos dejándome ir yo también.

Una sucesión de gruñidos graves fueron escapando de su garganta a la vez que sus caderas proyectaban el movimiento hacia adelante, al mismo ritmo de su eyaculación. Los espasmos de mi propio orgasmo se acoplaron al suyo en una cadencia sincronizada y perfecta que me supo a gloria.

Y un momento después, con la respiración aún agitada y el sudor perlado nuestros cuellos y frentes, nos miramos y compartimos una risa cómplice, pero el gesto nos duró poco, pues cuando nos quisimos dar cuenta la luz de la cocina se había encendido, y Pato nos miraba sonriendo, queriendo participar del momento jovial desde su ajena inocencia.

—¿De qué os reís?

—¡Joder! —exclamó Adriél dándose la vuelta y tapándose con su cuerpo para recomponernos la ropa lo más rápido posible—. Hola, Fabiola. —La voz le titubeó—. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas algo? —Tardó unos segundos en recaer en lo que ella observaba y, al darse cuenta, se cubrió la zona delantera del pantalón con las manos.

La niña negó con la cabeza y se encogió de hombros, acercándose a nosotros. Adriél se movió incómodo, apretando su espalda contra mí. Le pasé los brazos por la cintura, divertida y abochornada a partes iguales y dando gracias a que hubiese sido ella y no otro de sus hermanos mayores quien nos hubiese pillado en ese momento postcoital.

Asomé la cabeza por su hombro cuando la niña comenzó a susurrarle.

—Tito *Adirel*. —Con un gesto le instó a agacharse para compartir una confidencia de la que yo estaba siendo espectadora silenciosa—. No pasa nada, mamá dice que a veces mojamos las braguitas por accidente. —Le puso una mano sobre el antebrazo con gesto solemne—. Yo tengo muchas en mi armario, ¿*quieres* unas?

Contuve a duras penas una carcajada y cerré los ojos mordiéndome el labio al escuchar las voces que se acercaban.

—Joder —volvió a decir Adriél mirándome de reojo cuando mi hermana y su marido entraron en la estancia, seguidos por algunos de sus hijos.

La primera, tras observar la escena, me miró alzando una ceja a caballo entre la diversión y el espanto, y Fede, intuyendo lo que había ocurrido, me guiñó un ojo.

—Ya os vale... —murmuró Estrella.

—Venga, niños, ignorad que vuestros tíos están aquí y todos arriba —los animó con diversión—. El primero que se acueste tiene doble ración de churros mañana.

Cuando la prole salió en estampida por las escaleras, el matrimonio se giró de nuevo en nuestra dirección.

Nosotros aún permanecíamos en la misma postura en la que nos habían encontrado: yo sentada sobre el taburete, aunque ya con el vestido recolocado, y Adriél delante de mí con un trapo que había agarrado en la encimera tapando su entrepierna.

—Tíralo cuando ya no te sirva —le dijo mi hermana a mi chico con aversión, señalando el paño mancillado.

Tras eso se acercó a los escalones que conectaban con la planta superior.

Su marido soltó una carcajada y, sin dejar de sonreír, se desabrochó sus propios pantalones y

se los lanzó a Adriel con diversión, quedándose en calzoncillos sin ningún tipo de pudor delante de nosotros.

—Pasadlo bien, pareja.

—¡Fede! —lo regañó mi hermana queriendo imponer un tono de enfado, pero fracasando estrepitosamente en el intento.

Él se acercó hasta ella trotando, le dio un beso y, a un tono de voz lo suficientemente alto como para que ambos le oyésemos, le dijo:

—Vamos a tener que recordarle a esa encimera quién manda en esta casa.

Ella negó con la cabeza, y no pude contener la risa viéndolos desaparecer.

—Los caprichos de mi chica manzana salen caros —me dijo Adriel cuando nos quedamos solos, girándose hacia mí.

Sus ojos algo enrojecidos me miraban con regocijo.

—¿Se te ha quitado el dolor?

Dirigí una mirada elocuente hacia su entrepierna, y él se rio negando con la cabeza.

—No del todo —reconoció—. Aunque ahora mismo necesito una cerveza para olvidar que Fabiola ha visto a su héroe con los pantalones mojados y se ha ido a dormir pensando que me he meado encima.

—Te seguirá queriendo.

Mi tono de burla fue castigado con un mordisco en mi cuello.

—Eso espero.

Entró en el baño, se cambió y, al salir, me agarró de la mano y salimos al jardín, donde el aire fresco nos recibió aliviando en parte el azoramiento que aún sentíamos.

Qué diferentes habrían sido las cosas si hubiese hecho lo que en realidad me apetecía, que no era otra cosa que encerrarme en mi apartamento con él a continuar lo que tan solo habíamos empezado.

Qué diferente habría sido..., pero no fue así, pues lo seguí atravesando el jardín hasta llegar a la terraza en la que tan solo quedaba una pareja.

Me senté junto a Leo y Leire, ajena a lo que se me venía encima, totalmente ignorante de que mis demonios se encontraban acechando allí mismo, esperando su momento para hacer una aparición estelar a través de Adriel, ya que, cuando un buen rato después su sonrisa beoda y sus ojos brillantes me miraron, no lo vi a él, sino a un monstruo de mi pasado.

Y no pude controlarme.

Tan solo estallé.

CAPÍTULO 39

AYUDA

La vida es una sucesión de hechos que a veces, para comprenderlos, hay que haberlos vivido... o al menos conocerlos.

Actualidad
Miércoles, 10 de febrero

Observé a mi padre sentado en el sofá de mi apartamento. Estaba bastante tenso y no paraba de remover el café con la cucharilla en un acto mecánico. En ese instante no lo sabía, pero él intentaba encontrar las palabras apropiadas para comenzar una conversación que no iba a resultarnos agradable a ninguno de los dos, a pesar de ser muy necesaria y sanadora.

—Muchas gracias por el cumpleaños, estuvo todo genial —dijo antes de darle un sorbo a la taza y depositarla en la mesita frente a nosotros. Cogió aire, se giró en el asiento y me encaró—. No me resulta demasiado fácil abordar este tema, aun así, creo que es necesario que hablemos.

Preocupada, me reacomodé agarrando un cojín y abrazándome a él.

—¿Qué pasa, papá? ¿Estás bien? ¿Le ocurre algo a mamá?

—Sí, no te preocupes. No es nada de eso. —Suspiró y se rascó la barbilla compulsivamente antes de animarse a hablar—. Alicia, sé que no soy un padre demasiado abierto con vosotras, tu madre es la conciliadora de la familia y entiendo que quizá por eso no hayas querido venir a contarme lo que te sucedía.

Fruñí el ceño y lo miré sin llegar a entender de qué era de lo que estábamos hablando exactamente.

—¿A qué te refieres?

—A lo que te ha ocurrido con Adriel.

Me encogí de hombros, incrédula, y negué con cariño.

—Papá, no te ofendas, pero no me siento del todo cómoda hablando de mis problemas de pareja contigo. Es... raro.

Él me miró con cariño y un deje de culpabilidad teñía su mirada.

—Esta mañana he hablado con tu hermana —soltó sin rodeos—. Vino a casa preocupada y me contó lo que os pasó el sábado por la noche.

Por un momento mi mente recreó la escena subida de tono que habíamos protagonizado en la cocina y me estremecí cuando noté una punzada de dolor en el pecho por el recuerdo, sin embargo, descarté automáticamente la idea de que hubiese ido hasta mi casa para hablar de eso, por lo que tan solo quedaba...

—Estrella no estaba cuando ocurrió —contesté a la defensiva.

—Leo se lo contó. —Mi cuerpo se incendió y negué con lágrimas en los ojos, sintiéndome vendida por mi mejor amigo. No tenía derecho, no tenía ningún derecho a ir contando la discusión que mantuvimos Adriel y yo, de la que tan solo él y Leire habían sido testigos. Me mordí el labio con fuerza, aguantando las ganas de llorar.

»Estaban preocupados por ti —los justificó—. Llevas aquí encerrada desde entonces y ya no sabían qué hacer para llegar a ti.

—Dejarme espacio, ¿por ejemplo? Si no contesto al teléfono y prefiero quedarme en casa

querrá decir algo, ¿no?

Mi padre apretó con afecto mi muslo, intentando infundirme calma.

—Cariño, sé que estás mal y ahora mismo te sientes traicionada. Te juro que me encantaría que nadie te provocase daño a lo largo de tu vida, pero sería demasiado hipócrita por mi parte exigir algo así cuando el primero que te hirió fui yo haciéndoos vivir un calvario cuando aún eráis unas niñas.

—Papá...

—No, hija. Déjame hablar. Para mí no es fácil reconocer que fui débil y que por mi tropiezo aún padeces las consecuencias. —No pude contener más las lágrimas y estas bañaron mi cara—. No fui un buen padre entonces y no lo sería ahora si me desentendiese del tema. Las cosas que le dijiste a ese muchacho no fueron justas. Sabes que en el fondo no iban dirigidas hacia él, sino a mí. Yo fui el único culpable y no sería honesto que otras personas pagaran por mis errores.

—Tú no tienes la culpa, estabas enfermo y conseguiste curarte.

—Sí, Alicia, sí que la tuve, no me justifiques —afirmó con rotundidad—. Yo era adulto y sabía lo que hacía, aunque los motivos me sirvieran de excusa. Y lo peor es que en ese momento no pensé en lo que podría causar con mi comportamiento. Me convertí en un borracho, y las tres personas a las que más quería padecieron un calvario del que me arrepiento cada día de mi vida.

—Yo te perdoné hace mucho tiempo.

—No —negó con una sonrisa triste—. No lo hiciste del todo y lo comprendo. Incluso sin ser consciente estás utilizando lo que retienes aquí —añadió tocando mi frente con sus dedos— para culpar cosas que salen de aquí. —Llevó su índice hasta mi corazón y presionó ligeramente en él.

—Pero lo de Adriel no...

Me cortó.

—Adriel no soy yo, mi vida. Que una persona joven y sana beba de vez en cuando no significa que vaya a volverse un alcohólico como lo fui yo. —Sorbí por la nariz, prestándole atención—. No puedes echar sobre sus hombros algo que no le pertenece cargar. Ese chico te importa, y tú a él también.

Esa vez fui yo la que lo interrumpí.

—Papá, sé que me pasé y me arrepiento, pero no creo que sea coherente ir a pedirle disculpas cuando esto puede pasar de nuevo. ¿Quién me dice que en la próxima barbacoa o en cualquier otro momento no me sienta igual y vuelva a hacerle daño? No puedo controlar lo que siento con respecto a este tema, no sé hacerlo. —Lo miré abrumada—. Y realmente tampoco sé si le importo lo suficiente como para llegar a perdonarme por las cosas que le dije.

—Él ha asumido un error sin comprender qué es lo que realmente ha hecho para que le echases de la fiesta, delante de Leo y de su pareja. Le ha pedido disculpas a Estrella y Federico por la falta de respeto que ocurrió en su casa y por las formas en las que os tratasteis los dos, y no me cabe duda de que le importas lo suficiente después de haberle cogido el teléfono a un viejo huraño y un poco antipático, y haber escuchado toda la historia que provocó tu reacción del sábado con educación y empatía.

Los ojos se me abrieron de par en par.

—¿Qué?

—Se merecía una explicación, y es lo mínimo que podía hacer por mi pequeña después de haberla hecho sufrir así durante tanto tiempo.

¿Él había llamado a Adriel y le había contado todo lo ocurrido en el pasado?

Me costaba asimilarlo y a la misma vez no podía permitir que los ojos de mi padre lanzaran ese destello de tristeza que vislumbraba cuando nos manteníamos la mirada.

—Papá, tú no me has hecho sufrir. Eso ya pasó...

—Si pudiera borraría todo aquello, intento cada día resarciros por mis errores y te juro que lo haré durante el resto de mi vida. —Me eché sobre su pecho y lo abracé rompiendo a llorar. Todas las emociones que había intentado retener desde hacía casi cuatro días se me desbordaron por los ojos mientras él me acariciaba el pelo y continuaba hablando emocionado—: Yo creía que lo había logrado, que habíamos dejado el pasado atrás, no como si nunca hubiese existido, pero sí como algo superado. Y cuando me dijeron lo que le habías gritado a ese chico supe que no lo había conseguido. No al menos contigo.

—Lo siento.

—Me tendrías que haber contado lo que te ocurría y hubiésemos buscado ayuda juntos.

—Lo sé.

—Y tendrías que habérselo explicado a él también.

—No podía, aún no podía...

—Sé que es vergonzoso admitir que tu padre te hizo pasar por algo así, pero, si te estaba afectando en tu vida y en vuestra relación, tendrías que haber sido sincera.

Me separé de él y lo miré, despejando con las manos mis ojos llenos de lágrimas.

—Tú no me avergüenzas, papá.

—No creas que no me doy cuenta de cómo evitas hablar de él —me dijo con ternura—. Hazlo por mí, creo que es un buen hombre. Habla con él, por favor.

Asentí enternecida y a la vez muerta de miedo.

—Lo haré.

—Y déjame que busque ayuda, quiero hacerlo por ti. Lo superaremos juntos, ¿de acuerdo?

Volví a asentir emocionada, y ambos, con lágrimas en los ojos, nos abrazamos sintiendo que ese era el primer paso para superar los baches del pasado.

Sí, debía ser sincera y exponerme a Adriel, mostrándole no solo las partes bonitas, sino también esos monstruos que me acechaban, a los que esperaba poder darles caza muy pronto.

¿Me daría una oportunidad para resarcirme?

CAPÍTULO 40

UN GRAN GESTO

En un universo de sabores, la manzana es la reina del cotarro.

Actualidad
Sábado, 13 de febrero

Aún no podía creermelo lo comprensivo que se había mostrado Adriel cuando reuní el valor para hablar con él y sincerarme. Ciertamente era que mi padre ya le había puesto en antecedentes con aquella llamada que confesó hacerle, pero, siendo franca, esperaba algún reproche por su parte.

No lo había habido, aunque, si teníamos en cuenta que desde que quedamos para hablar no nos habíamos vuelto a ver, tampoco podía cuantificar el alcance de la onda expansiva de mi salida de tono de hacía una semana. Porque no, no me enorgullecía mi comportamiento ni tampoco los reproches que le había lanzado por el simple hecho de haberse relajado bebiendo en una fiesta.

—Ali, ¿sigues ahí o estoy hablando solo como un gilipollas?

Presté de nuevo atención al teléfono que tenía apoyado en mi oreja y carraspeé.

—Perdona, Leo. Me he distraído.

—¿Qué estarías haciendo? —cuestionó con retintín y malicia.

—Definitivamente, no lo que tú estás pensando.

—¿Qué quieres? Mi mente es como una lavadora, dentro hay cosas muy sucias dando vueltas continuamente y si a eso le sumamos que tengo una jefa que raya la ninfomanía, de ahí no puede salir nada decente.

Solté una carcajada.

—Gracias.

—¿Por creer que te estás tocando mientras hablas conmigo?

—Leo, por lo que más quieras —me quejé—. Gracias por no desistir conmigo y remover cielo y tierra para que esto se solucionase.

—Tan solo hablé con tu hermana, era parte de la letra pequeña del contrato de «mejor amigo» —bromeó restándole importancia—. Eso sí, espero un buen regalo en mi próximo cumpleaños.

—Ya veremos.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Ya... ¿Qué pasa?

—No lo he vuelto a ver desde el jueves.

—Es sábado, no hace tanto.

Suspiré y encogí la nariz haciendo una mueca mientras me dejaba caer en el sofá.

—Antes de la pelea estábamos todo el día juntos, apenas nos separábamos y cuando lo hacíamos era por poco tiempo —admití—. Pero desde que hablamos y aclaramos las cosas no parece encontrar un rato libre para vernos.

Leo se mantuvo en silencio durante unos segundos.

—¿Estás segura de que la conversación fue bien?

—Sí —afirmé y rasqué con saña un pequeño granito de mi tobillo hasta que me hice sangre

—. Me dijo que me entendía y que lamentaba no haberlo sabido antes, porque podría haberme evitado el mal rato.

—¿Y nada más?

—Pues estuvimos dando un paseo por el pueblo, parecía normal y cuando me dejó en la puerta del apartamento me dio un beso.

—¿Con lengüita?

—¿Tú qué crees?

—Pues no lo sé, Ali. Sois como dos puñeteros algodones de azúcar y no sé por dónde pillaros el punto —convino—. Tantos cariñitos, miraditas enamoradas y susurros me tienen descolocado. Yo soy más de pollazos en la mejilla.

Me separé el teléfono de la oreja mirándolo asqueada.

—¡Joder, Leo! Qué puto cerdo eres.

Él se carcajeó con ganas.

—Tengo que colgar, Ali —interrumpió su propia risa—. Antes de marcharme voy a hacer gala de mi etiqueta de «mejor amigo» y te voy a dar un consejo: haz algo especial por él. No sé, así, a la ligera, se me ocurre que, por ejemplo, puedes presentarte en un restaurante atestado de gente con un ramo de manzanas y declararle tu amor eterno...

Sonreí.

—Un gran consejo.

—A servir —se despidió—. Y, Ali, pídele que te dé unos toquécillos en la mejilla la próxima vez, verás qué bien sientan.

Colgó entre risas antes de que pudiese terminar de decir la burrada que había comenzado a vociferarle.

En realidad, llevaba razón, si quería demostrarle a Adriel que estaba dispuesta a poner todo de mi parte para superar los problemas y tener una relación sana y adulta con él, debía hacer algo lo suficientemente importante como para que entendiese que le quería y que no estaba dispuesta a dejarle escapar de nuevo por mis miedos o traumas, como ya había ocurrido en el pasado.

Porque lo que en su día fue un enamoramiento platónico y adolescente, lleno de dudas e inseguridades, había mutado y se había convertido en un sentimiento maduro que debíamos terminar de cultivar juntos para que floreciese y nos deleitase con todo su esplendor.

Sonreí cuando un pensamiento cruzó mi mente y di gracias al destino por regalarme la visión de la idea en la víspera de un día tan importante para el amor como San Valentín.

No tenía tiempo que perder, debía prepararlo todo y concretar los detalles de mi plan para que saliese como yo quería y, aunque era difícil, iba a dejarme la piel en conseguirlo, fuese como fuese.

Cuando esa misma noche volví a hablar con Leo, y le expliqué que su cometido era asegurarse de que Adriel estuviese dentro del plan, rio con ganas y aseguró que siempre había confiado en mí.

Decir que no pude pegar ojo esa noche sería poco. Vi pasar cada hora del reloj y para cuando marcó las seis decidí que ya tenía suficiente. Me levanté, limpié la casa al completo sin creermela cantidad de suciedad que podían acumular unos ridículos veinticinco metros cuadrados en tan solo unos días y, sabiendo que aún necesitaba derrochar energía, salí a correr.

Me reconfortó ver el amanecer con la única compañía de las gaviotas que revoloteaban sobre la playa y con nervios, pero sin dejar de sonreír, volví a casa dispuesta a que ese día marcara un antes y un después en nuestra relación.

Esperaba que para bien, claro.

Cuando llegó el momento reajusté la cámara en el trípode, carraspeé y miré el reloj. Tan solo faltaban unos minutos para que marcara la hora que había comunicado en mis redes sociales. Había recibido muchísimos mensajes privados y comentarios entusiasmados ante la idea de ese directo con «algo especial» que había anunciado, y mis seguidores no paraban de especular.

Sonreí y me mordí el labio inferior.

Nadie había acertado, pues ninguno conocía mi relación con Adriel ni tampoco que todo lo que iba a pasar en escasos tres minutos era por y para él.

A eso había que sumarle las apuestas en el grupo de mi familia, donde Leo, que era el único que sabía lo que pretendía hacer, se mantenía asombrosamente callado, aunque no dejaba de instigar a los demás con teorías de lo más absurdas.

Ah, y por supuesto me iban a ver todos...

Así que, con muchas esperanzas, una cantidad desorbitada de nervios y jugándome parte de mi vida y de mi futuro —vale, quizá no tanto, pero era un momento crucial en mi existencia y una vez más me permitía dramatizar un poco más de la cuenta—, comencé a transmitir en directo.

Me mantuve en silencio los primeros segundos, observando cómo el número de personas conectadas no paraba de subir y veía reproducidos en la pantalla de mi portátil, estratégicamente colocada frente a mí, los mensajes de los primeros valientes.

—¡Hola, sabrosuras! —Tragué saliva sintiendo mi voz áspera y la boca seca—. Espero que estéis de rechupete... —concluí la cabecera del saludo que llevaba utilizando desde el inicio del canal y respiré hondo—. Sé que muchos os estáis preguntando qué es eso tan importante, exclusivo y especial que tengo preparado para este día de los enamorados. He recibido cantidad de mensajes con vuestras apuestas y debo deciros que no, no es ninguna variante de las fresas con chocolate ni una tarta con forma de corazón... Eso ya está muy manido, ¿verdad? Lo que traigo hoy es aún más excepcional, ya que nunca lo he hecho en el canal.

»No sé si alguno se habrá dado cuenta, pero desde mis inicios hay un ingrediente que jamás —recalqué esta última palabra sintiéndome más serena conforme iba hablando— jamás he utilizado en ninguna de mis elaboraciones. ¿Creéis que podéis adivinarlo? —Concedí un instante y fui leyendo los comentarios poniendo muecas.

»Bueno, algunos habéis acertado, aunque debo decir que otros me habéis perturbado con las respuestas. —Me reí dejando escapar un poco más los nervios en las carcajadas—. Bien, no os mantengo más con la intriga, hoy haremos una de las recetas más populares de la repostería mundial, una tarta icónica y con infinidad de versiones, sin embargo, la que os traigo hoy es una declaración de intenciones en toda regla, pues esta receta familiar ha ido pasándose de madre a hija y, aunque yo no tengo el honor de ser descendiente directo de esta preciosa familia, mi mentora en esta ocasión siempre me ha considerado como tal y me la ha cedido gustosa para ver si así consigo mi propósito. Gracias, Isabel. —Inspiré hondo y sonreí, elevando la fruta que había permanecido fuera de plano y que ahora ocupaba toda la imagen en la pantalla.

»Tarta de manzana —anuncié con ceremonia—. Venga, tomad nota, que ahí van los ingredientes que vamos a necesitar. —Los fui enumerando junto con sus respectivas cantidades y comencé a mezclar la leche con las yemas de huevo y la harina de maíz para preparar la crema que serviría de relleno—. Y hoy, por ser el día que es y mientras seguimos elaborando cada paso, quería contaros una historia muy especial. La historia de un primer amor, las aventuras de un chico y de una chica que con trece años descubrieron, a través de algo tan simple como una manzana, lo que era estar enamorados y todo lo que un sentimiento tan enorme podía suponer. —Alternaba mi narración con la receta, sabiendo que esas pausas los mantendrían expectantes y

sirviéndome para reponer fuerzas por la marea de sentimientos que los recuerdos estaban provocando en mí.

»Algunos podrían catalogar sus inicios como algo catastrófico, pues se vieron obligados a sentarse juntos en clase, separados de su núcleo habitual de amigos y sacándolos de su zona de confort. Eso para un adolescente ya es un acontecimiento en sí, pero, no contentos con eso, la madre de la chica, cómplice indirecta del destino, dio pie a que un simple desayuno se convirtiese en una deliciosa costumbre.

»Ella odiaba las manzanas y cómo sería su cara de desolación al descubrir que ese sería su desayuno aquel día que el chico decidió salvarla de las garras de semejante fuente de fibra y vitaminas de color rojo, cambiándosela por su desayuno. Aquello ocurriría muchas más veces durante el curso, convirtiéndolo en un entrañable secreto entre los dos que los unía más y más.

»Pero para lidiar con el destino a veces hay que ser un buen estratega y estos chicos, inexpertos en los entresijos de la vida, no supieron jugar bien con las cartas que les habían tocado... Aunque, tranquilos, como hoy es un día especial, el cuento tendrá un final feliz. —Compuse una mueca de temor—. O eso espero... —Observé la imagen que se proyectaba en la pantalla y continué moviendo la crema. Ya había tomado consistencia tras unirla con la leche que había hervido con el limón, el azúcar y la vainilla, y el olor que desprendía aromatizaba todo el apartamento. Me di cuenta entonces de que no había probado bocado en todo el día y mis tripas rugieron en desacuerdo. Decidí obviarlas y continué dando las instrucciones para colocar el hojaldre en la bandeja y sobre él el relleno, antes de retomar mi narración particular.

»Lamentablemente, a aquellos chicos el amor les vino grande y no supieron combatir sus miedos e inseguridades, por lo que cada uno siguió caminos separados durante un tiempo, pero, años después, el destino, que es muy sabio y tenía la constancia de que ambos habían jugado más de una partida por separado y parecía que ya tenían perfeccionada la técnica, hizo que se reencontrasen.

»Fue así como la adolescente, ya convertida en mujer, descubriría que, para él, ella nunca había dejado de ser su «chica manzana», al igual que él nunca había dejado de formar parte de su corazón. —Sonreí cuando comencé a vislumbrar montones de corazones en los comentarios de mis seguidores y continué pelando las manzanas que hacían falta para cubrir el relleno—. Sí, lo sé, me he emocionado... —Sonreí, me sequé un par de lágrimas y tragué a ver si conseguía bajar el nudo de mi garganta, pues, si Adriel estaba viéndome como esperaba, ahí llegaba la parte culminante.

»Sé que nunca he contado mucho sobre mi vida privada, pero hoy voy a hacer una excepción porque lo que está en juego me importa muchísimo. —Me aclaré la garganta y escuché unos nudillos tocando la puerta. Decidí ignorarlos porque sentía que tenía que continuar a toda costa—. ¿Sabéis? Hace muchos años que creí haber superado mis miedos e inseguridades. Todo cambia cuando descubres que hay una persona que tiene en sus manos el enorme poder de elevarte al cielo o hundirte bajo tierra con tan solo una mirada. Entonces todo vuelve hacia arriba y los temores más escondidos rebotan, convirtiéndote en un mar de dudas. —Solté las manzanas y miré directamente la pantalla, centrando en ella toda mi atención.

»Aquella chica cometió el error de estropearlo todo con sus inseguridades en el pasado y, aunque debería haber aprendido la lección, ha vuelto a hacerlo volcando sobre él todo el dolor de unas heridas que no le pertenecía sanar y, sin embargo, estaba totalmente dispuesto a asumir. —Noté mis lágrimas en las mejillas y cerré por un segundo los ojos, intentando serenarme. Cuando hablé de nuevo mi barbilla temblaba—. Y no puede perderlo de nuevo. Sencillamente no puede. —Se me quebró la voz—. Porque está enamorada de él y necesita que...

El sonido de unas llaves en la cerradura que daba a la calle me detuvo e hizo que girase la cabeza hacia allí de forma brusca, focalizando mi atención en la puerta abriéndose.

Se me cortó la respiración al verlo en el umbral, observándome.

—¿Es eso verdad? —preguntó serio. No pude articular palabra—. Alicia... —Avanzó hacia mí.

—Estoy en directo —susurré con la voz constreñida por los sentimientos a flor de piel y su presencia.

—Lo sé. —Alzó el teléfono dejándome ver mi propio perfil observándole. Me había visto—. ¿Es eso verdad? —repitió. Asentí con miedo a que el objetivo captase su imagen, pues recordaba que una de las condiciones que había impuesto para trabajar conmigo era que no quería salir nunca frente a la cámara. Él se detuvo antes de ocupar la pantalla junto a mí y sus ojos me provocaron una sacudida—. Después de todo lo que han pasado, ¿ella está enamorada de él?

—Con toda su alma.

Su sonrisa de medio lado terminó por destruirme y no pude contener un sollozo. Sus ojos me traspasaron con adoración al observarme.

—No quiero que perdamos más el tiempo, Alicia.

—Ni yo.

—¿Me quieres? ¿Quieres esto? —Nos señaló.

—Sí, sí quiero.

Sin esperar ni un segundo más, salvó el par de pasos que lo separaban de mí e introdujo los dedos entre mi pelo con fervor. Agarró mi nuca en un gesto de posesividad que me estremeció y sentí cómo su boca impactaba contra la mía en un beso voraz y cargado de sentimiento.

El tiempo se paró a nuestro alrededor, olvidándonos de que cientos de personas estaban al otro lado de la cámara que immortalizaba ese momento tan crucial en nuestras vidas, y cuando unos minutos después nuestros labios se separaron, recuperando el aliento que nos faltaba, apoyó su frente sobre la mía y pronunció con una genuina sonrisa las palabras mágicas:

—El único fruto del amor eres tú, mi chica manzana.

EPÍLOGO I

ADRIEL

Actualidad, 12 de mayo

Recordar el pasado a veces era un ejercicio necesario, aunque algunos recuerdos no fuesen del todo agradables.

Mi ayer tenía momentos buenos y malos, como el de todo hijo de vecino, pero hacía tiempo que me había propuesto sacar una lectura positiva de cada uno de ellos, ya que había comprobado a base de palos que solo así se podía seguir avanzando.

Pero, puestos a imaginar, si hubiese podido me habría gustado viajar en el tiempo para facilitarme un poco las cosas, como por ejemplo diciéndole a ese chiquillo de nueve años que no siempre debía hacerse el fuerte tras el abandono de su padre, pues él no había sido el culpable de las decisiones de un adulto irresponsable e insensible.

También habría animado a mi versión adolescente para que luchase un poco más por lo que quería y no se dejase llevar por la cobardía o el desánimo que tanta mella hacía en él por aquel entonces.

Unos años después, le habría alentado para que saliese de su zona de confort y cortase con todo lo que sabía que no estaba destinado para él, como por ejemplo su relación con Carla; que tampoco dejase de lado a su familia en ciertos momentos y que no permitiese que nadie menospreciara la forma en la que se ganaba la vida, honradamente y con algo que siempre le había apasionado, ya que, a pesar de que su profesión no era muy reconocida y nadie se paraba a pensar en lo que implicaba ser un *gametester* más allá de alguien a quien le pagan por jugar a videojuegos, solo unos pocos sabían realmente lo monótono que podía llegar a resultar pasarse horas y horas examinándolo todo al detalle, probando una y otra vez diferentes estrategias para detectar fallos de programación o incongruencias y aportar ideas de mejora a los programadores para hacerlo más atractivo para su público potencial.

Que sí, que jugaba a videojuegos y me pagaban por ello, pero había que ir un poquito más allá en la explicación.

Por último, a mi versión más reciente me hubiese gustado recordarle que, aunque para ser feliz tendría que luchar cada día, siempre iba a ser mejor hacerlo rodeado de la gente a la que se quiere y acompañado de la persona idónea.

Y Alicia era mi persona idónea.

Siempre lo había sido, aunque hasta hacía poco hubiese estado totalmente ciego y amnésico.

Hacía siete meses que había vuelto a verla, en el amplio sentido de la palabra. Siete meses desde que, rodeados por unos desconocidos que en su día fueron nuestros amigos más fieles, su sonrisa golpease contra mi pecho e hiciese de chispa necesaria para resucitar mi motor gripado desde hacía años.

Siete meses cargados de errores, obstáculos y confusiones, pero también de esperanza, ilusión y promesas.

Si pensaba en ella me daba cuenta de que hasta algunos antónimos, cosas totalmente contrarias entre sí, se podían fusionar con facilidad, ya que Alicia era susceptible, pero confiada, perseverante dentro de su versatilidad, decidida e insegura a la vez, e incluso impuntual, aunque responsable.

Y así, con ella en mi mente y una sonrisa efusiva, entré en su apartamento, que ya consideraba un poco mío también, y sonreí al escucharla tararear dentro del baño. Estaba tan jodidamente enamorado de ella que podría haber destripado la canción a base de gallos y me hubiese seguido sonando a música celestial.

—No te vas a creer la oferta que había en la tienda... —anuncié alzando la voz mientras depositaba la compra en la isla de la cocina. Después me encaminé hasta la puerta del baño y la abrí—. «Apadrina una fruta».

Terminé la frase bajo un balbuceo tosco y la miré alzando una ceja, turbado por su postura y lo que se traía entre manos en el reducido cubículo.

—¿Apadrinar? —Me miró por encima del hombro—. ¿Qué se ha fumado Asunción esta mañana? Cada día hace unas cosas más raras en el supermercado.

Sacudí la cabeza un par de veces intentando recobrar la compostura.

—Dudo que esa señora haya estudiado *marketing* en algún momento de su longeva vida, pero ha sido una estrategia muy efectiva... Me he traído una caja de frutas raras y un poco feas —admití sin un atisbo de vergüenza—. ¿Qué estás haciendo?

Ella se giró hacia mí y me miró, encogiéndose de hombros con un gesto tan inofensivo que no pude evitar sonreír.

—Mimándome —respondió, y yo alcé las cejas sin comprender—. Vale, hemos llegado a ese punto. —Se acercó a mí y me agarró de las dos manos, dotando a sus palabras de un aire trascendental. No pude evitar que mis ojos se fuesen de nuevo a la cantidad de piel descubierta de su increíble cuerpo y me mordiese un labio con saña—. Cariño, creo que estamos preparados para dar este paso en nuestra relación. Voy a revelarte mi secreto más grande y mejor guardado.

Sonreí entretenido.

—Ah, ¿sí?

Ella asintió y se dio la vuelta conteniendo una sonrisa traviesa.

Agaché mis ojos para leer el mensaje que tenía adherido a su trasero. «*Shakeit*» o lo que traducido significaba: «Estrújalo». No pude evitar dejar ir una carcajada.

—He aquí el motivo de por qué mi culo cotiza al alza y está tan suave como el de un bebé.

—¿Qué es? ¿Una pegatina mágica? —Toqué con un dedo sobre uno de los parches que cubrían sus cachetes con simple curiosidad masculina.

—Más o menos. —Se giró de nuevo y se pegó a mí, haciendo que sus pechos comprimidos en un sujetador bastante sugerente se apretasen contra mi camiseta. Tragué saliva cuando noté que mi pantalón se estrechaba por la zona de la entrepierna y deslicé mis manos por su marcada cintura—. Es una mascarilla con la fórmula mágica para conseguir un culo hidratado, reafirmado y maravillosamente sedoso —aclaró y como acto reflejo llevé mis manos hasta él con la intención de pellizcarlo. Ella se apartó haciendo un sonido con su lengua contra el paladar—. Deja que actúe, cuando me la quite verás lo tentador que resulta, brillantito y terso. Te dejaré manosearlo todo lo que quieras entonces.

—Eso espero —gruñí como un animal en celo.

—Y ahora tenemos que terminar de organizar los...

La detuve poniéndole un dedo en los labios, conocedor de lo que iba a decir. Agarré su cuello con ambas manos y la besé escuetamente.

—Está todo listo desde ayer y me prometiste que hoy no ibas a agobiarte con los preparativos —afirmó reticente con su cabeza—. He hablado con tu hermana, ellos se van a encargar de lo que falta para que tú puedas descansar.

—No hace falta que...

—Alicia —la interrumpí de nuevo—. Vas a olvidarte de todo.

—Mmm. Me gusta ese recién descubierto tono autoritario —ronroneó—. Vale, está bien. Delegar, delegar... Y ¿a qué hora venían tu hermana y tu madre? —Alcé una ceja.

»¿Tampoco eso? —solté un «no» rotundo y tuve que aguantarme la risa ante su gesto infantil y enfurruñado—. Pues vaya gracia.

Miré el reloj de mi muñeca, y ella se abrazó a mi cuerpo buscando mimos. Besé su cabeza y la rodeé con los brazos antes de hablar.

—Tenemos un par de horas libres. ¿Qué quieres hacer, chica manzana?

Ella se separó de mí y alzó la cabeza con una sonrisa juguetona, haciendo que nuestros ojos se encontrasen. Su mirada mutó con un brillo incendiario que actuó directamente sobre mi polla y observé expectante cómo, sin pronunciar palabra, se escurría por todo mi cuerpo hasta quedar de rodillas frente a mí.

Casi me corrí con ese puto gesto.

—¿Cuántos deseos concede este genio? —preguntó frotando por encima de la tela del pantalón.

—Los que quieras.

Mascullé mi respuesta mordiéndome el labio inferior y aguantando las ganas que tenía de apoyarla sobre el lavabo y embestirla desde atrás, tan fuerte como pudiese.

—Qué generoso...

Siseé cuando apretó un poco más, cerrando los ojos un segundo. Al volverlos a abrir ella me observaba concentrada en mis gestos. Era del todo consciente de que estaba haciendo un ejercicio titánico de contención y también sabía que lo hacía por ella, única y exclusivamente.

—Sé que me voy a echar piedras sobre mi propio tejado —le dije en un atisbo de cordura—, pero ¿no preferirías pedir algo para ti en vez de para mí?

—¿Y eso por qué?

—Porque es tu cumpleaños.

—Precisamente por eso. —Desabrochó los botones de mi tejanos y mi erección más que dispuesta, tersa y brillante sin necesidad de mascarilla, saltó frente a su cara ansiosa de recibir sus atenciones. Alicia tenía una boca brutal y sabía usarla, y por supuesto no iba a ser yo quien se quejase por recibir una buena mamada. Estaba enamorado, pero no loco, joder—. Tú eres mi tarta y tienes una vela gorda y muy apetecible por aquí para mí.

«Y más grande que se iba a poner»

La frase soez que le iba a soltar se quedó atascada en mi garganta al sentir cómo la introducía casi por completo en la calidez húmeda de su boca.

Eché la cabeza hacia atrás profiriendo un gruñido de satisfacción.

Cuando la observé de nuevo quedé embriagado por la visión de mi carne entrando y saliendo. Delicioso...

Durante unos minutos que me supieron a gloria se dedicó a succionar, lamer y acariciar toda la longitud de mi erección con sus carnosos labios. Hacía rato que me encontraba patéticamente cerca de correrme, estaba intentando prolongar un poco más el placer de sentirla a mi alrededor, pero todo mi plan se fue al traste cuando comenzó a proferir gemidos estrangulados, a la vez que se movía con mayor ímpetu y velocidad, decidida a exprimirme hasta el cerebro.

—Joder... —me quejé cuando el placer se mezcló con el dolor de sentir sus uñas clavándose en mi trasero—. Más espacio... Más des... —Interrumpí mi plegaria al notar que ya no había vuelta a atrás y proferí un gruñido lastimero cuando los primeros espasmos de mi orgasmo inundaron su garganta. Una vez me sentí capaz de unir varias palabras para formar una frase

coherente, mojé mis labios con la lengua—. Tienes una boca jodidamente perfecta —mascullé sofocado. Contemplé su sonrisa victoriosa y el destello de un deseo insatisfecho en su mirada, y le prometí con la mía que lo saciaría en cuanto recuperase la respiración. Por lo pronto la atraje hacia mí, dedicándole con mis labios el guiño torcido que sabía que la volvía loca y que únicamente había utilizado conscientemente con ella. Sus ojos se concentraron en el gesto y se relamió.

»Me ha encantado tu forma de soplar la vela. —Soltó una pequeña carcajada recuperando el control de su mirada y enfocándola de nuevo en mis ojos—. Aunque será mejor que esta técnica quede entre tú y yo. A nuestras familias les daría una apoplejía si dentro de un rato presenciasen algo así mientras te cantan el *Cumpleaños Feliz*.

—No seas tonto.

—¿A dónde me llevas? —indagué cuando tiró de mi mano y tuve que utilizar todo el equilibrio del que hacía gala para no tropezar al tener los pantalones por los tobillos.

—Aún no he acabado con mis deseos y tan solo hemos gastado ocho minutos.

Ocho minutos en correrme... y eso que me había contenido.

Qué patético era.

Me fui deshaciendo de los zapatos como buenamente pude mientras caminábamos y, para cuando llegamos a la cama, mi ropa formaba un reguero que marcaba el camino que habíamos recorrido.

Me fijé en que ella rebuscaba en el armario y luego en el pequeño cajón de la mesilla de noche, refunfuñando por lo bajo. Su postura agachada me atrajo poderosamente y, sin ser consciente de lo que hacía, avancé hasta ella y posé mis manos en sus caderas, pegando mi pelvis contra su trasero proyectado hacia atrás y apretándome contra su carne.

—Mmm... —proferí con gusto—. Quédate así, con suerte reviviré pronto.

Escuché el eco de su risa a la misma vez que me movía contra ella, notando el atisbo de una tenue erección a medio gas.

«Vamos, amiga. Tú puedes, lo de antes solo era un calentamiento previo al gran partido», le dije mentalmente a mi polla.

—Démosle una tregua. Es muy difícil trabajar bajo presión —bromeó y palmeé su trasero—. ¡Auch!

—¿Qué desea la cumpleañera entonces?

Ella se giró incorporándose a la vez. Se subió a la cama y se aferró a mi cuello.

—Unos besos de momento estarán bien.

—¿Besos? —repetí—. Vale, eso puedo hacerlo.

—Y muy bien, además.

—Gracias.

—No hay de qué...

Invadí su boca con mi lengua, acallándola, y para cuando nos quisimos dar cuenta me encontraba embistiendo entre sus piernas, con todo su cuerpo contorsionado por el placer mientras me enterraba una y otra vez en ella y gruñía como un poseso.

Cabe decir que fueron ciento veinte minutos bastante bien aprovechados. Bendita palabra esa de «delegar» que lo había permitido, aunque mi cuerpo parecía no saciarse nunca de ella, pues unas horas después me encontraba de nuevo duro con tan solo una de sus miradas y la forma en la que me guiñaba un ojo mientras expulsaba el aire para apagar la llama del pastel que compartiríamos con todos los que nos rodeaban.

Le advertí con un gesto que no jugase con fuego, y ella me sonrió con picardía cuando los

demás empezaron a aplaudir.

—¿Qué le has comprado? —preguntó Fede a mi lado. Lo miré aún distraído, y él se rio—. Te tiene sorbido el cerebro, ¿eh?

—Y otras cosas —añadió Leo con sorna.

—A vosotros os lo voy a contar.

—Conociéndoos, seguro que le has comprado algo cursi y tierno —vaticinó el exnovio y mejor amigo de mi chica, buen tío, muy a mi pesar—. ¿Un puzle con vuestra foto besándoos? ¿Una espátula con forma de corazón y los nombres de los dos grabados en una filigrana con la sangre de ambos? ¿Un bebé de unicornio?

Fede se rio y me palmeó el brazo.

—Sea lo que sea, le gustará.

—Sí —murmuré viéndola hablar con Dara.

Mi hermana se había acercado a ella y le tendía una pequeña caja con un lazo rojo en la tapa. Alicia la abrió y supe que se había emocionado cuando la miró intensamente y terminaron dándose un abrazo, pero ni siendo espectador de esa emotiva escena se disipó parte del peso que sentía en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Una pequeña mano tiró de mi brazo hacia abajo.

—Tito *Adirel*, ¿tengo que hacerlo ya? —preguntó Fabiola con tono cómplice en un susurro.

La miré enternecido y asentí, agachándome a su lado. Esa pequeña me tenía robado el corazón casi tanto como su tía. Le tendí el sobre con algo de ceremonia, y ella sonrió orgullosa de ser la encargada de llevar a cabo la misión. La besé en la mejilla.

—¿Recuerdas todos los pasos? —Asintió solemne—. Bien. ¿De verdad crees que le gustará?

—Le va a *retequechiplar*. —Y, aunque se trabó con la última palabra, lo dijo totalmente convencida.

Su sonrisa inocente me animó y calmó a partes iguales.

—¿Lista?

—Lista.

Me puse en pie cuando la pequeña comenzó a caminar hasta su objetivo y no perdí detalle de Alicia, que centró toda su atención en ella y en lo que le decía un instante después.

—Tengo una misión para la chica manzana —atisbé a leer en sus labios lo que habíamos ensayado innumerables veces.

Entonces le tendió el sobre, y el objeto de mi deseo lo abrió buscándome con los ojos. Yo la miré encogiéndome de hombros y observé cómo lo leía con un nudo en el estómago.

Le di un trago a mi refresco.

—¿Aceptas el *desafrío*, tata?

—Acepto —le contestó sin romper el contacto visual conmigo.

Le guiñé un ojo antes de que comenzase la búsqueda de cada pista que la mantendría entretenida un buen rato. Esperaba que toda aquella parafernalia la condujese al mejor de los regalos que iba a recibir en sus recién estrenados treinta años, aunque era una empresa difícil, pues su familia se había dejado la piel —y muchos el bolsillo— en cada uno de ellos.

Se pasó los dos días siguientes llorando.

Jamás habría imaginado que una persona podía deshacerse de tanto líquido por los ojos y, aunque sabía que era de lágrima fácil, admito que llegué a preocuparme. Ella me aseguró que tan solo estaba feliz y abrumada, pero hasta que no llegamos a nuestro destino no respiré tranquilo.

—¡Estamos en París, Adriel! —exclamó extendiendo los brazos al abrir la puerta de la terraza.

Inspiró con fuerza y cerró los ojos; sentí un nudo apretarme el corazón mientras la contemplaba, y eso, después de un viaje en coche desde Costa Serena hasta Valencia de más de cuatro horas cargadas de preguntas y un vuelo que iba a ser mejor olvidar, pues casi no cabíamos en los asientos de la clase turista, tan solo podía significar que estaba irremediablemente enamorado de ella.

—¿Estás bien? —le pregunté unos minutos después al verla callada, apoyada en la barandilla y observando la Torre Eiffel en el horizonte.

Asintió sorbiendo por la nariz justo cuando me colocaba a su lado y acariciaba su espalda.

—Es lo que siempre he soñado.

—Sé que no —acepté—. Pero espero suplir un poco la compañía que necesitabas para este viaje tan especial.

Ella se giró y me miró con cariño.

—Mi abuela me hubiese dado con la zapatilla si no hubiese venido contigo.

Sonreí.

—Espero que el gesto no le haya molestado, me dan pavor las zapatillas voladoras.

—No sé —canturreó dejando de lado el brillo triste de sus ojos—. Quizá se te presente por las noches para agradecerte mientras duermes el haber recreado su vestido en mi talla. Ambas sabíamos que nunca iba a entrar en una treinta y ocho.

—¿Te ha gustado de verdad?

—Me encanta. ¿Cómo lo has conseguido?

—Jamás reconoceré haberme pinchado los dedos mientras mi madre me reñía por hacerlo mal.

Ella abrió mucho los ojos y me miró francamente sorprendida.

—¿Lo has hecho tú?

—No. Yo solo no. Mi madre y sus intensas amigas me ayudaron o más bien las ayudé yo a ellas, pero, aunque pusieron todo su empeño, reconozco que a mí se me da mejor la tecnología, ¿para qué nos vamos a engañar?

—Pero tu madre...

—Todo dentro de sus posibilidades —la tranquilicé, pues sabía que se preocupaba por ella—. Es una maestra exigente que sabe lo que se hace. ¿Te lo has probado ya?

Negó con la cabeza.

—Aún no. Tengo miedo de que tampoco me quepa.

La atraje hasta mí y la besé transmitiéndole todo mi amor y confianza.

Resultó que la réplica le quedó perfecta, y yo me sentí el tío más afortunado al poder estar a su lado contemplando esa radiante sonrisa perenne en su cara.

Esa noche, mientras paseábamos de vuelta al hotel agarrados de la mano y sin prisas, supimos que alguien más estaba de acuerdo con aquel descabellado plan que me había tenido en tensión durante los dos últimos meses, justo desde que se me declarase delante de una cámara exponiendo sus miedos y sentimientos al mundo, y yo decidiese que lucharía por ella con toda mi jodida alma cada día del resto de mi existencia.

Porque las señales existían, muestra de ello fue lo que vivimos cuando la televisión de un pequeño y coqueto restaurante al pie del río Sena emitió las imágenes de una película en blanco y negro que hacían relucir a Audrey Hepburn con la misma luz que desprendía Alicia justo antes de besarnos.

Porque su abuela nos estaba dando su bendición.

Y porque lo que un día fue un juego de niños, algo tan inocente como querer calmar la

tristeza que adiviné en sus ojos por aquella primera manzana en su mochila, se había convertido en la razón de mi existencia y el motivo de mi felicidad.

Y jamás iba a dejarla escapar de nuevo, había aprendido la lección.

EPÍLOGO II

ALICIA

2 años después

Ojeé el pequeño trozo de plástico, incrédula ante lo que veían mis ojos. Levanté la mirada y un río de lágrimas de felicidad corrió por mis mejillas mientras me abrazaba a un cuerpo que temblaba estupefacto.

—No puede ser.

—Sí... —manifesté agarrando el test de embarazo donde las dos líneas rojizas se marcaban, desafiando a todo el que quisiese mirarlas—. Sí que lo es.

—Madre mía. —Cogió aire con dificultad—. Madre mía...

—Respira. —Intenté infundirle calma, aunque yo misma me sentía a punto de ebullición—. ¡Un bebé, vamos a tener un bebé!

—Joder... Joder, joder, joder.

—Eso ha debido de ser el detonante, sí —bromeé, y sus ojos llamearon al dirigirse hacia mí. Se agachó apoyándose contra la pared y cerró los ojos, cogiendo aire con fuerza.

—No entres en pánico —susurraba como un mantra—. No entres en pánico. No entres en pánico.

—Cariño. —Me agaché y puse mi mano en su rodilla conteniendo el pellizco de temor que me atenazó el estómago ante su imagen—. Sé que ha llegado de improviso y cambia algunas cosas, pero ¿realmente no te hace feliz este bebé?

Cuando sus atormentados ojos color miel me observaron, supe que la situación había roto todos sus esquemas.

—Es una locura, Alicia.

—Una bonita locura —corregí su afirmación.

Suspiró, aferró el aparato que aún mantenía entre mis dedos y lo miró de nuevo como si el resultado hubiese mutado en esos escasos segundos. El positivo seguía ahí, como el del anterior test que llevaba más de veinte minutos tirado de cualquier manera en la papelera del baño.

Unos nudillos en la puerta resonaron y me erguí, abriendo unos centímetros.

—¿Todo bien? —preguntó Fede al otro lado.

Me encogí de hombros con un titubeo, y él empujó con delicadeza el trozo de madera, adentrándose en la estancia mientras buscaba a su mujer con la mirada.

Los observé mordiéndome los labios.

—Eh, cielo. ¿Te encuentras mal? —le preguntó al manojito de nervios que seguía con la cabeza entre las piernas, a la vez que se agachaba a su lado—. Lleváis mucho rato aquí. ¿Qué te ocurre? ¿Quieres que vayamos al hospital?

La alarma y la preocupación en su voz al descubrirla llorando hizo temblar mi barbilla. Me sentía una intrusa por invadir aquel momento tan especial e íntimo, pero era incapaz de despegar mis pies para ordenarles que caminasen y así abandonar el aseo.

Ella negó con la cabeza repetidas veces y le miró implorante.

—No puede ser, Fede. —Hipó—. No puede ser...

—¿El qué no puede ser? —Acarició su cabeza—. Sea lo que sea lo superaremos juntos, nena. ¿Qué pasa? Me está matando verte así.

Mi hermana se limitó a tenderle el objeto.

Pude ver la perfecta mutación que sufrió la cara de su marido al observarlo, pasando de la duda a la perplejidad del descubrimiento, transformándose en asombro y finalmente estallando en una alegría tan sincera que tan solo le había visto en contadas ocasiones, seis para ser más exacta, las mismas de los embarazos de sus siete hijos.

—No pongas esa cara —se quejó ella—. Se supone que elegimos el método más efectivo para evitar esto. Dijimos que nos plantábamos, que Guille iba a ser el último, pero ¿qué demonios le pasa a mi cuerpo? —gimoteó—. ¿Es que se cree que soy un conejo o qué? Y tú, ¿por qué tienes tanta puntería? Joder..., joder...

Aguanté la risa por su tono lastimero, pero Fede no la contuvo y dejó escapar una carcajada.

—Ven aquí, anda.

La abrazó y supe que había llegado el momento de dejarlos solos cuando ella hundió la cara en su pecho lloriqueando mientras él acariciaba la cabeza y sonreía con verdadera felicidad, haciendo oídos sordos a las imprecaciones que mi hermana emitía sobre su ginecólogo y las barbaridades que le haría con el DIU al pobre doctor cuando fuesen a la consulta.

Aún sonreía cuando entré en mi apartamento y me dejé caer en los escalones soltando un suspiro romántico.

—Hola. —Adriel me miró fugazmente con una sonrisa y continuó atento a las dos pantallas que había colocadas en el escritorio a ras del suelo de mi habitación.

Unos minutos después, y viendo que no recibía respuesta, pausó el juego, soltó el mando lleno de *joysticks* y botones de los cuales no se me daba bien recordar sus funciones y me miró con divertida preocupación. Yo no había dejado de sonreír en ningún momento.

—Alicia, ¿qué pasa?

Cogí aire antes de mirarlo mordiéndome el labio.

—Tenemos nueve meses —me corregí—, ocho, quizá, para mudarnos antes de que se desate la tormenta. —Él me miró con una ceja alzada y le contesté a su pregunta muda encogiéndome de hombros—. El tiempo que tarde en llegar el bebé a esta familia de locos...

Me di cuenta al instante de cómo había interpretado mis palabras, pues su gesto de incertidumbre se convirtió en la estupefacción más absoluta en décimas de segundo. Quise corregir su errónea conclusión, pero en el último instante decidí ser un poco traviesa y prolongar el momento para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Adriel se levantó lentamente de la silla. Lo vi titubear a dos pasos de mí y contuve la sonrisa cuando comenzó a hablarme atropelladamente.

—Yo he... —Se detuvo y comenzó de nuevo—. Tú has... Nosotros hemos...

—Vosotros habéis, ellos han... Este me lo sé, presente indicativo del verbo «haber».

—Muy graciosa —se quejó—. Alicia, ¿un bebé? —Asentí.

»Joder. Es una locura, ¿no? Pero una locura de cojones. Es inesperado y... Bueno, ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Qué piensas al respecto? —soltó sin aliento—. Un bebé...

—Sin duda es una locura. ¿Inesperada? Puede, no sé por qué siempre he creído que el número ocho es precioso y mágico. Uhm... —Recordé el resto de preguntas y continué—. Yo estoy bien, me encuentro perfectamente y pienso que vamos a ser unos tíos estupendos, ya tenemos experiencia con sus siete hermanos mayores, aunque si le preguntas a mi hermana no se va a mostrar tan eufórica con su nuevo embarazo, la verdad.

Pude ver la cabeza de Adriel funcionando tras mis palabras. Al comprender, su mirada se tornó censuradora.

—Eres más retorcida de lo que haces creer al mundo con esa carita de buena y esa mirada

tierna. —Frunció el ceño, acusador, y se acercó amenazadoramente hasta mi posición—. Me tenías acojonado pensando en todo lo que se nos iba a venir encima, ¿lo sabes?

—Sí, ya te he visto la cara. —Me reí.

Adriel apresó mi cintura y me pegó a él.

—¿Qué esperabas? Llevamos meses para encontrar una casa que nos guste a los dos y por un momento me he visualizado cambiando pañales en la isla de esta cocina, todo lleno de cacharros y sin un centímetro de espacio libre.

—¿Tan malo sería?

Alzó una ceja ante mi tono.

—Incómodo seguro, pero sé que realmente no es eso lo que me estás preguntando. —Besó mis labios y sonreí en su boca. Me conocía bien, había dedicado los últimos dos años en hacerlo a conciencia, aunque aún pudiese tomarle el pelo de vez en cuando—. Cuando vivamos en nuestra casa tendremos de nuevo esta conversación, ¿de acuerdo?

—Puede que ese momento esté más cerca de lo que crees —canturreé meciéndome contra su cuerpo en nuestro abrazo—. Creo que tu hermana nos ha encontrado la definitiva.

—¿Dara?

—Sí. Ayer me llamó para decirme que al marido de una de sus compañeras lo han trasladado de ciudad por trabajo y van a mudarse.

—¿Con espacio suficiente para mi caverna y tu estudio, una cocina gigantesca, vestidor para toda tu ropa y espacio exterior? —preguntó con sorna.

—Y hasta una habitación en la que cabe un cambiador y todo.

Adriel pellizcó mi trasero y me mordió en el cuello y, riéndonos, nos enredamos entre piel, jadeos y brazos una vez más, expresando con nuestros cuerpos lo que sentíamos el uno por el otro.

Nunca me cansaría de aquella sensación de vértigo en el estómago cada vez que me miraba o sonreía de medio lado, era algo que me había preocupado con el paso de los meses, pensar que podíamos llegar a estancarnos, a caer en la rutina, pero un par de meses después, con toda la gente a la que queríamos sentados a la gran mesa de nuestro nuevo salón y rodeados de nuestra recién estrenada decoración de Navidad, supe que con él siempre sería así, queriendo más continuamente, necesitando ir subiendo niveles como en un juego demencial, pero delicioso a la vez.

Resultó que nuestra casa ideal se había encontrado siempre muy cerca de nosotros, justo en la calle de detrás de mi hermana y en la misma urbanización. No era tan gigantesca como la de ellos, claro, aun así, tenía un precioso y amplio jardín, un sótano que ya tenía dueño, pues Adriel ya había colocado su centro de mando allí y, de momento, más habitaciones de las que íbamos a necesitar.

—¿Te ha contado tu hija lo que le pasó el otro día cuando fuimos al hospital para la revisión? —le preguntó mi cuñado a mi padre, que estaba apoyado en la cristalera que conectaba mi nueva cocina con el jardín.

Me encantaba ese detalle, esa gran puerta corredera que integraba ambos ambientes, y más teniendo en cuenta el tiempo que pasaba en aquella estancia.

—Ni se te ocurra.

Fede soltó una carcajada ante el gesto huraño de mi hermana, a la que ya se le notaba una adorable y pequeña curva en su vientre.

—Ahora no nos dejes con la intriga —se quejó Mat a mi lado.

Mi amigo había acudido a mi invitación, sorprendiéndome al llegar acompañado de un chico

muy guapo y tan alto como una maldita secuoya.

Se llamaba Koen, era holandés y no tenía ni idea del idioma, pero, eso sí, lo miraba con idolatría.

—Lo siento, cariño —se disculpó Fede con mi hermana, que resopló y se afanó en colocar el café en la bandeja—. Pero admite que tiene su gracia... Resulta que llegamos al hospital, y Estrella decidió aparcar en la zona exterior.

—Es que es una pesadilla ese garaje subterráneo. —Apoyó mi madre repasando la encimera con un paño húmedo.

—Sí que lo es —corroboró la aludida.

—El caso es que allí estaba ella, buscando un hueco libre, cuando un señor con una gorra y apoyado en un coche le señaló un espacio vacío unos metros más allá que no habíamos visto —continuó manteniendo al público expectante—. Cuando nos detuvimos yo me puse a sacar a Guille del coche, y Estrella se bajó y se fue hasta el hombre.

—Esto tenía una parte interesante, ¿verdad? —susurró Leo abrazado a su chica, que no perdía ojo de la parte exterior donde los niños, incluido el suyo, jugaban entre risas. Ella le dio un codazo a la vez que mi cuñado continuaba hablando.

—Cuando llegué hasta ella vi que estaba disculpándose y roja como un tomate. Resultó que el señor no era un aparcacoches, sino un simple ciudadano que estaba esperando a que su mujer saliera del hospital y, sencillamente, nos había ayudado.

—Casi me muero de la vergüenza —musitó mi hermana.

—Le faltó hospital para salir pitando después de pedirle perdón. —Se rio su marido echándole un brazo por los hombros y besando su cabeza—. No la había visto correr tanto desde las clases de gimnasia del instituto.

—Pobre hombre, igual se pensaría que le estabas diciendo que necesitaba lavarse y cambiarse de ropa —bromeé.

—Qué va, si iba muy normal, pero la gorra me despistó —se quejó ella uniéndose a las risas—. Fueron los peores cinco segundos de mi vida, con el dinero extendido y él con las manos en los bolsillos mirándome sin entender nada.

Estallamos en carcajadas y el eco de esas risas y de todas las que se sucedieron después se propagó por nuestro nuevo hogar llenándolo de buenas vibraciones. Para cuando nos quedamos solos Adriel y yo, podía afirmar que me sentía la mujer más feliz de la tierra.

Había compartido una celebración increíble con mi gente, había sido partícipe de cómo el amor florecía en una relación que empezaba a nacer, la de Mat y Koen. También de la prudencia con la que Leo trataba a Leire, conteniéndose como antes no hacía; quizá la última ruptura les había afectado más que las anteriores. En silencio recé al cosmos para que por fin esa reconciliación fuese la definitiva y ambos encontrasen la calma en el otro, tal y como yo había hecho con Adriel, pues sabía lo que mi amigo había pasado durante ese tiempo y me constaba que no había sido fácil para ninguno de los dos.

Sobre todo, me sentía plena al mirar a Adriel y saber que habíamos iniciado una nueva etapa que nos haría avanzar en nuestro proyecto de vida juntos.

—Alana me ha sorprendido hoy —me dijo cuando recogíamos los platos limpios del lavavajillas—. Por un momento creí que a su padre le iba a dar un infarto allí mismo.

—¿Y eso?

—¿No la escuchaste cuando les dijo que quería independizarse?

Lo miré con curiosidad. ¿Mi sobrina de verdad había dicho eso?

—No me enteré de nada.

—Pues me temo que el apartamento va a tener una nueva inquilina en breve. Les dijo que en cuanto cumpliera la mayoría de edad se mudaba.

—Bueno. —Sonreí tierna—. Tampoco se va a ir muy lejos. La tendrán controlada como me tenían a mí.

Adriel dejó el paño sobre la península de la cocina y se me acercó por detrás abrazándose a mi espalda.

Sentí un escalofrío cuando me habló en la parte trasera del cuello.

—Por muy controlada que te tuvieran, no fue suficiente para que un tipo algo antisocial, desaliñado y rarito se aprovechara de ti.

—¿Cuándo ha pasado eso? —bromeé—. Que yo sepa fui yo la que seduje a cierto tío bueno, sexi e interesante, hasta que lo conseguí.

—Puede que también hubiese un poco de eso —me siguió el juego y pude notar su erección presionando contra la parte alta de mi trasero—. Pero de lo que sí estoy seguro sin lugar a equivocarme es que tú y tu precioso culo me volvéis loco y quiero que sigáis haciéndolo cada día de nuestras vidas.

—«Mi precioso culo» ha visto días mejores —me lamenté—. Desde que comenzamos la mudanza apenas he salido a correr. Se me está cayendo de tal manera que cualquier día voy a matar al perro.

—No tenemos perro.

—De momento. —Sonreí mordéndome el labio inferior. Sentí su risa en mi nuca y me volví hacia él, pasando mis brazos por su cuello—. Soy muy feliz y te quiero tanto...

Él me regaló una radiante sonrisa y besó mis labios.

—Y yo estoy completamente enamorado de ti. De la Alicia soñadora, romántica y un poco acomplejada que con quince años me robó el corazón, y de la mujer sensible, perfeccionista y segura de sí misma en la que te has convertido. —Limpió una pequeña lágrima de la comisura de mi ojo derecho con un gesto tan tierno que provocó que otro par más cayese—. Me alegro de que no desistieses conmigo cuando nos encontramos y que te dejes la piel cada día en hacer feliz a un tipo tan egoísta como yo.

—No digas eso, tú no eres egoísta.

—Sí que lo soy, porque era consciente de que te merecías algo mejor que un tipo cobarde y conformista como yo, pero fui incapaz de dejarte escapar de nuevo.

—La gente aprende de sus errores, y tú ya no eres así, Adriel.

—No, no lo soy —admitió—. Porque imaginarme que compartías tu futuro con otro hombre me hizo querer ser mejor persona y cambiar. Tú fuiste la única razón y lo hice solo por ti, por ser digno de tu amor y por no volver a perderte.

Las emociones estallaron en mí como una supernova y me abracé a su pecho con fuerza.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Agarró mi cabeza por los laterales con sus grandes manos y me la inclinó para mirarlo—. Y creo que estamos preparados para que tengamos de nuevo esa conversación que dejamos aparcada sobre cambiar pañales.

Alcé una ceja y sonreí.

—No te adelantes, antes quiero casarme contigo.

Adriel abrió los ojos con estupefacción y separó la parte superior de su cuerpo del mío, observándose bien.

—¿Cómo dices?

—Sé que te hice prometer en el viaje a París que nunca me lo pedirías. Admito que por aquel

entonces no creía que fuese un trámite necesario, pero creo que he cambiado de opinión y quiero hacerlo, quiero que me esperes en el altar y llegar caminando del brazo de mi padre...

Arrugó la nariz un par de veces en un gesto nervioso que no le veía hacer desde adolescentes y apreté los labios con expectación cuando se pasó la mano por la cara cogiendo aire con fuerza.

—Espera..., espera. Alicia, ¿me estás proponiendo matrimonio?

—¿Te lo estoy pidiendo? —pregunté divertida.

—Yo diría que sí.

—Entonces sí.

—¿Hablas en serio?

—Claro.

—¿No es ninguna broma de dudoso gusto de esas que te ha dado por hacer de vez en cuando?

—¿Crees que bromearía con esto?

—A estas alturas ya no sé nada.

Detuve su movimiento por la cocina y lo agarré de la cintura, mirándolo con adoración.

A decir verdad, no me había propuesto nada así cuando comenzamos aquella conversación, aun así, sentía que podíamos hacerlo, que era el momento perfecto para declararme a ese hombre que había vuelto mi mundo del revés y del que estaba absoluta, total e irremediamente enamorada.

Sonreí al atisbar un destello de incredulidad y regocijo en su mirada y, sin perder el contacto visual, me agaché ante él y apoyé una rodilla en el suelo.

—Me vas a perdonar, pero esto es del todo improvisado. —Rebusqué con la mirada algo que sirviese para mi cometido.

Su mano se tendió ante mí y solté una carcajada al ver una rosquilla cubierta de azúcar en su palma.

—De momento esto me vale —dijo divertido.

Era del todo apropiado, a decir verdad.

Afirmé con la cabeza y carraspeé con ceremonia, agarrando el dulce como si fuese un anillo y poniéndolo frente a su dedo.

—Adriel. Mi chico introvertido, noble y algo introspectivo. Mi hombre pasional, complaciente y cariñoso... Acepta esta rosquilla como *bonus* para avanzar en nuestro particular juego de la vida. Mi loco por las manzanas, ¿quieres casarte conmigo?

Sus dientes relucieron tras su sonrisa generosa.

—Ni aunque se me acabasen las vidas extra podrían conseguir que me negase.

—Eres un friki. —Me reí—. ¿Por qué no volviste antes? —le pregunté enamorada—. ¿Dónde has estado todo este tiempo que no te tenía a mi lado?

—Preparándome para ser el hombre que pudiese hacerte sonreír el resto de tu vida.

—¿Eso es un sí? —Me mordí el labio, expectante.

Adriel me agarró e hizo que me elevase hasta quedar a su altura y, justo antes de fundir sus labios con los míos en un beso lleno de adoración y pasión, susurró:

—Eso es un sí, mi preciosa chica manzana.

FIN

EXTRA

—¡Hola, sabrosuras! Espero que estéis de rechupete.

»Os preguntaréis qué hago aquí si os dije que durante este mes iba a tomarme unas muy merecidas vacaciones y apenas aparecería por las redes, pero hoy me he levantado inspirada y no quería dejar que las musas se fuesen antes de grabaros este vídeo tan especial.

»Desde que abrí el canal, hace ya siete años, hasta ahora han pasado muchas cosas y otras han ido cambiando con el tiempo. Sabéis que la esencia se ha mantenido, sin embargo, han ocurrido hechos tan especiales e impensables en mi vida, y otros que no lo han sido tanto, que inevitablemente comenzamos siendo unas personas y hemos llegado hasta aquí con la metamorfosis que esas cosas, tanto buenas como malas, han ido provocando en nosotros.

»Esta gran familia que hemos ido formando cada día me da la fuerza necesaria para seguir haciendo lo que me apasiona y me llena de verdad, y es que creo que nunca seréis conscientes de lo que provocáis en mí con vuestro apoyo.

»Este canal, Misschelines, comenzó siendo para mí ese pecho reconfortante en el que te cobijas cuando algo no va bien a tu alrededor, ese puerto seguro en el que anclarte cuando hay marejada. Abrí este espacio cuando más perdida estaba en mi etapa laboral, dejando de lado mis miedos e inseguridades para volcar en él mi pasión por la cocina y hacer llegar ese entusiasmo a cada uno de vosotros en forma de bocados de inspiración. Pero ¿sabéis qué he descubierto? Que realmente y sin saberlo lo que necesitaba era volar, dejar mis alas abiertas al viento y permitirme surcar la vida como siempre había querido, al margen de convencionalismos y lo que las mentes más cerradas pudiesen pensar de mí.

»Mentiría si dijese que ha sido un camino fácil, a veces he combatido rachas de viento que me han hecho ralentizar el vuelo e incluso rozar el suelo en una caída vertiginosa, aun así, siempre he conseguido remontarlo, con vuestro apoyo y el de la gente que tengo a mi lado jamás he abandonado mis sueños.

»Y es que ese camino que tenemos que recorrer está lleno de ramales, cruces y opciones que debemos elegir para poder llegar a nuestro destino. Algunas veces nos equivocaremos y de esos errores nacerán cosas que no esperábamos; otras, el destino te regalará sorpresas y reencuentros, pero, sea como sea, el fin nunca se debe perder en el horizonte.

»Sé que os preguntaréis a dónde quiero ir a parar con todo esto que os estoy soltando y por qué no ando con las manos en la masa, que es lo que siempre hago, ¿verdad? Y es que hoy quería compartir con vosotros, mi familia al otro lado de la pantalla, algo que sé que os va a entusiasmar.

»Sabrosuras, ¿recordáis a ese chicarrón guapo y con barba que se presentó en un directo hace tanto tiempo que parece una eternidad, interrumpiendo mi declaración de intenciones y regalándome (y regalándoos) un beso de los de película? ¿Os acordáis de ese mismo chico, un poco tímido, haciendo la primera receta que estrenaba esta cocina cuando nos mudamos juntos? ¿Y al mismo hombre guapísimo que, arreglado y nervioso, me esperaba al otro lado de un altar improvisado en una cala romántica y muy especial para nosotros?

»Quise compartir todos esos momentos con vosotros porque eran cruciales y sois parte de mi vida... Me habéis dado alas para ser quien soy hoy, profesionalmente hablando; habéis abierto las puertas de vuestro hogar para mí, os habéis liado la manta a la cabeza con mis recetas, algunos habéis conquistado corazones con ellas, otros habéis dicho adiós con otras y una inmensa mayoría ha encontrado en esta alocada chica con generosas curvas y predilección por el melodrama a una amiga más.

»Y es por eso por lo que estoy aquí, porque, al igual que las cosas bonitas se comparten con la familia y los seres queridos, también se hace con los amigos, y vosotros, sin duda, lo sois.

»¡Adriel y yo vamos a ser papás, sabrosuras!

»Un pequeño chef, aunque el padre se empeñe en decir que nacerá con un mando de videoconsola bajo el brazo, viene en camino, cociéndose a fuego lento en mi horno calentito y lleno de amor. Y sí, reconozco que, en parte, ese ha sido también el motivo de mis vacaciones forzosas, pues este primer trimestre ha sido un poco locura y me pasaba más tiempo corriendo hacia el baño y detestando olores que siempre había adorado que otra cosa, pero ya me encuentro mejor y con toda la fuerza para afrontar los cambios que se avecinan en el firmamento, y sé que lo haré en la mejor compañía posible, ¿verdad?

»Bueno, espero que la noticia os haya hecho sonreír, y desde ya os digo que este bebé quiere tener muchos tíos y tías repartidos por el mundo, y está deseando conocerlos.

»Antes de despedirme, quiero añadir algo que me hubiese encantado decirme a mí misma cuando era una niña ajena al poder de las manzanas: sois capaces de conseguir lo que os propongáis en la vida, lo que queráis, tan solo tenéis que creer en ello y luchar hasta el final, porque, lo que algún día soñasteis como niños, mañana se puede convertir en una bonita y magnífica realidad.

»Recordad que las uvas tienen que pisarse para convertirlas en vino, las aceitunas hay que aplastarlas para conseguir el aceite y que la mayoría de las semillas que darán sus frutos y flores en el futuro germinan solo en la oscuridad... Así que cuando te sientas pisoteado, aplastado o sumido en la oscuridad, aprovecha esos difíciles momentos para transformarte, no rendirte y convertirte en la mejor versión de ti mismo.

»Gracias por haber recorrido el camino conmigo y apoyarme hasta conseguir que mis sueños se hagan realidad.

»Y ahora sí, solo me queda decir que os esperamos en Costa Serena.

»Hasta la próxima...

AGRADECIMIENTOS

El camino de un escritor es una senda que se recorre en solitario. Bueno, esto no es del todo cierto, pues en nuestra mente las voces no cesan ni un instante, pero sabéis a lo que me refiero, ¿verdad?

En mi caso, este camino no podría transitarlo sin «mis guías». Algunos de ellos no saben siquiera que lo son, pero la luz que aportan a mi vida me anima a seguir cumpliendo mis sueños, así que aquí os doy una pequeña parte del reconocimiento que merecéis.

En primer lugar: gracias a ti por darle una oportunidad a mis chicos leyendo esta novela. ¡Espero que la hayas disfrutado mucho! ¿Puedo pedirte algo más? Me harías inmensamente feliz si me dejas un comentario en cualquier plataforma (Amazon, Goodreads, redes sociales...) con tu opinión. Así podré seguir mejorando y ayudarás a que otros lectores me conozcan. ¡Gracias de antemano!

Gracias a mi marido Fran, que, aunque no lea mis novelas, me apoya incondicionalmente e incluso me anima cuando el miedo me impide saltar.

A mis hijos, Paola y Álvaro, que son el motor de mi existencia y la razón por la que siempre intento superarme, confiando en ser un buen referente para ellos.

Gracias a mi familia, en especial a mi madre, María Teresa; a mi hermana, María, y a mi prima, Estrella, que son mis seguidoras y lectoras incondicionales, y que no dudan a la hora de hacerme críticas constructivas.

Gracias a Violeta Lago, amiga y gran escritora, que siempre apoya mi trabajo, lo disfruta y me aconseja. Ojalá reviva tu pasión y pronto puedas deleitarnos con tu talento. Gracias por prestarte a ser lectora cero de esta historia.

A Marisa Cantero. ¿Sabéis esas personas con las que, aunque no las hayáis podido ver nunca, sentís una conexión especial? Pues eso mismo es lo que me pasa con ella. Marisa, eres luz y no podría haber elegido mejor al confiar en ti para leer antes que nadie a mis chicuelos.

A Rocío DC, otra de las increíbles madrinas de Alicia y Adriel. Gracias por acompañarlos en este viaje y ayudarme a vestirlos de gala para presentarlos al mundo. Adoro cómo adoras la literatura romántica.

A todas las autoras y autores que leo y me hacen querer parecerme un poquito a ellos. Sois mi gran inspiración.

A mis amigas y amigos, que en mayor o menor medida me sirven como pozo de ideas. Ya sabéis eso que dicen de que, todo lo que digas o hagas ante una escritora, puede ser utilizado en una de sus novelas.

A Lucía Herrero, Bea Peidró, Miriam López, Cristina Tubio, Celia López, Nisha Leclair y Eva Gloria Mesa, por participar en mis locos juegos y acertar el título de esta historia en mis redes sociales. ¡Qué rápidas fuisteis!

Gracias también a A. A. D. Todos tenemos un primer amor, uno que, como le ocurre a Alicia, recuerdas con cariño e inocencia, aunque hayan pasado más de veinte años desde que os visteis por última vez. Tú fuiste el mío y, de alguna forma, has acompañado a mis personajes por toda su trayectoria. Gracias por regalarme esos bonitos recuerdos y espero que la vida te sonría siempre.

Mi infinita gratitud a todas las personas que aman la literatura y que comparten, reseñan, disfrutan, recomiendan y viven mis historias. ¡Sois la caña!

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias a ti, Maca Ferreira (¿queda demasiado raro dármelas a mí misma?), por luchar por esos sueños que vemos lejanos, por no

rendirnos, por intentar ver siempre el lado positivo de las cosas y defender lo que creemos que vale la pena. Solo me queda decirme: sigue así, no dejes de soñar.

BIOGRAFÍA



Macarena Ferreira nació en un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo. Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas y sus dos hijos, Paola y Álvaro, los grandes motivos de sus sonrisas cada día.

Independiente, con gran sentido del humor, metódica y algo impulsiva, estudió Gestión Administrativa y Marketing Comercial, ejerciendo en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral.

Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos, lo que la llevó, gracias a los mensajes que recibió de apoyo y ánimo, a continuar escribiendo y terminar publicando.

Su primera novela: *Descubriendo a Valentina* (mayo 2015), fue autopublicada y reeditada posteriormente con la editorial Planeta en marzo del año siguiente. Bajo el mismo sello se editó *Conquistando a Rebeca* (septiembre 2018), secuela de esta primera, y *No dejes para mañana las ganas que me tienes hoy*, novela autoconclusiva que salió al mercado en mayo de 2019.

En junio del año 2020 vio la luz su publicación más especial, un cuento infantil que creó conjuntamente con su hija: *El cuento de la buena pipa*.

Diario de cuarentena: desvaríos de una madre desquiciada, se puso a la venta en octubre de 2020, un diario personal cargado de ilustraciones inéditas donde narra sus peripecias, en su habitual tono cómico, durante los momentos que vivió con su familia en el confinamiento mundial debido al Covid-19.

El único fruto del amor es la manzana es su última publicación (diciembre, 2022), aunque en su cabeza ya existen otras historias que comienzan a correr por sus dedos, prometiendo volver pronto a hacernos reír y disfrutar.

^[1] Los **Dementores**, en ***Harry Potter***, son seres horribles, parecidos a espectros y que podrían describirse mejor como «chupa-almas». De gran estatura y cubiertos por una capa de color negro, son temidos porque se alimentan de la felicidad y de los recuerdos alegres, dejando solo tristeza y desolación.